

más reveladores de sus sentimientos, instintos y opiniones: un verdadero comentario de su manera de pensar y sentir formulado por su propia boca¹.

Hasta sus costumbres, proverbios y aforismos son menos reveladores que aquéllas. Pero mucho más nos dirían los sueños característicos de cada pueblo si tuviéramos ejemplos de ellos, o mejor dicho, si los exploradores se tomaran el trabajo de registrarlos. En sueños y en el juego, el hombre se muestra tal cual es, y en el sueño más que en ninguna otra actividad.

La segunda virtud es el amor del padre a sus hijos y se manifiesta por medio de una educación viril. Desde temprana edad el padre habitúa al hijo a su modo de vida: le enseña las artes que conoce, despierta su ambición y se ama a sí mismo en el cuando entra en la vejez y pasa el umbral de la muerte. Este sentimiento es el fundamento de todo orgullo de estirpe y virtud de tribu; hace de la educación una obra pública y eterna; por él se han heredado todos los privilegios y prejuicios de los humanos. De ahí en casi todos pueblos y tribus el regocijo general cuando el hijo llega a la pubertad y se adorna con los utensilios o las armas del padre; de ahí también la profunda aflicción del padre cuando pierde al que era su orgullo y su esperanza. Léase al respecto la lamentación del groenlandés por su hijo², o los lamentos de Ossian por su Oscar y se verá sangrar en ellos las más hermosas heridas de un pecho varonil, las heridas de un corazón paternal.

El amor agradecido del hijo para con su padre es tan sólo una recompensa muy exigua del instinto con que el padre ama a su hijo; mas también esto es intención de la naturaleza. Tan pronto como el hijo llega a su vez a la paternidad, su corazón se derrama sobre sus hijos; la corriente debe dirigirse en dirección descendente y no ascendente; sólo así se mantiene la sucesión de siempre nuevas generaciones. No debe, pues, calificarse de desnaturalizado el hecho de que algunos pueblos que viven en la indigencia prefieren al nuevo retoño y no al padre agotado ya por las penurias de la vida, y hasta ayudan a acelerar la muerte de los ancianos, según refieren algunos relatos. No es odio lo que se refleja en tales actos, sino la triste necesidad y hasta una cierta bondad, puesto que no pueden llevar consigo a los viejos ni alimentarlos, por lo que prefieren procurarles una muerte sin dolor y de manos amigas en vez de abandonarlos a las garras de los animales feroces. ¿No puede suceder, acaso, que muy a su pesar el amigo mate al amigo haciendo con esto un beneficio impuesto por la cruel necesidad al que no le fué posible salvar de otra manera? Mas la gloria de sus

¹ Véase el folklore en general, y en particular la escuela nórdica.

² Canciones populares.

mayores sobrevive inmortalizada en el alma de la tribu, como, lo demuestran en casi todos los pueblos sus canciones y sus guerras, sus historias y leyendas, y más que nada el inextinguible respeto por el modo de vida tradicional.

Los peligros comunes suscitan una valentía colectiva: así nace el tercer vínculo y el más noble de todos los que unen a los hombres: la amistad. En las formas de vida y las regiones que hacen necesaria la empresa colectiva, existen también las almas heroicas que se unen en un abrazo hasta más allá de la muerte. Tales fueron los célebres amigos de la mitología griega; tales también los alabados escitas y los que hasta nuestros días aman la aventura en la caza, la guerra, las incursiones en selvas y desiertos. El agricultor conoce sólo a su vecino, el artesano al compañero de gremio a quien favorece o envidia; el cambista, el sabio, el favorito de los príncipes, finalmente, cuán lejos están todos ellos de una amistad que nazca por propia elección y que se vaya forjando y acrisolando con hechos más que con palabras, y que es familiar más bien a los viajeros, prisioneros y esclavos que gimen en cadenas comunes. En los tiempos de la indigencia, en las regiones asoladas por el hambre, las almas se alían; el amigo moribundo encarga al amigo la venganza de su sangre y confía en volver a encontrarlo más allá de la tumba como vengador victorioso de su injuria. El otro se desvive por liberar la sombra del amigo difunto del conjuro de la sangre que clama venganza, de estar a su lado en la brega y compartir con él la gloria y bienaventuranza. Una tribu común de pequeños clanes no es más que una alianza de amigos conjurados por el mito de la sangre y que se distinguen en amor o separan por el odio de otras estirpes. Tales son las tribus árabes y algunas tártaras y la mayor parte de las americanas. Las guerras más cruentas entre ellas, que a primera vista parecen una mancha de oprobio en la historia de la humanidad, se originaron al principio en el más noble de los sentimientos: el del honor de tribu ofendido o de la amistad de tribu injuriada.

No quiero extenderme más sobre las diversas formas de gobierno de los gobernantes masculinos o femeninos de la tierra. Porque, por las razones expuestas, hasta ahora no se ha logrado todavía justificar en manera alguna cómo un hombre pueda tener por nacimiento el derecho de dominar a miles de sus hermanos, ni por qué pueda mandarles a su arbitrio, sin un contrato previo y sin limitaciones, entregar a miles de ellos a la muerte sin responsabilidad alguna, consumir los tesoros del Estado sin tener que rendir cuentas y cargar con este motivo los impuestos más pesados precisamente sobre los pobres. Menos aún se puede derivar de las disposiciones originales de la naturaleza que un pueblo valiente y audaz, es decir, miles de mujeres y hombres nobles tengan que besar los pies de un hombre débil y adorar el cetro con que un degenerado

La de

Guerra
honor

por que
la sum

descarga sus sangrientos golpes sobre ellos; ni se ve qué dios o demonio les inspiró para que abandonaran su propia razón y capacidad y a menudo hasta su vida y todos los sagrados derechos humanos al arbitrio de uno solo, teniendo por gran beneficio y motivo de gozo que el déspota actual haya generado a un déspota futuro... Digo, pues, que pareciendo todas estas cosas a primera vista uno de los enigmas más embrollados de la humanidad no conociendo la mayor parte de la tierra, feliz o desgraciadamente, estas formas de gobierno, no las podemos incluir, en consecuencia, entre las primeras, necesarias y universales leyes naturales que gobiernan la humanidad. Hombre y mujer, padre e hijo, amigo y enemigo son nombres y relaciones bien definidos; pero jefe y rey, legislador y juez por derecho hereditario, amo arbitrario y fiscalizador del Estado en provecho propio y el de todos los suyos que aún no han nacido siquiera, son conceptos que requieren otro desarrollo que el que les podemos dar en este lugar. Bástenos haber observado hasta ahora que nuestra tierra es un cultivo de sentidos y dones naturales, habilidades y artes, fuerzas anímicas y virtudes en gran escala de variedad. Hasta dónde el hombre tenga derecho y capacidad de forjarse con todo esto su felicidad, y cuál sea el patrón de su medida, es lo que vamos a discutir ahora.

V

LA FELICIDAD DE LOS HOMBRES ES SIEMPRE UN BIEN
INDIVIDUAL Y COMO TAL CONDICIONADA CLIMÁTICA Y
ORGANICAMENTE, FRUTO DE LOS HABITOS, LA
TRADICIÓN Y LAS COSTUMBRES

Ya el mismo nombre de "fortuna" indica que el hombre no es capaz de una pura dicha ni se la puede crear; él mismo es hijo del acaso que le hizo nacer en tal o cual región y determinó también su capacidad de goce y la clase y medida de sus alegrías y sufrimientos según el país, la época, la organización y las circunstancias. Sería señal de un engreimiento ridículo el pretender que los habitantes de todos los Continentes deberían ser europeos para vivir felices. ¿Acaso nosotros mismos hubiéramos llegado a ser lo que somos fuera de Europa? Quien nos puso a nosotros aquí, puso a aquéllos allá y les confirió el mismo derecho para gozar de la vida terrena. Puesto que la felicidad es un estado de ánimo, es decir, interno, su medida y determinación no puede estar situada fuera sino sólo dentro del pecho de cada ser humano. Cualquier otro

que no sea yo, tiene tan poco derecho de imponerme su manera de sentir, cuanto que no es capaz de transmitirme su forma de ser y convertir mi existencia en la suya. No caigamos, pues, en el error de desestimar o sobrestimar por inercia o orgullosa o nuestra acostumbrada soberbia, la medida de felicidad de nuestra especie, colocándola más arriba o más abajo de como lo dispuso el mismo Creador; pues sólo Él sabía para qué el mortal había de poblar la tierra.

1. Hemos recibido el complejo organismo de nuestro cuerpo con todos sus sentidos y miembros para usarlo y ejercitarlo. Sin el ejercicio se estancaría la corriente de nuestros humores vitales; nuestros órganos languidecerían. El cuerpo, en este caso un cadáver animado, muere ya mucho antes de la muerte; se descompone en una muerte lenta, miserable y antinatural. Por lo tanto, si la naturaleza quiso darnos el fundamento principal e indispensable para nuestra felicidad y salud, tuvo que rodearnos de la necesidad del ejercicio, las molestias y el trabajo, imponiendo de esta manera al hombre su bienestar antes que éste renunciase a él. Por esta razón, como decían los griegos, los dioses lo venden todo a los mortales a precio de trabajo, no por envidia sino por bondad, pues, justamente en este esfuerzo y la lucha por alcanzar la satisfacción del reposo es donde se obtiene el máximo de gozo y bienestar con la sensación de la función eficiente de nuestras fuerzas y tendencias. El hombre sólo languidece en aquellos climas o clases sociales en que una ociosidad enervante o una pereza opulenta sepulta el cuerpo en vida y lo transforma en cadáver descolorido, en carga que pesa sobre sí misma. Es en otras formas de vida y regiones, y precisamente en las más difíciles, donde florecen el mejor desarrollo y la simetría más bella y sana del cuerpo humano. Pasemos revista a la historia de los pueblos y leamos lo que, por ejemplo, Pagés dice del carácter de los bisayos, indios y árabes¹; hasta el clima más bochornoso influye poco en la duración de la vida humana, y es precisamente la indigencia la que estimula a los necesitados a acometer alegres el trabajo, fuente de salud. Ni siquiera las mismas deformaciones del cuerpo que aquí y allá se encuentran en la tierra como carácter genético o costumbre heredada, hacen tanto daño a la salud como nuestros atavíos artificiosos y el esfuerzo antinatural de nuestro sistema de vida. Y en efecto, ¿qué tiene que ver un lóbulo de oreja agrandado de los araucanos, o una barba arrancada de los hindúes, o una nariz perforada con el pecho oprimido y atormentado, la rodilla caída, el pie deformado y las figuras contrahechas y raquíticas y las entrañas apretadas por un corsé de tantos elegantes europeos y europeas? Alabemos, pues, la Providencia que

¹ Pacis, Voyages, p. 17, 18, 26, 52, 54, 140, 141, 156, 167, 188, etc.

hizo tan amplio y repartió por toda la tierra el fundamento de la salud que es la base de toda felicidad física. Tal vez los pueblos que tenemos por hijastros de la Providencia, hayan sido sus hijos predilectos, ya que si no les deparó un convite morbosos de dulces venenos, les otorgó, en cambio, el cáliz de la salud por medio del duro trabajo de sus manos, junto con una auténtica y reconfortante vitalidad. Hijos de la aurora florecen y se marchitan; a menudo una alegría sin el peso de complicados razonamientos, una sensación de íntimo bienestar es para ellos la felicidad, el destino y gozo de la vida. ¿Habrá otro mejor, más suave y duradero para nosotros?

2. Nos solemos gloriar de nuestras refinadas potencias psíquicas. Más vale que aprendamos de la triste experiencia que no todo refinamiento porta consigo la dicha, y que más de un órgano delicado se echa a perder de esta manera. (La especulación/ por ejemplo, podrá ser el placer de unos pocos hombres ociosos, y también para ellos es, como el opio para los orientales, un placer agotador, desarticulado y somnoliento. El uso vigilante, despierto y sano de los sentidos, una inteligencia práctica para los casos reales de la vida, una atención vivaz con buena memoria, acompañados por un poder de decisiones rápidas y buena eficiencia: sólo esto merece llamarse presencia de ánimo, vitalidad intrínseca y es lo único que halla su premio en una sensación de fuerza presente y efectiva, en la alegría y la misma felicidad. No creáis, oh hombres, que un refinamiento a destiempo y sin medida sea lo mismo que la felicidad, o que la muerta nomenclatura de todas las ciencias y el uso acrobático de todas las artes puedan conferir a un ser viviente la ciencia de la vida. La experiencia de la felicidad no se adquiere mediante las recetas de nombres o artes aprendidos de memoria. Una cabeza sobrecargada de conocimientos, aunque fueran de la ciencia más pura, agobia el cuerpo, oprime el pecho, oscurece la mirada y se convierte en carga pesada y mortífera para el que la lleva. Cuanto más vamos refinando y especializando nuestras potencias psíquicas, tanto más se van atrofiando las fuerzas espontáneas; atormentadas en el potro del artificio, se marchitan nuestras aptitudes junto con nuestros miembros crucificados. Sólo el uso integral del alma y en particular de sus fuerzas activas, cuenta con la bendición de la salud. Demos las gracias a la Providencia que no quiso educar demasiado delicadamente a la totalidad del género humano, convirtiendo nuestra tierra en nada menos que un aula de doctas ciencias. Con solícito cuidado dejó en la mayor parte de los pueblos y clases sociales que las fuerzas animicas permaneciesen en forma de núcleo potencial, dispuesto a desarrollarse cuando y en la medida que requieran las circunstancias. Las más de las naciones de la tierra actúan y sueñan, aman y odian, esperan, temen, rien y lloran como niños; de esta manera gozan, por lo menos, de la felicidad de

los sueños de la juventud. ¡Pobre de aquel que trata de encontrar la felicidad de la vida a fuerza de cavilar!

3. En fin, puesto que nuestro bienestar reside más en un tranquilo sentimiento que no en una idea brillante, son mucho más los sentimientos del corazón que los efectos de un intelecto que se asoma a los abismos del saber, lo que nos premia con el amor y el gozo de la vida. ¡Qué bien hizo, por consiguiente, la madre naturaleza al implantar en el corazón del hombre la fuente del amor de sí mismo y de los demás, casi independiente de motivos y estímulos externos, ya que el amor y la benevolencia representan la verdadera humanidad de nuestra especie, para la cual hemos sido creados. Todo ser viviente goza de su vida; no pregunta ni cavila sobre el por qué de su existencia; su existencia es su mismo fin, y su fin la existencia. Ningún salvaje se suicida/ como tampoco ningún animal; propaga su especie sin saber por qué lo hace y se somete a todas las molestias y trabajos, aun bajo el clima más inclemente, con tal de sobrevivir. Este simple, profundo e insustituible sentimiento de la existencia es, pues, la felicidad, diminuta gota de aquel piélago insondable, de Aquel que es la felicidad infinita, que está en todas las cosas y siente y goza en todas ellas. De ahí vienen la alegría y el buen humor indestructibles que algunos europeos admiran en la faz y la vida de ciertos pueblos extraños, porque él no los siente en sí con su constante inquietud; de ahí también esa abierta benevolencia, la liberalidad natural de todos los pueblos felices de la tierra que no fueron obligados a la venganza o defensa de sus derechos. Según las informaciones de observadores imparciales, es esto un fenómeno tan extendido en toda la tierra que yo lo llamaría el carácter de la humanidad simplemente, si no fuera igualmente característico de la naturaleza humana en su desgraciada duplicidad, el reducir y limitar la abierta benevolencia, la amabilidad servicial y la alegría en sí misma y en otros para armarse, con o sin motivo, contra futuras penurias. Una criatura feliz en sí misma, ¿por qué no ha de gozar de ver a otras felices también y contribuir, en cuanto pueda, a aumentar la dicha de los demás? Sólo porque nosotros mismos, acosados por la indigencia, estamos siempre necesitados de tantas cosas y lo vamos estando cada vez más por nuestras propias malas artes y astucia, nuestra existencia se va estrechando y las espesas nubes de recelo, la aflicción, las molestias y preocupaciones ensombrecen un rostro que estaba creado para la alegría franca y comunicativa. Pero también aquí la naturaleza tuvo de su mano el corazón humano, y donde no pudo darramar sus dones a satisfacción, trató por lo menos de apaciguarlo con la misma negativa. El europeo no tiene idea de las ardientes pasiones y los fantasmas que agitan el pecho del negro, y el indio no puede concebir las concupiscencias siempre inquietas del euro-

existencia
Cavilaa

Cf. Wirth
el suicida

peo que le precipitan de continuo a cruzar mares y Continentes. El salvaje que no posee una ternura desbordante externamente, la tiene empero, en tanto mayor grado disimulada bajo apariencias tranquilas y sosegadas. La llama de la benevolencia se apoya pronto donde chisporrotea cual fuegos artificiales. En una palabra: el sentimiento humano se manifiesta en todas las formas que tuvieron lugar en nuestro globo en los diversos climas, circunstancias y organizaciones de los hombres; mas en todas partes vemos que la felicidad de la vida no se halla en la multitud confusa de emociones y pensamientos, sino en la justa proporción que guardan con el goce real e interno de nuestra existencia y lo que juzgamos que le es propio. En ningún lugar de la tierra florece sin espinas la rosa de la felicidad, mas lo que nace de estas espinas es siempre y en las más variadas apariencias la efímera pero hermosa rosa de la alegría humana de vivir.

Si no me equivoco, estas simples premisas cuya verdad experimenta cada uno en el propio pecho, nos permitirán ahora trazar algunas líneas que eliminen por lo menos algunas de las dudas y errores sobre el destino humano. ¿Qué significa, por ejemplo, que el hombre que conocemos en esta vida tenga por fin un crecimiento indefinido de sus potencias anímicas, una progresiva extensión de sus sentimientos y su acción, y hasta que haya sido hecho para el Estado como fin supremo de su especie, de manera que todas las generaciones han sido hechas sólo para la última que se entroniza sobre las ruinas de la felicidad de todas las precedentes? Bastan el aspecto que ofrecen nuestros hermanos sobre el haz de la tierra así como la experiencia individual de cada vida humana, para refutar semejantes suposiciones sobre los planes de la Providencia creadora. Ni nuestra cabeza, ni nuestro corazón, ni nuestra mano están hechos para una plenitud siempre creciente de sentimientos e ideas, ni nuestra vida ha sido planeada para ello. ¿Acaso no se marchitan nuestras fuerzas máspreciadas lo mismo que un día florecieron? Más aún: no van cambiando entre sí con el pasar de los años y circunstancias, revelándose unas a otras en amigable contienda, o mejor dicho, en un corro que da vuelta sin cesar? ¿Y quién no sabe por experiencia propia que una extensión indefinida de sus sentimientos no hace más que debilitarlos y destruirlos dejando volar por los aires como copo insustancial lo que debía ser un grueso y resistente cabo de amor, y engañando a los demás? Puesto que no podemos amar a los otros más ni de otra manera que a nosotros mismos —pues los amamos como parte de nosotros, o mejor dicho, nos amamos a nosotros en ellos—, hay que conceder que es dicha el alma que abarca mucho, cual un espíritu superior, con su acción eficiente, incorporándose todo con una actividad benéfica incesante; pero tanto más desdichada aquella otra que diluyendo sus

sentimientos en huecas palabras, no sirve ni para sí ni para los demás. El salvaje que se ama a sí mismo, como ama a su mujer y a sus hijos, con serena alegría, y arde en moderado fervor por su tribu y su propia vida, es, creo yo, una criatura más real y sincera que una de aquellas sombras doctas que se embriagan de un amor embelesado por todas las otras sombras de su nobilísima estirpe, es decir, de un título altisonante. En su pobre choza tiene lugar aquél para todo caminante que le solicita albergue, y a quien acoge con una bondad sin discriminaciones, sin preguntarle siquiera de dónde viene. En el corazón engreído del ocioso cosmopolita no hay lugar ni refugio para nadie.

¿Cómo es posible no ver, hermanos míos, que la naturaleza puso todo su empeño no en hacernos crecer en extensión, sino, por el contrario, en profundidad, acostumbrándonos a los límites de nuestra vida? Nuestros sentidos y potencias tienen su medida; las horas de nuestros días y edades se relevan unas a otras. Es, por lo tanto, un espejismo de la fantasía que el hombre y el anciano se crean todavía adolescentes. Y ¿qué diremos de esa voluptuosidad del alma que, adelantándose a la misma concupiscencia, se ve transformada al instante en sensación de asco? ¿es un placer paradisiaco o más bien el infierno de Tántalo, el eterno trajín de las Danaides absurdamente torturadas? Tu único arte necesario, oh hombre, en esta vida, es guardar la justa medida; la alegría, hija del cielo, que andas buscando, está al alcance de tu mano, está dentro de ti, hija de la sobriedad y del gozo sereno, hermana de la frugalidad y conformidad con tu existencia en la vida como en la muerte.

Aún menos comprensible es cómo el hombre podría haber sido hecho para el Estado de suerte que su verdadera felicidad nazca con la institución del Estado. ¡Cuántos pueblos de la tierra no saben nada de tal Estado y viven, no obstante, más felices que tantos benefactores crucificados del Estado! No quiero extenderme aquí sobre el daño o provecho que tales instituciones artificiales traen consigo; mas como quiera que todo artificio no es más que un instrumento, y cuanto más artificioso sea el instrumento, más difícil y delicado será su uso, es manifiesto que con la grandera de los Estados y la mayor complejidad de su composición crece necesariamente y en gran medida el peligro de multiplicar el número de individuos desdichados. En los grandes Estados, centenares deben pasar hambre para que uno lleve una vida de calavera y sibarita. Miles y miles son oprimidos y arrojados a la muerte para que una cabeza coronada, idiota o sabia, pueda llevar a cabo sus fantasías. Y puesto que, como aseveran todos los doctores de las ciencias políticas, todo Estado bien constituido debe ser una máquina donde únicamente gobiernan las ideas de uno solo, ¿cómo podrá proporcionar una felicidad superior a la de servirle en calidad de miembro sin ideas,

ixion (ahelo de los
concejos)

cuando no tiene el honor de verse atado, contra ciencia y conciencia, por toda la vida sobre una rueda de Ixionte, que no deja al condenado otro consuelo que el de ahogar las últimas actividades de su alma libre e independiente y buscar su felicidad en la insensibilidad de una máquina? Oh, si somos hombres, demos las gracias a la Providencia por no haber fijado allí el fin de la humanidad. Millones de hombres sobre la tierra viven sin Estado y ¿acaso no tiene que comenzar cada uno de nosotros por donde lo hace el salvaje si quiere ser feliz aunque viva en el Estado más artificialmente organizado, a saber, conquistando y conservando su salud y sus fuerzas animicas, la felicidad de su hogar y la de su corazón por sí mismo, y no por medio del Estado? Padre y madre, marido y mujer, hijo y hermano, amigo y hombre, son relaciones naturales que pueden otorgarnos la felicidad; todo cuanto el Estado pueda darnos será siempre artificial, pero, por desgracia, puede robarnos algo mucho más esencial: ¡a nosotros mismos!

Bondadosa fué, pues, la Providencia al preferir la dicha más fácil del individuo a los fines artificiales de las grandes sociedades y liberar, en lo que le fué posible, las épocas de esas costosas maquinarias estatales. Con admirable acierto distribuyó los pueblos no sólo por selvas y montañas, mares y desiertos, ríos y climas, sino también por idiomas, inclinaciones y caracteres, con el único fin de poner dificultades a la obra del despotismo esclavizante y no permitir que todas las partes del mundo fuesen encerradas en el interior de un caballo de Troya. Felizmente, hasta ahora ningún Nemrod logró acorralar a los habitantes del mundo en un aprisco en provecho de él y su estirpe, y se puede aseverar que si la finalidad de la Europa confederada fuera desde hace siglos desempeñar el papel del tirano que impone su felicidad a la fuerza a las naciones de la tierra, la diosa de la fortuna está aún muy lejos de haber conseguido su propósito de traer la felicidad a los mortales. Débil e infantil hubiera sido la obra de la naturaleza creadora si ella hubiese esperado la realización del destino único y auténtico de sus hijos: el de ser felices, de las construcciones artificiales de unos advenedizos de última hora, confiando a sus manos el fin de la creación. Vosotros, hombres de todos los Continentes que hace milenios habéis pasado, no habríais vivido de verdad, abonando tan sólo el suelo con vuestra ceniza para que al fin de los tiempos vuestra posteridad hallara la salvación gracias a las bendiciones de la cultura europea. Si tal pensamiento no fuera demasiado risible, ¿qué le faltaría para ser una grave ofensa de la majestad de la naturaleza?

Si hay felicidad en esta tierra, debe hallarse en toda criatura sensible; más aún, le tiene que ser innata por naturaleza y cualquier artificio auxiliar tendrá que amoldarse a lo que es natural en

orden a su felicidad. Cada hombre lleva en sí la medida de su dicha: le está impresa la forma hacia la que debe evolucionar y dentro de cuyos límites puede únicamente llegar a ser feliz. Justamente por esto la naturaleza agotó la variedad de formas humanas en la tierra para que cada una encontrara su felicidad a su tiempo y lugar, engañando de este modo a los mortales sobre las penurias de la vida.

LIBRO NOVENO

I

POR MÁS QUE LE AGRADE AL HOMBRE HACERSE LA ILUSIÓN DE QUE ESTÁ PRODUCIENDO TODAS LAS COSAS POR SÍ SOLO. DEPENDE, SIN EMBARGO, DE LOS DEMÁS EN EL DESARROLLO DE SUS APTITUDES

No son solamente los filósofos quienes han querido hacer de la inteligencia humana una potencia pura que tiene su origen en sí misma, independiente de los sentidos y órganos; también el hombre sensitivo, en el sueño de su vida, cree que todo cuanto él es, lo ha llegado a ser por sí solo. Este error es explicable, especialmente en el hombre sensitivo. La sensación de la propia actividad que le ha impreso el Creador, le estimula a la acción y lo halaga con el más dulce de los premios, que es la conciencia de una acción llevada a cabo por sí mismo. Olvidados quedan los años de su niñez; la semilla que entonces recibió y la que sigue recibiendo diariamente, duerme en las profundidades de su alma; el hombre ve y goza solamente del nuevo retoño, se regocija de su crecimiento y de sus ramas cargadas de frutos. El filósofo, en cambio, que conoce por la experiencia la génesis y la extensión de una vida humana y que podría seguir eslabón por eslabón la cadena de la evolución de nuestra especie en la historia, como todo cuanto ve le recuerda la relación de dependencia, juzga que no le debería resultar demasiado difícil volver a nuestro mundo real desde su mundo idealista, donde se siente tan aislado como suficiente.

VS Ka
razon
potencia
pura
siml

Tan poco como un hombre tiene su origen en sí mismo por su nacimiento natural, tan poco es autónomo en el uso de sus potencias espirituales. No sólo el germen de nuestras predisposiciones reviste carácter genético lo mismo que nuestro cuerpo, sino que también todo el desarrollo de este germen depende del destino que nos traslada aquí o allá, y nos proporciona en diversos años y épocas tales o cuales medios auxiliares de formación. Ya el ojo debió aprender a ver, el oído a escuchar; y a nadie se le oculta con cuánto esfuerzo nos apoderamos del principal instrumento de nuestro trabajo intelectual: el lenguaje. Es evidente que la naturaleza ha equipado todo nuestro mecanismo, incluso la estructura y duración de

las diversas edades del hombre, con miras a estas ayudas venidas de fuera. El cerebro de los niños es todavía blando y pende del cráneo. Poco a poco va formando sus circunvoluciones, adquiere mayor firmeza con los años hasta que paulatinamente se endurece para, finalmente, no recibir nuevas impresiones. Así son también los miembros del niño, así sus instintos: aquéllos tiernos y aptos para la imitación; éstos absorben cuanto ven y oyen con admirable atención y vitalidad. El hombre es, por lo tanto, una máquina de admirable diseño, dotada de predisposiciones genéticas y la plenitud de la vida; pero esta máquina no se pone en funcionamiento por sí sola y aun el hombre más capaz debe aprender su manejo. La razón es un agregado de percepciones y hábitos de nuestra alma, una resultante de la educación de nuestra especie que el educado perfecciona finalmente en sí mismo conforme a moldes que recibe de fuera y realizando en su persona la obra de un artista que lo modela desde fuera.

He aquí el principio de la historia de la humanidad sin el cual no existiría tal historia. Si el hombre recibiera todo de sí mismo y lo desarrollara todo independientemente del mundo externo, tendríamos la historia de un hombre, pero no la de los hombres, es decir, de toda la especie humana. Pero puesto que nuestro carácter específico consiste precisamente en que, nacidos casi faltos de instintos, nos vamos haciendo hombres a fuerza de las ejercitaciones de toda una vida, y basándose en ello tanto la perfectibilidad como la corruptibilidad de nuestra especie, la historia de la humanidad se hace forzosamente un solo conjunto, es decir, una cadena de la convivencia social y la tradición formadora desde el primer eslabón hasta el último.

Por lo tanto, existe una educación del género humano precisamente porque cada hombre se hace hombre solamente a fuerza de educación y porque toda la especie no vive sino en esta cadena de individuos. Si alguien dijera que lo que se educa no es el individuo sino la especie, hablaría para mí en un lenguaje ininteligible, ya que género y especie son conceptos abstractos mientras no existan en individuos concretos. Si atribuyera yo a este concepto abstracto todas las perfecciones de la humanidad, de la cultura y de las luces que permite un concepto idealista, habría dicho tanto de la verdadera historia de nuestra especie como si hablara de la animalidad, de la "petreidad" o de la "metaleidad" en general, adornándolas con los atributos más brillantes pero contradictorios en los individuos tomados aisladamente. Mas nuestra filosofía no ha de seguir por estos senderos de la filosofía de Averroes según la cual todo el género humano posee solamente un alma, y ésta de baja estofa, la que se comunica sólo parcialmente a cada individuo. Si, por el contrario, quisiera reducir todo lo humano a los seres individuales ne-

gando la conexión que los une, me pongo nuevamente en contradicción con la naturaleza humana y el evidente testimonio de su historia, pues ningún individuo se ha hecho hombre por sí mismo. Toda su estructura humana está conectada con sus padres mediante una generación espiritual llamada educación, lo mismo que con sus amigos, maestros y todas las circunstancias en el curso de su vida, es decir, con su pueblo y sus antepasados o sea, finalmente con toda la cadena que forma su especie, la cual es responsable con alguno de sus eslabones de tal o cual de sus potencias psíquicas. Así se llega de los pueblos en último término a las familias por las cuales se asciende hasta los patriarcas y fundadores de la tribu; la corriente de la historia conduce hasta sus fuentes. De esta manera, toda la tierra habitada toma el cariz de un gran colegio de nuestra familia humana, con muchos departamentos, clases y dependencias en las cuales, empero, se dicta un solo tipo fundamental de lecciones, heredadas, no obstante sus diversos apéndices y modificaciones, desde los primeros padres a través de todas las generaciones hasta nosotros. Ahora bien: si respecto tan sólo de la inteligencia limitada de un maestro de escuela, no abrigamos dudas de que debe haber tenido sus razones para hacer la división de materias y clases para sus alumnos; y por otro lado encontramos que en todas partes el género humano se halla bajo la acción de una especie de educación cuidadosamente planeada, aunque siempre en consonancia con las exigencias de la época y el sistema de colonización respectivo —considerando, por último, la estructura de la tierra y su relación con los hombres—, ¿en que cabeza cabe la duda de que el Creador de nuestra especie ha determinado en qué latitudes y a qué distancia han de habitar las naciones y que tomó esta determinación en su carácter de maestro del género humano? ¿Acaso el que contempla un buque negará la intención que con él perseguía el constructor? Y el que compara la obra de arte de nuestra naturaleza con cada uno de los diversos climas de nuestra tierra, ¿podrá librarse de la impresión de que, al crearse la tierra, la diversidad climática de tanta variedad de tipos humanos se operó también con miras a la educación espiritual? Mas puesto que el lugar donde se habita no lo hace todo, siendo necesarios seres vivos semejantes a nosotros para instruir, habitar y formarnos, me parece que la existencia real de una educación del género humano y de una filosofía de su historia es tan cierta como que hay humanidad, es decir, cooperación de individuos que es solamente la que nos hace hombres en el sentido propio de la palabra.

De inmediato también se nos hacen evidentes los principios de esta filosofía simples e inequívocos como lo es la antropología misma: son ellos la tradición y las fuerzas orgánicas.

* Herder lleva a un extremo el sentido (humano) de la máquina humana: si es máquina entonces no puede ponerse en funcionamiento o a sí misma

principios de la filosofía de la historia: tradición y fuerzas orgánicas

Toda educación se opera por medio de la imitación y el ejercicio, o sea, por la transición de la figura del modelo a la cosa imitada. ¿Qué mejor denominación podríamos darle que la de tradición? El que realiza la imitación debe poseer la capacidad de asimilar lo imitado o imitable y transformarlo en sustancia propia lo mismo que el alimento. Solamente su capacidad de absorción determina, pues, de quién, qué cosa y cuánto ha de asimilar y de qué manera se lo apropie, aproveche y utilice. De esta manera la educación de nuestra especie es genética y orgánica bajo un doble aspecto: genética por la transmisión y orgánica por la asimilación y aplicación de lo transmitido. Para darle un nombre a esta segunda génesis del hombre que abarca toda su vida podemos, partiendo del cultivo del agro, llamarla cultura, o también, tomando la imagen de la luminosidad del esclarecimiento, denominarla período de las luces; pero cualquiera que sea el nombre que elijamos, la cadena de la cultura y de las luces se extiende entonces hasta los confines de la tierra¹. También el habitante de California y Tierra del Fuego aprendió a fabricar el arco y las flechas para utilizarlos luego; posee un lenguaje de conceptos, tiene ejercicios y artes que aprendió como los aprendemos nosotros; siendo así, pues, ha sido cultivado e iluminado por las luces, bien que sólo en grado infimo. La diferencia entre pueblos beneficiados y no beneficiados por las luces, entre los pueblos de cultura y los que no lo son, es, por consiguiente, no específica sino sólo gradual. El cuadro de las naciones ofrece en este aspecto infinitos matices que cambian con las circunstancias de tiempo y lugar, por lo cual también aquí, como en la contemplación de cualquier pintura, todo depende del punto de vista desde donde se miran las figuras. Si partimos de que la noción de la cultura se define por la cultura europea no hay que extrañarse de que la cultura se encuentre solamente en Europa; si además fijamos distinciones arbitrarias entre la cultura y las luces, ninguna de las cuales puede existir sin la otra si son lo que deben ser, nos alejamos aún más de la verdad. Pero si permanecemos con los pies sobre la tierra para considerar en su extensión más amplia lo que la naturaleza conocedora de los fines y carácter de sus criaturas nos propone como formación humana, se hallará que ésta no es otra que la tradición de una educación para alguna forma de vida y felicidad humana. Esta tradición está tan difundida como el género humano mismo y a menudo se muestra más activa entre los salvajes aunque limitada a una esfera reducida. Mientras el hom-

¹ El autor juega aquí con la palabra "Aufklärung", que corresponde a las expresiones castellanas: "ilustración" o "época de las luces", de la cual él era alto exponente, con la manifiesta intención de hacer pasar la época de las luces por la cumbre del desarrollo que había alcanzado la educación del género humano. (N. del T.).

bre permanezca en compañía de hombres no puede sustraerse a esta cultura formativa o deformante; la tradición se apodera de él, informa su mentalidad y sus miembros. Cual sea la tradición y la maleabilidad del hombre, tal será su forma definitiva. Hasta niños que crecieron entre animales, si habían vivido durante algún tiempo entre hombres, conservaron algo de cultura, como lo demuestran casi todos los ejemplos conocidos; un niño, en cambio, a quien desde el primer instante se entregara a una loba, sería el único hombre sin cultura alguna en la tierra.

¿Qué se sigue ahora de esta premisa, confirmada por toda la historia de nuestra especie? En primer lugar, un principio que da a nuestra vida, y también a las presentes consideraciones un aliento y un consuelo: si el género humano no se ha hecho a sí mismo y si por el contrario descubre en su naturaleza predisposiciones que no pueden admirarse nunca lo suficiente, entonces la sapientísima bondad paternal del Creador debe manifestarse también en la determinación de los medios para el desarrollo de estas predisposiciones. ¿Por ventura el ojo humano fué creado en vano con tanta belleza? ¿No encuentra, apenas se abre a la vida, delante de él, el aureo rayo luminoso que ha sido creado para el ojo como éste para aquél, completando de esta manera la sabia organización del órgano visual? Lo mismo acontece con todos los sentidos y órganos, los cuales hallan los medios para su perfeccionamiento en el ambiente para el cual fueron creados. Y los sentidos y órganos espirituales de cuyo uso dependen el carácter del género humano y la especie y la medida de su felicidad, ¿habían de gobernarse por una ley distinta? ¿Justamente aquí había de fallar el Creador con su intención, que, por lo tanto, es la de toda la naturaleza, y por cuanto depende de la cooperación de las fuerzas humanas? ¡Imposible! Cualquier desvarío al respecto debe tener su fundamento en nosotros, al atribuir al Creador fines erróneos o frustrar los verdaderos por lo que a nosotros se refiere. Mas como también esta frustración debe tener sus límites y ningún plan de la sabiduría increada puede ser cambiado por una criatura salida de sus manos, tengamos por cierto y averiguado que la intención de Dios respecto del género humano en la tierra será reconocible inequívocamente hasta en las partes más embrolladas de su historia. Todas las obras de Dios tienen esta propiedad de que formando parte de un todo que no se deja abarcar por nuestra vista, sea, no obstante, cada una un todo completo en sí mismo que lleva impreso el carácter divino de su destino. Así sucede con las plantas y animales, y ¿había de ser de otro modo en el caso del hombre, de suerte que, por ejemplo, miles de hombres habrían nacido con miras a uno solo, todas las generaciones nacidas solamente para la última, todos los individuos solamente para la especie, es decir, para el fantasma de un concepto

Plan providencial, si, pero actualizado y válido en cada parte del todo

abstracto? No es éste el modo de proceder de la Sabiduría infinita; no suele hacer juegos de manos ni trucos con sombras chinecas; en cada uno de sus hijos se ama a sí mismo con un amor paternal cual si esta criatura fuera la única del mundo. Todos sus medios persiguen un fin, todos sus fines son, a su vez, medios para fines superiores en los que el Infinito se revela llenándolo todo con su ser. Por lo tanto, lo que es y puede llegar a ser cada hombre, esto es el fin del género humano; ¿y qué es esto? Su humanidad y felicidad en este lugar, en este grado, para este y no otro eslabón de la cadena total de la evolución que se extiende por toda la especie. Quienquiera que seas y dondequiera que hayas nacido, oh mortal, allí eres el que te estaba destinado que fueras. ¡No dejes tu lugar en la sucesión de eslabones que forman la cadena, ni quieras ser superior a ella, sino adhiérete firmemente a ella! Solamente ocupando tu lugar dentro del conjunto, con lo que das y recibes, en constante actividad, hallarás la vida y el sosiego.

Segundo. Por más que al hombre le halague que la divinidad le haya aceptado como ayudante dejando su educación a su propio cuidado y al de sus semejantes, con todo se manifiesta precisamente en este medio elegido por Dios la imperfección de nuestra existencia terrena, por cuanto no somos todavía hombres propiamente dichos, sino que nos estamos haciendo hombres a diario. ¡Qué pobre es esta criatura que no posee nada por sí misma, todo lo recibe por modelos, enseñanza y ejercicio y se moldea en consecuencia cual si fuera de cera! Si alguno se siente tentado de soberbia a causa de su brillante inteligencia, eche una mirada sobre sus hermanos sobre el haz de la tierra, o escuche su historia variada y disonante. ¿Cuál es la barbaridad que no haya podido adquirir categoría de costumbre en un hombre, una nación y hasta un conjunto de naciones, hasta el punto de que muchos de ellos y por ventura los más llegaron a comer la carne de sus semejantes? ¿Cuál es la superstición estúpida que no haya encontrado aquí y allá una tradición que la consagrara? Ningún ser dotado de razón puede estar por debajo del hombre, que por toda su vida no sólo es niño por la inteligencia que posee, sino además alumno permanente de la inteligencia ajena. Según sean las manos en que le toque caer, será la formación alcanzada por él, y no creo que haya alguna forma posible de costumbres humanas que no fuese practicada por algún individuo o pueblo pasado o presente. Todo cuanto cabe de vicios y horrores va desfilando por la historia hasta que, por fin, acá y acullá aparece una forma más elevada de pensamientos y virtudes humanas. No puede ser de otro modo habiendo dispuesto el Creador que el medio de formación de nuestra especie fuese esta misma especie. Los errores habían de heredarse lo mismo que los pocos tesoros de la sabiduría; el camino de la humanidad se fué asemejando a un laberinto donde los des-

víos abundan por todos lados y sólo unos pocos senderos conducen al verdadero fin. Bienaventurado el mortal que encaminó sus pasos y los de sus hermanos hacia este fin, o cuyos pensamientos, inclinaciones y votos o tal vez sólo la serena luz que irradiaba su ejemplo impulsaron a sus semejantes a una más bella humanidad. No de otra manera ejerce Dios su acción sobre la tierra, sino por medio de hombres elegidos y de gran convergadura. Para la religión y el idioma, las artes y las ciencias y los mismos gobiernos, no hay corona más hermosa que el laurel del adelanto moral de las almas humanas. Nuestro cuerpo se pudre en el sepulcro y el recuerdo de nuestro nombre pronto palidece y pasa al reino de las sombras; sólo incorporándonos a la voz de Dios, es decir, a la tradición formadora, perdura nuestra acción, aunque anónimamente, en las almas de los nuestros.

Tercero. La filosofía de la historia que sigue fielmente la cadena de la tradición, es, por lo tanto, la única verdadera historia de la humanidad, sin la cual todos los acontecimientos externos del mundo no son más que humo o fantasmas espantosos. Horrendo es el aspecto de las revoluciones que amontonaron ruinas sobre ruinas, eternos comienzos sin fin, trastornos del destino sin intención duradera. Sólo la continuidad de la cadena formativa sabe ordenar tantas ruinas en un conjunto donde, si bien desaparecen las figuras humanas, sobrevive victorioso el espíritu de la humanidad. Gloriosos los nombres que brillan en la historia de la cultura cual genios del género humano, estrellas rutilantes en la noche de los tiempos. Aunque con el transcurrir de los siglos se desmoronó más de una piedra de los edificios que construyeron, y buena parte del oro que almacenaron fué relegado al olvido, el esfuerzo de su vida mortal no se ha perdido, pues lo que la Providencia pudo salvar de su obra, revivió mudando sus apariencias. Ningún monumento humano puede perdurar en la tierra en su integridad ya que, erigido por la corriente de las generaciones en el tiempo y para el tiempo, se hace perjudicial para la posteridad tan pronto como obstruye u obstaculiza nuevos esfuerzos. También la figura transitoria y la imperfección de toda obra humana estaba incluida en el plan del Creador. La estupidéz fué necesaria para que la superase la sabiduría. La caducidad también de las obras más bellas era inherente a la materia en que fueron ejecutadas a fin de que el renovado afán constructor y reformador del hombre edificara sobre las ruinas; porque todos estamos aquí tan sólo en una planta de ensayos. Cada actor tiene que abandonar tarde o temprano la escena, y pudiendo serle indiferente lo que la posteridad decida hacer de su obra, hasta repugnaria a un espíritu bien nacido que las generaciones venideras adoraran con inercia estúpida su legado en vez de lanzarse a nuevas empresas. El, por su parte, se alegra de este renovado esfuerzo, pues de este

9
el fin del
género
humano

6
3
Voz de
tradición
formadora

sin la tra
dición no
habría
comienzo
fin

(t. He)

Planta de
ensayo
actor

264
la historia variada y disonante
es { de variación social
comienzos sin fin
llevando a montañas de ruinas

265
si no perdimos la trad. formadora, la voz de Dios, la cadena
de la cultura que entra toda la tierra y toca a través de
todos los individuos hasta la Providencia

mundo no se llevó consigo más que su vigor redoblado, el abundante fruto interior de su humano batallar.

¡Áurea cadena de la cultura que enlazas toda la tierra y tocas a través de todos los individuos hasta el trono de la Providencia desde que me fué dado reconocerte en tus eslabones más gloriosos y seguir tus huellas a través de los sentimientos de padres y madres, amigos y maestros, la historia ya no es para mí lo que antes parecía: una devastación sacrilega sobre una tierra sagrada! Miles de crímenes vergonzosos están allí, paliados con despreciables elogios; mil otros les hacen compañía apareciendo en toda su fealdad; y, sin embargo, no logran sino hacer resaltar los contados méritos de la auténtica acción humana, que siempre marchó sobre nuestra tierra a paso quedo y escondido y pocas veces soñó con las consecuencias que la Providencia sabría sacar de su vida como hizo brotar el espíritu de la materia. Sólo bajo las ráfagas de la tormenta pudo crecer la noble planta; sólo por la resistencia contra pretensiones ilegítimas pudo salir victorioso el dulce esfuerzo del hombre; más aún: en ocasiones parecía que iba a sucumbir bajo la carga de su pura intención; pero no fué así, no sucumbió. La semilla salida de las cenizas floreció tanto más hermosa en el futuro y regada con sangre creció hasta alcanzar la corona de la inmortalidad. De ahí que la maquinaria de las revoluciones no logre ya desorientarme: ella es tan necesaria para nuestra especie como las olas para la corriente, a fin de que no se convierta en un pantano estancado. El genio de la humanidad florece siempre rejuvenecido y sigue su marcha palingenética a través de stirpes, pueblos y generaciones.

La imaginación de la revol. (H. Kant) se transforma p/ la revolución es sólo de una disposición moral en la humanidad

II

EL MEDIO POR EXCELENCIA DE LA CULTURA HUMANA ES EL LENGUAJE

En el hombre y hasta en el mono se encuentra un curioso instinto de imitación que en manera alguna es resultado de un razonamiento conceptual sino fruto inmediato de una simpatía de origen orgánico. Así como una cuerda hace vibrar otra y con una mayor densidad y homogeneidad de los cuerpos crece también su poder vibratorio, así también ocurre con la organización humana, la más refinada de todas y como tal mejor templada para reflejar y sentir en sí misma el sonido de todos los otros seres. La patología demuestra que no sólo afectos y heridas físicas sino hasta la locura pueden propagarse a base de simpatía.

En los niños, los efectos de estas ondas de igual frecuencia pueden observarse en grado superlativo; precisamente para esto había de permanecer su cuerpo por tantos años en un estado comparable a un arpa que resuena fácilmente en respuesta a las vibraciones que percibe. Hechos y gestos y hasta pasiones y pensamientos se transmiten insensiblemente a ellos de suerte que estén por lo menos predispuestos, o templados, para lo que todavía no pueden realizar, siguiendo en ello, sin saberlo, un instinto que es una especie de asimilación espiritual. No de otra manera se presentan las cosas entre los hijos de la naturaleza, los pueblos salvajes. Actores natos de pantomima imitan todo cuanto se les relata o que ellos desean expresar con gran vivacidad, y así, en sus danzas, juegos y bromas se manifiesta su verdadera mentalidad. Imitando, su fantasía se incorporó estas imágenes; en imágenes tipos de esta índole consiste el acervo de su memoria y su lenguaje; de ahí también que sus pensamientos pasen tan fácilmente a la acción y la tradición viva.

Mas con toda esta mímica no habría alcanzado el hombre la característica de su especie: la inteligencia; a ella llega únicamente por medio del lenguaje. Detengámonos un poco en este prodigio de una disposición divina; tal vez, después de la creación de los seres vivos, sea el mayor de cuanto hay en la tierra.

Si alguien nos propusiera una adivinanza de cómo las imágenes percibidas por la vista y todas las sensaciones de nuestros diversos sentidos se pudieran no solamente convertir en sonidos, sino, impregnar estos últimos de su contenido de tal manera que adquirieran fuerza intrínseca para comunicarse expresando y suscitando pensamientos, sin duda que se tendría semejante problema por la ocurrencia de un loco que sustituyendo las cosas más disparatadas y heterogéneas quisiera hacer del color un sonido, del sonido un pensamiento y del pensamiento un sonido que refleja colores. Pues es el caso que la Divinidad ha resuelto este problema con eficiencia. Una emisión de sonido de nuestra boca se convierte en pintura del mundo, es decir, en la tipografía de nuestros pensamientos y sentimientos dentro del alma de nuestro interlocutor. De una diminuta emisión de aire depende todo cuanto los hombres jamás pensaron de humano, anhelaron, hicieron y harán; porque todos vivíamos todavía en la selva si el hálito divino no hubiera aspirado sobre nosotros asentándose cual sonido mágico en nuestros labios. Toda la historia de la humanidad con todos los tesoros de su tradición y cultura no es más que una secuela de esta adivinanza divina resuelta. Lo que la hace más extraordinaria aún es el hecho de que ni después de su resolución y con el uso diario del habla podamos comprender la conexión y cooperación existente entre los instrumentos que en ello intervienen. El oído y el lenguaje mantienen estrecha conexión; pues en los casos de degeneración es manifiesto

lenguaje
acaso
la intelec

que sus órganos son afectados en igual proporción; también advertimos que todo el cuerpo ha sido organizado en orden a esta complementación mutua; pero la índole intrínseca de esta cooperación, no la podemos entender. El que todos los afectos, en particular dolor y alegría se conviertan en sonidos, y que cuanto percibe nuestro oído impulse también la lengua; que imágenes y sensaciones puedan transformarse en símbolos espirituales y éstos, a su vez, puedan ser un lenguaje significativo y conmovedor; todo esto es un conjunto de tantas potencias y facultades, algo así como una alianza voluntaria que el Creador ha querido establecer entre los más diversos sentidos e instintos, fuerzas y miembros de su criatura tan milagrosamente como unió el cuerpo con el alma.

¡Qué extraordinario parece que un tenue movimiento del aire sea el único o, cuando menos, el mejor medio de expresión de nuestros pensamientos y sentimientos! Sin el nexo misterioso que une este hálito con todos los actos de nuestra alma que le son tan desiguales, todos ellos quedarían como no realizados; la delicada organización de nuestro cerebro sería inútil, todo el plan de nuestro ser quedaría incompleto y trunco como lo demuestran los ejemplos de los hombres que se criaron entre animales. Los sordomudos de nacimiento, por más que durante años vivan rodeados de un mundo de gestos y otros símbolos de ideas, se comportan, sin embargo, sólo como niños o animales humanos. Actuaban por analogía conforme a lo que veían y no comprendían, pero sin llegar con tanta abundancia de impresiones visuales a establecer relaciones propiamente intelectivas. Ningún pueblo posee ideas para las cuales no tiene palabras; la contemplación más intensiva permanece en el ámbito del oscuro sentimiento hasta que el alma encuentre el símbolo para incorporarlo mediante la palabra a la memoria, la retrospectión, la inteligencia, para finalmente llegar hasta la inteligencia de los otros hombres y con ello a la tradición. Una inteligencia pura sin lenguaje es tierra utópica en esta vida. Otro tanto ocurre con las pasiones del corazón y todas las inclinaciones sociales. Sólo el lenguaje ha hecho humanos a los hombres encerrando en diques la inmensa marea de sus afectos y dándole símbolos racionales mediante la palabra. No es la lira de Anfión la que construyó ciudades ni una varita mágica la que convirtió desiertos en jardines; lo hizo el lenguaje, el noble vínculo social de la humanidad. Gracias a él se unieron dándose la bienvenida y suscribiendo una alianza de amor. El fué quien promulgó las leyes y federó las estirpes, sólo gracias a él fué posible una historia de la humanidad en formas heredadas por el alma y el corazón. Aún ahora veo a los héroes de Homero y siento los lamentos de Ossian, aunque las sombras de los bardos y sus héroes hace miles de años abandonaron nuestra tierra. Un hálito de la boca les confirió inmortalidad y trae sus figuras ante los ojos

de mi espíritu. La voz de los difuntos resuena en mis oídos y yo oigo sus pensamientos que enmudecieron desde tiempos inmemoriales. Lo que alguna vez excogitó el espíritu humano, lo que pensaban los sabios de la Antigüedad, únicamente por el lenguaje llegará hasta mí, si así lo ha dispuesto la Providencia. Gracias a él mi alma pensante comunica con el alma del primero y tal vez con el último de los hombres racionales; en una palabra, el lenguaje es el distintivo característico de nuestra inteligencia por el cual ésta toma forma y se propaga.

Pero hasta aguzar la vista para ver cuán imperfecto es este medio de nuestra cultura, no sólo como instrumento de la inteligencia sino también como vínculo de hombre a hombre, hasta el punto de que casi no cabe imaginar un tejido más tenue, volátil y efímero que el destinado por el Creador a enlazar nuestra especie. Padre bondadoso: ¿no hubo otro patrón para nuestros conceptos ni una comunicación más íntima de los espíritus y corazones humanos?

1. Ningún lenguaje expresa objetos sino nombres: ninguna inteligencia humana conoce, en consecuencia, objetos, sino solamente sus símbolos a los que designa con palabras: descubrimiento éste que, humillante por demás, asigna límites muy estrechos a toda la historia de nuestro intelecto y le da una apariencia poco sustancial. Toda nuestra metafísica es meta-física, es decir, un registro abstraido y ordenado de nombres que viene detrás (meta) de la observación hecha por la experiencia. Como método ordenativo y registro, esta ciencia puede ser muy útil y tiene que guiar en cierta manera nuestro intelecto organizado en todas las demás; pero considerada en sí misma, en su naturaleza intrínseca, no nos puede dar un solo concepto completo y esencial, ni una sola verdad íntima. Toda nuestra ciencia calcula con símbolos abstraídos, aislados y externos, que no tocan la existencia íntima de un solo objeto, porque carecemos de un órgano adecuado para sentir y expresarla. Ninguna fuerza conocemos en su esencia ni podremos conocerla jamás; pues aun la que piensa y entiende dentro de nosotros, la sentimos y gozamos pero no la conocemos. Por lo tanto, no comprendemos ni un solo nexo entre causa y efecto ya que no tenemos una inteligencia intrínseca de lo que ejerce el influjo causal ni de lo que lo recibe, careciendo en absoluto de un concepto de la esencia de un objeto. Así, pues, nuestro pobre intelecto no es más que un calculador de signos, por lo que se le designa, efectivamente, en varios idiomas.

2. ¿Y con qué realiza sus cálculos? ¿Acaso con los mismos signos que abstraigo previamente, por imperfectos e insustanciales que éstos sean? ¡De ninguna manera! Estos signos son traídos nuevamente en sonidos arbitrarios completamente ajenos a su esencia, con los qua-

0
insuficiencia
del
lenguaje

les piensa el alma. Así, pues, ella calcula con centavos, sonidos y cifras; porque nadie que conozca siquiera dos idiomas diferentes creerá que exista un nexo esencial entre el lenguaje y el pensamiento que expresa. Tanto más cuanto que hay muchísimos más que dos idiomas en la tierra, en todos los cuales calcula el intelecto y se contenta con el simbolismo de un orden arbitrario. ¿Y por qué? Porque el mismo intelecto no posee más que datos no esenciales y, al fin de cuentas, le resulta indiferente designarlos con tales o cuales cifras. ¡Triste perspectiva es ésta para la historia del género humano! Errores y diversidad de opiniones son, pues, por nuestra naturaleza inevitables, no solamente por errores de observación, sino por el origen mismo de nuestras ideas y su propagación por medio del intelecto y el lenguaje. Si pensáramos objetos en vez de signos abstraídos y expresáramos la esencia de las cosas en vez de símbolos arbitrarios, habríamos eliminado el error y las opiniones y nos hallaríamos en el reino de la verdad. Mas ahora, cuán lejos nos encontramos de sus playas aunque creamos estar muy próximos a él, ya que, lo que sé de una cosa no es más que un símbolo extrínseco e incoherente revestido de otro símbolo no menos fortuito. ¿Me comprenderá el oír? ¿Asociará con la palabra la misma idea que yo o por ventura ninguna, para luego pasarla a otros vaciada de todo contenido, a la vez que sigue operando con ella? Así ocurrió con todas las escuelas filosóficas y las religiones. El fundador tenía de lo que decía una idea por lo menos clara aunque no por eso verdadera; sus discípulos y seguidores le entendían a su manera, es decir, asociaban a las palabras de él las ideas de ellos mismos hasta que, al final, sólo resonaban sonidos vacuos en los oídos de los hombres. Todas estas imperfecciones son inherentes a nuestro único medio de propagación de los pensamientos humanos; pero nuestra cultura depende de esta cadena y no nos podemos librar de ella.

Las consecuencias para la historia de la humanidad son importantes.

1. A juzgar por este medio de la cultura elegido por la Divinidad, difícilmente nuestra especie puede haber sido hecha para la sola especulación o la pura contemplación; pues ambas tocan nuestra esfera de manera muy imperfecta. No para la pura contemplación: porque ella o se basa en un engaño, porque ningún hombre conoce la esencia de las cosas, o, por lo menos, permanece incommunicable, ya que no admite signos ni palabras. Apenas un contemplativo puede inducir a otro al camino por el cual llegará a ser partícipe de inimaginables tesoros, y tiene que dejar para él y su propio genio hasta qué punto pueda tener parte en esta contemplación. Necesariamente se abre aquí una puerta a mil tormentos inútiles del espíritu e innumerables clases del más astuto fraude, como lo demuestra la historia de todos los pueblos. Tampoco puede

ser la especulación el destino del hombre ya que en su origen y posibilidades de comunicación no es más perfecta, y demasiado pronto llena las cabezas de sus adoradores con huecas palabras. Más aún: donde estos dos extremos de la especulación y contemplación pretenden mancomunarse para dirigir a los visionarios metafísicos hacia una intelección sin palabras y plena de contemplaciones, allí el pobre género humano va flotando en la esfera de las imposibilidades entre el calor congelado y el frío ardiente. La Divinidad nos ha conducido por un camino más seguro, el camino del justo medio, por obra del lenguaje. Aunque éste no puede proporcionarnos más que conceptos racionales, éstos nos bastan para gozar de la naturaleza, emplear nuestras potencias y nuestra vida en forma sana y promover la cultura humana. No hemos de respirar el éter, para lo cual no ha sido hecha nuestra máquina, sino el sano aroma de la tierra.

¿Y será verdad que en el campo de los conceptos verídicos y útiles los hombres estén tan distantes unos de otros como lo supone la engreída especulación? Tanto la historia de las naciones como la naturaleza del intelecto y del lenguaje me impiden creerlo. El pobre salvaje que ha visto pocas cosas y ha enlazado aún menos conceptos, procedió en su conjunción no de otra manera que los primeros filósofos del mundo. Como ellos se ejercitó en el lenguaje, y por medio de éste su intelecto y su memoria, su fantasía y visión retrospectiva. Que esto se haya realizado en mayor o menor escala, nada tiene que ver respecto de la manera específicamente humana con que lo hizo. El sabio de Europa con fama mundial no puede nombrarnos una sola potencia psíquica que le sea exclusiva; más aún: hasta respecto de la proporción de las potencias y su ejercicio la naturaleza compensó con creces. Así, por ejemplo, en algunos salvajes la memoria, el poder imaginativo, la inteligencia práctica, la rapidez de decisión, el buen juicio, son expresión evidente de un florecimiento que se halla pocas veces entre las inteligencias supercultivadas de los sabios europeos. Éstos, en cambio, calculan con sus conceptos verbales combinaciones infinitamente refinadas y artificiosas en las que no piensa el salvaje; pero ¿acaso una máquina calculadora sentada es de por sí el modelo de todas las perfecciones humanas, su felicidad y su vigor? Decid que aquél piense en imágenes lo que no es capaz aún de pensar en abstracto; aunque no poseyera todavía ningún concepto desarrollado, es decir, ninguna palabra de Dios, pero gozara, de hecho, de Dios como del Gran Espíritu activo de la creación que influye benéficamente en su vida, viviría, sin embargo, agradecido, por cuanto viviría con satisfacción, y si no sabe demostrar con palabras la inmortalidad de su alma, creyendo en ella, entrará en el gran país de sus antepasados con menor ánimo que muchos de los sabios de la palabra atormentados por las dudas.

los salvajes no tienen capacidad de abstracción, etc

Herder: id y que son los sabios europeos como máquinas de

P
vs.
sabios
europeos
cf.
disputa
por la
diferencia

Adoremus, por lo tanto, la benigna Providencia que con el medio imperfecto pero universal del lenguaje hizo iguales en su interior a todos los hombres, más de lo que parece por su aspecto exterior. Todos llegamos al uso de la razón únicamente por el lenguaje, y por éste a la tradición mediante la fe en la palabra de nuestros mayores. Así como resultaría el peor alumno del lenguaje el que en el primer uso de toda palabra exigiera que se le rinda cuentas sobre el origen de la misma, así también es menester que la fe en cosas tan difíciles como son la observación de la naturaleza y las experiencias, nos acompañe con sana confianza en nuestro viaje por esta vida. El que desconfía de sus sentidos es un necio y terminará perdiéndose en estériles especulaciones; quien, en cambio, ejercita confiado sus sentidos explorándolos justamente por este medio, él solo gana un tesoro de experiencias para su vida humana. A éste le basta el lenguaje con todas sus limitaciones; pues su fin era tan sólo llamar la atención del observador y conducirlo al uso propio y activo de sus potencias anímicas. Un idioma más refinado, y penetrante como el rayo solar, no podría, por una parte, ser de uso común mientras que, por otra parte, sería un verdadero mal para la esfera más grosera de nuestras actuales actividades. Lo mismo ocurre con el lenguaje del corazón: poco es lo que puede decir, y sin embargo dice lo suficiente; digo más: en cierto sentido nuestro lenguaje humano ha sido creado más para el corazón que para el intelecto. El gesto, el movimiento, la misma cosa comunicada pueden venir en ayuda del intelecto; pero los sentimientos de nuestro corazón quedarían sepultados en nuestro pecho si el melódico torrente de los sonidos no los transportara con suaves olas hasta el corazón del otro. También por esta razón el Creador ha elegido la música de los sonidos para órgano de nuestra cultura: un lenguaje de emociones, un lenguaje de padre y madre, de niño y amigo. Los seres que todavía no han podido entrar en íntimo contacto, están hoy como espiando detrás de rejas y cuchichean la palabra: te amo. En unas criaturas cuyo lenguaje fuera el de la luz o ligado a cualquier otro órgano, toda la configuración y cadena de su cultura cambiaría.

2. El más interesante ensayo sobre la historia y las variadas características del intelecto humano sería, por lo tanto, una Filología Filosófica Comparada; pues, en cada uno de los idiomas están expresados el carácter y el intelecto de un pueblo. No sólo los instrumentos del lenguaje van cambiando con las regiones de suerte que casi cada pueblo posee algunas letras y sonidos propios; sino que la misma denominación, hasta la designación onomatopéyica, las expresiones inmediatas del afecto y las interjecciones son diferentes en toda la tierra. En el caso de objetos de la contemplación y de la fría consideración, las diferencias aumentan más aún, y en las expresiones impropias, las locuciones figuradas, la estructura

idionática, la proporción, hipérbaton y sintaxis, las diferencias se hacen abismales, pero siempre de suerte que el genio de un pueblo no se revela en ningún lugar mejor que en la fisonomía de su lenguaje. Por ejemplo, el hecho de que un pueblo prefiera muchos verbos de acción o, por el contrario, muchos conceptos, cómo exprese personas y tiempos, qué orden de conceptos le guste más, todo esto es muy característico y a menudo se manifiesta en rasgos muy delicados. Naciones hay que para el sexo femenino tienen un idioma y para el masculino otro; en otras se distinguen las clases sociales con la sola palabra "Yo". Pueblos de vida activa tienen abundancia de modos; pueblos más cultos multitud de estados circunstanciales de las cosas que han abstraído. La parte más interesante, finalmente, de los idiomas humanos es la designación de sus sentimientos, las expresiones de amor y reverencia, de adulación y amenaza en las cuales las debilidades de un pueblo pueden, a veces, manifestarse hasta llegar a lo ridículo¹. ¿Por qué no puedo nombrar todavía ninguna obra que haya realizado de algún modo el deseo de Bacon, Leibniz, Sulzer y otros, de una fisonomología general de los pueblos a base de sus idiomas? Ya existen numerosas contribuciones para el tema en los libros de enseñanza de idiomas y las obras de ciertos viajeros que visitaron determinadas naciones, y no es de temer que semejante trabajo resultara extenso y dificultoso en extremo si dejando a un lado lo inútil se utilizara tanto mejor lo que aparece con evidencia. Ni faltaría en ningún momento una lección de gracejo a cada paso, ya que el observador contaría con el arsenal más variado de todas las peculiaridades de los pueblos tal como se expresan en su inteligencia práctica, sus fantasías, sus costumbres y modos de vida, verdadero jardín de las flores del género humano, y al final se obtendría la más rica arquitectónica de conceptos humanos y la mejor Lógica y Metafísica del sentido común. El premio está desierto todavía, y habrá de venir otro Leibniz para recogerlo a su debido tiempo.

Otro trabajo similar sería la historia del idioma de algunos pueblos a lo largo de sus revoluciones, para lo cual ofrece un ejemplo elocuente la lengua de nuestra patria. Si bien no se ha mezclado con lenguas extrañas, como ha sucedido con otros idiomas, ha cambiado esencialmente y hasta en la misma gramática desde los tiempos de Otrido. Un estudio comparativo de varias lenguas cultas con las diversas revoluciones de sus pueblos respectivos, con cada rasgo de luz y sombra que aportara nos ofrecería un cuadro en plena evolución de las múltiples formas de desarrollo del espíritu humano el cual, según creo yo, y a juzgar por sus diversos dialectos,

¹ No es éste el lugar para ofrecer ejemplos de tales frases, pues nos llevaría demasiado espacio; los reservamos para otra ocasión.

* fisonom. Gral.

↓ descripción

* Filología Filosófica 272 comparada

sigue floreciendo en todas sus edades en distintas regiones de la tierra. Hay naciones que se hallan en la infancia, la juventud, la pubertad, la edad madura y civil de nuestra especie, y cuántos pueblos e idiomas han nacido por inoculación por parte de otros o de las cenizas de otros desaparecidos.

Finalmente la tradición de las tradiciones: la escritura. Si el lenguaje es el medio de la cultura humana de nuestra especie, la escritura es el medio de la cultura intelectual. Todas las naciones que no adoptaron este medio de la tradición son, según nuestros conceptos, no cultas; las que tomaron parte aunque fuera de manera rudimentaria, se elevaron a la eternización de la razón y de las leyes en los caracteres de su escritura. El mortal que inventó este medio de fijar el espíritu volátil no sólo en palabras sino también en caracteres, hizo la obra de un dios entre los humanos¹.

Mas lo que ya se hacia visible en el caso del lenguaje, lo es mucho más aún en este otro, a saber, que también este medio de eternizar nuestros pensamientos, fijando el espíritu y el habla, los limita y ata de diversas maneras. No sólo que con los caracteres se fueron apagando el acento y el gesto vivo, que antes habían hecho penetrar tan intensamente la locución en los corazones; no sólo que con esto disminuyeron los dialectos, y, en consecuencia, los idiomas característicos de determinadas tribus y pueblos; también la memoria y la fuerza viva del espíritu se fué debilitando con este medio auxiliar artificioso de formas cogitativas preconcebidas. El alma humana habría sucumbido hace mucho bajo tanta doctrina y libros si la Providencia no se hubiera encargado de dar un respiro a nuestro espíritu mediante algunas revoluciones destructoras. Atado a los caracteres, el intelecto acaba por arrastrarse a gatas; nuestras mejores inspiraciones enmudecen en los rasgos muertos de la escritura. Todo esto, empero, no impide que se considere la tradición escrita como la institución más duradera, serena y eficiente de cuantas Dios nos otorgó, por medio de la cual ejercen su influjo las naciones sobre otras naciones, los siglos sobre los siglos, y tal vez andando el tiempo, todo el género humano se una con el lazo de la tradición fraternal.

¹ La historia de este invento y la de otros, en cuanto pertenecen al cuadro completo de la humanidad, se dará más adelante.

III

TODAS LAS CIENCIAS Y ARTES DEL GENERO HUMANO HAN SIDO INVENTADAS POR MEDIO DE LA IMITACIÓN, EL INTELECTO Y EL LENGUAJE

Cualquiera que haya sido el dios o el genio que dió la inspiración al hombre, apenas éste hubo entrado por la vía de conocer un objeto como símbolo al que, luego, sustituyera por un signo arbitrario, es decir, apenas se inició en sus primeros comienzos el lenguaje racional, quedaban abiertos los accesos a todas las ciencias y artes. Pues, ¿qué otra cosa hace el intelecto humano para inventar aquellas sino observar y denominar? Con el arte más difícil, el lenguaje, se poseía, en cierto modo, un modelo para todas las demás.

Así, por ejemplo, el hombre que había captado una denominación simbólica de los animales, poseía con esto el fundamento para domesticar los domesticables, utilizar los utilizables y conquistar la naturaleza en general para sus fines personales. Cada vez que se apropiaba alguna cosa no hacía más que concebir un símbolo de un ser domesticable, utilizable y susceptible de pertenecerle en propiedad para luego designarlo por una palabra o comprobar el concepto mediante un experimento. En la mansa oveja, por ejemplo, observó la leche que mamaba el cordero así como la lana que calentaba su mano al tocarla, y luego trató de apropiarse tanto lo uno como lo otro. En el árbol a cuyos frutos lo atraía el hambre, notó las hojas que le podrían servir de vestido, la madera que se podría convertir en calor, etc. Así montó el caballo para que lo llevase por doquier; de los animales, de la naturaleza, imitó cómo aquellos se protegían y alimentaban, cómo ésta educaba a sus hijos y los apartaba de los peligros. De esta manera se encaminó a todas las artes por nada más que el proceso de alguna característica captada y de su fijación por la acción, un signo; en una palabra: el lenguaje. Por éste, y por él solo, fueron posibles la percepción, el conocimiento, la percepción retrospectiva, la apropiación y una serie ordenada de pensamientos y de esta manera, con el transcurrir de los tiempos, nacieron las artes y ciencias, hijas del intelecto que designaba las cosas con nombres y de una imitación sistemática de las cosas.

Bacon reclamaba ya una teoría de las invenciones; mas como tal teoría sería difícil o, por ventura, inútil, sería más bien una historia de las invenciones la obra docta que los dioses y genios del género humano entregarían a la posteridad para

ejemplo perenne. En todas partes de esta obra se advertiría que el destino y la casualidad proponían a la vista de un inventor alguna nueva característica, a otro un nuevo signo y las más veces relacionando un poco dos ideas, conocidas hacía tiempo, fomentaban un arte que luego ejerció su influjo durante siglos. A menudo un arte era inventada y luego olvidada, su teoría yacía en el olvido hasta que otro más afortunado entregaba la mina de oro a la circulación o movía el mundo con una palanca desde un nuevo punto de apoyo. Acaso no exista ninguna historia que demuestre con tanta evidencia el gobierno del destino humano por fuerzas superiores como la historia de lo que es el orgullo de nuestro espíritu: la invención y perfeccionamiento de las artes. El símbolo y la materia de su signo siempre habían existido desde tiempo atrás; mas ahora fué notado y designado. El origen del arte como del hombre fué un momento de placer, una unión conyugal entre la idea y el signo, entre espíritu y cuerpo.

Si reduzco las invenciones del espíritu humano a este simple principio de su intelecto que conoce y denomina, lo hago con gran reverencia, pues precisamente esto es lo verdaderamente divino en el hombre y su privilegio característico. Todos los que usan un idioma aprendido viven como en un sueño intelectual; piensan con la inteligencia ajena y son sabios de remedo; pues, ¿acaso quien utilice el arte de otro artista será por eso artista él mismo? Mas aquél en cuya alma nacen pensamientos propios y toman cuerpo por sí mismos, el que no ve sólo con los ojos sino también con el espíritu, el que logra espiar a la naturaleza en el mismo secreto de la creación descubriendo nuevas características de sus efectos y utilizándolas para fines humanos mediante instrumentos artificiosos, éste es el hombre propiamente dicho que, por aparecer tan pocas veces, merece llamarse un dios entre los hombres. Él habla y miles imitan sus palabras; él crea y otros juegan con lo que él ha producido; él fué un hombre y acaso los siglos posteriores vuelvan a ser niños. ¡Qué raros han sido siempre los inventores en el género humano, y con cuánta inercia y negligencia nos aferramos a lo que ya poseemos sin cuidar de lo que nos falta todavía! El aspecto que presenta el mundo y la historia de los pueblos nos ofrecen de ello mil ejemplos; más aún: la historia de la civilización nos lo probará hasta la saciedad.

Con las artes y ciencias tenemos, pues, otra tradición más que acompaña el género humano y a cuya cadena sólo unos pocos elegidos tuvieron el honor de añadir un nuevo eslabón; los demás cuelgan de la cadena cual esclavos fieles y serviciales que tiran de ella mecánicamente. Así como un brebaje de azúcar y moras pasó por muchas manos diligentes que lo elaboraron antes de llegar hasta mí que no tengo otro mérito que el de beberlo, así nuestro

intelecto y modo de vida, nuestra sabiduría y cultura artística, nuestra ciencia de la guerra y del Estado es un conglomerado de inventos y pensamientos ajenos que sin ningún mérito nuestro nos llegaron desde todas las partes del mundo y en los cuales desde nuestra infancia nos bañamos o ahogamos.

Vana es, por lo tanto, la gloria de más de un bruto impertinente europeo que se cree por encima de los tres Continentes en nombre de las luces, el arte y la ciencia, y como aquel demente que creía suyos todos los barcos del puerto, cree de su propiedad todos los inventos de Europa sin ningún otro fundamento que el de haber nacido en una constelación donde convergieron estas invenciones y tradiciones. ¡Infeliz! ¿Acaso es tuyo alguno de estos inventos? ¿Piensas cosa alguna en medio de tus tradiciones que bebiste con la leche materna? El que hayas aprendido a aplicarlas es el trabajo propio de una máquina; el que absorbas la savia de las ciencias es el mérito de la esponja que ha crecido en medio de la humedad. Si conduces tus naves de guerra hacia Haití o las Hébridas para disparar tus cañones, por cierto que no eres ni más sabio ni más hábil que los habitantes de aquellas islas que dirigen con arte las canoas fabricadas por su propia mano. Fué esto lo que sintieron vagamente los salvajes apenas hubieron conocido a los europeos. En medio del aparejo de sus instrumentos, les parecían seres superiores y desconocidos, ante los cuales se inclinaban saludándolos con reverencial temor; mas cuando los veían vulnerables, mortales, enfermizos e inferiores a ellos en los ejercicios físicos, acabaron por temer las bendiciones de la técnica y estrangulaban al hombre de quien podía decirse todo menos que estuviera identificado con su propia cultura. Esto que acabo de decir vale para toda la cultura europea.

Porque el lenguaje de un pueblo sea sabio y culto en sus libros, no por eso es sabio y culto cualquiera que lea estos libros o hable en este idioma. Hay que ver primero cómo los lee, y cómo habla, y aun entonces dice lo que otro creó antes de él, siguiendo los pensamientos y la capacidad denominadora de otro. El salvaje que piensa con originalidad en su esfera más limitada y se expresa con más sinceridad, determinación y fuerza expresiva, sabiendo usar con arte y presencia de ánimo y dentro de su vida real sentidos y miembros, su inteligencia práctica y sus pocos instrumentos, es, comparando hombre con hombre, notoriamente más culto que aquella máquina política o sabihonda que como un niño se mueve sobre andamios muy altos que construyeron manos ajenas y, tal vez, todo el trabajo mancomunado de los antepasados. El hijo de la naturaleza, en cambio, ocupa su lugar en la tierra como hombre sano, hecho y derecho, aunque sea de pocas luces. Nadie negará que Europa es el archivo del arte y la razón especulativa; la sucesión de

muchas generaciones ha depositado en ella sus tesoros que aquí se han ido multiplicando y hallan su aplicación. Mas no por esto tiene intelecto de inventor todo el que se sirve de ellos, antes bien, esta cualidad se halla desocupada y ociosa por la misma razón, pues quien usa instrumental ajeno está lejos de inventarlo por cuenta propia.

Otra pregunta mucho más difícil de contestar es la de en cuánto la técnica y la ciencia han contribuido a la felicidad de los hombres y en cuánto la han aumentado, y me inclino a que no se puede contestar esta pregunta con un simple sí o no, ya que, como en todas las cosas, así también en ésta, todo depende del uso que se haga de las invenciones. No se discute que con instrumentos más perfectos y de una técnica más elevada se produce más con menos trabajo, si se pretende conservar y ahorrar fuerzas. Tampoco se pone en tela de juicio que con cada arte y ciencia se crea un nuevo lazo social, es decir, aquella comunidad de demanda aumentada sin la cual el hombre técnico ya no puede existir; pero saber si multiplicando las necesidades se amplía también la esfera tan estrecha de la felicidad humana; si la técnica pudo agregar alguna vez algo sustancial a la naturaleza, en lugar de empobrecerla y debilitarla; si todos los progresos de la ciencia y técnica no han despertado tendencias en el alma humana con las que se llega más difícil y menos frecuentemente a poseer el más preciado de los dones humanos, la satisfacción, ya que aquellas tendencias se oponen constantemente con su inquietud interna a toda conformidad del alma; si, finalmente, los hombres por su mayor cohesión y vida social no han convertido algunos países y ciudades en un hospicio de pobres, en un hospital artificial encerrado en cuyos muros el hombre decolorido languidece asimismo artificialmente, y alimentado con tantas limosnas innmerecidas de la ciencia, técnica y constitución estatal acaba por adquirir la mentalidad del mendigo que sabe explotar todas las artimañas de la mendicidad, teniendo que sufrir en consecuencia la suerte del mendigo; de esto y algunas otras cosas más nos habrá de instruir la hija preclara de nuestros tiempos: la insobornable historia.

¡Oh, mensajeros del destino, genios e inventores, en qué alturas útiles pero peligrosas ejercéis vuestra divina profesión! Hicisteis vuestros inventos, mas no en provecho propio, ni estaba en vuestras manos determinar cómo el mundo y la posteridad utilizarían de vuestra obra, ni qué le agregarían y qué inventos análogos o nuevos habrían de hacer. Por siglos enteros yació, muchas veces, la perla en el polvo, pisoteada por las aves de corral, hasta que tal vez algún indigno la halló para engastarla en la corona del monarca de su época, donde no siempre brilla con resplandor benéfico. Vosotros, mientras tanto, cumplisteis con vuestro cometido entre

gando a la posteridad los tesoros que había descubierto vuestro espíritu inquieto o que la mano del destino os había entregado. Al destino también abandonasteis los efectos y el provecho de vuestro hallazgo y aquél hizo con éste lo que mejor le pareció. En revoluciones periódicas hizo madurar la idea o la dejaba perderse, hábil siempre para mezclar y atenuar un tóxico con el antídoto, el daño con el provecho. El inventor de la pólvora no pensó ni remotamente en las devastaciones que el poder de su polvo negro encerraba para la vida política y física de la humanidad; y menos pudo prever lo que ni nosotros hoy barruntamos, de qué manera en un depósito de pólvora, trono abominable de algunos déspotas, se encubre la semilla benefactora de una nueva constitución política de la posteridad. ¿No opera la tormenta una purificación de la atmósfera, y, abatidos los gigantes de la tierra, no tiene que poner mano el mismo Hércules a obras más benéficas? El hombre que primero observó la orientación de la aguja del imán no previó ni la fortuna ni la miseria que este regalo mágico, ayudado de mil otros artificios, llevaría a todos los Continentes, hasta que también aquí un nuevo cataclismo sustituya, acaso, viejos males por nuevos. Así ocurrió con el vidrio, el oro, el hierro, la vestimenta, el arte de la escritura y de la imprenta, la astrología y todas las ciencias del gobierno dirigido. La maravillosa trama que parece entreverse en el desarrollo y el progreso periódico de estos inventos, la forma notable con que un efecto neutraliza a otro: todo esto forma parte del supremo gobierno de Dios sobre nuestra especie y constituye la verdadera filosofía de nuestra historia.

IV

LOS GOBIERNOS SE BASAN EN UN ORDEN CONSTITUIDO POR LOS HOMBRES CASI SIEMPRE A BASE DE TRADICIONES HEREDADAS

El estado natural del hombre es el social; en éste nace y es educado y hacia él lo conduce el despertar de sus instintos durante la hermosa juventud, y los nombres más dulces de la humanidad, padre, hijo, hermano, hermana, amado, amigo y protector, se basan todos en vínculos de derecho natural y se encuentran en toda sociedad humana primitiva. A base de ellos se fundaron también los primeros gobiernos entre los hombres; a saber: el orden familiar, sin el cual no puede subsistir nuestra especie; luego, las leyes que promulgó la misma naturaleza limitándolos en considerable me-

dida por sí misma. Llamémoslo el primer grado de gobierno natural; los gobiernos de esta clase serán, de todos modos, los supremos y últimos.

Aquí la naturaleza puso término al fundamento de la sociedad y abandonó a la inteligencia o la necesidad de los hombres el construir sobre él edificios más altos. En todas las latitudes donde las diversas tribus y estirpes tienen menos necesidad una de otra, su cohesión es menor; no pensaron, por lo tanto, en grandes construcciones políticas. Tales son las costas habitadas por pescadores, las praderas de los pastores, las selvas de los cazadores; donde entre ellos termina el régimen doméstico o patriarcal, se fundan ulteriores vinculaciones casi siempre sobre la base de un contrato o un mandato conferido. Por ejemplo: una nación de cazadores sale a cazar; si necesita un jefe, será un jefe de caza, por lo cual elige al más hábil, a quien obedece solamente por libre elección y en lo que se refiere al fin común perseguido. Todos los animales que viven en rebaños tienen tales jefes; semejante conductor es necesario en los viajes, defensas, ataques y en general en todo negocio común donde interviene una multitud. Llamemos esta forma constitucional el segundo grado de gobierno natural. Se encuentra entre todos los pueblos que solamente siguen sus necesidades y, como solemos decir, viven en estado natural. Hasta los mismos jueces elegidos por el pueblo pertenecen a este grado de gobierno, pues los mejores y más prudentes son elegidos para un oficio, y con este oficio se acaba su dominio.

Mas ¡qué distintas se presentan las cosas en el tercer grado, el gobierno hereditario entre los hombres! ¿Dónde terminan aquí las leyes naturales? ¿O dónde comienzan? Era natural que el hombre más justo y prudente fuese elegido para el cargo de juez, y si respondía a las exigencias de su oficio, podía quedarse con él en buena hora hasta la vejez más avanzada. Mas si ahora el viejo se muere, ¿por qué su hijo ha de ser juez? No es razón suficiente la de que lo haya generado el padre más justo y prudente, pues ni la justicia ni la prudencia pudo inculcárselas. Aún menos conforme a la naturaleza del oficio sería que la nación se sintiera obligada a confirmarlo en él sólo porque eligió en otros tiempos a su padre por razones personales, porque el hijo no es la persona del padre. Pero si la nación pretendiera ahora fijar esta ley incluyendo también a todos sus descendientes que todavía no han nacido, para hacer, en nombre de la inteligencia de todos ellos, un contrato que estipule para toda la eternidad que cualquier descendiente futuro de esta tribu será juez nato, jefe y pastor nato de la nación, es decir, el más valiente, justo, prudente de todo el pueblo, debiendo ser reconocido por cualquiera como tal en virtud de su solo nacimiento, resultaría harto difícil conciliar semejante contrato hereditario

no ya con el derecho, sino ni siquiera con la sana razón. La naturaleza no distribuye sus mejores dones a determinadas familias a manera de privilegio, y el derecho de sangre al amparo del cual un hombre del futuro tenga sobre otro hombre del futuro el derecho de gobernarle una vez que los dos hayan nacido, es para mí una de las formas más oscuras del lenguaje humano.

Debe haber otras razones que introdujeron el gobierno hereditario en el mundo, y la historia no nos las oculta. ¿Quién dió a Alemania y a Europa cultivada sus gobiernos? La guerra. Hordas salvajes de bárbaros invadieron el Continente; sus jefes y nobles repartieron entre sí provincias y hombres. De ahí se originaron principados y feudos de los cuales, a su vez, nació la servidumbre de los pueblos subyugados. Los conquistadores fueron dueños y lo que el correr de los tiempos alteró en sus posesiones fué decidido siempre por revoluciones, guerras y acuerdos entre los poderosos, es decir, siempre por el derecho del más fuerte. Por este camino real avanza la historia, y los hechos históricos no se pueden negar. ¿Qué puso al mundo bajo el dominio de Roma? ¿Qué bajo el de Grecia y Alejandro? ¿Quién fué el que fundó todas las grandes monarquías, ascendiendo hasta Sesostris y la legendaria Semíramis, para destruir las de nuevo luego de fundarlas? La guerra. Conquistas violentas usurparon el lugar del derecho, llegando luego a ser derecho por prescripción, o como dicen nuestros doctores en ciencias políticas, por contrato tácito. Pero el contrato tácito no es en este caso otra cosa sino que el más fuerte se apodera de lo que le plazca y el más débil cede o soporta lo que no está en su mano cambiar. De esta manera, el derecho del gobierno hereditario, así como el de casi todas las posesiones hereditarias, depende de una cadena de tradiciones cuyo primer eslabón lo formó la suerte o el poder, y la cual se iba prolongando luego, algunas veces con benignidad y sabiduría, pero las más veces asimismo por la suerte o la fuerza. Los sucesores y herederos recibieron, mes el fundador había tomado; y no hace falta mayor explicación de que a quien algo poseía le fuera dado siempre más para que poseyese la plenitud, pues eso es consecuencia natural del mencionado primer título de posesión sobre provincias y hombres.

No se crea ahora que lo dicho rece tan sólo para las monarquías como monstruos de la conquista, pudiendo ser, en cambio, que los Imperios primitivos se hayan originado de otra manera. Porque: ¿de qué otra manera podían formarse en este mundo? Mientras el pater familias gobernaba a los suyos, era padre y dejó a sus hijos que también llegaran a serlo, tratando de mantener su influencia sobre ellos mediante el consejo. Mientras varias tribus eligieron por propia deliberación a jueces y jefes para una empresa determinada, eran éstos funcionarios servidores del bien común y notables de la asam-

derecho
de
sangre
Quem

blea; nombres como Señor, Rey, o Déspota autócrata, arbitrario y hereditario eran algo inaudito para pueblos de esta constitución. Pero apenas la nación se adormecía dejando hacer a su padre, jefe y juez, y si por ventura, embriagada en un sueño de gratitud por sus méritos, su poder, su riqueza o lo que fuera, le entregaba el cetro hereditario para que él y sus descendientes la apacentaran con sus hijos, como el pastor con el rebaño, ¿qué relación es posible hallar aquí sino por un lado la debilidad y por el otro el poder superior, o sea el derecho del más fuerte? Cuando Nemrod mata primero las bestias y luego subyuga a los hombres, es en ambos casos cazador. El jefe de una colonia u horda al que los hombres siguen como animales, muy pronto se servía del derecho humano sobre los animales. Tal ocurrió con los que civilizaban a las naciones. Mientras se dedicaban de verdad a civilizarlas, eran padres y educadores del pueblo, legisladores para el bien común; pero no bien se hicieron gobernantes arbitrarios y por ventura hereditarios, fueron los poderosos a quienes servían los débiles. Muchas veces también un zorro ocupaba el lugar del león, y entonces el zorro era el más poderoso, pues no sólo la fuerza de las armas significa poder: la astucia, el disimulo y el fraude hábilmente encubiertos casi siempre llegan más lejos que aquélla. En una palabra: la notable diferencia que hay entre los hombres por lo que se refiere a dones del espíritu, del cuerpo y de la fortuna ha fundado según las distintas regiones, sistemas de vida y edades, las tiranías y los despotismos sobre la tierra, que en muchas partes, desgraciadamente, se sucedieron sin solución de continuidad. Los pueblos aguerridos de las montañas, por ejemplo, invaden la apacible llanura; el clima, la pobreza y las penurias los habían hecho fuertes, conservándolos valientes. Así se extendieron como amos del mundo hasta que, vencidos ellos mismos por la opulencia en un clima más benigno, acabaron por ser subyugados por otros. De esta manera se ha operado la conquista de nuestra vieja tierra y su historia es un cuadro aterrador de conquistas y de la caza del hombre por el hombre. Casi todos los límites del más pequeño país, toda nueva época está registrada e inscripta en el libro de los tiempos con la sangre y las lágrimas de las víctimas. Los nombres más célebres del mundo son los de los estranguladores del género humano, verdugos coronados o empeñados en la lucha por la corona, y lo que es más triste aún, de esta manera fueron a menudo los hombres más nobles y mejor intencionados los que por necesidad figuraron como sayones en este horripilante y negro patíbulo de opresión de sus hermanos. ¿A qué se debe que la historia de los Imperios mundiales presente resultados finales tan poco razonables? Porque la mayor parte de sus acontecimientos y los más importantes obedecieron a criterios poco sensatos. No el sentido humanitario sino las pasiones se han apoderado de la tierra azuzando a sus pue-

blos unos contra otros como animales feroces. Si hubiera estado en el plan de la Providencia hacernos gobernar por seres superiores, muy otra sería nuestra historia. Pero, por desgracia, fueron casi siempre héroes, es decir, hombres ambiciosos, emprendedores y dotados para la violencia y la astucia quienes tomaron el hilo de la historia para tejer con él, ayudados por las pasiones, la urdimbre conforme a los planes del destino. Si ninguna parte de la historia universal nos demostrara la bajeza de nuestra especie, se encargaría de ello la historia de nuestros gobiernos según la cual nuestra tierra en su mayor parte no merece llamarse tierra, sino más bien Marte, o Saturno, de quien cuenta la mitología que devoraba a sus hijos.

¿Cómo, pues? ¿Acusaremos a la Providencia por haber creado tan diferentes las diversas latitudes de nuestro globo como son desiguales los dones que repartió entre los hombres? Semejante acusación sería tan ociosa como injusta, pues sería contraria al fin manifiesto asignado a nuestra especie. Si la tierra había de ser habitada debía tener montañas en cuyas alturas no podían vivir sino pueblos montañeses endurecidos. Cuando éstos descendían para subyugar la opulenta llanura, ésta, las más veces, merecía ser subyugada; de lo contrario, ¿por qué se dejó aplastar? ¿Por qué se relajó cual nene satisfecho e inconsciente amamantado por los pechos de la naturaleza? Se puede establecer como principio histórico que no es oprimido ningún pueblo que no quiera dejarse oprimir, es decir, que no merezca la esclavitud. Sólo el cobarde ha nacido para ser esclavo; sólo el tonto ha sido destinado por la naturaleza a servir a otro más inteligente; entonces se siente satisfecho del puesto que ocupa y estaría apenado si tuviera que mandar.

Por lo demás, la desigualdad de los hombres no es tan grande por naturaleza como pasa a ser por la educación, como lo demuestra la manera de ser de un mismo pueblo bajo diversas formas de gobierno. La más noble nación pierde en poco tiempo su nobleza bajo el yugo del despotismo; se le quiebra el espinazo y puesto que se abusa de sus dones más preciados y delicados para la mentira y el fraude, la rastrera servidumbre y opulencia, ¿qué milagro que acabe por habituarse al yugo, besarlo y adornarlo con coronas de flores? Por lamentable que sea esta suerte de los hombres en la vida y la historia, ya que apenas se encuentra pueblo alguno que jamás haya vuelto a surgir del abismo de la esclavitud sin el milagro de un completo renacimiento, no deja de ser evidente que tal miseria no es obra de la naturaleza sino de los hombres. La naturaleza extiende el vínculo social solamente a la familia; más allá dejó a nuestra estirpe en libertad de constituir a su gusto la más compleja y difícil de sus obras: el Estado. Si los hombres procedían con acierto en esta empresa, vivían en la bonanza; si elegían o toleraban

VS
despotism

la tiranía y otras formas de gobierno poco recomendables, debían cargar con las consecuencias. La buena madre no pudo hacer más que enseñar por medio del intelecto, la tradición de la historia o, finalmente, la experiencia propia del dolor y la miseria. Sólo la degeneración interna del género humano ha dado lugar a la corrupción y los vicios de los gobiernos humanos; pues aun bajo la férula del despotismo más opresor: ¿no se divide siempre el esclavo la presa con el amo, y no es acaso el déspota el peor de los esclavos?

Mas la madre bondadosa no abandona a sus hijos ni siquiera en medio de la degeneración más atroz y sabe endulzarles el amargo brebaje de la opresión humana al menos por el olvido y la costumbre. Donde los pueblos se mantienen vigilantes y activos no tienen entrada los sultanes afeminados; el paisaje árido y la dura modalidad de vida son para ellos el alcázar de la libertad. Mas donde los pueblos se adormecieron en medio de la blandura dejándose cazar en la trampa, allí la madre consoladora acude en socorro del oprimido dotándole de bienes adecuados; pues el despotismo presupone siempre una especie de debilidad y, en consecuencia, varias comodidades que se originan natural o artificialmente. En la mayor parte de los países gobernados por el despotismo, la naturaleza proporciona a los hombres alimento y vestidos casi sin trabajo, de manera que inclinándose ante la tormenta que arrasa con todo, pueda, luego, aunque ingenuamente y falto de dignidad, disfrutar de la bonanza. De todos modos, la suerte de los hombres y su destino para la felicidad terrena no depende de su estado servil o señorial. El pobre puede ser feliz, y libre el esclavo encadenado; sólo el déspota y sus instrumentos son comúnmente y por generaciones enteras los más desdichados e indignos de los esclavos.

Puesto que todas las afirmaciones expuestas hasta ahora deben confirmarse mediante la historia misma, reservamos su desarrollo a la exposición histórica respectiva. Por ahora, permítasenos agregar todavía algunas observaciones de carácter general:

1. Sería un principio cómodo pero maligno de la filosofía de la historia humana decir que el hombre es un animal que necesita un amo de quien espera la felicidad de su destino. Mejor hacemos invirtiendo la frase: el hombre que necesita un amo es un animal; no bien llega a hacerse hombre propiamente dicho, ya no tiene necesidad de un dueño. La naturaleza no ha designado ningún amo a nuestra especie; sólo los vicios y pasiones animales nos hacen sentir la necesidad de ser gobernados. La mujer necesita un hombre y el hombre una mujer; el niño no educado, padres educadores; el enfermo, un médico; el litigante, un juez; y la turba, un jefe. Son éstas relaciones naturales que nacen de la naturaleza de las cosas. Pero el concepto de hombre no implica en manera alguna el de un déspota que también sea hombre; debería agregársele el con-

cepto de debilidad para que precise un tutor, el de fiera para que necesite al domador, el de abominable para que haga falta un ángel vengador. Todos los gobiernos humanos, pues, nacieron solamente de una carencia y siguen existiendo mientras ésta subsiste. Ahora bien: así como es un mal padre el que educa a su hijo de manera que nunca llegue a la mayoría de edad y siga siempre necesitando un educador, y es mal médico el que fomenta la enfermedad para que se haga indispensable al misero enfermo hasta la tumba, así también ocurre con los educadores del género humano, los padres de la patria y sus educandos. O éstos últimos son incapaces de toda evolución, o todos los milenios transcurridos deberían haber demostrado qué se hizo de ellos y qué fines perseguían sus educadores. Las partes siguientes de la presente obra pondrán de manifiesto estos fines con inexorable claridad.

2. La naturaleza educa a las familias; de ahí que el estado más natural sea también un pueblo con un carácter nacional. Este se conserva por miles de años y puede desarrollarse con mayor naturalidad si el príncipe respectivo se empeña en ello; pues un pueblo es una planta natural lo mismo que una familia, sólo que ostenta mayor abundancia de ramas. Por consiguiente, nada se opone tanto al fin de los gobiernos como esa extensión antinatural de las naciones, la mezcla incontrolada de estirpes y razas bajo un solo cetro. El cetro de un hombre es muy débil y pequeño para reunir partes tan heterogéneas. Se los aglutina unos con otros dentro de una máquina precaria que se llama máquina estatal, sin vitalidad intrínseca ni simpatía de los componentes. Reinos de esta índole que tan problemático hacen el título de padre de la patria a cualquier monarca, aunque fuera el mejor, ocupan en la historia el lugar de aquellos símbolos monárquicos en el sueño del profeta, donde la cabeza del león se une con la cola del dragón y el ala del águila con la pata del oso en un conglomerado estatal que lo es todo menos patriótico. En ocasiones, tales máquinas, cual otros caballos de Troya, forman un frente común garantizándose mutuamente la inmortalidad, siendo así que carentes de un carácter nacional no poseen vida auténtica y a los que viven dentro de ellas, unidos a la fuerza, sólo una maldición del destino podría condenar a la inmortalización de su desgracia. Precisamente la política que produjo semejante aborto es también la que juega con pueblos y hombres como con cuerpos inertes; pero la historia demuestra a las claras que estos instrumentos de la soberbia humana son de arcilla y se quiebran o deshacen como toda la arcilla en esta tierra.

3. Así como la ayuda y seguridad mutuas son el fin primordial de toda comunidad humana, así también no hay para el Estado orden mejor que el instituido por la naturaleza, a saber, que cada uno dentro del conjunto sea lo que la naturaleza destinó que fuera.

carácter
nacional

Tan pronto como el gobernante quiere ocupar el sitio del Creador y crear por arbitrariedad o cegado por las pasiones lo que la criatura no estaba destinada a ser según el plan divino, cae en un despotismo que quiere dar consejos a la divina Providencia y es origen de todo desorden y de un fracaso inevitable. Puesto que todas las constituciones humanas fijadas por la tradición se oponen de algún modo a la naturaleza, que no limita sus dones a una determinada clase social, no nos debe maravillar que la mayor parte de los pueblos, después de haber ensayado varios sistemas de gobierno y experimentado la pesada carga de cada uno de ellos, volvieran finalmente desesperados a la modalidad que los convertía en máquinas: el gobierno despótico hereditario. Dijeron como aquel rey hebreo a quien se dió a escoger entre tres males: "mejor nos es caer en la mano del Señor que en manos de los hombres", abandonándose incondicionalmente en brazos de la Providencia a la espera del gobernante que ésta le enviara, porque dura es la tiranía de los aristócratas y la clase gobernante, un verdadero Leviatán. Por esto, todos los gobernantes cristianos se llaman instituidos "por la gracia de Dios" confesando con ello que han llegado a ceñir la corona no por sus propios méritos, que mal pudieron tener antes de su nacimiento, sino por el beneplácito de la Providencia que los hizo caer en esta posición. El mérito tienen que adquirirlo con su propio trabajo; con él tienen que justificar, en cierta manera, a la Providencia que los juzgó dignos de su alto cargo, porque el oficio del príncipe no es otro que el de ser Dios entre los hombres, genio superior con figura mortal. Cual estrellas en la noche oscura de los gobernantes comunes, rutilan los pocos que comprendieron tan extraordinaria vocación y confortan al desorientado peregrino de la historia política en su triste excursión.

¡Ojalá aparezca otro Montesquieu que nos dé a conocer el espíritu de las legislaciones y gobiernos de toda la tierra, siquiera a través de los siglos más explorados! No de acuerdo a los huecos nombres de tres o cuatro fórmulas de gobierno, que en ninguna parte ni lugar son o permanecen las mismas; tampoco según principios políticos expuestos con agudeza ingeniosa, porque ningún Estado se fundamenta en principios verbales y mucho menos los conserva inmutables en todas sus épocas y clases sociales, tampoco mediante ejemplos aislados y sacados del conjunto, traídos de todas las naciones, tiempos y regiones, de los que en medio de tanto desconcierto el genio humano no podría arribar a una visión completa de las cosas, sino únicamente por medio de una exposición viva y filosófica de la historia política, en la cual, pese a su aparente monotonía, no hay escena que se repita, y el cuadro de las virtudes y los vicios de la especie humana y sus gobernantes cambia

de continuo según tiempo y lugar y se completa con espantoso poder didáctico.

V

LA RELIGIÓN ES LA TRADICIÓN MÁS ANTIGUA Y SAGRADA DE LA TIERRA

Cansados y agotados ya de tanta variedad sobre la faz de la tierra según regiones, épocas y pueblos, ¿no se ofrece nada a nuestra vista que sea posesión y privilegio común de toda nuestra especie? Nada más que la predisposición a la razón, el humanismo y la religión, las tres gracias de la vida humana. Todos los Estados nacieron tarde, y más tarde aún se formaron en ellos las ciencias y artes; las familias, en cambio, son la obra eterna de la naturaleza, el semillero permanente donde ésta planta y educa por su propia mano la semilla de la humanidad. Los idiomas cambian con cada pueblo y en cada clima, mas en todos ellos está reconocible una misma razón humana en busca de las características del ser. En cuanto a la religión, finalmente, por diversas que sean sus apariencias externas, se la encuentra, o por lo menos sus vestigios, aun en el pueblo más pobre e inculto en los confines de la tierra. El groenlandés y el camchadal, el papúa lo mismo que el habitante de la Tierra del Fuego, tienen de ella alguna manifestación, como lo demuestran sus leyendas y costumbres. Tan cierto es esto que si entre los ancieques o los desposeídos bosquimanos de las islas del Índico se hallara alguna tribu que careciera por completo de religión, sería esta falta un testimonio más del estado extremadamente salvaje en que viven.

¿Cómo vino la religión a los pueblos? ¿Acaso cualquier infeliz inventó su propio culto divino a manera de una teología natural? Esos pobres no inventan nada, sino que en todo siguen la tradición de sus mayores. Ni hubo motivo externo que los incitara a semejante invento; porque si habían aprendido de la naturaleza y los animales a fabricar arco y flecha, anzuelo y vestidos, ¿de qué animal, de qué objeto de la naturaleza imitaron la religión?, ¿de cuál de ellos habrían aprendido el culto divino? Por lo tanto, también aquí es la tradición la madre y propagadora de su religión y ritos sagrados como lo fué de su idioma y escasa cultura.

De aquí se sigue de inmediato que la tradición religiosa no pudo servir de ningún otro medio

que el que sirvió antes al intelecto y al lenguaje, a saber, los símbolos. Si el pensamiento debe hacerse palabra para propagarse, si toda institución necesita un signo visible si es que quiere servir a otros y a la posteridad, ¿cómo podía lo invisible hacerse visible o una historia pasada conservarse para los descendientes sino por palabras o signos? De ahí que aun entre los pueblos más incultos, el lenguaje de la religión sea siempre el más antiguo y oscuro, frecuentemente para sus mismos servidores consagrados, por no hablar de la gente común y los extraños. Y es que los sagrados símbolos de los pueblos, por locales y propios del clima que fueran, perdieron a menudo su significado al cabo de pocas generaciones. No es extraño: porque todo idioma, todo sistema que usa signos arbitrarios, tiene que correr esa suerte si éstos no quedan asociados con los objetos designados por el uso diario, conservando así su sentido significativo para la memoria. En el caso de la religión, siempre fué difícil o imposible conservar este nexo porque el signo se refería a una idea invisible o a una historia del pasado.

Así no se pudo evitar tampoco que los sacerdotes, que al principio fueron los sabios de la nación, dejaran de serlo, pues tan pronto como ignoraron el significado de los símbolos, pasaron a ser mudos servidores de la idolatría, cuando no se convirtieron en elocuentes embaucadores de la superstición. Casi siempre optaron por esta última solución y no precisamente por el afán de engañar a la gente sino por la propia gravitación del asunto. Lo mismo sucede en toda ciencia, idioma, arte o institución: el ignorante que se ve forzado a hablar o continuar el arte tiene que disimular, inventar, aparentar; una engañosa apariencia sustituye la verdad perdida. Es la historia de todos los misterios en la tierra, que al principio encerraban muchas cosas interesantes, pero acabaron en miserable superchería una vez que la sabiduría humana se hubo desligado de ellos; y de esta manera los sacerdotes terminaron desempeñando el papel de miserables embaucadores en medio de su sagrario vacío.

Quienes más se empeñaron en hacerlos pasar por tales fueron los gobernantes y sabios. Aquellos, investidos de la plenitud del poder y llevados por su elevado cargo a ambicionar una independencia absoluta, juzgaron una obligación de su Estado limitar en lo posible el poder de las potencias ultraterrenas e invisibles torando los símbolos respectivos como fruslería inventada por la plebe o bien destruyéndolos de una vez. De ahí tomó su origen la desgraciada contienda entre el trono y el altar en todas las naciones semi-cultas, hasta que finalmente se trató de combinar los dos dando a luz la informe simbiosis de un altar construido sobre el trono o un trono cimentado sobre el altar. Necesariamente los de

cadentes sacerdotes llevaban las de perder en una lid tan desigual, porque el poder visible lidiaba contra la fe invisible; la sombra de una antigua tradición, contra el resplandor del áureo cetro al que en otros tiempos el mismo sacerdote había consagrado y colocado en las manos del monarca. Fué así como pasaron los tiempos del dominio de los pontífices, a medida que iba desarrollándose la civilización; el déspota que en un principio había llevado su corona en nombre de Dios, encontró más fácil ceñírsela ahora en su propio nombre, mientras que el pueblo, por su parte, había sido ya acostumbrado a este nuevo cetro por sus gobernantes y sabios.

Ahora bien, es innegable que en primer lugar, ha sido la religión, y sólo ella, la que trajo a los pueblos las primicias de la cultura y la ciencia, más aún, que éstas no eran en un principio sino una especie de tradición religiosa. En todos los pueblos salvajes, su poca cultura y ciencia están ligadas a la religión, hasta el día de hoy. El lenguaje de su religión es más elevado y solemne, que no sólo acompaña con cánticos y danzas los sagrados ritos, sino que casi siempre toma su origen de las leyendas del mundo primitivo, siendo, por lo tanto, lo único que les queda a estos pueblos de noticias del pasado, de la memoria del mundo prehistórico o de una centella de ciencia. Tanto el número como la observación de los días y estaciones, fundamento de todo sistema cronológico, era o es sagrado en todas partes. La astronomía y los misterios de la naturaleza, cualesquiera que sean, forman parte del caudal de todos los magos del mundo. También la medicina y el arte de adivinar, la ciencia oculta y la interpretación de los sueños y de caracteres (rúnicos, cuneiformes, etc.), la reconciliación con los dioses, el apaciguamiento de los difuntos y las noticias que recibimos de ellos, en una palabra, todo el reino oculto de interrogantes y revelaciones sobre los cuales el hombre trata de tranquilizarse, está en manos de los sacerdotes, de tal manera que en muchos pueblos el culto común y sus festividades son casi lo único que da a las familias independientes las apariencias de un conjunto homogéneo. La historia de la civilización demostrará que los pueblos más cultos presentan a este respecto el mismo cuadro. Los egipcios como todos los orientales hasta los límites orientales del mundo, todas las naciones cultas de la Antigüedad, etruscos, griegos y romanos, recibieron las ciencias del seno de las tradiciones religiosas y bajo su velo sagrado. Por este conducto les llegaron la poesía y las bellas artes, la música y el arte de la escritura, la historia y la medicina, la física y la metafísica, la astronomía y el sistema cronológico respectivo, y hasta la ética y la política. Los sabios de la más remota antigüedad no hicieron más que desarrollar la semilla que había recibido hasta que formaran plantas independientes.

ciencia
viene
religión

tes, evolución que siguió su curso a través de los siglos. Los pueblos nórdicos tampoco hemos recibido nuestras ciencias sino revestidas de apariencias religiosas, de suerte que nos podemos atrever a afirmar de la historia de todos los pueblos que: "El mundo debe la santidad de toda cultura superior a la tradición religiosa verbal y escrita".

Segundo. Esta afirmación histórica se confirma por la misma naturaleza del asunto que tratamos; pues ¿qué es lo que elevó al hombre por encima de los animales y le impidió aun en la degeneración más burda rebajarse del todo hasta aquéllos? Se suele responder: el intelecto y el lenguaje. Mas así como no pudo llegar a tener inteligencia sin el lenguaje, así no pudo alcanzar ambos como no fuera por la intelección de la unidad en la pluralidad, por la comprensión del nexo entre causa y efecto, o sea, por la idea de lo invisible dentro de lo visible. Por lo tanto, una especie de antenas religiosas para las fuerzas que ejercían su influjo de manera invisible dentro del caos de seres que le rodeaba, debía preceder y fundamentar a la primera formación y combinación de las ideas abstractas de la razón. Este es el sentimiento que los salvajes tienen de la naturaleza aunque no posean un concepto expreso de Dios; y es un sentimiento activo y eficiente, como lo demuestran hasta sus idolatrías y supersticiones. En todos los conceptos del intelecto que se refieren solamente a cosas visibles, el hombre procede de manera análoga al animal; para elevarse hasta el primer grado de la razón superior le es necesaria la idea de lo invisible dentro de lo visible. En efecto, esta idea es casi lo único que las naciones incultas poseen de un intelecto trascendente, desarrollado por otros pueblos con más palabrería. Otro tanto ocurrió con la supervivencia del alma después de la muerte. Sea cual fuere el conducto por el cual llegó el hombre a este concepto, se trata de una creencia universal en toda la tierra como lo único que distingue al hombre del animal en la muerte. Ningún pueblo salvaje es capaz de demostrar la inmortalidad del alma filosóficamente, tan poco como lo puede hacer, acaso, un filósofo, pues éste sólo puede reforzar con razones la fe que radica en el corazón humano, y esta fe es lo que existe universalmente en la tierra. La tiene el camchadal que expone a sus muertos a los animales; la tiene el neo-holandés al enterrar el cadáver a las olas del mar. Ningún pueblo inhuma a sus muertos como se entierra un animal; todo salvaje entra, al morir, en el reino de sus antepasados, en el país de las almas. La tradición religiosa sobre este punto y el sentimiento íntimo de una existencia que está a salvo del aniquilamiento preceden, por lo tanto, al razonamiento del intelecto; de otra manera, éste difícilmente habría llegado a tener el concepto de la inmortalidad o lo hubiera abstraído en forma muy pálida e ineficaz. De esta manera, la fe universal de

los hombres en la inmortalidad de nuestra existencia, construye la pirámide de la religión sobre los sepulcros de todos los pueblos.

Finalmente, las leyes divinas y las reglas del proceder humanitario que se manifiestan, aunque sea sólo en vestigios, en el pueblo más salvaje, ¿acaso las inventó la razón al cabo de miles de años y deben su existencia a la movediza estructura que es la abstracción del intelecto humano? La historia no me permite semejante suposición. Si los hombres hubieran sido lanzados a la tierra como animales para tener que inventar por propia cuenta los contornos espirituales del hombre, seríamos todavía naciones sin lenguaje, sin inteligencia, sin religión y sin moral; pues tal como siempre ha sido el hombre en la tierra, así sigue siendo. No poseemos ningún dato histórico de que en alguna parte vivan orangutanes humanos, y las fábulas de Diodoro de la última época antigua o de Plinio que escribió más tarde aún sobre los hombres insensibles unos e inhumanos otros, o revelan por sí mismas su origen fabuloso, o no merecen que se les dé fe por el testimonio de estos autores.

Así deben calificarse también como exageraciones las leyendas que los poetas narran de los pueblos primitivos prehistóricos para destacar el mérito de Orfeo y Cadmo; la misma época en que estos poetas vivieron así como el fin de sus descripciones los excluye del número de los testigos históricos. Ningún pueblo europeo ha sido más salvaje que los de Nueva Zelandia o Tierra del Fuego, a juzgar por la analogía del clima, y mucho menos el pueblo griego; también esos pueblos inhumanos tienen su humanidad, intelecto y lenguaje. Ningún canibal come a sus hermanos y sus hijos; esta costumbre inhumana es para ellos el cruel derecho de la guerra para conservar la valentía y para el mutuo terror de los enemigos. No es, por lo tanto, ni más ni menos que obra de una primitiva inteligencia política que entre aquellos pueblos se sobrepuso al sentido humanitario en aras del patriotismo, tal como este último se sobrepone a tantas otras cosas entre los europeos modernos. Ante los extranjeros se avergonzaban de su crueldad más de lo que nosotros europeos nos avergonzamos de la carnicería de nuestras batallas campales; más aún: aquéllos se muestran de manera fraternal y noble para con todo prisionero de guerra al que no le toca esa triste suerte. Todos estos rasgos, también el del hotentote que entierra con vida a su hijo o el del esquimal que abrevia la edad de su anciano progenitor, son consecuencias de la escasez y penuria, que, por otra parte, nunca pudo refutar la existencia del primitivo sentido humanitario. La razón desviada y la opulencia desenfrenada han producido entre nosotros muchas barbaridades y perversiones con las que no puede compararse la poligamia de los negros. Ahora bien: así como nadie entre nosotros negará que también en el pecho del sodomita, del tirano y del asesino existe impresa la imagen de la humanidad,

por más que haya llegado a ser casi irreconocible a causa de las pasiones y de los hábitos desvergonzados, así permítaseme decir también que, después de todo lo que he leído y examinado acerca de los pueblos de la tierra, tenga esta predisposición interna para el sentido humanitario por tan generalizada como la naturaleza humana misma, por no decir que la identifico simplemente con la naturaleza humana. Ciertamente es anterior a la razón especulativa que se ha venido formando por la observación y el lenguaje y que perdería su norte en los casos prácticos si no lo pidiera prestado a esa oscura facultad que hay dentro de nosotros. Si todas las obligaciones del hombre se fundan solamente en convenciones inventadas por él mismo y fijadas por la experiencia, entonces dejan de ser obligatorias desde el momento en que yo renuncie a su fin, la felicidad. Así se completa el silogismo de la razón. ¿Pero cómo llegan estas aspiraciones a alentar en el pecho del que nunca se entregó a especulaciones sobre la felicidad y los medios para alcanzarla? ¿Cómo aparecieron en el espíritu de un hombre cualquiera las obligaciones del matrimonio, del amor paternal y filial, de la familia y la sociedad, antes de haber recogido experiencia alguna, ni buena ni mala, sobre cada uno de estos tópicos, de suerte que, según esta hipótesis, hubiera debido ser mil veces un monstruo antes de hacerse hombre? No, el buen Dios no abandonó a su criatura al mortífero azar. A los animales, Señor, les diste el instinto, en el alma del hombre grabaste tu imagen, la religión y el sentido humanitario. Los contornos de la estatua ya están prefijados, ocultos en la masa del mármol; sólo el trabajo de esculpir la no lo puede realizar éste por sí solo. De esto deben hacerse cargo la tradición e instrucción, la razón y la experiencia, y para esto no habían de escasear los medios. La ley de la justicia, los principios del derecho social, hasta la monogamia como la forma de matrimonio y amor connatural al hombre, la piedad para con los bienhechores y amigos y hasta el sentido que percibe la existencia del Omnipotente e infinitamente Bueno, todos estos rasgos forman parte de la imagen humana, suprimidos aquí, desarrollados a medias allá, pero siempre manifiestos en el plan primitivo de la figura humana, a los que el hombre no debe renunciar en cuanto se peca de su presencia. El reino de estas predisposiciones y su desarrollo es la verdadera ciudad de Dios en la tierra, de la que todos los hombres son ciudadanos, sólo que en muy diversas clases y grados. Bienaventurado el que pueda contribuir a la propagación de este verdadero reino de la creación interior del hombre; a ningún inventor le envidia su ciencia ni a rey alguno su corona.

¿Mas dónde y cómo se originó esta tradición que despertó al humanismo y la religión para propagarse a través de diversas transformaciones hasta los límites del mundo habitado donde se va per-

diendo en las formas más rudimentarias? ¿Quién enseñó al hombre el lenguaje tal como hoy todavía todo niño lo aprende de otra persona sin que nadie lo invente por su propio intelecto? ¿Cuáles fueron los primeros símbolos que captó el hombre de suerte que la primera semilla de la cultura viniera a los pueblos bajo el velo de la cosmogonía y las leyendas religiosas? ¿Dónde se enlaza el primer eslabón de la cadena de nuestra especie y de su cultura espiritual y moral? Veamos lo que sobre ello nos revele la historia natural de la tierra junto con las más antiguas tradiciones.

LIBRO DÉCIMO

I

NUESTRA TIERRA HA SIDO FORMADA ESPECIALMENTE CON MIRAS A LAS CRIATURAS DOTADAS DE VIDA

PUESTO que el origen histórico del género humano está envuelto en la mayor oscuridad para el filósofo y desde los tiempos más remotos aparecen cosas raras que no cuadraban a tal o cual sistema, se ha optado por el medio desesperado de cortar el nudo en vez de desatarlo, considerando no sólo la tierra como un campo de ruina de moradas anteriores, sino también el género humano como un puñado de supervivientes, un resto que logró escapar en montañas y cuevas de una especie de juicio universal que habría sobrevenido cuando el planeta había llegado al último día de un hipotético estado anterior diferente del actual. El intelecto, el arte y la tradición de los hombres sería según esto, una presa arrebatada al mundo anterior que sucumbió¹; de ahí que el género humano presente en parte ya desde el principio cierto brillo que se basa en una experiencia milenaria, el cual, al menos en parte, no se podrá aclarar jamás, ya que estos hombres sobrevivientes forman algo así como un istmo que une y separa a la vez dos culturas.

Si esta opinión es verdadera, habrá que conceder que no puede haber una filosofía pura de la historia humana, ya que nuestra especie no sería más que los desperdicios arrojados por un cataclismo anterior. Veamos en qué se funda esta hipótesis que hace de la tierra y de la historia del género humano un caos sin solución.

Por de pronto no parece que se base en el origen de nuestra tierra, pues los primeros cataclismos y devastaciones que se pueden registrar en ella, no suponen una historia humana transcurrida,

¹ Véase especialmente el ingenioso *Ensayo sobre el origen del conocimiento de la verdad y de las ciencias*, Berlin, 1781. La hipótesis de que nuestro globo terriqueo sea formado de las ruinas de otro mundo, es compartida por muchos naturalistas, aunque por razones muy diversas.

sino que forman parte del ciclo de la evolución gracias al cual la tierra llegó a ser habitable¹. El granito primario, núcleo interno de nuestro planeta no ofrece, en cuanto lo conocemos, ningún vestigio de seres orgánicos que hayan sucumbido; ni los contiene ni sus componentes los suponen. Es probable que esta formación primaria del granito emergiese con sus cumbres más elevadas de las aguas de la creación, ya que estas partes no demuestran ningún efecto del agua marina; mas en estas alturas desiertas ninguna criatura humana pudo respirar ni menos alimentarse. El aire que rodeaba esta masa no estaba todavía segregado del agua ni del fuego; enriquecido con diversas materias que se sedimentaron en el fondo mucho más tarde y en diversas combinaciones y períodos, dándole poco a poco su forma actual. Este aire no pudo servir para la respiración de la criatura más delicada de la tierra. Fué en el agua donde se formaron los primeros seres vivientes, y nacieron con el ímpetu de una fuerza creadora primitiva que no podía ejercer todavía su acción en ningún otro lugar, y se organizó, por consiguiente, en este sinnúmero de crustáceos, los únicos que podían vivir en este mar preñado de materias. A medida que la tierra evolucionaba encontraron con frecuencia su ruina, y sus restos sirvieron de fundamento a organizaciones más elevadas. Cuanto más la roca primitiva quedaba libre de agua e iba siendo fertilizada con los sedimentos que el agua dejaba depositados, es decir, los elementos y organismos que habían estado en él, tanto más avanzaba la creación de las plantas en pos de la base que el agua le había dejado, de manera que en cada latitud de la tierra vegetaba cuanto pudiese vegetar. Mas tampoco en el invernadero de aquel interregno podía existir todavía ningún animal terrestre. En las alturas donde hoy crecen hierbas de Laponia, se puede hallar vegetales fosilizados de la latitud más calurosa del mundo, testimonio evidente de que la atmósfera allí tenía entonces un clima correspondiente. Mas esta atmósfera debía estar ya altamente purificada por haberse sedimentado tanta cantidad de materia, y debía de permitir el paso de la luz sin la cual no habría vivido la planta. Pero el hecho de que con estos fósiles vegetales no se haya encontrado ninguno de origen animal, por no hablar de fósiles humanos, demuestra con probabilidad que en aquella época no los hubo todavía en la tierra, como quiera que no exista la materia de qué formarlos ni el alimento con qué nutrirlos. De esta manera la evolución sigue su curso hasta que por fin en las capas superiores de barro o arena aparecen pri-

¹ Los hechos que confirman las afirmaciones que se harán a continuación, están dispersos en muchos libros de la geografía moderna, en parte en Buffon y otros, y son del dominio público, de manera que no tengo reparos en citarlos al pie de la letra.

mero los esqueletos de elefantes y rinocerontes. Lo que en capas inferiores se ha tenido por formaciones humanas es todo de carácter dudoso y fué declarado como esqueletos de animales marinos por naturalistas de peso. Parece que también en tierra firme inició la naturaleza su obra en el clima más caluroso y en enormes cantidades, así como había comenzado en el mar con crustáceos acorazados y grandes amonitas. Por lo menos, lo cierto es que junto con los esqueletos de elefantes que se fosilizaron tarde y en algunos lugares se conservaron hasta con la piel, se hallaron serpientes, animales marinos, etc., pero nunca cuerpos humanos. Pero aunque algún día se hallaren, serán siempre de fecha muy reciente en comparación con las antiguas rocas donde no se encuentra ningún vestigio de vida. Así habla el libro más antiguo de la tierra con sus páginas de arcilla, esquisto, mármol, cal y arena. ¿Y qué dice acerca de una transformación de la tierra a la cual hubiese sobrevivido una especie humana cuyos restos seríamos nosotros? Nada. Más bien todo lo que dice induce a creer que la tierra, desde su caos inicial de fuerzas y materias bajo el calor vivificante del espíritu creador y a través de una serie de revoluciones preparatorias, se haya venido formando y desarrollando hasta que al fin pudiese hacer su aparición también la fina y delicada criatura humana, coronación de la obra creadora. Por lo tanto, los sistemas que hablan de diez y más cambios de las latitudes y polos, de cien catástrofes que habrían sobrevenido al suelo habitado y cultivado y de mil expulsiones que habrían arrojado a los hombres de región en región, o que nos cuentan de sus monumentos y sepulcros debajo de rocas y mares, pintando toda la historia primitiva con horror y espanto, estos sistemas, digo, habida cuenta de las innegables revoluciones geológicas que tuvieron lugar, contradicen la misma estructura de las capas terrestres o, por lo menos, no encuentran en éstas ningún fundamento para su teoría. Las fisuras y aperturas de las capas geológicas más antiguas y sus paredes derruidas nada nos dicen de una tierra que fuese habitada antes de nosotros; más aún: si la masa antigua se hubiese fundido y reducido a causa de un suceso como insinúa esa hipótesis, a buen seguro que no quedaría con vida ningún resto de ese mundo primitivo. Tanto la tierra como la historia humana tal como ahora se presenta, siguen siendo un problema intacto para que el investigador lo resuelva. Encarándonos con él, preguntamos:

II

¿DÓNDE ESTUVO EL LUGAR DE ORIGEN Y LA MORADA MÁS ANTIGUA DE LOS HOMBRES?

No hace falta probar que no pudo estar en algún extremo de la tierra de formación reciente, lo cual nos lleva en seguida a las alturas de las rocosidades primitivas y las tierras que a su amparo vinieron sedimentándose. ¿Nacieron hombres por todas partes tal como se formaron crustáceos por doquier? ¿Dio el Atlas a luz al negro, las Andes al americano, el Ural al asiático, los Alpes europeos al europeo? ¿Tiene acaso cada mazizo montañoso principal del mundo su propio grupo humano? Si cada Continente tiene sus propias especies animales que no pueden vivir en otra parte y, por consiguiente, deben haber nacido en él y para él, ¿por qué no ha de tener también su propia especie humana? ¿No serían prueba de ello la formación de diversas nacionalidades, costumbres y caracteres, y particularmente los idiomas tan diferentes? Cualquiera de mis lectores sabe con cuánto brillo ha sido expuesta esta argumentación por varios sabios y agudos historiadores, hasta el punto de que se tildó, finalmente, de violenta la hipótesis que sostiene que si bien la naturaleza pudo crear monos y osos en todas partes, no pudo hacer lo mismo con los hombres. Se dijo que era contrario a su modo normal de obrar que hubiese expuesto a la especie más frágil a mil peligros a causa de semejante mezquindad tan ajena a su manera de ser. "Mirad" —se dice— "cómo todavía ahora la naturaleza derrocha las semillas, abandonando a la destrucción millones de semillas no sólo de plantas y vegetales, sino también de animales y hombres. ¡Y se nos quiere hacer creer que la madre fecunda —tan pródiga en semillas de toda clase de seres y variantes en los albores de su juventud virginal y la cual supo sacrificar a millones de seres vivos en aras de una revolución geológica, como lo demuestra la estructura terrestre, con el fin de crear nuevas especies—, pues, en el justo instante en que se pretendía fundar la especie humana hubiese agotado su poder creador en los seres inferiores para concluir la obra de su exuberante laberinto con dos miserables ejemplares de la especie humana!" Veamos cuán lejos del proceso cultural e histórico de nuestra especie, de su origen, su carácter y relación con los otros seres vivos anda esta hipótesis aparentemente tan brillante.

En primer lugar, es evidentemente contrario al proceder de la naturaleza crear todos los seres vivos de una vez y en igual número.

porque la estructura terrestre y la de las criaturas lo hacen imposible. Los elefantes y los gusanos, los leones y los infusorios no existen en igual número ni fué posible, en los comienzos remotos y de acuerdo con su estructura, crearlos de golpe y en iguales proporciones numéricas. Millones de moluscos tuvieron que sucumbir antes de que sobre las rocosidades terrestres naciera una vida superior en plantaciones y jardines. Todo un mundo vegetal perece cada año para alimentar la vida de seres superiores. Dejando a un lado completamente las causas finales de la creación, se ve que le es inherente a la naturaleza hacer uno de muchos otros y destruir dentro de las revoluciones del ciclo creador innumerables seres para dar vida a otros más nobles pero en menor número. Así fué subiendo por los grados inferiores de la escala, depositando siempre suficiente semilla para hacer durar las especies que quería conservar, y preparando el camino para otras más seleccionadas, delicadas y elevadas. Si el hombre había de ser la corona de la creación, no podía compartir con el pez o el plasma marino una misma materia, ni el mismo día de nacimiento, ni una misma morada. Por sus venas debía pulsar sangre y no agua; por lo tanto, el calor vital de la naturaleza debía acrisolarse y la esencia destilarse hasta que tiñera de rojo la sangre humana. Todos sus vasos y fibras, su mismo esqueleto debían ser formados de la arcilla más fina, y puesto que la omnipotente naturaleza no opera nunca sin causas segundas, tenía que prepararse la materia para este fin. Para esto pasó también por los animales inferiores; cada uno se originó cuando y donde ella lo determinaba; las fuerzas penetraron por todos los conductos abriéndose paso hacia la vida. El amonita estuvo antes que el pez; la planta precedió al animal el cual no podía existir sin aquélla; el cocodrilo y el caimán se arrastraron antes de que el sabio elefante recogiera hierbas blandiendo su trompa. Los animales carnívoros requerían la previa existencia de numerosas especies que les habían de servir de alimento; por lo tanto no podían aparecer al mismo tiempo y en igual número que aquéllos. El hombre, por su parte, si había de ser habitante de la tierra y rey de la creación, debía hallar terminados su imperio y su morada; necesariamente tuvo que aparecer a última hora y en menor número que el de sus súbditos. Si la naturaleza hubiera podido producir en su taller y con sus materias en la tierra algo más sublime, puro y bello que el hombre, ¿por qué no habría de hacerlo? Pues si no lo ha hecho es prueba de que con el hombre cerró su taller, acabando con la máxima parquedad sus creaciones que había comenzado en el fondo del mar con desbordante prodigalidad. "Dios creó al hombre" —dice la más antigua tradición escrita de los puehlow—. "a su imagen; a imagen y semejanza de Dios lo creó, un hombre y una mujer; después de las innumerables criaturas que había crea-

evoluca

do, el número más pequeño; después descansó y no siguió creando. La pirámide de la vida había llegado al vértice.

¿Dónde se produjo el vértice? ¿dónde nació el rey de la creación? Necesariamente en el centro de las energías más activas donde, por así decirlo, la creación estaba más desarrollada y por más tiempo perfeccionada. ¿Y dónde fué esto sino en el Asia, como lo sugiere la misma estructura terrestre? En el Asia poseía nuestro globo esa altura de inmensa anchura y longitud que nunca había sido cubierta por las aguas y cuyas cumbres rocosas se extienden en todas las direcciones. Aquí, por lo tanto, estaba el centro de gravitación de las energías activas, aquí cerraba su circuito la corriente eléctrica, aquí hubo mayor sedimentación de materias provenientes del fecundo caos. Alrededor de estas montañas se formó el mayor de los Continentes como lo demuestra su configuración; en estas montañas y junto a ellas vive la mayor cantidad de especies de animales, las que probablemente recorrian ya estos parajes gozando de su existencia cuando otras partes de la tierra estaban todavía cubiertas por las aguas, emergiendo apenas con algunos bosques o la roca desnuda. La montaña de la creación que imaginaba Linneo¹, se encuentra en la naturaleza, sólo que no como montaña sino espacioso anfiteatro, cadena de montañas que se va ramificando por diversos climas. "Hay que advertir —dice Pallas— que todos los animales que se domesticaron en los países del norte y del sur, se encuentran en estado salvaje en la zona templada del Asia meridional (excepto el dremedario, cuyas dos familias no medran fuera de África y se acostumbran con dificultad al clima de Asia). El lugar de origen del toro salvaje, del búfalo, del muflón, del cual descendió nuestra oveja, de la cabra Bezoar y la cabra montés de cuyo cruce nació nuestra fecunda cabra doméstica, se encuentra en las sierras que se extienden por el Asia meridional y parte de Europa. El reno abunda en las altas montañas que limitan y cubren el extremo oriental de Siberia, sirviendo allí como animal de carga y de tiro. También se encuentra en los Urales desde donde invadió los países nórdicos. El camello con dos jorobas vive en estado salvaje en los grandes desiertos entre el Tibet y la China. El jabalí habita los bosques y las ciénagas de toda el Asia de la zona templada. El gato montés del cual descendió nuestro gato doméstico, es suficientemente conocido. Finalmente es seguro que la raza principal de nuestro perro descendió del chacal, aunque no creo que sea una raza pura y me inclino a pensar que en tiempos prehistóricos hubo

¹ LINNAEUS, *Amoenit. acaden.* vol. II, p. 49. *Oratio de terra habitabili:* muchas veces traducida.

² Observaciones sobre las montañas en los *Beiträge zur physikalischen Erdbeschreibung*, (vol. 3, p. 250), y en otras traducciones.

mezcla de lobo, zorro y hasta hiena, lo cual explicaría la enorme variedad de razas perrunas, etc." Hasta aquí, lo reproducido es de Pallas. ¿Y quién conoce la riqueza en productos naturales del Asia meridional? Es como si alrededor de esta elevación máxima del mundo no sólo se hubiera formado la tierra más amplia sino también la más fértil que desde un principio absorbió mayor cantidad de calor orgánico. Los elefantes más sabios, los monos más inteligentes, los animales más vivaces se encuentran en el Asia; más aún: tal vez tenga, no obstante su decadencia, los hombres más inteligentes y elevados en cuanto a su disposición genética.

¿Y qué diremos de los otros Continentes? La historia demuestra que tanto los hombres como los animales de Europa proceden en su mayor parte de Asia y que Europa misma constaba principalmente de selvas y ciénagas cuando Asia poseía ya su cultura. Del África interior es poco lo que conocemos; especialmente la altura y configuración de su elevación montañosa central nos es desconocida por completo. Pero varias razones militan a favor de la hipótesis de que ese Continente escasee de agua y con extensas llanuras no tiene elevaciones montañosas comparables con las alturas y extensiones del Asia. También él habrá estado cubierto por las aguas hasta períodos más recientes y aunque el caluroso clima del ecuador dió a la flora y fauna un desarrollo rico y característico, parece, con todo, que tanto África como Europa no son más que hijos reclinados en el regazo de la madre que es Asia. Estos tres Continentes tienen en común la mayor parte de la fauna y son, vistos en conjunto, no más que un solo Continente.

Y por último, América: Por una parte están sus montañas altísimas e inhabitables con sus volcanes todavía activos; por otra, las llanuras interminables y en gran parte a nivel del mar. De la vida predominan la vegetación, los anfibios, insectos y aves, siendo menos en número y perfección las especies de animales terrestres comparadas con las del Viejo Mundo. Si a esto agregamos la constitución reciente y primitiva de todos sus pueblos, vemos que hay pocos indicios que señalen a este Continente como el más antiguo en ser habitado. Por el contrario, para el naturalista constituye un enojoso problema sobre las diferencias existentes entre los dos hemisferios opuestos. Difícilmente, pues, se puede sostener que la primera pareja humana haya nacido en el hermoso valle de Quito, por más que yo le concedería gustoso semejante honor, lo mismo que al Atlas de África, y no deseo contradecir a quien presente pruebas fehacientes.

Pero basta ya de meras suposiciones de las que no quisiera se abuse para negar al Omnipotente el poder y la materia con que crear hombres donde le plazca. El que pobló mares y tierras con vida, pudo también dar a cada Continente su rey nativo si tal

hubiera sido su gusto. Pero acaso en el carácter de la humanidad tal como lo hemos expuesto hasta aquí, se pueda encontrar la causa por la que no le plugo hacerlo así. Vimos que la inteligencia y el sentir humano del hombre dependen de la educación, el lenguaje y la tradición, y que la más profunda diferencia de nuestra especie respecto de la animal radica en que esta última trae al mundo su instinto infalible completamente desarrollado. Si esto es así, basta para que el hombre no pudiese ser arrojado en el caos de la vida lo mismo que los animales, en virtud de su carácter específico. El árbol, que en todas partes pudo florecer sólo con especiales cuidados, había de brotar de una sola raíz en el lugar más propicio a su desarrollo donde el mismo que lo había plantado pudiese cultivarlo. El género humano, destinado al humanismo, había de ser desde su origen una familia unida por la misma sangre y guiada por una única tradición educadora, y de esta manera se formó el conjunto tal como todavía ahora se forma la familia: ramas de un mismo tronco, renuevos de un mismo vivero de origen. Cualquiera que considere las características de nuestra naturaleza, la estructura y especie de nuestro intelecto, la manera de formar nuestros conceptos y la propia humanidad de cada uno, tendrá que admitir que este plan privilegiado de Dios que nos distingue de los animales también por nuestro origen, es el más adecuado, el más hermoso y digno. Con él fuimos hechos los niños mimados de la naturaleza que ella, como a frutos de madurez creadora, o si se quiere, como a hijos de su vejez, produjo en el lugar que más convenía a estos tiernos y tardíos retoños. Allí los educó con mano maternal rodeándolos de todo cuanto pudiese facilitar desde el principio el cultivo de su complicado carácter humano. Así como sólo un intelecto humano fué posible en la tierra, y la naturaleza no produjo más que una especie de criaturas dotadas de razón, así también educó a estas mismas en una sola escuela de lenguaje y tradición, haciéndose cargo de esta educación mediante una sucesión de generaciones con un solo origen.

III

LA EVOLUCIÓN DE LA CULTURA Y DE LA HISTORIA
SUMINISTRAN PRUEBAS HISTÓRICAS DE QUE
EL ORIGEN DEL GÉNERO HUMANO SE
ENCUENTRA EN ASIA

¿De dónde son originarios todos los pueblos de Europa? ¿De Asia? De la mayor parte lo sabemos con certeza: conocemos el origen de los lapones, finlandeses, germanos, godos, galos, eslavos, celtas, cimbrós, etc. En parte por sus idiomas o restos del mismo, en parte por informaciones sobre los lugares que antiguamente habitaron, podemos seguir su trayectoria hasta cerca del Mar Negro o la región tártara, donde sobreviven restos idiomáticos. Del origen de otros pueblos sabemos menos por desconocer su historia más antigua, pues sólo los documentos de tiempos pasados certifican la autotonía de una nación. El día que el doctísimo historiógrafo y etimólogo Büttner nos abra los tesoros de sus extraordinarios conocimientos, hasta ahora inaccesibles, para dotar, como podría hacerlo, a una serie de pueblos de su árbol genealógico, desconocido hasta el día de hoy para ellos mismos, se habrá hecho benemérito de la humanidad en sumo grado¹.

El origen de los africanos y americanos, fuerza es reconocerlo, permanece más oscuro para nosotros; mas en cuanto conocemos el extremo norte del primero de los Continentes mencionados y sus más antiguas tradiciones, el origen es asiático. Más al sur nos tenemos que contentar con no encontrar en la figura y color del negro nada que se oponga a semejante origen, sino más bien una gama de continuas transiciones en las formaciones climáticas, tal como trató de demostrarla el sexto libro de la presente obra. Dígame lo mismo de América, poblada en fecha más reciente, cuya colonización por parte del Asia oriental parece probable por el aspecto uniforme que presenta su población. Más que la evolución de los pueblos nos dicen sus idiomas; ahora bien: ¿en qué lugar de la tierra existen las lenguas más antiguas culturales? En el Asia. El que quiera observar el fenómeno de que los pueblos en una extensión de miles de millas cuadradas hablen todos en lenguas monosilábicas, que vaya al Asia. En la parte más allá del Ganges, en el Tibet y China, Birmania, Agra, Arraca y Benarés, Tonkin, Laos,

¹ Este sabio está trabajando en una obra de esa índole, de vastas proporciones.

Cochinchina, Cambodia y Siam, se habla únicamente con monosílabos sin flexión. Es probable que así se hayan quedado, fieles a la primitiva norma de su cultura idiomática y su escritura, ya que en este rincón del Asia las instituciones más antiguas se han conservado casi inmutables. Si alguno quiere conocer lenguas cuya riqueza grande, casi exuberante se reduce a muy pocas raíces de manera que con una regularidad notable y un arte casi infantil expresan un nuevo concepto por medio de una minúscula modificación del radical, combinando así la variedad con la pobreza, que contemple la extensión del sur de Asia desde la India hasta Siria, Arabia y Etiopía. El idioma bengalés tiene setecientas raíces que constituyen, por así decirlo, los elementos de la razón, con los cuales forma verbos, sustantivos y todas las demás partes de la sintaxis. El idioma hebreo y los de la misma familia, aunque de muy otra índole, llaman la atención al estudiarse su estructura hasta en los escritos más antiguos. Todas sus palabras se reducen a raíces de tres letras, las que tal vez fueron al principio también monosilábicas. Luego, a causa de su propio alfabeto, tomaron esta forma de las tres letras ya en épocas remotas, después de lo cual toda la lengua se construyó sobre esta base mediante adiciones y flexiones extremadamente sencillas. Una riqueza inimaginable de conceptos se reduce en la lengua árabe evolucionada a pocas raíces, de manera que las lenguas europeas hechas a remiendos con sus verbos auxiliares inútiles y sus flexiones aburridas nunca hacen un papel más pobre que cuando se las compara con los idiomas asiáticos. Estos, en consecuencia, cuanto más antiguos, más difíciles resultan de aprender para el europeo, el cual tiene que renunciar a su inútil verbosidad para enfrentarse a un sutilísimo juego jeroglífico de una regulación casi insensible que lo vuelve apto para servir al lenguaje transparente de las ideas.

La señal más segura de la cultura de un idioma es su escritura; cuanto más antigua, ingeniosa y meditada ésta, tanto más culta aquélla. Con excepción tal vez de los escitas, que también eran de origen asiático, no hay ninguna nación europea que pueda gloriarse de poseer un alfabeto de su propia cosecha; en este punto hacen el papel de bárbaros juntamente con los negros y americanos. Sólo el Asia poseía la escritura, y esto desde los tiempos más remotos. La primera nación culta de Europa, los griegos, recibieron su alfabeto de manos de un oriental, y todos los otros caracteres de los alfabetos europeos son rasgos derivados o malogrados de las letras griegas, como lo demuestran las tablas de Büttner¹.

También la más antigua escritura de letras que los egipcios

¹ Véase las *Tablas comparadas de las escrituras de diversos pueblos*, de Büttner, Göttingen, 1771.

usaron en sus momias, es fenicia, de la misma manera que el alfabeto copto es una deformación del griego. Entre los negros y americanos ni siquiera hay que pensar en una escritura de su propia invención; de entre ellos los aztecas no se elevaron por encima de sus primitivos jeroglíficos ni los incas más allá de sus cordeles anudados. El Asia, en cambio, ha agotado el arte de la escritura en caracteres y jeroglíficos artísticos, de suerte que en sus rasgos se encuentran casi todas las formas inimaginables de fijar el lenguaje humano. El idioma bengalés tiene cincuenta letras y doce vocales; el chino ha elegido de entre el mar insondable de caracteres que posee ciento doce para vocales y treinta y seis para consonantes. Y así siguen las cosas a través de los alfabetos tibetano, singalés, maratí y manchú, hasta con diferentes direcciones en los signos. Algunas de las escrituras asiáticas son tan antiguas que se ve bien cómo el idioma mismo se formó a una con ellas y para ellas. La escritura simple y bella de las ruinas de Persépolis, ni siquiera la hemos logrado descifrar hasta el día de hoy.

Si de los instrumentos de la cultura pasamos ahora a la cultura misma, ¿dónde se hubiera podido originar ésta con anterioridad a la asiática ya que desde allí se propagó a las otras regiones por caminos conocidos? El primer paso fue el dominio sobre los animales el cual, por lo que se refiere a este Continente, supera todas las revoluciones de la historia. Y no era sólo que estas montañas primitivas del mundo ofrecían, como vimos, el mayor número de animales domesticables; la sociedad humana, por su parte, llegó tan pronto a domesticarlos que nuestras especies más útiles como perros, ovejas y cabras nacieron solamente gracias a esta domesticación y son, por lo tanto, nuevas especies animales, producto del arte asiático. El que quiera hallar el centro de exportación de animales domésticos debe internarse en las alturas del Asia; cuanto más se aleje de allí (tomando las cosas en su conjunto), menor será el número de animales domesticados. En el Asia, hasta sus islas del sur, todo está lleno de ellos; en Nueva Guinea y Nueva Zelandia se encontraron solamente el perro y el cerdo, en Nueva Caledonia el perro solo, y en toda la extensa América eran el guanaco y la llama los únicos animales domésticos. Además, en Asia y África se encuentran las mejores, más hermosas y cultivadas especies. El dhi-guetai y el caballo árabe, el asno salvaje y el doméstico, el argali y la oveja, el macho cabrio salvaje y el angora son el orgullo de su clase; el elefante más inteligente es el asiático, usado desde tiempos remotos con gran ingenio, y el camello era insustituible en este Continente. Respecto de la belleza de algunos de estos animales, África entra en competencia con Asia; pero en lo que toca al uso está muy atrasado hasta nuestros días. Europa debe todos sus ani-

males domésticos al Asia; lo que tiene nuestro Continente de su propia cosecha son quince o dieciséis especies, en su mayor parte ratones y murciélagos¹.

No es otro el cuadro que se presenta referente al cultivo del suelo y sus productos, ya que gran parte de Europa fué hasta tiempos muy recientes una selva, y sus habitantes, si querían alimentarse de vegetales, difícilmente hallaran otra cosa que raíces, hierbas silvestres, bellotas y manzanas silvestres. En algunas regiones del Asia a las que nos referimos, los cereales crecen en estado silvestre y la labranza de los campos cuenta con una edad inmemorial. Los mejores frutos de la tierra: la vid, el olivo, limones e higos, la naranja y todas nuestras frutas, castañas, almendras y nueces, etc., etc., se trasplantaron del Asia primero a Grecia y África y luego a otras partes. Así, pues, también, estos dones habían de llegarnos por vía de la tradición. América no cultivaba la vid; también a África llegó sólo por manos europeas.

No hace falta probar con extensos argumentos, que las ciencias y artes hayan florecido primero en Asia y el vecino Egipto; los monumentos y la historia de los pueblos lo atestiguan y la obra de Goguet está en manos de todos². Las bellas artes, lo mismo que las útiles, cultivólas este continente desde tiempos muy remotos, siempre de acuerdo con el refinado gusto asiático, como lo demuestran las ruinas de Persépolis y los templos de la India, las pirámides del Egipto y tantas otras obras de las cuales existen restos o leyendas. Casi todas ellas se elevan muy por encima de la cultura europea y no tienen igual en África y América. La sublime poesía de varios pueblos del sur de Asia tiene fama mundial³, y cuanto más antiguas, más gala hacen de una simplicidad y dignidad que merecen llamarse divinas. ¿Cuál es el pensamiento agudo, digo más: cuál es la inspiración poética venida al alma de un tardío occidental que no se encuentre en germen en un aforismo o una circunlocución de algún remoto oriental, con tal de que éste enfocase el tema dentro de su esfera? El comercio de los asiáticos es el más antiguo del mundo y los inventos más importantes son de ellos, entre los que figuran también la astronomía y cronología. No hace falta participar de las hipótesis de Bailly para quedar maravillado a causa de la temprana y amplia difusión de algunas observaciones astronómicas, divisiones de materias y habilidades de artesanía que no pueden negarse a los pueblos más antiguos del Asia⁴. Parece que sus sabios más antiguos, preferentemente los que estudiaron el cielo

¹ ZIMMERMANN, *Geographische Geschichte der Menschen*, t. 3, p. 183.

² Del origen de las leyes, artes y ciencias, Lemgo, 1770, 4.

³ JONES, *Poeseos Asiaticæ commentar.*, edit. Eichhorn, Lips., 1777.

⁴ BAILLY, *Geich. der Sternkunde des Alterthums*, Leipz., 1777.

fueron observadores del silencioso transcurrir del tiempo, ya que aún ahora, en medio de la profunda decadencia de algunas naciones, se manifiesta la inclinación a los cálculos y operaciones aritméticas⁵.

El brahmán calcula con enormes cifras de memoria y las divisiones del tiempo las sabe de corrido, desde las más pequeñas hasta las grandes revoluciones celestes, y se engaña muy pocas veces sin tener a su disposición los medios auxiliares del europeo. El mundo antiguo le ha dejado en herencia las fórmulas que él ahora sólo tiene que aplicar; también nuestra cronología del año es de origen asiático y nuestras cifras y constelaciones celestes provienen del Egipto o de la India.

Si, finalmente, las formas de gobierno son el arte más difícil de la cultura, ¿dónde existieron las monarquías más antiguas y más grandes? ¿dónde los Imperios del mundo encontraron sus cimientos más firmes? Desde milenios la China conserva su antigua Constitución, y no obstante las repetidas invasiones tártaras, siempre los vencidos lograron amansar a los vencedores e imponerles el yugo de su antigua Constitución; ¿cuál es la forma de gobierno europea que puede gloriarse de semejante hazaña? En las montañas del Tibet gobierna la hierocracia más antigua del mundo y el poder de las castas hindúes es tan antiguo y arraigado que se ha hecho como una segunda naturaleza en el más manso de los pueblos. En el Eufrates y el Tigris, en el Nilo y en las montañas de los medos son monarquías pacíficas o agueridas las que intervienen desde los tiempos más remotos en los destinos de los pueblos occidentales. Hasta en las alturas tártaras se ha combinado la libertad independiente de las hordas con un despotismo de los Khanes que ha servido de modelo a más de un sistema de gobierno europeo. Desde todas partes del mundo, a medida que uno se va acercando al Asia, aumenta el número de imperios fundados sobre fundamentos incommovibles cuyo poder ilimitado se ha impreso en la mentalidad de los pueblos de tal manera que el rey de Siam se rió de una nación sin rey como de un monstruo sin cabeza. En África, los gobiernos despóticos son más firmes a medida que se acercan al Asia. Cuanto más descendemos al sur, más primitivo es el estado que presenta la tiranía, hasta que finalmente entre los cañes se pierde en el sistema pastoril patriarcal. En los mares del sur, cuanto más erramos al Asia, tanto más florecen las artes, la artesanía, el esplendor y su consorte: el despotismo real; cuanto más alejadas estén algunas islas, o también en América y los confines del hemisferio sur, una Constitución más simple se presenta en formas más pri-

⁵ Véanse los viajes de Le Gentil en la colección de Ebeling, parte 2, p. 406.
⁶ WILHELM, *Doctrina temporum Indica*, después de BAYR, *Histor. regni Gyar-*
batani Petrop., 1783, etc.

mitivas, lo mismo que la libertad de las tribus y familias. Tanto es esto así que algunos historiadores hicieron derivar hasta las dos monarquías que hubo en América, las de México y Perú, de la vecindad de Imperios despóticos del Asia. Todo el aspecto del Continente, particularmente alrededor de los macizos montañosos, lo delata como la morada más antigua, a la vez que las tradiciones de estos pueblos se remontan, como es sabido, lo mismo que su etnología y sus religiones, hasta miles de años atrás, lindando con el mundo prehistórico. Todas las leyendas europeas y africanas (exceptuándose siempre el Egipto), no son más que fragmentos perdidos de fábulas más recientes en comparación con las construcciones monumentales de antiguas cosmogonías como las tienen la India, el Tibet, la antigua Caldea y hasta el bajo Egipto; son sonidos dispersos de un eco errante frente a la voz del mundo asiático primitivo que se pierde en la mitología.

Pues, ¿por qué no seguir esta voz y, de ser posible, hasta su fuente, ya que los hombres no tenemos otro medio de formación que la tradición? Verdad es que se trata de un sendero expuesto a errores como cuando se sigue el arco iris o el eco; porque así como un niño no sabe relatar su nacimiento por más que haya sido su protagonista, así tampoco podemos esperar que el género humano nos sepa dar información de rigor histórico sobre su creación y su primera instrucción, de la invención del lenguaje y de sus primeras moradas. No obstante, también el niño recuerda siquiera algunos rasgos de su infancia, y si varios niños, educados juntos y luego separados por la vida, nos cuentan cosas idénticas o parecidas, ¿por qué no los habríamos de escuchar? ¿Por qué no soñar con lo que nos dicen, y meditar sobre ello, si ya no podemos contar con documentos más explícitos? Y puesto que es manifiestamente el plan de la Providencia instruir a los hombres por los hombres, es decir, mediante una tradición continuada, no dudemos de que también en este punto nos concedió cuanto necesitamos saber.

IV

TRADICIONES ASIÁTICAS SOBRE LA CREACIÓN DE LA TIERRA Y EL ORIGEN DEL GÉNERO HUMANO

¿Mas dónde comenzar, a dónde dirigir nuestros pasos en esta selva caótica donde tantas voces engañosas, tantas luces falsas devían al viajero? No es mi ánimo añadir una letra siquiera a la biblioteca de fantasías que sobre este punto tiene atiborrada la me-

moría humana. Trataré, pues, de separar lo más que pueda las suposiciones de los pueblos o las hipótesis de sus sabios de los hechos corroborados por la tradición, y en ésta sus grados de certidumbre y su antigüedad. El último pueblo de Asia, el que se gloria de la mayor antigüedad, los chinos, no poseen ningún dato histórico seguro que se remonte más allá del año setecientos veintidós antes de Cristo. Los Imperios de Fo-Hi y Hoang-Ti pertenecen a la mitología y lo que precede a Fo-Hi, la época de los espíritus o de los elementos personificados, lo consideran los mismos chinos como alegoría poética. Su libro más antiguo¹, reconstruido 176 años antes de Cristo, o mejor dicho, compuesto y completado con dos ejemplares salvados del incendio, no contiene ninguna cosmogonía ni los orígenes de la nación. Yao ya está gobernando en las montañas de su Imperio; a una orden suya se observan las estrellas, se construyen riegos, se elabora la cronología. Los sacrificios y los negocios se desarrollan según un orden ya fijado. No nos queda otra cosa que la metafísica china del primer gran Y², cómo del uno y del dos nacieron el cuatro y el ocho, cómo después de abierto el cielo Puan-cu los tres Hoang gobernaron cual personajes milagrosos hasta que se iniciara la historia propiamente humana con Gin-Hoang, el primer legislador que, nacido en el monte Hing-ma, dividió la tierra y las aguas en nueve partes. Sin embargo, esta mitología abarca todavía muchas generaciones posteriores, de manera que no se presta a sacar conclusiones acerca de los orígenes si no es acaso el que fija la morada de estos reyes y sus personajes fabulosos en las altas montañas del Asia, que eran tenidas por sagradas y honradas con toda la mitología más antigua. Una montaña alta en medio de la tierra es objeto de veneración, aunque sea en nombre de esos seres fabulosos que denominan reyes.

Si subimos al Tibet, hallamos aún más acentuada la situación de las tierras habitadas alrededor de la montaña más elevada, ya que toda la mitología de este Imperio espiritual se funda en ello. La altura y las dimensiones del monte son descritas como pasmosas. Monstruos y gigantes montan guardia al pie del monte, y siete mares y siete montañas de oro le rodean. En la cumbre habitan los Lahen y otros seres inferiores en escala descendente. A través de edades incommensurables descendieron estos contemplativos del cielo en dos cuerpos cada vez más groseros hasta que vinieron a parar en figura humana cuyos progenitores fueron una pareja de monos aborrecibles. También el origen de los animales se explica por algunos Lahen arrojados de sus alturas³. Es una mitología dura, que

¹ Le Chou-King, un des livres sacrés des Chinois, Paris, 1770.

² Recherches sur les temps antérieurs à ceux dont parle le Chou-King p. 1.

³ Primer, antes de la edición de Chou-King, etc., por Deguignes.

Garnier, Alphabet, Tibetan, Rouen, 1762, p. 181 y en otros pasajes.

construye montaña abajo hasta ir a parar con el mundo en el mar, al que llena de monstruos. A uno de ellos, la eterna necesidad, entrega finalmente todo el sistema de seres. Mas también esta tradición deshonrosa que hace derivar al hombre del mono se encuentra tan entrelazada con motivos posteriores que resulta difícil considerarla íntegramente antigua.

Sería de desear que obtuviéramos la tradición más antigua del milenario pueblo de los hindúes. Pero amén de que esta primera secta del Brahma hace mucho ha sido exterminada por los secuaces del Vishnú y Shiva, entre el material recogido hasta ahora por europeos figuran sólo leyendas recientes que ora hacen el papel de una mitología popular ora de doctrinas interpretativas para sus sabios. Además, las diferencias de provincia en provincia son abismales, de manera que pasará mucho tiempo antes de que podamos contar con el verdadero idioma sánscrito lo mismo que con el verdadero Veda de los indios; y aun entonces es poco lo que puede esperarse respecto de la información sobre sus tradiciones más antiguas, ya que ellos mismos juzgan perdida la primera parte de la obra. Mas también entre algunas de las fábulas posteriores se asoma alguno que otro grano histórico de las leyendas primitivas. Así, por ejemplo, en toda la India, el Ganges es sagrado y baja inmediatamente de las montañas sagradas que son los pies del creador del mundo, Brahma. En la octava transformación, Vishnú apareció como Prasarama. Las aguas cubrían todavía toda la tierra hasta las montañas de Gate. Entonces rogó al dios del mar que le diera lugar y retirara el mar hasta donde llegara a tirar la flecha. El dios lo prometió y Prasarama lanzó el tiro. Hasta donde llegó la flecha, hubo tierra firme, la costa de Malabaria. La narración nos dice, como lo anota también Sonnerat, que en otros tiempos el mar llegaba hasta el monte Gate y que la costa de Malabaria es tierra de formación más reciente. Otras leyendas de pueblos de la India narran de otra manera el origen de la tierra y del agua. Vishnú estaba flotando en una hoja; el primer hombre nació de él en forma de flor. En la superficie del agua flotaba un huevo que Brahma hizo madurar y de cuya cáscara se originó el aire y el cielo mientras de su contenido nacieron los hombres y animales. Pero es necesario leer estas leyendas en el tono de fábula propio de los indios infantiles¹.

El sistema de Zoroastro² es evidentemente ya una doctrina filosófica, y aunque no estuviera mezclado con leyendas de otras sectas difícilmente podría pasar como tradición primitiva; sin embargo hay en él rastros reconocibles de tales tradiciones. El gran monte Albordi en el centro de la tierra vuelve a aparecer y extiende sus

¹ Sonnerat, Baldeus, Dow, Hollwell, etc.

² *Zend-Avesta*, Riga, 1776-1778.

montañas secundarias a su alrededor. El sol circula alrededor de él; por sus faldas bajan los ríos; mares y tierras fueron distribuidos por él. Las figuras de las cosas existían primero en imágenes típicas, en gérmenes, y como todas las mitologías del Asia superior abundan en monstruos del mundo primitivo, así tiene también ésta el gran toro Kayamortis de cuyo cadáver nacieron todas las criaturas de la tierra. En la cumbre de la montaña, lo mismo que en el monte de los Lahen, está el paraíso, sede de los espíritus bienaventurados y hombres transfigurados, así como la fuente primitiva de los ríos, el agua de la vida. Por lo demás, la luz que divide las tinieblas, la dehace y supera, fertiliza la tierra y beatifica a todas las criaturas, es manifiestamente el primer principio físico de todo el sistema luminoso de los persas, que aplicaron esta idea única de mil maneras en el culto divino, la moral y la política.

Cuanto más descendemos de la altura del Asia en dirección al oeste, más se abrevian las edades y leyendas del mundo primitivo. En todas ellas se advierte ya un origen posterior, y la aplicación de tradiciones extrañas de países montañosos a regiones de la llanura. En su colorido local se hacen cada vez más inadecuadas, pero en cambio ganan en claridad y perfección del sistema mismo, ya que de la antigua fábula sólo restan unos pocos fragmentos y aun estos vestidos de color local. Por esto me parece un tanto extraño que por una parte se pretendiera calificar a Sanchoniátón de fraudulento, y por otra se le presentara como el primer profeta del mundo primitivo, ya que a esto se oponía la sola situación geográfica de su país. La idea de que el principio del mundo haya sido el aire sin ningún rayo de luz, un caos oscuro que desde tiempos inmemoriales había flotado en el espacio desierto, hasta que el espíritu creador se enamoró de sus propios principios ontológicos de cuya mezcla nació el de la creación; esta mitología es una forma de imaginación tan antigua y tan común a los pueblos más diversos que bien poco le quedó para inventar en ello al fenicio. Casi no hay pueblo asiático, inclusive el egipcio y el griego, que no cuente la tradición del caos o del huevo incubado; ¿por qué no habían de encontrarse tales tradiciones escritas en un templo fenicio? Que las primeras semillas de las criaturas hayan estado en el barro siendo los primeros seres dotados de razón una especie de personajes prodigiosos, "espejos del cielo" (*Zofasemin*), que despertaron por el trueno para producir diversas criaturas con su poder milagroso, es también una leyenda muy difundida, y aquí algo abreviada, la cual con algunas variantes se extiende a través de las montañas medas y tibetanas hasta la India y la China, y llega luego hasta Frigia y Tracia; pues sus restos aparecen todavía en la mitología de Hesíodo y en la órfica. Pero si luego leemos extensas genealogías del viento Colpias, es decir, la voz del espíritu divino y su mujer la Noche, sus

hijos, el Primogénito y Eón, sus nietos: Género y Especie, sus biznietos: Luz, Fuego y Llama, y sus tataranietos, los montes Casio, Libano, Antilibano, etc., atribuyéndose a estos nombres alegóricos las invenciones del género humano, entonces se requiere un prejuicio a toda prueba para considerar que ese embrollo de viejas leyendas malentendidas que el compilador encontraría como meros nombres de los que hizo personas, sea una cosmología y una historia, la más antigua, del género humano.

Más al sur del Egipto no hay por qué buscar tradiciones del mundo primitivo. Los nombres de sus dioses más antiguos presentan restos innegables de una tradición paralela con la fenicia; la vieja noche, el espíritu, el creador, el barro con las semillas de las cosas, vuelven aquí a aparecer. Mas como todo cuanto sabemos de la mitología más antigua del Egipto es tardío, incierto y oscuro, y siendo además toda mentalidad mitológica de este país tributaria del clima, no hace a nuestro propósito buscar entre esos ídolos, ni menos en las fábulas de los negros, leyendas del mundo primitivo que puedan servir de base para una filosofía de la más antigua historia humana.

También históricamente no nos queda más en toda la tierra que la tradición escrita, la que solemos llamar la mosaica. Dejando a un lado todo prejuicio, y prescindiendo, en consecuencia, por completo de cuál sea su origen, sabemos que tiene más de tres mil años de antigüedad siendo en todo caso el libro más antiguo con que cuenta nuestra joven especie. Una mirada nos dirá lo que estas páginas sucintas quieren y pueden decirnos con su simplicidad, no considerándolas como historiografía sino como una tradición o como una antigua filosofía de la historia humana, a la cual me apresuro, por este motivo, a despojar de sus poéticos adornos orientales.

V

LA TRADICIÓN ESCRITA MÁS ANTIGUA SOBRE EL ORIGEN DE LA HUMANIDAD

Cuando comenzó la creación de nuestra tierra y de nuestro cielo —narra la leyenda— era la tierra primero un cuerpo caótico y deformado envuelto por un oscuro mar, y una fuerza viva e incubadora flotaba sobre las aguas.

Si se quisiera describir el estado primitivo de la tierra de acuerdo con las experiencias más modernas tal como la razón investiga

dora puede hacerlo sin el revuelo de hipótesis insostenibles, no se podría hacer de otra manera que como lo hace esta antiquísima descripción. Una inmensa roca granítica, cubierta en su mayor parte por las aguas, y sobre ella las fuerzas de la naturaleza preñadas de vida: esto es lo que sabemos, y nada más. Que esta roca fuera despedida por el sol en estado de incandescencia, es un pensamiento gigantesco, el cual, empero, no encuentra su fundamento en la analogía de la naturaleza ni menos en la evolución de la tierra; porque ¿cómo se formó el agua sobre esta masa incandescente?, ¿de dónde le vino su forma esférica?, ¿y de dónde sus revoluciones alrededor de su eje, y los polos, siendo así que el imán pierde su poder en el fuego? Mucho más verosímil es que esta maravillosa roca primitiva se haya formado por sí misma gracias a fuerzas intrínsecas, es decir, que se fué sedimentando y solidificando del caos preñado del que debía formarse la tierra. Pero la tradición mosaica saltea también este caos y describe en seguida la roca, con lo cual desaparecen también aquellos monstruos y personajes fantásticos caóticos de la tradición más antigua. Lo que tiene este pasaje filosófico en común con aquellas leyendas, son acaso los Elohim, tal vez el Lahen, el Zofesamin etc., pero acrisolados hasta el concepto de una unidad causal. No son criaturas sino el creador mismo.

La creación de las cosas se inicia con la luz: con esto se destierra la antigua noche, con esto se separan los elementos. ¿Y qué otro principio conocemos, de acuerdo con investigaciones antiguas y modernas, que sea tanto diversificante como vivificante, si no es la luz, o si se prefiere, el fuego elemental? Se encuentra disperso en toda la naturaleza, distribuido con desigualdad según la afinidad de los cuerpos. En constante movimiento y actividad, líquido y activo por sí mismo, es la causa de toda liquidez, calor y movimiento. Hasta el principio eléctrico no parece ser más que una modalidad de aquel, y puesto que toda la vida en la naturaleza se desarrolla solamente por el calor y se manifiesta por el movimiento de los líquidos y el semen de los animales, actúa mediante una fuerza dilatadora, excitante y vivificante, semejante a la luz, habiéndose observado la intervención de la luz y la electricidad también en la fecundación de las plantas, vemos ahora que en esta antiquísima cosmogonía filosófica no hay otra causa inicial que la luz. Y no una luz solar, sino una luz que prorrumpe del interior de esta masa orgánica, también esto de acuerdo a las modernas experiencias. No son los rayos solares los que dan vida y alimentan a todas las criaturas, sino que todo posee su calor interior, aun la roca y el hierro frío. Más aún: una criatura es viva, sensible y activa sólo en la medida en que participa de este fuego genético y sus ulteriores efectos en la poderosa circulación del movimiento intrínseco. Aquí,

de V
Luz
fuego
genés

pues, se encendió la primera llama elemental, no como Vesubio lanzando llamas, no como cuerpo terrestre encendido, sino como poder diversificante que era bálsamo calorífero y nutritivo de la naturaleza, el cual, poco a poco, puso a todas las cosas en movimiento. ¡Cuánto más burda y menos verídica es la tradición fenicia al hacer despertar las fuerzas naturales en forma de animales por rayos y truenos! En este sistema más ingenioso que sin duda será corroborado por las sucesivas experiencias, el promotor de la creación es la luz.

Para evitar malas interpretaciones en la siguiente exposición de los días de la creación, recuerdo lo que cualquiera ve a primera vista, a saber, que toda esta idea de un sistema autónomo de creación se basa en una oposición de factores en virtud de la cual las divisiones tienen un significado simbólico y no físico. Puesto que nuestra vista no puede abarcar de un solo golpe toda la creación y sus relaciones de causalidad mutua, fué menester establecer divisiones, y eran las más naturales la contraposición de cielo y tierra, y luego de tierra y mar, por más que en la realidad constituyen un reinado homogéneo de seres que ejercen su influjo causal sobre otros y reciben el de aquéllos. De esta manera, el antiguo documento es el cuadro primero e ingenuo de un orden natural al que la denominación de días de la creación sirve sólo a manera de división esquemática, conforme a otro fin secundario perseguido por el autor. Tan pronto como la luz apareció como brazo ejecutor de la creación, tuvo que producir a un tiempo cielo y tierra. Allí purificó el aire que, según las últimas experimentaciones, es una especie de agua de menor densidad y algo así como el vehículo que comunica toda la creación entre sí, sirviendo en miles de combinaciones tanto a la luz como a las fuerzas de los seres marinos y terrestres. No conocemos ningún principio natural fuera de la luz o el fuego elemental que fuese capaz de purificar el aire hasta tal grado de elasticidad líquida. Mas ¿cómo se iba a realizar esta purificación sino sedimentándose paulatinamente en varias etapas y revoluciones todas las materias más pesadas, y constituyéndose de esta manera poco a poco el agua, la tierra y el aire en regiones separadas? Se ve, por lo tanto, que entre el segundo y tercer proceso hubo interferencias, así como también se oponen ambos en el simbolismo de la cosmogonía, efectos todos ellos de la luz diversificante de la creación. No cabe duda de que estos procesos insumieron miles de años, como lo demuestran fehacientemente la formación de las montañas y capas terrestres, y la de los valles y los cauces de los ríos. Tres entes poderosos ejercieron su acción durante estas prolongadas épocas: el agua, el aire y el fuego; los primeros dos sedimentando, excavando y nivelando; el último cooperando orgánicamente en los otros dos y en todo lugar de la tierra en formación.

311 o

el teatro de la
creación

Otra visión magnífica nos presenta ahora este más antiguo de los naturalistas al que muchos no alcanzan a comprender hasta nuestros días. La historia geológica demuestra que, en la formación de la tierra, las fuerzas orgánicas de la naturaleza entraron en acción tan pronto como les fué posible. Nació la vida vegetativa apenas lo permitieron las condiciones de vida, a pesar de que reinos enteros de vegetación hubieron de perecer al producirse grados de evolución en el aire y en el agua. El mar estuvo repleto de vida tan pronto como lo permitió su estado de purificación, aunque millones de esos seres vivos pereciesen en las inundaciones para servir de materia a otros organismos. Tampoco podía existir en cada elemento toda la gama de seres vivos que de suyo son aptos para vivir en él, ya que no había concluido el proceso de continuas purificaciones de los elementos; las especies se seguían una a otra, tal como les fué posible de acuerdo con su naturaleza y el medio que necesitaban. Y he aquí que nuestro sabio naturalista reduce todo esto a una voz del Creador que produce la luz para con ello mandar al aire purificarse, al mar retirarse, a la tierra emerger de a poco, es decir, poner en acción todas las fuerzas causales del ciclo natural. Y de esta misma manera ordena a la tierra, las aguas, el polvo, que cada uno de ellos produzca seres orgánicos según su carácter peculiar dotándose la creación de vida a sí misma en virtud de las propias fuerzas orgánicas implantadas a estos elementos. Así habla este sabio y no resulta desmentido por el aspecto que la naturaleza ofrece hoy todavía por doquiera donde fuerzas orgánicas evolucionan hacia la vida de acuerdo con sus elementos. Sólo que, en gracia de la división, opone los reinos de la naturaleza por separado, tal como los distingue el naturalista, a pesar de que sabe que no operan separadamente. Precede la vegetación; y en efecto, habiendo demostrado la física moderna que las plantas viven principalmente de la luz, con haberse corroido un poco la roca y estar cubierta con un poco de fango aluvial, pudo bajo el enorme calor de la creación naciente, brotar la primera vegetación. Las fértiles entrañas del mar siguieron con sus productos fomentando otras clases de vegetaciones. La tierra fecundada por lo que en el mar había perecido y por la luz, el aire y las aguas, se apresuró a producir nuevos seres, si bien no todos a la vez; pues, así como el animal carnívoro no podía subsistir sin alimento animal, así su nacimiento supone la muerte de especies enteras de animales, como nuevamente lo comprueba la historia natural. En las capas más antiguas de la tierra se encuentran sedimentos de animales marinos o herviboros; carnívoros no se encuentran, o muy pocas veces. Así fué creciendo la creación gradualmente en organismos cada vez más

315

PREHISTORIA ANTES DE LOS
DINOSAURIOS, ES DECIR, ANTES
QUE LOS HUECOS DE LOS FANTASMAS
SE CONOCIERAN COMO DINOS

refinados hasta que, por fin, aparece el hombre, la más fina obra de arte de los Elohim, el rey de la creación.

Pero antes de presentar nuestros respetos al rey, contemplemos algunos toques maestros en el cuadro de nuestro antiguo naturalista sabio.

Primero: El sol y las estrellas no aparecen como causas eficientes en la rueda de actividades creativas. El los hace el punto céntrico de su simbolismo, y en efecto, mantienen a nuestra tierra con todos sus productos orgánicos dentro de su curso, siendo por lo tanto, como él dice, los reyes del tiempo. Pero no emiten fuerzas orgánicas ni las transmiten por sus irradiaciones. Todavía ahora el sol ilumina como lo hizo al principio de la creación, pero no hace brotar ni organiza nuevas especies; pues ni siquiera de la descomposición de seres orgánicos haría nacer el calor la más mínima vida si la energía creadora no estuviere ya dispuesta para su próxima transformación. En consecuencia, el sol y los astros aparecen en este cuadro de la naturaleza tan pronto como pueden aparecer, a saber, estando purificado el aire y la tierra estructurada; pero sólo en calidad de testigos de la creación y regentes de un círculo orgánico cerrado en sí mismo.

Segundo: Desde el principio de la tierra está también la luna para mí un hermoso testimonio de este viejo símbolo de la naturaleza. No tiene para mí poder persuasivo la opinión de los que la tienen por una vecina advenediza de la tierra atribuyendo a su inoportuna llegada todos los desórdenes que en ella y sobre ella se produjeron. La hipótesis carece de toda prueba científica, no sólo porque cualquier aparente desorden en nuestro planeta puede explicarse sin recurrir a la misma, sino también porque el desorden aparente deja de serlo a la luz de una explicación más profunda. Pues parece evidente que la tierra con los elementos germinales de su evolución no pudo formarse sino mediante tales revoluciones y difícilmente sin la vecindad de la luna. Pertenecer a la tierra como se pertenece a sí misma y al sol; tanto el movimiento del mar como la vegetación, por lo que conocemos del mecanismo de las fuerzas celestes y terrestres, dependen de su trayectoria.

Tercero: Ese sabio naturalista clasifica con ingenio y acierto las criaturas del aire y las del agua en una sola clase. La anatomía comparada ha puesto de manifiesto una admirable semejanza entre ellas, lo mismo en su estructura interna que especialmente en la del cerebro como verdadero índice del grado de organización alcanzado por un ser. Las diferencias de desarrollo que existen se adaptan siempre al medio para el cual una criatura ha sido hecha. Por consiguiente, en estas dos categorías de criaturas del aire y del agua tuvo que manifestarse en la estructura interna la misma analogía

que existe entre el aire y el agua. El ciclo viviente de la creación confirma en general que como cada elemento produjo lo que le era posible y todos los elementos forman parte de un conjunto, no pudo haber en nuestro planeta más que un solo esquema de formación orgánica, que comenzando por el íntimo ser viviente, acaba con la última obra de arte de los Elohim.

Con gozo y admiración contemplo, pues, esta rica descripción de la creación del hombre, porque ella es el contenido de la presente obra y felizmente también su sello. Los Elohim se reúnen en consejo e imprimen el resultado de su conciliábulo en la imagen del hombre que están a punto de crear; de ahí que el intelecto y la meditación sean su característica saliente. Lo forman a su semejanza, y todos los orientales la descubren principalmente en la posición erguida del cuerpo. Le fué impreso el carácter de dominar la tierra; vale decir que a su especie le fué concedido el privilegio de habitar en todas partes de la tierra y de vivir como el más fecundo entre los animales superiores de todos los climas como representante de los Elohim, como Providencia visible, como un dios en actividad. He aquí la más antigua filosofía de la historia humana.

Y ahora, completado el ciclo de la creación hasta su último y más noble resorte, descansó Elohim y no siguió creando; más aún: se mantiene tan oculto en el teatro de la creación que parece como si todas las cosas se hubiesen creado por sí mismas y hubiesen existido por necesidad desde toda la eternidad. Esto último no es así, ya que la estructura terrestre y la sucesiva organización de las criaturas prueba hasta la saciedad que todo lo terreno ha tenido su comienzo de construcción ingeniosa evolucionando de las formas inferiores hasta las superiores, pero ¿qué decir de lo primero, es decir, la hipótesis de que todo se creó por sí mismo? ¿Por qué el taller de la creación cerró sus puertas de manera que ni el mar ni la tierra produjeran nuevas especies de seres vivos, pareciendo inerte el poder creativo y limitada su acción a ejercerse sólo a través de los órganos de géneros y especies fijas? Nuestro sabio naturalista nos responde señalando el agente al cual hace resorte de toda la creación, y con él nos da también la explicación física. Fué la luz o el elemento del fuego el que dividió la masa de materia, hizo el cielo en las alturas, dió elasticidad al aire y preparó la tierra para la vegetación; dió forma a las semillas de las cosas organizándolas desde los grados inferiores hasta el más complejo. La creación, por lo tanto, estaba concluida ya que conforme a la palabra del Eterno, es decir, a su sabiduría ordenadora, estas fuerzas vitales estaban repartidas y habían tomado todas las figuras que sobre nuestro planeta podían y de-

bían conservarse. El calor activo envuelto en el cual el espíritu creador incubaba sobre las aguas de la creación y el cual se había manifestado ya en la plenitud de su poder en las tempranas formaciones subterráneas, no pudiendo ni el mar ni la tierra producir ahora cosa alguna con su ayuda, este calor primitivo de la creación sin el cual nada podía organizarse entonces como hoy no puede organizarse nada sin el calor genético, se había comunicado a todos los seres que llegaron a la existencia y sigue siendo todavía el resorte motor de su esencia. ¡Qué cantidades enormes de fuego primitivo absorbió, por ejemplo, la masa pétreo de la tierra, la cual sigue todavía durmiendo o actuando en ella, como lo demuestran todos los volcanes, todo mineral combustible, todo fragmento de piedra por pequeño que sea! Que hay material combustible en toda la vegetación y que toda la vida animal funciona solamente a base de combustión está probado por una multitud de recientes experimentos e investigaciones de manera que todo el ciclo vital de la creación parece consistir en que lo líquido se solidifique, lo sólido se licúe, el fuego pase al estado libre y vuelva a combinarse, las fuerzas vitales se oculten en los organismos y vuelvan a ser liberadas. Puesto que la masa destinada a la formación de la tierra tenía su medida y su peso, fuerza es que también el motor del todo estuviese limitado a un ciclo determinado. En la creación todos viven ahora de todos; la rueda de las criaturas corre sin agregar nada a su redondez; todo se construye y destruye dentro de los límites genéticos fijados por el período creativo. En virtud del poder del Creador la naturaleza, viene a ser una forma de arte perfecto y el poder de los elementos quedó ligado a un ciclo de organismos determinados de los cuales no se puede escapar porque el espíritu creador se ha incorporado a todo cuanto era capaz de recibirlo. Es inherente a la naturaleza de las cosas que esta obra de arte, este ciclo, habiendo tenido comienzo, tenga también su fin; la hermosa creación evoluciona hacia el caos como del caos ha nacido; sus formas se desgastan; todo organismo se marchita y envejece. También el gran organismo de la tierra descenderá, pues, al sepulcro, del cual, cuando su hora haya llegado, resurgirá en otra figura a una nueva vida.

VI

CONTINUACIÓN DE LA TRADICIÓN ESCRITA
MÁS ANTIGUA SOBRE EL ORIGEN DEL
GÉNERO HUMANO

Si son del agrado de mis lectores las ideas puras de esta antigua tradición que he expuesto sin hipótesis ni adornos, sigamos desenmarañándolas. Pero antes abarquemos con un vistazo de conjunto todo este cuadro de la creación. ¿En qué se distingue tan singularmente ante todas las fábulas y tradiciones del Asia superior? Por su conexión, simplicidad y veracidad. Aunque aquellas contienen más de un grano de verdad respecto de la física y la historia, el conjunto de tradiciones orales o poéticas, sacerdotales o populares, tal como evolucionó, presenta un aspecto tan desordenado que parece un caos fabuloso cual el mismo comienzo de la creación. En cambio, este sabio naturalista supera el caos presentándonos una estructura que con su simplicidad y conexión imita la misma naturaleza tan ordenada. ¿Cómo alcanzó semejante orden y sencillez? Basta comparar su obra con las fábulas de otros pueblos para percatarse de la causa de su filosofía más pura de la historia de la tierra y del género humano.

Primero: Dejó a un lado todo cuanto hubiese de incomprendible y situado fuera de la visión humana ateniéndose a lo que vemos con los ojos y podemos retener con la memoria. Así, por ejemplo, hay pocas cuestiones que fueron motivo de tantas controversias como la edad del mundo, de nuestra tierra y del género humano. A los pueblos asiáticos con sus cronologías inmensas se los ha calificado de sapientísimos, a nuestra tradición de infinitamente infantil porque, según se dice, contra toda razón y hasta en oposición al evidente testimonio de la estructura terrestre, quiere alzarse con toda la creación en unos pocos años y darle al género humano una antigüedad insignificante. Juzgo que con esto se infiere a nuestra tradición una injusticia manifiesta. Si Moisés fué por lo menos el compilador de estas antiguas tradiciones, no pudieron serle desconocidas a este docto egipcio aquellas legiones de dioses y semidioses con los que este pueblo como todas las naciones asiáticas hizo comenzar la historia del mundo. ¿Por qué no entretejió entonces estas informaciones, por qué redujo, a despecho de los mismos, el origen del mundo al símbolo de un exiguo espacio de tiempo? Evidentemente porque quería cortar por lo sano y eliminarlas de una vez de la memoria de los hombres, como fábulas inútiles. A mi juicio, obró en ello sabiamente

porque más allá de la tierra ya organizada no existe para nosotros cronología que valga, ni siquiera antes del origen del género humano y su historia coherente. Dejemos a Buffon que atribuya a sus seis primeras épocas de la naturaleza espacios temporales tan grandes como quiera, de veintiséis mil, de treinta y cinco mil, de quince a veinte mil, de diez mil años, etc.; la razón humana, consciente de su limitación, se ríe de estas cifras imaginarias aun en el caso de que admitiera su veracidad. Pero mucho menos quería cargar con ellas la memoria histórica. Ahora bien: las monstruosas cronologías antiguas son evidentemente de la misma índole que las de Buffon: se refieren a las épocas en que dominaban los poderes divinos y mundiales, anteriores a la formación de la tierra, siguiendo la manera en que estas naciones, amantes de cifras gigantescas, las interpretaban a base de las revoluciones celestes o de los símbolos, entendidos a medias, provenientes de las más antiguas tradiciones de imágenes. Así, según los egipcios, Volcán, el creador del mundo, reinó por tiempos infinitos, luego su hijo el sol por treinta mil años, después Saturno y los restantes doce dioses por tres mil novecientos ochenta y cuatro años, antes de que les siguiesen los semidioses y luego los hombres. Otro tanto ocurre con las tradiciones de la creación y cronología del Asia superior. Durante tres mil años reinó entre los persas el ejército celeste de la luz sin enemigos; otros tres mil transcurrieron hasta que apareciera el personaje milagroso del toro de cuyo semen nacieron primero las criaturas y, por último, Meschis y Meschiana, hombre y mujer. El primer período de los tibetanos, reinando los Lahén, es infinito, el segundo abarca ochenta milenios, el tercero cuarenta, el cuarto veinte que forman una edad, la que descenderá hasta los diez años para luego ascender nuevamente hasta los ochenta mil años. En la India, los periodos llenos de transformaciones de las divinidades, y en China los de los reyes, llegan aún más arriba. Eternidades todas ellas con las que nada se podía hacer sino lo que hizo Moisés eliminándolas y que pertenecen, según las mismas tradiciones, a la creación de la tierra y no a la del género humano.

Segundo: Si se discute, pues, sobre si el mundo es viejo o joven, ambos contendientes tienen razón. La roca de la tierra es muy antigua y su revestimiento requirió largas revoluciones sin duda alguna. En este punto, Moisés deja en libertad a cada cual de inventar épocas a su gusto y, de acuerdo con los caldeos, hacer reinar al rey Alorus, la luz; Urano, el cielo; Gea, la tierra, y Helios, el sol, hasta cuando le venga en ganas. Moisés no enumera ningún período de esta índole y precaviéndose contra los mismos presentó su cuadro sistemático y de perfecta conexión bajo las apariencias más comprensibles de un ciclo de revoluciones terrestres. Cuanto más remotas sean estas revoluciones y más prolongada su duración, más reciente tiene que ser forzosamente la especie humana, la cual según

todas las tradiciones y conforme a la naturaleza de las cosas apareció como último fruto de la tierra ya acabada. En consecuencia, hay que darle las gracias a este sabio naturalista por el corte audaz con que eliminó las tabulas monstruosas; a nuestra capacidad de comprensión le basta la naturaleza tal como es, y la humanidad tal como existe en el momento actual.

También respecto a la creación del hombre narra la leyenda lo que pudo haber ocurrido según la naturaleza¹.

"Cuando en la tierra" —continúa a modo de complemento— "no hubo plantas ni árboles, no pudo todavía vivir el hombre destinado por la naturaleza a su cultivo. Todavía no caía la lluvia, pero la niebla subía y de una tierra humedecida con su rocío fué formado el hombre, y el espíritu de la energía vital alentó sobre él y lo convirtió en ser viviente." A mi juicio, esa sencilla narración dice todo cuanto pueden los hombres saber de su organismo aun hoy en día, después de todas las investigaciones de la fisiología. En la muerte, nuestro ingenioso organismo se disuelve en tierra, agua y aire, que ahora están combinados orgánicamente; la economía interna de la vida animal, empero, depende del estímulo misterioso o del bálsamo que está en el elemento del aire que regula a la perfección la circulación de la sangre y toda la contienda interna de las fuerzas vitales de nuestra máquina; y de esta manera el hombre llega a poseer alma activa efectivamente a causa del espíritu vivificante. Por él conserva y manifiesta el poder de asimilar el calor vital y de actuar como una criatura sensible y racional. La filosofía más antigua está de acuerdo en este punto con las últimas experiencias.

Un jardín fué la primera morada del hombre, y también ese rasgo de la tradición es tal como la más ingeniosa filosofía podría excogitarlo. La vida en un jardín es la más fácil para la humanidad recién nacida; cualquier otro sistema, especialmente la agricultura, supone ya diversas experiencias y cierta técnica. Este rasgo demuestra de paso lo que consta ya de todas las disposiciones de nuestra naturaleza, a saber: que el hombre no ha sido creado para la vida salvaje sino para la pacífica, por lo cual el Creador conocía el fin de su criatura mejor que nadie: la creó, lo mismo que a los demás seres, en el elemento, es decir, en el medio ambiente y el sistema de vida para el cual había sido hecho. Todo salvajismo de las tribus humanas es una degeneración a la cual las obligó la necesidad, el clima o algún vicio. Apenas cesa la necesidad, vuelve el hombre a vivir en forma pacífica, como lo demuestra la historia de las naciones. Sólo la sangre de los animales hizo al hombre salvaje; la caza, la guerra y, por desgracia, también los apremios que le hace pasar la sociedad civilizada. La tradición más antigua

¹ Génesis, 2, 5 y 7.

de los primeros pueblos que aparecen en la historia, no sabe nada de aquellos monstruos selváticos que como bárbaros de nacimiento habrían hecho sus recorridos asesinando a diestra y siniestra durante miles de años cumpliendo en ello su vocación connatural. Sólo en regiones áridas y remotas, tras largas aberraciones humanas, se introducen estas leyendas salvajes de las cuales se apoderó gustosa la imaginación tropical de poetas posteriores, a los que siguió más tarde el historiógrafo compilador, y a éste, finalmente, el filósofo con sus abstracciones. Pero ni las abstracciones ni los cuadros poéticos pueden proporcionarnos una verídica historia primitiva de la humanidad. ¿Dónde estuvo situado el jardín en el que puso el Creador a su criatura mansa e inermes? Puesto que esta leyenda es originaria del Oeste de Asia, le coloca hacia el este, "más arriba en dirección al Oriente; sobre una elevación de tierra de la que brotaba un río, el cual desde allí se dividía en cuatro ríos principales"¹. Ninguna tradición puede narrar las cosas de manera más imparcial; mientras todas las naciones antiguas se complacen en tenerse por la primogénita y su país por el lugar de nacimiento de la humanidad, este autor traslada el país de origen hasta muy lejos, arriba de la suprema elevación de la tierra habitada. ¿Y dónde está esa altura? ¿Dónde nacen los mencionados cuatro ríos de una fuente o río, como lo dice bien claro el texto original? En nuestra geografía no figura semejante lugar y es inútil que se haga con los nombres de los ríos la gimnasia más desesperada, porque una mirada serena e imparcial al mapamundi nos enseña que en ningún lugar de la tierra nace el Éufrates, junto con otros tres ríos, de una fuente o río común. Pero si recordamos las tradiciones de todos los pueblos asiáticos superiores, veremos que en todas ellas figura este paraíso de la suprema elevación terrestre con su fuente primitiva y sus ríos que fertilizan el mundo. Chinos y tibetanos, indios y persas hablan de esta montaña primitiva alrededor de la cual se agrupan los países, mares e islas, y de cuyas alturas olímpicas descienden los ríos a la tierra. Esta leyenda no deja de ajustarse a la física, pues, sin montañas, no pudo haber aguas vivificantes, y el mapa demuestra que todos los ríos del Asia descienden de esta elevación. Además, la leyenda que estamos comentando omite todos los elementos fabulosos de los ríos del paraíso y nombra cuatro de los más conocidos que bajan de las montañas del Asia. Es verdad que no nacen de un solo río; pero al compilador de estas tradiciones que vivía en épocas posteriores, le bastaban éstas para designar el lugar de origen del género humano en un lejano mundo oriental.

No cabe duda alguna de que este lugar de origen era para el una región situada entre las montañas de la India. El país rico en

¹ Génesis, 2, 10 y 14.

oro y piedras preciosas que nombra, difícilmente puede ser otro que la India conocida desde épocas remotas por sus tesoros. El río que la bordea es el sagrado Ganges de curso torcido¹; toda la India reconoce en él al río del paraíso. Que el Gihon deba ser el Oxus no puede negarse; los árabes todavía hoy lo llaman así y los vestigios del país que se dice bordeaba se encuentran aún en numerosos nombres indios². Finalmente, los últimos dos ríos, el Tigris y el Éufrates, corren mucho más al oeste; mas como el compilador de estas tradiciones vivía en el extremo oeste asiático, esas regiones se perdían a lo lejos y hasta es posible que el tercer río que nombra quiera significar un "Tigris" más al este, que en este caso sería el Indo³.

Era costumbre de todos los antiguos pueblos que emigraban atribuir a las montañas y ríos de su nueva patria las leyendas del monte del mundo primitivo, nacionalizándolas mediante una mitología local como puede demostrarse desde las montañas medas hasta el Olimpo y el Ida. Así, pues, por el lugar donde estaba situado el compilador de las tradiciones no pudo menos que designar el límite más lejano que la leyenda le brindaba.

El indio en el Paropamis, el persa en el Imao, el ibero en el Cáucaso se hallan en iguales circunstancias y cada cual estaba en condiciones de colocar su paraíso en la parte de las montañas que le indicaba su tradición. Nuestra leyenda, por su parte, señala más bien la tradición más antigua de todas, pues coloca su paraíso arriba de la India y habla de otras regiones sólo a manera de complemento. ¿No podríamos pensar que la morada primitiva de nuestra especie hubiera sido un valle afortunado como Cachemira, situado casi en el centro de estos ríos, protegido por montañas que lo rodean, y célebre tanto por sus aguas salubres y refrescantes como por su exuberante fertilidad y la ausencia de animales feroces, y alabado como el paraíso de los paraísos por la belleza de sus habitantes? Mas a continuación se verá que todas las investigaciones de esta índole son vanas en nuestra tierra actual; designemos, por lo

¹ La palabra Pison significa un río fertilizante y desbordante, y parece traducida del nombre de Ganges, por lo cual ya una antigua traducción griega dice que es el Ganges; y la traducción árabe pone Nilo, mientras que al país fertilizado por el río lo traduce por "India", contradicción que no se supo explicar.

² Cashgar, Cachemira, los montes Cáscos, el Cáucaso, Latai, etc.

³ Hidkel se llama el tercer río, y según Otter, el Indo se llama hasta hoy día Etek entre los árabes, y Enider entre los antiguos indios. Hasta la desinencia de la palabra parece de origen indico: Dewerkel, como ellos llaman a sus semidioses, es el plural de Dewin. Pero probablemente el compilador de la traducción lo tomó por el Tigris, ya que lo hizo figurar al este de Asiria. Los países más lejanos quedaban demasiado remotos para él. También el Éufrates ha sido probablemente otro río al que aquí sólo se tradujo "apellativo", o sea, como el río más célebre del Oriente.

tanto, la región de manera tan indefinida como lo hace la tradición y sigamos el hilo de la narración.

De todas las cosas milagrosas y personajes fantásticos con que las leyendas de toda Asia poblaron abundantemente sus paraísos respectivos, no conserva esta tradición más que dos árboles milagrosos, una serpiente que habla y un querubín; la multitud innumerable de los demás los separa nuestro filósofo, y aun los que conserva los entrelaza con una narración significativa. Un solo árbol prohibido hay en el paraíso, el cual, según la insinuación de la serpiente, lleva el fruto de la sabiduría divina apetecida por el hombre. ¿Pudo apetecer algo más elevado? ¿Pudo ennoblecerse más en su misma caída de lo que hizo? Aun considerándola sólo como alegoría, compárese la narración con las leyendas de otros pueblos, y se verá que es la más delicada y hermosa de todas, imagen simbólica de lo que atrajo a nuestra especie desde siempre toda su felicidad y toda su desdicha. Nuestra tendencia, viciada por una segunda intención, a obtener conocimientos que no nos convienen, el uso y abuso lascivo de nuestra libertad, la ampliación y transgresión levantisca de las barreras en forma de leyes morales que necesariamente hubo que imponer a una criatura tan débil que debía aprender primero a gobernarse a sí misma; ésta es la tortura bajo la cual gemimos y que, sin embargo, llena casi toda nuestra vida. Aquel viejo filósofo de la historia humana lo sabía tan bien como nosotros y nos mostró el nudo de la cuestión en una fábula para niños cuya grandeza abarca a toda la humanidad. También el indio nos habla de gigantes que hacían excavaciones en busca del manjar de la inmortalidad, y también el tibetano habla de sus Lahen caídos en desgracia por un delito; pero nada de todo ello llega, a mi parecer, a la pura profundidad, a la simplicidad infantil de esta leyenda, que sólo respeta la cantidad de prodigio necesaria para presentar el colorido de su época y región. Todos los dragones y personajes fabulosos del antiquísimo país de los duendes que se extiende por las montañas del Asia: el Simurgh y el Soham, los Lahen, Dewetas, Djins, Divs y Peris, mitología ampliamente difundida desde este Continente en miles de cuentos propagados por el (Dschinnistan, Righiel, Meru, Albordj, etc., todas estas aventuras se esfuman en la más antigua tradición conservada en lengua escrita. Sólo el querubín monta la guardia a las puertas del paraíso.

Por su parte, esta narración instructiva narra que los primeros hombres tuvieron trato con los Elohim que los educaban y que bajo su dirección y por la observación de los animales adquirieron el lenguaje y el intelecto que domina la creación, y a continuación nos informa de que el hombre quiso ser igual a los Elohim consiguiendo por vía ilícita el conocimiento del mal, lo que obtuvo para su desgracia habitando desde entonces en otro lugar e iniciando

otra forma de vida menos acorde con la naturaleza, rasgos todos ellos de la tradición que ocultan bajo el velo de la fábula más verdades humanas que las grandes construcciones doctrinarias acerca del estado natural del hombre autóctono. Si, como vimos, los privilegios de la especie humana le son innatos sólo en forma de predisposiciones que deben ser adquiridas y heredadas por medio de la educación, el lenguaje, la tradición y el ingenio, entonces no sólo los hilos de esta humanidad cultivada conducen de todas las naciones y confines de la tierra a un solo origen, sino que estos hilos debieron anudarse premeditadamente desde un principio para que el género humano llegara a ser lo que es. Así como no se puede arrojar al mundo a un niño y abandonarlo a sí mismo durante largos años sin que sucumba o degenera, así tampoco pudo abandonarse a sí mismo el primer brote germinal de la especie humana. Hombres que una vez se habituaron a vivir como orangutanes, no aprenderán nunca a vencerse a sí mismos y a pasar de una animalidad empedernida y sin lenguaje a la humanidad. Si la divinidad pretendía, pues, que el hombre se gobernase por la razón y la previsión, tuvo que hacerse cargo de él con razón y previsión. La educación, el arte y la cultura le eran indispensables desde el primer instante de su existencia, y de esta manera, el mismo carácter específico de la humanidad sale fiador de la veracidad intrínseca de esta más antigua filosofía¹.

VII

FIN DE LA MAS ANTIGUA TRADICIÓN ESCRITA
SOBRE EL ORIGEN DEL GÉNERO HUMANO

Las otras cosas que esta antigua leyenda nos ha conservado sobre nombres, años, invención de las artes, revoluciones, etc. es en todo el reflejo de una historia nacional. No podemos saber por ahí cuál fué el nombre del primer hombre ni en qué idioma habló, porque Adán significa hombre de la tierra y Eva significa la viviente en la lengua de ese pueblo; sus nombres son símbolos de su historia y cualquier otro pueblo les da otros nombres significativos. Las invenciones que se relatan se refieren únicamente a

¹ De qué manera los Elohim se hicieron cargo de los hombres instruyéndolos, enseñándolos y poniéndolos sobre aviso? Si no es igualmente atrevido responder a esta pregunta como formularla, otro lugar de la tradición nos dará la respuesta.

cuanto pueda interesar a un pueblo de pastores y agricultores del oeste asiático, y aun de ellas no da la tradición más que nombres recordatorios. La estirpe duradera, se dice, duraba; el poseedor poseía; por quien se llevaba luto había sido asesinado. En tales palabras jeroglíficas se refiere la historia de una tribu que practica dos sistemas de vida, el de los pastores y el de los agricultores o trogloditas. La historia de los setitas y cainitas no es, en el fondo, más que un documento de las dos formas más antiguas de vida que en lengua árabe se llaman beduinos y cabiles¹, y que se oponen en Oriente hasta el día de hoy con ánimo hostil. La leyenda de un pueblo de pastores de esa región no se proponía más que señalar la existencia de estas castas.

Otro tanto ocurre con el llamado diluvio. Por más que sea verdad que también conforme a la historia natural la tierra habitada fué inundada violentamente, de lo que especialmente Asia presenta huellas innegables, sin embargo, lo que nos llega mediante esta leyenda no es ni más ni menos que una historia nacional. Con gran esmero junta el compilador varias tradiciones² y hasta suministra la crónica diaria que conservaba su tribu de la terrible catástrofe; también el tono de la narración corresponde tan perfectamente a la mentalidad de esta tribu que sería abusar de ella, quererla sacar de los límites en que radica precisamente su verosimilitud.

Así como una familia de este pueblo se salvó con muchos bienes, así podían haberse salvado otras familias de otros pueblos, como lo demuestran las tradiciones de los mismos. Así se salvó Xisutrus en Caldea con todo su clan y cierto número de animales (sin los cuales no vivían los hombres en aquel entonces), de casi idéntica manera; en la India el mismísimo Vishnú hizo de timón de la nave que llevó a los afligidos a tierra firme. Seméjantes leyendas existen entre todos los pueblos antiguos de este Continente, en cada uno, según su tradición y región; y si bien afianzan la convicción de que debió ser general en Asia el diluvio de que hablan, nos ayudan también al mismo tiempo a librarnos de la estrechez de miras que nos obligaba innecesariamente a tomar cualquier circunstancia particular y local de alguna crónica familiar por la misma historia universal, quitando con ello a la narración también la verosimilitud que realmente poseía.

No es otro el caso de las tablas genealógicas de estas tribus después del diluvio; se mantienen dentro de los límites de su etnología y su región, de la cual no se sale para abarcar India, China³

¹ Cain es en lengua árabe: Cabíl; la casta de los cabiles se llama Kabíl; los beduinos son también por su nombre pastores errantes, habitantes del desierto. Del mismo modo Cain, Enoc, Nod, Jabel-Jubal-Tubal-Cain que significan la casta y el sistema de vida.

² Génesis, 6-8, 5. Eichhorn's Einleitung ins alte Testament, th. 2, p. 35.

el este del desierto tártaro. Las tres tribus principales de los salvados son evidentemente los pueblos de ambos lados de las sierras del oeste de Asia, inclusive las costas norafricanas y las del este europeo en cuanto le eran conocidas al compilador de la tradición⁴.

El trata de arreglar las cosas lo mejor posible enlazándolas con su propio cuadro genealógico; pero no por eso nos ha dado un mapamundi ni una genealogía universal de todos los pueblos del mundo. Los múltiples esfuerzos realizados por hacer a todas las naciones del mundo, conforme a este árbol genealógico, descendientes de los hebreos y primos hermanos de los judíos, no sólo están en flagrante contradicción con la cronología y la historia universal, sino también con el punto de vista de la misma narración a la cual se ha desacreditado casi por completo con semejantes exageraciones. En todas partes de la montaña madre del mundo se van formando después del diluvio pueblos, idiomas y reinos sin esperar la llegada de una familia caldea, a la vez que en el este del Asia, sede de la primera morada humana y la parte más densamente poblada del mundo, se encuentran todavía hoy las instituciones más antiguas, las costumbres y los idiomas más viejos, de los cuales esta rama occidental de un pueblo posterior no sabía nada ni podía saberlo. Preguntar seriamente si los chinos descendían de Cain o Abel, o sea de una casta de trogloditas, pastores o agricultores, es tan ingenuo como buscar en el arca de Noé el rincón donde estaba colgado el perezoso americano. Pero no me puedo extender aquí en estas consideraciones y hasta un estudio tan importante para la historia como es la abreviación de la edad de los hombres y el gran diluvio en sí mismo, tendremos que tratarlo en otro lugar. Bástenos por ahora saber que el centro del mayor Continente, la montaña madre de Asia, deparó al género humano su primera morada y se mantuvo firme en todas las catástrofes de la tierra. No emergió de los abismos del mar a causa del diluvio, sino que de acuerdo con la historia natural y la tradición más antigua es el país de origen de la humanidad y fué el primer teatro de la historia de los pueblos en sus escenas plenas de enseñanzas. Nos aprestamos a seguir a continuación.

⁴ Jafet significa por su nombre y su bendición: el propagador. Tales fueron también los pueblos más al norte de las montañas, ya por su forma de vida, ya por el significado de sus nombres. Sem incluye tribus que conservaron su nombre propio, es decir, su vieja tradición religiosa, su escritura y su cultura, y los cuales, en consecuencia, se arrogaron los privilegios de un pueblo culto frente a otros, especialmente los camitas. Cam tiene su nombre del calor y pertenece a la zona tórrida. Con los nombres de los tres hijos de Noé no hacemos, pues, otra cosa que los tres continentes, Europa, Asia y África, en cuanto entraban en el ámbito de esa tradición.

Un ml
orige
pero n
una s
descend

China
divers

primos
teatr

TERCERA PARTE

1787

Ardua res est, vetustis novitatem dare, novis auctoritatem, obsoletis nitorem, obscuris lucem, fastiditis gratiam, dubiis fidem, omnibus vero naturam et naturae suae omnia. Itaque etiam nos assecutis, voluisse abunde pulerum et magnificum est.

PLINIO

[Empresa ardua es dar novedad a las cosas antiguas, autoridad a las novedosas, brillo a las obsoletas, claridad a las oscuras, gracia a las fastidiosas, autenticidad a las dudosas, describiéndolas todas conforme a su naturaleza y ésta tal como es. Pero aunque no lo hayamos conseguido, siempre será muy hermoso y glorioso haberlo intentado.]

LIBRO UNDÉCIMO

ASIA:

La infancia de la especie

A l sur de los grandes macizos montañosos del Asia se formaron, nos dice la historia, los Imperios y Estados más antiguos del mundo. La historia natural de este Continente nos da elementos de juicio de por qué no pudieron organizarse lo mismo al norte como al sur. El mísero hombre se siente a gusto en su existencia terrena poniéndose al abrigo del calor solar benigno; éste se encarga de cubrir el suelo de vegetación y hace madurar los frutos de la tierra. Al norte de Asia, más allá de las montañas, las regiones son casi todas más altas y frías; las sierras se ramifican en diversas direcciones, se entreveran y separan las llanuras frecuentemente con picos cubiertos de nieves perpetuas, estepas y desiertos; son menos los ríos que fertilizan las tierras y desembocan en el Mar Ártico, cuyas riberas desiertas, morada de los renos y del oso blanco, sólo muy tarde pudieron atraer al hombre para que habitase allí. De ahí que en esos parajes altos y escarpados, disgregados por despeñaderos y precipicios que forman la región montañosa y esteparia del Viejo Mundo, tuviesen que habitar por largo tiempo, y en algunas partes tal vez para siempre, sólo los sármatas y escitas, los mongoles y tártaros, cazadores semisalvajes y nómadas. Las penurias y la región hicieron bárbaros a los hombres. Un sistema de vida sin preocupaciones culturales al que se habían habituado una vez, se iba afirmando en las tribus separadas o nómadas y desarrolló con sus costumbres más brutales ese carácter nacional poco menos que eterno que distingue a todos los pueblos del norte asiático de los del sur. Así como estas montañas meridionales son una continuación del arca de Noé, un jardín zoológico en libertad que contiene casi todas las especies de animales salvajes de nuestro hemisferio, así también sus pobladores, compañeros de estos animales durante largo tiempo, tuvieron que seguir siendo sus pacíficos pastores o feroces domadores.

Sólo en el sur, donde el terreno de Asia desciende suavemente y

las montañas encierran valles apacibles que los defienden de los fríos vientos del noreste, fué donde los ríos guiaban las migraciones paulatinamente hasta las orillas del mar, congregándolas en ciudades y países donde un clima más benigno despertaba también una mentalidad más civilizada e instituciones de más elevada cultura. Como al mismo tiempo la naturaleza concedía a los hombres más tiempo para el ocio y excitaba placenteramente algunos de sus instintos, su corazón degeneró en pasiones y depravaciones que no habían podido florecer cual maleza bajo la presión del hielo y la indigencia; de donde se hizo necesario promulgar leyes y tomar providencias para poner coto a esos instintos. El intelecto inventaba, el corazón apetecía y las pasiones humanas sostuvieron violentos encuentros hasta que, por fin, tuvieron que aprender a llamarse a sosiego a sí mismos. Mas como el despotismo tiene que actuar donde no da abasto la razón, en el sur de Asia nacieron esas grandes construcciones de policías y religiones que hoy nos miran cual pirámides y templos de idolatría del mundo antiguo en su eterna tradición; monumentos valiosos para la historia de la humanidad que nos enseñan con sus ruinas cuánto costó a nuestra especie la evolución de la razón humana.

I

CHINA

En el rincón oriental de Asia, al pie de las montañas, hay un país que por su antigüedad y cultura se llama a sí mismo el primero de todos, la flor y centro del mundo, y que en realidad es sin duda uno de los más antiguos y notables: China. Más pequeña que Europa, se gloria de un mayor número de habitantes del que tiene en proporción este Continente densamente poblado; pues cuenta con veinticinco millones doscientos mil agricultores contribuyentes, mil quinientos setenta y dos grandes y pequeñas ciudades, mil ciento noventa y tres castillos, tres mil ciento cincuenta y ocho puentes de piedra, dos mil setecientos noventa y seis templos, dos mil seiscientos seis monasterios, diez mil ochocientos nueve edificios antiguos, etc.¹ los que son registrados anualmente en largas listas por las dieciocho

¹ LEONTIEW, Extracto de la Geografía del imperio chino en BUCHING, *Histor. und geogr. Magazin*, t. 14, p. 411. etc. En HERRMANN, *Beiträge zur Physik*, (Berlin, 1866), t. I, se calcula la extensión del Imperio en ciento diez mil millas alemanas cuadradas, y la población en ciento cuatro millones sesenta y nueve mil doscientos cincuenta y cuatro, a base de nueve personas por familia.

gobernaciones en que se divide el Imperio juntamente con montañas, ríos, militares y sabios, productos y mercancías. Varios viajeros están acordes en que fuera de Europa y, tal vez, el antiguo Egipto, en ningún país se ha hecho tanto en caminos y ríos, puentes y canales y obras de ingeniería en montañas y rocas como en China, todo lo cual, juntamente con la Gran Muralla da testimonio de la paciente laboriosidad de la mano humana. Desde Cantón hasta cerca de Pekín se viaja en barco, y de esta manera todo el país dividido por montes y desiertos ha sido comunicado con grandes trabajos mediante carreteras, canales y ríos navegables. Hay aldeas y ciudades enteras flotantes sobre los ríos y el comercio interior entre las provincias es muy activo. La agricultura es la columna vertebral de la constitución; se habla de trigales y arrozales florecientes, de desiertos con obras de riego artificial, y de montañas abruptas cultivadas. En materia de plantas y hierbas se cultiva y aprovecha todo cuanto tenga alguna utilidad, lo mismo que metales y minerales, fuera del oro, que no se explota. La tierra abunda en animales, los lagos y ríos en peces; sólo el gusano de seda da sustento a miles de hombres trabajadores. Los trabajos y oficios están abiertos a todas las clases de la población y a todas las edades, inclusive los ancianos, ciegos y sordos. La mansedumbre, la adaptabilidad y la cortesía servicial con un porte decente son el alfabeto que el chino aprende desde su infancia y que ejerce durante toda su vida. La policía y legislación se distinguen por su regularidad y perfecto orden. Toda la estructura estatal en todas las relaciones y obligaciones de las clases sociales entre sí se basa en el respeto que el hijo debe al padre, y todos los súbditos al emperador que los gobierna y protege como a hijos por medio de todos sus gobernantes. ¿Puede haber un principio más hermoso de gobierno humano? No hay nobleza hereditaria; para todas las clases vale únicamente la nobleza que es premio del mérito personal; sólo hombres probados deben ocupar los puestos de honor y sólo estos puestos confieren dignidad. El súbdito no es obligado a abrazar ninguna religión determinada y ninguna que no ataque al Estado es perseguida. Los secuaces de Confucio, Laotsé y Fo, y hasta judíos y jesuitas, conviven pacíficamente tan pronto como el Estado los acepta. La legislación se basa en la doctrina moral y ésta invariablemente en los libros sagrados de los antepasados. El emperador es el sumo pontífice, hijo del cielo y conservador de las viejas costumbres, el alma del organismo estatal que vivifica todos sus miembros. Suponiéndose que cada uno de estos factores diera el resultado apetecido y que cada principio estuviera en vigor ¿cabría imaginar una organización política más perfecta? Todo el Imperio sería como una casa familiar de hijos y hermanos virtuosos, bien educados, laboriosos y honestos.

Son del dominio público las halagüeñas descripciones de la or-

Plano de descripción ³³² Cf. ROUCHÉ
para alabanzas; seguidas matizadas por los defectos

ganización política de China que en especial los misioneros mandaron a Europa y las cuales fueron admiradas aquí no sólo por filósofos especulativos, sino también por hombres políticos a título de un ideal político. Pero puesto que las opiniones humanas se forman a fuerza de contradicciones, no tardó en despertar la incredulidad que no quiso concederles su elevada cultura ni sus peculiaridades sobresalientes. Algunas de estas objeciones europeas tuvieron la suerte de hallar respuesta en la misma China, aunque dada en un lenguaje bastante chino¹, y como la mayor parte de sus libros básicos de legislación y moral juntamente con la extensa historia de su Imperio y algunos informes indudablemente imparciales, los tenemos a la vista², malas artes debería haber de por medio si no fuera posible hallar el justo medio entre los elogios y vituperios excesivos, lo que nos habrá de poner en el camino de la verdad. La cuestión de la edad cronológica del Imperio podemos dejarla a un lado por completo, porque quedando envuelto en la oscuridad el origen de todos los reinos de esta tierra, es indiferente para el investigador de la historia humana si este pueblo notable necesitó para su cultura algunos milenios más o menos; basta con que se haya dado esta cultura a sí mismo, y cuanto más lento sea el proceso, más fácil nos será advertir los obstáculos que no le permitieron seguir su avance.

Estos obstáculos se basan en su carácter, el lugar de su morada y su historia, como se puede ver claramente. La nación es de origen mongólico, lo cual demuestra también su cultura, su gusto grosero y estrambótico, hasta su misma ingeniosidad artificiosa y la primera sede de su cultura. Fué en el norte de China donde reinaron sus primeros reyes; aquí se echaron los fundamentos para el despotismo semi-tártaro que luego, revestido de brillantes aforismos moralizantes, había de propagarse al amparo de varias revoluciones hasta el Mar del Sur. Una organización tártara federalista fué durante siglos el vínculo que unió a los vasallos con el emperador, y las muchas guerras de estos vasallos entre sí, las repetidas revoluciones palaciegas que llevaron a cabo, el mismo estilo de la corte del emperador, su gobierno por medio de mandarines, antiquísima institución ésta anterior, con mucho, a Gengis-Khan y Manchú, todo esto demuestra a las claras cuál es la índole y el carácter genético de esta nación, a

¹ *Mémoires concernant l'histoire, les sciences, les arts, les mœurs, les usages, etc., des Chinois*, t. II, p. 365 y siguientes.

² Fuera de las ediciones más antiguas de algunos libros clásicos sobre los chinos del P. Noël, Couplet, etc., la edición del Chou-King, por Deguignes, la *Histoire générale de la Chine* p. Mailla, las recién citadas *Mémoires concernant les Chinois*, en diez tomos 4º, en los que figuran también algunos escritos originales de los chinos, traducidos, etc., brindan material de sobra para formarse una idea cabal de este pueblo. De entre las muchas informaciones de los misioneros tienen especial valor, por su juicio equilibrado, las *Nouveaux Mémoires sur l'état présent de la Chine*, del padre Le Compte, 3, vol. 8 parte, 1697.

saber, un sello que, considerando el conjunto y sus partes hasta los vestidos, manjares y costumbres, la vida familiar, sus artes y diversiones, no deja de aparecer en ningún momento.

Así como un hombre no puede cambiar de genio, es decir, su complexión e idiosincrasia innata, así este pueblo mongólico oriental no pudo disimular su naturaleza mediante ninguna institución artificial, por más milenios que ésta durara. Ha sido plantado en este lugar del globo terráqueo, y así como la aguja del imán no presenta en China las mismas oscilaciones que en Europa, así no podían salir de esta raza humana griegos ni romanos. Chinos eran y chinos quedaron, raza de ojos pequeños, nariz chata, frente aplanada, barba escasa, orejas grandes y vientre voluminoso. Lo que pudo producir esta organización, lo ha producido; otra cosa no se le puede pedir.

Todas las informaciones coinciden en que los pueblos mongólicos de las alturas del noroeste de Asia se distinguen por una fineza de oído que resulta tan explicable en ellos como imposible de encontrar en otras naciones; testimonio de esta cualidad es el idioma chino. Sólo a un oído mongólico pudo ocurrírsele componer un idioma de trescientas treinta sílabas en el cual hay que distinguir cada palabra por cinco y más acentos para no decir bestia en vez de señor y soltar a cada momento las confusiones más ridículas, por lo cual un oído y órganos fonéticos europeos se acostumbran con suma dificultad o nunca a esta forzada sinfonía silábica. ¡Qué falta de poder inventivo en lo grande y qué desdichada sutileza en las cosas menudas supone el haber inventado para esta lengua, a base de unos pocos toscos jeroglíficos, la cantidad infinita de ochenta mil caracteres compuestos, los cuales con sus seis o más distintas versiones escritas, constituyen un privilegio singular de la nación china entre todos los pueblos del mundo! Se necesitaba nada menos que una organización mongólica para habituar la imaginación a los dragones y monstruos, el dibujo a esa estructura minúscula y detallista de figuras irregulares, el sentido de la belleza visual a la mezcolanza informe de sus jardines, sus edificios a la grandeza descabellada o la pequeñez minuciosa, sus procesiones, vestidos y diversiones a ese vano esplendor, esas fiestas de lampiones y fuegos artificiales, uñas crecidas y pies deformados, y todo un séquito bárbaro de acompañantes, inclinaciones, ceremonias, distinciones y reverencias. En todo esto hay tan poco gusto y sentido para las proporciones naturales, tan poco sentimiento de serenidad, belleza y dignidad interior, que sólo una sensibilidad embrutecida pudo elegir esta clase de cultura política y dejarse moldear por ella tan exhaustivamente. Así como los chinos tienen una alición desmesurada al papel dorado y al barniz, a los trazos lípidamente pintados de los confusos caracteres de su escritura y al tintineo de elegantes sentencias, así también la cultura de su espíritu es en un todo semejante a este papel dorado, al barniz.

lo
de feo.

a los caracteres y al tintín de las sílabas. Como a varias naciones de este rincón del mundo, parece que la naturaleza les negó también el don de las invenciones libres y grandes. En cambio, les repartió a manos llenas, junto con sus pequeños ojos movedizos, ese espíritu hábil y flexible, esa astuta laboriosidad y sutileza, ese talento artístico de imitar cualquier cosa que su avaricia haya reconocido como aprovechable. En constante actividad, eternamente ocupados, van y vienen y se afanan por la ganancia y el servicio, de tal manera que, aun habiendo alcanzado tan alto grado de organización política, se siente la tentación de tomarlos todavía por nómadas mongólicos en plena recorrida. Con todas sus innumerables divisiones y subdivisiones no han aprendido todavía la división del trabajo ni saben alternar la laboriosidad con el reposo, de manera que haya un hombre para cada trabajo. Su arte medicinal lo mismo que su comercio es un sondeo fraudulento y sutil, donde todo su carácter con su fina sensibilidad y falta de inspiración se pinta de cuerpo entero. La idiosincrasia de este pueblo es un caso interesante en la historia por cuanto demuestra hasta dónde puede llegar, y hasta dónde no, un pueblo mongólico no mezclado con otros pueblos a fuerza de una cultura política adelantada a empujones. El hecho de que los chinos en su rincón de la tierra se hayan mantenido libres de toda mezcla con otros pueblos, al igual que los judíos, demuestra ya su vanagloria, aunque más no fuera. Tales o cuales conocimientos aislados los habrán obtenido de donde sea; pero toda la estructura de su idioma y su constitución, de sus instituciones y su mentalidad son propias de ellos. Así como son reacios a la fruticultura por injertos, que se estila en otras partes, así también, y no obstante los repetidos contactos con otros pueblos, siguen siendo, sin que se les haya inculcado ninguna influencia desde fuera, una tribu mongólica en un extremo de la tierra, que ha degenerado en una civilización china de esclavos.

Toda formación artificial del hombre se opera por medio de la educación; la modalidad educativa de los chinos contribuyó juntamente con su carácter nacional a que sean lo que son y no hayan llegado más lejos. A la manera de los nómadas mongólicos, la obediencia infantil debía ser la primera de todas las virtudes, no ya sólo en la familia, sino ahora también en el Estado. No es extraño, pues, que con el tiempo naciera esa honestidad aparente, esa cortesía servicial que hasta los enemigos elogian como rasgo característico de los chinos. ¿Pero qué consecuencias tuvo este principio nómada en una gran maquinaria estatal? Al no encontrar límites la obediencia infantil, al imponerse al hombre adulto, padre a su vez de varios hijos y al frente de negocios que requieren todo un hombre, las mismas obligaciones que son propias de un niño sin formación; al fijarse esta obligación frente a toda autoridad que llevaba el nombre de padre como figura retórica por fuerza y necesidad y no por el

dulce impulso natural, ¿qué otra cosa pudo resultar sino que pretendiéndose crear un nuevo corazón humano a despecho de la naturaleza, se habituara el verdadero corazón del hombre a la perfidia? El hombre adulto que debe rendir obediencia de niño tiene que renunciar a la iniciativa propia que por naturaleza es obligación suya a esta edad. Ceremonias vacías de todo contenido sustituyen la veracidad espontánea, y el hijo que se deshacía en reverencia filial para con su madre mientras vivía el padre, la abandona a su suerte una vez que el padre ha muerto y la ley le adjudica el título de concubina. Lo mismo ocurre con los deberes filiales para con los mandarines; no son producto de la naturaleza sino de una orden. Pero cuando costumbres como éstas son contrarias a la naturaleza, se convierten en costumbres falsas y nocivas. De ahí la divergencia entre la doctrina política y moral de China y su historia real. ¡Cuántas veces los hijos del Imperio han derribado el trono de su padre! ¡Cuántas veces estos padres desencadenaron su ira contra sus hijos! Mandarines codiciosos dejan morir de hambre a miles de hombres, y cuando sus crímenes son llevados ante el padre supremo, son castigados como niños con bastonazos degradantes e ineficaces. De ahí la falta de honor y hombría que se puede notar hasta en los retratos de sus héroes y príncipes; el honor se convirtió en un deber de niño la hombría en respeto amanerado frente al Estado. No es un noble corcel el que presta servicios, sino una mula domesticada que entre ceremonia y ceremonia asume más de una vez el papel de la morsa.

Forzosamente esta prisión infantil en que vivían encerradas la razón, la energía y sensibilidad, tuvo que ejercer una influencia enervante en toda la estructura política. Una vez que la educación no es más que un formulismo y los formulismos y costumbres no sólo ordenan las relaciones de la vida sino que las invaden y violan, ¡cuánta eficiencia va perdiendo el Estado, especialmente la más noble de todas, la eficiencia del corazón y espíritu humano! ¿Quién no se asombra estudiando en la historia china el manejo de los negocios, cuando advierte con qué enorme número de funcionarios se realiza cualquier tarea? Aquí se moviliza todo un consorcio para hacer lo que debe ser hecho por una sola persona para salir bien; allí se pregunta, teniendo la respuesta a la vista; van y vienen, dan largas y esquivan el bulto, sólo por no faltar al ceremonial de un infantil respeto del Estado. El espíritu guerrero, lo mismo que el filosófico, andan lejos de una nación que duerme sobre cojines abrigados y bebe agua caliente desde la mañana hasta la noche. El camino del culto en China está abierto únicamente a la regularidad en las vías trilladas, al ingenio en velar por el propio interés con mil artimañas; a la multiplicación infantil de las ocupaciones sin la visión del hombre maduro que se pregunta primero si una cosa debe hacerse o si

hay manera de hacerla mejor. El mismo emperador gime bajo este yugo; tiene que preceder con el ejemplo y como el cabo de fila exagerar todo movimiento. El debe ofrecer sacrificios en la sala de sus antepasados no sólo los días festivos sino antes de todo negocio, en todo momento de su vida, y es de temer que tanto cuando se le elogia como cuando se le censura, se le infiere igual injusticia¹.

¿Cómo extrañarse, pues, de que, según el criterio europeo, una nación de esta índole haya hecho pocos avances en el campo de las ciencias, más aún, que se haya quedado en el mismo lugar durante tanto miles de años? Hasta sus libros de leyes y moral vuelven siempre sobre lo mismo y dicen de mil maneras, con meticulosidad y perseverante hipocresía, siempre las mismas cosas de los deberes filiales. La astronomía y la música, la poesía y la estrategia, la pintura y la arquitectura se encuentran en el mismo punto que siglos atrás, hijos de sus leyes perennes y sus instituciones infantiles e inamovibles. El Imperio es una momia embalsamada, adornada con jeroglíficos y vestida de seda; la circulación de su sangre corresponde a la de un animal en pleno sueño hibernar. De ahí la actitud de aislar, espiar y estorbar a todo extranjero; de ahí también el orgullo de la nación que toma por punto de comparación sólo a sí misma y no conoce ni aprecia todo cuanto sea foráneo. Es un pueblo arrinconado, colocado por la suerte fuera de la unión de las naciones, y defendido para ello con montañas, desiertos y un mar casi sin bahías. De no ser por esta situación, difícilmente hubiera quedado tal cual es. El hecho de que su constitución haya resistido la invasión de los manchúes, sólo prueba que se sostenía en sus propias raíces y que los vencedores, más primitivos que los vencidos, juzgaron muy cómodo gobernar desde un trono tan muelle y bien acolchado como les deparaba esta esclavitud infantil. No hallaron nada que cambiar; se sentaron en el mismo y reinaron. La nación, por su parte, sirve a toda articulación de la máquina estatal que ella misma construyó con tanto espíritu de esclavitud, que parece hecha a este solo propósito.

Todas la informaciones sobre el idioma chino están contestes en que ha contribuido en gran medida al carácter de este pueblo y su mentalidad artificial. ¿Acaso no es todo idioma nacional el vaso en el cual se forman, conservan y transmiten las ideas del pueblo, tanto más cuanto una nación como ésta depende hasta tal punto de su lengua y deriva de la misma toda su cultura? La lengua de los chinos es un diccionario de la moral, es decir, de la cortesía y los

¹ Hasta el tan alabado emperador Kien-long fué tenido en las provincias por el más terrible de los tiranos, cosa que había de ocurrir siempre en un Imperio de tan enormes dimensiones y semejante constitución, fueran cuales fuesen las intenciones del emperador.

buenos modales; por ella se distinguen no sólo las provincias y ciudades, sino hasta las clases sociales y los libros, de suerte que la mayor parte de su labor estudiosa se aplica sólo a un instrumento sin que con el mismo se elabore cosa alguna. Todo en ella depende de la regularidad de minuciosidades; con pocas palabras dice mucho, para luego pintar una misma palabra con innumerables caracteres y escribir gruesos volúmenes a fin de decir una misma cosa. ¡Qué laboriosidad desdichada se requiere para pintar e imprimir sus escritos! Pero justamente esta laboriosidad es su gozo y su arte, ya que unos caracteres hermosamente pintados les proporcionan un placer superior al de la pintura artística, ya que se empalagan del monótono tintineo de sus máximas moralizantes y cumplimientos como suma de la buena educación y sabiduría. Sólo un Imperio de tal magnitud y la laboriosidad de un chino fueron capaces de pintar, por ejemplo, cuarenta libros en ocho gruesos volúmenes de la sola ciudad de Kai-fon-tu y reeditar esta hazaña de laboriosa precisión a cada orden y elogio del emperador². El monumento de la emigración de los Torgut es un libro gigantesco escrito en páginas de piedra³, y de esta manera toda la capacidad científica de los chinos se ha agotado en la pintura artificiosa de jeroglíficos por orden del Estado. Debe de ser abismal la diferencia con que esta clase de escritura impresiona el alma que piensa conforme a ella. Enerva los pensamientos hasta reducirlos a series de imágenes y transforma toda la mentalidad de la nación en una sucesión de caracteres arbitrarios pintados o escritos en el aire.

Esta exposición del carácter chino no significa en manera alguna hostilidad o desprecio hacia él. Ha sido tomada rasgo por rasgo de los escritos de sus más apasionados defensores y podría corroborarse con miles de pruebas de toda clase de instituciones chinas. No es más que objetiva, es decir, el retrato de un pueblo que se formó en la más remota antigüedad con tal organización y en tal región, con tales principios y medios auxiliares, conservando su mentalidad por tanto tiempo contra lo que suele suceder en otros pueblos. Si el antiguo Egipto existiera todavía, descubriríamos, sin poder pensar por esto en una influencia mutua, muchos rasgos comunes entre los dos, modificados sólo por la región y conforme a ciertas tradiciones. Lo mismo ocurriría con varios pueblos que a su tiempo estaban en un grado similar de cultura; sólo que éstos se desplazaron o sucumbieron mezclándose con otros. La vieja China en el extremo del mundo ha sobrevivido con su constitución semi-mongólica como una ruina de remota antigüedad. Será muy difícil demostrar que los fundamentos de su cultura hayan sido traídos por los griegos

¹ Mémoire, concernant les Chinois, t. II, p. 375.
² *Ib.*, t. I, p. 329.

China
una
ruina de
remota
antigüedad

desde Bactra o por los tártaros desde Balkh. La contextura de su constitución es, sin duda, autóctona y las pocas influencias extranjeras se pueden ver y separarse fácilmente. A causa de sus elevados principios tengo a los King en la misma estima que un chino, me inclino ante la grandeza de Confucio si bien no se me escapan las cadenas que también él llevaba y las que impuso para toda la eternidad, aunque con muy buena intención, a la plebe supersticiosa y a toda la organización estatal china por medio de su moral política. Por ella, este pueblo como algunos otros de la tierra, se ha detenido a mitad de camino en su proceso educativo, quedándose, en cierta manera, en la niñez porque la maquinaria de una moral mecanizada impidió para siempre la libre evolución del espíritu y en el Imperio despótico no apareció ningún otro Confucio. Si alguna vez se divide el gigantesco Imperio o algún Kien-long de mayores luces toma la resolución paternal de enviar al exterior como colonizadores a los hombres que el país no puede alimentar, de aligerar el yugo de las costumbres milenarias introduciendo, en cambio, la libre iniciativa del espíritu y del corazón, aunque esto no esté exento de peligros, aún entonces los chinos siempre seguirán siendo chinos, como los alemanes serán siempre alemanes, y no sucederá nunca que en el extremo este de Asia nazcan hijos de la antigua Grecia. Evidentemente es la intención de la naturaleza hacer florecer en la tierra todo lo que pueda florecer en ella, cantando las alabanzas del Creador precisamente con las diferencias de sus criaturas. La obra legislativa y moral que el intelecto humano ha construido en China como ensayo infantil, no se halla en ningún otro lugar de la tierra con semejante consistencia. Hacemos votos por que se quede en su lugar de origen sin que Europa se convierta jamás en una China herméticamente cerrada y llena de infantil reverencia hacia sus despotas. A China nadie le quitará jamás el mérito y la gloria de su laboriosidad, su fina sensibilidad, su arte sutil en mil cosas útiles. La porcelana y la seda, la pólvora y la bala, tal vez también el imán, el arte de la imprenta, la construcción de puentes y barcos juntamente con muchas otras ingeniosas artes y oficios, los conocían antes que Europa, sólo que en casi todos ellos carecieron de progreso intelectual e instinto de perfeccionamiento. El hecho de que China cierre sus puertas a las naciones europeas y reduzca al extremo los permisos de entrada para holandeses, rusos y jesuitas, está en perfecta consonancia con toda su mentalidad y merece nuestra aprobación bajo el punto de vista político, mientras los chinos tengan ante sus ojos el comportamiento de los europeos en la India oriental y las islas en el norte de Asia y en su propio país. Imbuídos de soberbia tártara, desprecian al comerciante que sale de su país y le dan mercancías de dudoso valor a cambio de lo que les parece la moneda más

segura: le aceptan su plata y entregan por ella millones de libras de enervante té para ruina de Europa.

II

COCHINCHINA, TONKIN, LAOS, COREA, EL ESTE TARTARO, EL JAPÓN.

La historia de la humanidad nos suministra testimonios irrefutables de que, dondequiera que un país se elevó a un grado sobresaliente de cultura, ejerció también su influjo en los países vecinos. Así también la nación china, aunque por su constitución nada belicosa y muy introvertida, ejerció su influjo, sin embargo, en un considerable sector de países limítrofes. No tiene importancia, a este propósito, si esos países estuvieron bajo dependencia política, habiendo sido sometidos durante un tiempo o permanentemente; si participaron de sus instituciones, idioma, religión, ciencias, costumbres y artes, deben ser tenidos como provincias espirituales de China.

Cochinchina es el país que más ha recibido de China y puede considerarse como una plantación política china; de ahí la semejanza entre las dos naciones en lo que se refiere a temperamento y costumbres, ciencias y artes, religión, comercio y constitución política. Su emperador es un vasallo de China y las dos naciones están íntimamente ligadas por el comercio. Compárese este pueblo hacendoso, razonable, pacífico con la inercia del vecino Siam, el salvaje Arraca, etc., y se notará la diferencia. Mas así como ninguna agua derivada es superior a la fuente, así tampoco cabe esperar que Cochinchina supere su modelo; su gobierno es más despótico, mientras su religión y ciencias son un reflejo más pálido del país de origen.

Otro tanto ocurre con Tonkin, más cercano, aunque separado por escarpados montes. La nación es más salvaje; lo que tiene de más culto y lo que sostiene el Estado, a saber, sus manufacturas, comercios, legislación, religión, conocimientos y costumbres, lo tiene de China, sólo que en calidad muy inferior a la del país madre a causa de su situación más al sur y el carácter del pueblo.

Más débil aún es la huella que China dejó en Laos; demasiado pronto le fué arrebatado este país que adoptó las costumbres siamesas; no obstante, quedan algunos restos reconocibles.

Entre las Islas del Sur es particularmente Java con la que China mantiene vínculos más estrechos; hasta es probable que haya poseído colonias allí. Sin embargo, su constitución no pudo implantarse en

este país mucho más caluroso y remoto, porque la técnica laboriosa de los chinos requiere un pueblo muy activo y una zona templada. Por lo tanto, aprovechan la isla sin cultivarla.

Mayor difusión alcanzaron las instituciones chinas al norte, y el país puede gloriarse de haber contribuido a la pacificación de los pueblos salvajes de esa inmensa región en mayor medida que los europeos en todo el mundo. Corea fué sometida a China por los manchúes y hasta con comparar esta nación, salvaje en otros tiempos, con sus vecinos del norte. Los habitantes de una región, en parte tan fría, son pacíficos y suaves; sus diversiones y culto de los muertos, su manera de vestir y sus casas, su religión y cierta afición a las ciencias imitan en cierta medida a los chinos, de los cuales fué también instituido el gobierno y organizadas algunas manufacturas. Más profunda aún fué la influencia sobre los mongoles; no sólo que los manchúes, conquistadores de China, se hicieron más civilizados por el contacto con los vencidos, haciendo de su capital Shin-yang el tribunal de todo el país, al estilo de Pekín; también las numerosas hordas mongólicas que en su mayor parte están bajo el dominio de China, no pudieron sustraerse del todo a la influencia china, no obstante sus costumbres primitivas. Más aún: si la protección pacífica de este Imperio bajo la cual se pusieron hace poco también los Torgut con sus trescientos mil hombres, es un beneficio, hay que admitir que China ha obrado en esas inmensas regiones con más justicia que jamás conquistador alguno. Repetidas veces ha pacificado levantamientos en el Tibet, extendiendo su mano en épocas pasadas hasta el Mar Cáspio. Los ricos sepulcros que en diversas partes de Mongolia y Tartaria se encontraron, son por su contenido monumentos irrefragables del tráfico con China, y si alguna vez habitaron allí naciones de una cultura más elevada, no lo fueron probablemente sin haber tenido contacto más íntimo con este pueblo.

Pero la isla en cuyos habitantes los chinos educaron a los más grandes competidores de su laboriosidad, es el Japón. Los japoneses eran al principio bárbaros, y a juzgar por su carácter violento y audaz, fueron bárbaros de gran dureza y brutalidad. Gracias a la vecindad y trato con el pueblo chino, del cual aprendieron la escritura y las ciencias, manufacturas y artes, llegaron a formar un Estado que en algunos puntos compite con China y hasta le lleva la delantera. Aunque el carácter japonés tanto por su religión como por su gobierno es más acerado y cruel, no por eso hay que pensar en un progreso a ciencias superiores como el que ofrece Europa. Mas aunque esto se encuentre en el Japón tan poco como en China, no deja de ser cierto que, si el conocimiento y la explotación del país, la diligencia en la agricultura y en oficios provechosos, si comercio y navegación y hasta el bárbaro esplendor y el orden desposito de su constitución imperial son innegables indicios de cultura, ésta la escaló

el orgulloso Japón únicamente gracias a los chinos. Los anales de la historia china nos hablan todavía de los tiempos en que los japoneses vinieron a China como bárbaros, y por más que esta isla árida haya evolucionado de una manera muy propia y peculiar, apartándose de la modalidad china, no por esto deja de ser manifiesto el origen chino en todos los medios auxiliares de su cultura y hasta en los métodos empleados para sus industrias.

No será cosa fácil decidir si la influencia china se extendió aún más allá contribuyendo también a la cultura de uno de los dos Imperios civilizados de América, que estaban ambos frente a la costa occidental de China pero si algún pueblo ha llegado del Viejo Mundo a América, difícilmente puede haber sido otro que el chino o el japonés. Lástima grande que la historia de China conforme a la constitución de este país, haya tenido que ser escrita tan a la china. Todos los inventos los atribuye a sus emperadores; hablando de su propio país se olvida del mundo y como exclusiva historia del Imperio celeste tiene desgraciadamente muy poco de historia humana instructiva.

III

EL TIBET

Entre las altísimas montañas y los desiertos de Asia se ha establecido un Imperio espiritual que no tiene igual en el mundo a su manera: la gran región de los lamas. Verdad es que con intermitencias el poder secular y el espiritual anduvieron separados por revoluciones de menor alcance, pero al fin de cuentas, siempre se volvieron a unir, de suerte que aquí como en ningún otro lugar del mundo toda la constitución del país se basa en el sumo pontificado del emperador. De acuerdo con la doctrina de la transmigración de las almas, el Gran Lama es inspirado por el dios Shaca o Fo, el cual al producirse la muerte de aquél, se reencarna en el nuevo lama y lo consagra imagen de la divinidad. De él descienden en jerarquías establecidas de la santidad una cadena de lamas, y no cabe imaginar un régimen sacerdotal mejor constituido en su doctrina, ritos e instituciones que el que reina en esas alturas de la tierra. El supremo procurador de los asuntos seculares es sólo un lugarteniente del sumo pontífice que según los principios de su religión vive lleno de serenidad divina en un templo que sirve de palacio. Monstruosas son las libulas de la creación en la versión de los lamas; crueles los castigos y las penitencias que aterran al transgresor, antinatural

en sumo grado el estado al que su santidad tiende: es el reposo, incorpóreo, la ingenuidad supersticiosa y la castidad monástica personificados. Y, no obstante, apenas hay idolatría tan difundida en la tierra como ésta; no sólo el Tibet y Tangut, sino también la mayor parte de Mongolia, los manchúes, kalkas y elutenos, etc., veneran al Lama y si bien en tiempos modernos algunos renegaron de la adoración de su persona, no tienen por religión otra cosa que partes inconexas de la religión Shaca como única fe y culto divino. Pero también más al sur está muy difundida esta religión; los nombres Somona-Kodom, Shactsha-Tuba, Sangol-Muni, Shiguemuni, Budda, Fo, Shequia son todos idénticos con Shaca, y de esta manera la sagrada doctrina de los monjes, si bien no en todas partes con la complicada mitología de los tibetanos, corre por Indostán, Ceylán, Pegú, Tonkin hasta China, Corea y el Japón. Hasta en China las creencias verdaderamente populares son los principios del Fo; los de Confucio y Laot-sé, en cambio, no son más que especies de una religión política y filosofía de las clases superiores, es decir, instruidas. El gobierno se mantiene indiferente ante cualquier religión; sólo tuvo cuidado de independizar a los lamas y bonzos de la jurisdicción y dominio del Dalai-Lama, para hacerlos inofensivos para el Estado. El Japón, sobre todo, fué por largo tiempo algo así como un pequeño Tibet; el Dairi fué supremo jefe espiritual y el Kubo su ministro de asuntos seculares, hasta que éste se apoderó del gobierno y relegó a aquél a la categoría de mera sombra, suerte esta que se explica por la naturaleza de las cosas y será, a no dudarlo, algún día también el destino del lama. Sólo por la situación de su Imperio, por la barbarie de las tribus mongólicas pero más que nada por la gracia del emperador de China ha sido durante tanto tiempo lo que es.

Ciertamente la religión de los lamas no tuvo su origen en las inhóspitas montañas del Tibet; es testimonio de climas tórridos, producto de almas medrosas que aprecian sobre todas las cosas la voluptuosidad de una completa ausencia de ideas en medio del reposo corporal. No llegó a las montañas áridas del Tibet y a la misma China sino en el primer siglo de la era cristiana modificándose en cada país según su mentalidad. En el Tibet y el Japón se mostró severa e inflexible mientras que entre los mongólicos ha degenerado hasta ser una superstición ineficiente; Siam, Indostán y los países semejantes a éstos la sostienen en la forma más suave como producto natural de su clima caluroso. Presentándose en tan diversas formas, diversos tuvieron que ser también los efectos que produjo en cada Estado. En Siam, Indostán, Tonkin, etc., adormece las almas, las hace compasivas, adversas a la guerra, pacientes, mansas y perezosas. Los talapoínos no ambicionan el trono, expían pecados humanos por meras limosnas. En los países de vida más difícil donde

el clima no alimenta tan fácilmente al contemplativo ocioso, sus instituciones necesitaban una organización más eficiente, que acabó por transformar el palacio en templo. Es notable la incoherencia con que las cosas humanas no sólo se constituyen sino también conservan por largo tiempo. Si todos los tibetanos cumplieran las prescripciones de los lamas practicando sus virtudes más excelsas, el Tibet habría dejado de existir. La estirpe de hombres que no se tocan, no cultivan su país ya tan frío de por sí, no se dedican al comercio ni emprenden negocios, dejaría de sobrevivir; muertos de hambre y de frío yacerían allí, habiendo entrado en el cielo de sus sueños. Pero por fortuna la naturaleza del hombre es más fuerte que las locuras doctrinarias que sostiene. El tibetano se casa, aunque comete con ello un pecado; la hacendosa mujer tibetana hasta se casa con varios hombres, trabaja con más ahinco que los mismos hombres y renuncia gustosa a los grados supremos del paraíso con tal de conservar este mundo. Si alguna religión hay en el mundo que sea monstruosa y aborrecible, es la tibetana¹, y si es verdad, como no parece fácil negar, que en sus doctrinas y costumbres más duras hubo infiltraciones cristianas, se concluye que el cristianismo no se presentó en ninguna parte en figura más horrenda que en las montañas del Tibet. Pero felizmente la dura religión de los monjes pudo cambiar el espíritu nacional tan poco como sus necesidades del mismo y su clima. El montañés paga con dinero las penitencias que correspondían a sus pecados y vive sano y alegre; cría y carnea animales por más que crea en la transmigración de las almas y festeja su casamiento durante quince días por más que los sacerdotes de la perfección lleven una vida célibe. Así, en todos los ándepes, las creencias erróneas tuvieron que arribar a una transacción con las necesidades de la naturaleza, las cuales ejercieron presión hasta que se llegó a una conciliación en mayor o menor grado. ¡Qué desastre sería si todas las tonterías que existen en las diversas creencias de los pueblos se practicaran consecuentemente! Pero, de hecho, la mayor parte son creídas sin ser puestas en práctica, y este término medio de una creencia muerta es lo que en esta vida se llama fe. No se piense, pues, que el calmuco siga la escuela de perfección tibetana al venerar un pequeño idolo o los sagrados excrementos del lama. Mas este repugnante régimen de los lamas no sólo ha sido inofensivo, sino además útil. Un pueblo primitivo y pagano que se tuvo a sí mismo por descendiente del mono, ha sido elevado de esta manera a ser una nación indiscutiblemente civilizada y en algunos aspectos refinada, en lo que no tuvo la parte menor la ve-

¹ Gressin, *Alphabet. Tibetan*. Romae, 1702. Un libro lleno de sabiduría desordenada, pero juntamente con las informaciones de Pallas en las *Contribuciones Nórdicas*, (vol. 4, p. 271, etc.), y el artículo en la *Correspondencia*, de Schlozer, parte 5, el libro principal que poseemos del Tibet.

ciudad de los chinos. Una religión oriunda de la India ama el aseo; de ahí que los tibetanos no puedan vivir como las tribus tártaras de las estepas. Hasta la castidad exagerada que predicán sus lamas ha propuesto a la nación un ideal de perfección al cual conducen el retraimiento, la sobriedad y moderación que se elogian en ambos sexos; y también aquí el haber dado el primer paso vale más que toda la peregrinación. La creencia en la transmigración de las almas impulsa a ser compasivo para con las criaturas vivientes, y tal vez para amansar a esos primitivos montañeses no hubiese medio más suave que esa ilusión y el temor de largas penitencias y castigos infernales. En una palabra, la religión tibetana es una especie de religión papal, tal como la tenía la misma Europa en sus siglos oscuros y ciertamente sin el orden y el nivel moral de que pueden gloriarse el Tibet y Mongolia. También el hecho de que la religión del Shaca difundiera entre este pueblo montañés y más allá entre los mongólicos una especie de sabiduría y escritura del idioma, la ha hecho benemérita de la humanidad y puede tal vez ser el primer paso hacia una cultura en esas regiones.

Maravillosamente lentos son los caminos de la Providencia entre las naciones, y sin embargo, son puro orden natural. Gimnosofistas y talapoinetas, es decir, contemplativos solitarios, los hubo en Oriente desde los tiempos más remotos; la naturaleza y el clima invitaban a esta forma de vida. En busca de quietud, huían del barullo de los hombres, viviendo contentos con lo que la pródiga naturaleza les brindaba. El oriental es serio y moderado, tanto en el comer y beber como en las palabras; le gusta abandonarse al vuelo de la fantasía y ¿a dónde podía llevarle ésta sino a la contemplación de la naturaleza en general, de ahí al origen del mundo, la desaparición y renovación de las cosas? La cosmogonía lo mismo que la metempsicosis de los orientales son formas poéticas de representar el ser y devenir de las cosas, tal como el intelecto limitado del hombre y un corazón compasivo se lo imaginan. "Yo vivo y gozo del breve tiempo que dura mi vida; ¿por qué cuanto hay alrededor mío no habría de gozar también de su existencia y vivir sin recibir daño de mi parte?" De ahí la doctrina moral de los talapoinetas que ante todo inculcan de manera tan conmovedora y sacrificada la vanidad de todas las cosas, la eterna transformación de las formas de este mundo, los tormentos interiores de la insaciable concupiscencia del corazón humano y el gozo de un alma pura. De ahí también los mandamientos suaves y humanos que daban para la tolerancia de ellos mismos y de otros miembros de la sociedad humana y que glorificaban en sus himnos y aforismos. De la antigua Grecia pudieron recibir éstos tan poco como su cosmogonía porque ambos son hijos legítimos de la fantasía y sensibilidad propias de su clima. Todo en ellos se orienta hacia el fin supremo, de manera que sólo los

anacoretas de la India se animan a vivir conforme a la doctrina moral de los talapoinetas; además, todo está hasta tal punto envuelto en interminables fábulas que Shaca, si es que jamás ha existido, difícilmente se reconocería en los rasgos del retrato que se hizo de él con semejante cúmulo de alabanzas y agradecimientos. ¿Pero acaso no es verdad que un niño aprende su primera sabiduría y moral mediante fábulas? ¿Y no son las más de estas naciones niños vitalicios sumidos en el dulce sueño de sus almas? Sepamos, pues, perdonar a la Providencia si conforme al orden de cosas que eligió para el género humano, todo se hizo tal como tuvo que ser. Como ella ligó toda cultura a la tradición, los hombres no pudieron darse unos a otros más de lo que poseían y sabían. Todas las cosas de esta vida, incluso la filosofía budista, son malas o buenas según el uso que se haga de ellas. Esa filosofía tiene tan elevados y hermosos pensamientos como grandes son, por otra parte, el fraude y la pereza a que puede dar lugar, como, en efecto, hizo en gran medida. En ningún país ha sido la misma, pero dondequiera que está, representa siempre un nivel superior al primitivo paganismo y los primeros albores de una doctrina moral más pura, el primer sueño infantil de una verdad universal.

IV

EL INDOSTÁN

Aunque la doctrina de los brahmanes no es más que una rama de la religión ampliamente difundida, que desde el Tibet hasta el Japón formó sistemas de gobierno y diversas sectas, merece, empero, un estudio más a fondo en su mismo lugar de origen, ya que allí formó el régimen más notable y, acaso, más duradero del mundo: me refiero a la división de la India en cuatro o más castas sobre las cuales reinan los brahmanes como primera. No es probable que hayan conseguido este dominio a fuerza de un yugo material porque no son la casta guerrera que, incluso el mismo rey, sólo les sigue en segundo lugar, ni se funda su autoridad en ninguno de tales recursos, ni siquiera en la leyenda. Lo que les da su dominio sobre los hombres es su origen, por el cual, según dicen ellos, nacieron de la cabeza de Brahma, así como los guerreros de su pecho, y las demás castas de sus otros miembros. Sobre este fundamento descansan todas sus leyes y toda la Constitución nacional, según las cuales ellos como casta primogénita forman la cabeza de la nación. Divisiones de esta índole, por castas, han sido también en otras partes del mundo

la Constitución más sencilla de la sociedad humana; se pretendía en ello seguir el orden de la naturaleza la cual divide el árbol en ramas y el pueblo en castas y familias. Tal fué la Constitución en el Egipto con artes y oficios hereditarios; y que a la casta de los sabios y sacerdotes se atribuya el primer lugar, lo vemos también en muchos otros pueblos. Parece que este grado de evolución cultural constituye un fenómeno connatural puesto que la sabiduría supera la fuerza y en la antigüedad la casta sacerdotal monopolizaba casi toda la sabiduría política. Sólo al difundirse las luces entre todas las castas palidece la autoridad del sacerdote, lo que explica que los sacerdotes se opongan con tanta frecuencia a que las luces se hagan del dominio general.

La historia de la India de la cual, por desgracia, es poco lo que sabemos hasta ahora, nos insinúa claramente el origen de los brahmanes¹. De Brahma hace un hombre sabio y docto, inventor de muchas artes, especialmente el de escribir, primer ministro de Krishna, uno de los antiguos reyes, cuyo hijo promulgó la ley de la divinidad del pueblo en las consabidas cuatro castas. Al hijo de Brahma le confirió el cargo de presidir la primera casta, a la que pertenecían los astrólogos, médicos y sacerdotes. A otros aristócratas se les nombró gobernadores hereditarios de las provincias, y de ellos se deriva la segunda casta de los indos. La tercera casta debía ocuparse de la agricultura; la cuarta, de las artes y oficios, y esta Constitución debía durar para siempre. Edificó la ciudad de Bahar para sede de los filósofos, y puesto que la sede del gobierno lo mismo que las más antiguas escuelas de los brahmanes estaban situados preferentemente junto al Ganges, se comprende ahora por qué los griegos y romanos los mencionan tan pocas veces. No conocían estas regiones del interior de la India, ya que Herodoto describe solamente los pueblos junto al Indo y del lado norte del tráfico del oro, mientras Alejandro llegó solamente hasta el Hyfasis. Nada extraño, pues, que al principio recibieran solamente noticias generales de los brahmanes, es decir, de los sabios anacoretas que vivían a la manera de los talapoinetas, y más tarde algunos rumores poco precisos por medio de los samnitas y germanos junto al Ganges, acerca de la división del pueblo en castas y de su doctrina sobre la transmigración de las almas, etc. Pero también estas leyendas parciales confirman que la institución de los brahmanes es antigua e indígena de la región del Ganges, lo que demuestran, a su vez, los muy antiguos monumentos en Jagrena², Bombay y otras partes del otro lado de la península. Tanto los ídolos como todo el arreglo de los templos corresponden

¹ Dow, *Hist. of Hindost.*, vol. I, p. 10-11.

² *Zend-Avesta*, p. D'Anquetil, vol. I, p. 81 y sigtes. Niebuhr, *Reisebeschreib.* Ind. parte II, 2, p. 31, u. f.

a la mentalidad y mitología de los brahmanes, que partiendo del sagrado Ganges se difunde por toda la India y más al sur recibiendo tanto mayor culto cuanto más profunda era la ignorancia de la plebe. El sagrado Ganges, en su carácter de lugar de origen, siguió siendo la sede por excelencia de los sagrarios, si bien como los brahmanes no son solamente una orden religiosa sino más propiamente política, que, como el orden de los lamas, levitas, sacerdotes egipcios, etcétera, pertenece en todo a la antiquísima constitución imperial de la India.

La influencia de esta orden ha sido asombrosamente profunda durante miles de años sobre las almas de los hombres, como se ve por el hecho de que no solamente permanecen imperturbables su autoridad y doctrina a pesar del yugo mongólico sobrellevado por tanto tiempo, sino que manifiestan un poder en el gobierno de los hindúes que difícilmente pueda ostentar alguna otra religión. El carácter, el estilo de vida, las costumbres del pueblo hasta los más pequeños detalles y hasta los pensamientos y palabras, es obra suya; y aunque muchas partes de la religión de los brahmanes son pesadas y trabajosas en extremo, son tenidas por sagradas como leyes naturales divinas hasta por la infima de las castas. Sólo los criminales y excomulgados suelen pasarse a otra religión o, si no, los niños pobres y abandonados; también la mentalidad consciente de su nobleza con que el hindú considera al europeo al que presta servicios presionado por una indigencia muchas veces fatal, da suficiente garantía de que este pueblo mientras exista, no se mezclará nunca con otro. No cabe duda de que este influjo sin precedentes por su intensidad, encontró condiciones favorables en el clima y el carácter del pueblo al que nadie gana en paciencia, serenidad y mansa ductilidad de ánimo; pero el hecho de que el indio no adopte justamente por esto la doctrina y costumbres de cualquier extranjero, tiene evidentemente como razón que las instituciones de los brahmanes han invadido su alma y toda su vida de tal manera que no dan lugar a influencias foráneas. De ahí tantos ritos y festividades, tantos dioses y leyendas, tantos lugares sagrados y obras meritorias que llenan por completo la imaginación desde la niñez y recuerdan al hindú en todos los instantes de su vida lo que es. En comparación con este dominio de las almas, todas las instituciones europeas no han pasado de la superficie y me inclino a creer que este dominio reinará mientras haya un indio sobre la tierra.

En todas las instituciones humanas, la cuestión de si algo es bueno o malo tiene muchas facetas. Sin duda las instituciones de los

¹ Véase al respecto Dow, Hollwell, Sonnerat, Alejandro Ross, Macintosh, las *Indische Missionsberichte*, las *Lettres édifiantes* y cualquier otra descripción de la religión y los pueblos de la India.

brahmanes fueron buenas al tiempo de su fundación; de otra manera no hubieran alcanzado tanta difusión ni semejante profundidad y duración. El alma humana se libra en cuanto puede de lo que le es nocivo, y aunque el indio tiene mayor capacidad de sufrimiento que cualquier otro, no llegaría, con todo, a abrazar a propósito lo que es veneno para él. No admite discusión, por consiguiente, que los brahmanes cultivaron en su pueblo una manedumbre, cortesía, moderación y castidad, o por lo menos reforzaron estas virtudes, hasta el punto de que haciendo una comparación con los europeos, éstos les parezcan a menudo impuros, borrachos y delirantes. Sus ademanes y su lenguaje son naturales y elegantes, pacífico su trato, limpio su cuerpo, sencillo e ingenuo su estilo de vida. Los niños son educados con suavidad, no obstante lo cual no carecen de conocimientos ni de una persistente laboriosidad y un delicado arte de imitación. Hasta las castas inferiores aprenden a leer, escribir y calcular. Puesto que los brahmanes son los educadores de la infancia, se han hecho beneméritos de la humanidad desde hace miles de años sin duda alguna. Obsérvese en los informes misioneros de Halle el sentido común y el carácter bondadoso de los brahmanes y malabares, tanto en sus objeciones, preguntas y respuestas como en todo su comportamiento, y pocas veces se sentirá uno movido a tomar el partido de quienes pretenden convertirlos. La idea básica que los brahmanes tienen de Dios es tan grandiosa y bella, su moral tan pura y elevada, y hasta sus leyendas, analizándolas con buen sentido, tan delicias y encantadoras que se me hace muy difícil atribuir a sus autores todo lo que ofrecen de monstruoso y extravagante, teniendo por probable que todos estos absurdos se acumularon con el correr de los tiempos en boca de la plebe. No deja de tener su valor que a pesar de toda la presión ejercida por el Islam y el cristianismo, la orden de los brahmanes haya conservado su hermosa e ingeniosa lengua¹ y con ella algunas reliquias de la antigua astronomía y cronología, de la jurisprudencia y medicina²; pues, aunque cultiven estos conocimientos con cierta mentalidad de artesanía, les basta esto para la esfera en que se desarrolla su vida, y lo que haya de menos en progreso de la ciencia, compénsalo la intensidad de su influjo en la vida y su valor duradero. Por lo demás, los hindúes no persiguen a nadie; toleran que cada cual practique su propia religión, su modo de vida y su sabiduría; ¿por qué no se habría de tolerar la suya admitiendo que, si hay errores en sus tradiciones heredadas, ellos, al menos, son unos equivocados muy afortunados? Comparada con to-

¹ HALHED, *Grammar of the Bengal Language*, printed at Hoogly in Bengal, 1778.

² LE GENTIL, *Voyage dans les mers de l'Inde*, t. I. HALHED, *Code of Criminal Laws*, etc.

das las sectas del Fo que dominan el este del Asia, ésta es la flor y nata: más docta, más humana, más útil y más noble que todos los bonzos, lamas y talapoinetas juntos.

Con esto no se quiere negar que como todas las Constituciones humanas, también ésta tiene su elemento opresor. Por no hablar de la infinita coerción inherente a la distribución de las formas de vida entre castas hereditarias para excluir casi completamente todo libre mejoramiento y perfeccionamiento de las artes y oficios, llama especialmente la atención el desprecio con que tratan a la infima de las castas, los parias. No sólo están condenados a los oficios más humildes y excluidos por toda la eternidad de todo trato con las otras castas, sino que están hasta privados de los derechos humanos y de la religión. Nadie debe tocar a un paria y hasta su vista implica impureza legal para el brahmán. Aunque entre las muchas causas de esta degradación que se enumeran figura también la de que los parias serían una nación subyugada, ninguna de ellas está suficientemente comprobada por la historia. Por lo menos, es cierto que no se distinguen de los hindúes por otra cultura. Por lo tanto, como en tantas otras cosas que se basan en una Constitución muy antigua, también aquí todo depende de la primera institución inhumana que cayó tal vez sobre gente muy pobre o delincuentes y excomulgados para su degradación, a la que los inocentes y numerosos descendientes se someten con extraña resignación. El error está únicamente en la división por castas, algunas de las cuales tuvieron que cargar con la peor suerte de la vida y cuyas molestias se les hicieron aún más pesadas a causa de la pureza inmaculada que se arrogaban las otras castas. ¿Qué cosa más natural que se acabara por considerar castigo del cielo el haber nacido paria y suponer de acuerdo con la doctrina de la transmigración de las almas que tal suerte la habían merecido por algún delito de una vida anterior? En general hay que admitir que la doctrina de la transmigración de las almas, por grandiosa que haya sido su concepción en la mente del primero que la inventó y por numerosos que hayan sido los estímulos que haya aportado al sentido humanitario, tuvo que traer consigo también muchísimos males como todo error que se extiende más allá de los límites de vida humana en esta tierra. Porque despertando una errónea compasión para con todo ser viviente, disminuyó al mismo tiempo la verdadera simpatía con las desgracias de nuestra especie, creyéndose a los infortunados delincuentes agobiados por la carga de crímenes anteriores o puestos a prueba por la mano del destino que premiaría su virtud en una vida futura. Así es cómo también en los hindúes de corazón tan blando se ha observado una falta de compasión que probablemente sea un efecto de su organización, pero aún más de su incondicional resignación bajo la mano del eterno destino, creencia ésta que lanza al hombre al abismo em-

botando su poder de iniciativa. La costumbre de quemar a las viudas en la pira de sus maridos difuntos es una de las bárbaras consecuencias de esta doctrina. Cualesquiera que hayan sido los motivos para introducirla, la imitación de algunas almas heroicas o un castigo, que de la categoría de casos particulares evolucionaron hasta formar costumbre, de todos modos la doctrina de los brahmanes de un mundo ultraterreno ha ennoblecido este uso antinatural entusiasmado a las desgraciadas víctimas para la muerte con el aliciente de una vida futura. Verdad es que esta cruel costumbre hacía la vida del hombre más cara a la mujer que estaba ligada a él inseparablemente y no podía sobrevivirle sin afrenta; ¿pero compensa esta ventaja tamaño sacrificio al convertirse éste tácitamente en ley obligatoria a fuerza de costumbre? Paso por alto, finalmente, los múltiples fraudes y supersticiones de las instituciones brahmanes, que se hicieron inevitables, aunque más no fuera, por el hecho de que la astronomía y la medicina, la cronología y la religión, transmitidas por tradición oral, llegaron a ser la ciencia oculta de una casta. Otra consecuencia más funesta y que afectaba toda la nación fué que todo reinado de los brahmanes prepara tarde o temprano a un pueblo para ser subyugado por otro. La casta de los guerreros tenía que hacerse muy pronto inepta para la guerra, ya que su finalidad era contraria a la religión y subordinada a una casta más noble que detestaba todo derramamiento de sangre. Tal pueblo pacífico sería afortunado si pudiera habitar en una isla solitaria a salvo de conquistadores; mas al pie de aquellas montañas donde tienen sus guaridas animales feroces en forma de hombres, los guerreros mongólicos, y en la vecindad de aquella costa sembrada de bahías donde desembarcan europeos astutos y codiciosos, ¡pobre de vosotros, desgraciados hindúes, que tarde o temprano os veréis perdidos con vuestra Constitución amante de la paz! Y tal fué la suerte corrida por la Constitución de la India; sucumbió en guerras civiles y nacionales hasta que la navegación europea le impuso el yugo que está padeciendo con sus últimas fuerzas.

¡Inexorable destino el de los pueblos! Y, sin embargo, no es más que el orden de la naturaleza. En la región más hermosa y fértil de la tierra el hombre tuvo que arribar pronto a la sutileza de los conceptos, a imaginaciones tropicales sobre las fuerzas de la naturaleza, a costumbres apacibles e instituciones bien reguladas; pero perdido el hábito del trabajo duro y perseverante gracias a la riqueza de la región, no menos pronto hubo de ser víctima de cualquier asaltante que también venía en busca de esa tierra afortunada. Desde tiempos muy antiguos, el comercio con la India oriental fué de los más prósperos; el pueblo laborioso y frugal entregaba en abundancia muchas joyas de los ricos tesoros del mar y de la tierra de su Continente y fué dejado en paz a causa de hallarse a tanta distancia, hasta

que finalmente el europeo, para quien no existen distancias, llegó y repartió reinos enteros entre los suyos. Todas las noticias y mercancías que nos llegaron desde allí, no pueden compensar el daño que se hizo a un pueblo que ningún mal nos había hecho. Pero el destino trazó sus planes y sabe a dónde los quiere llevar.

126.
"Europeo"
para q
no exis
Lisboa

V

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA HISTORIA DE ESTOS ESTADOS

Hasta aquí nos hemos abocado a las constituciones políticas del Asia, que juntamente con su venerable antigüedad pueden gloriarse de una duración inigualada. Ahora bien: ¿Cuál es su aporte a la historia de la humanidad y qué puede aprender de ellos el filósofo de la historia humana?

1. Toda historia supone un comienzo, y la historia del Estado y de la cultura el principio de los mismos. ¡Pero cuán oscuro es éste en los pueblos que hasta ahora hemos estudiado! Si mi voz tuviera alguna autoridad, la emplearía para estimular a todo historiador modesto y capaz al estudio de los orígenes de la cultura asiática en sus más célebres Imperios y pueblos, pero sin dar pábulo a ninguna hipótesis preconcebida ni al despotismo de una opinión particular. Un cuidadoso cotejo tanto de las informaciones como de los monumentos que poseemos de estas naciones, especialmente de su escritura e idiomas, de las obras de arte más antiguas y mitología y de los principios y métodos de que se sirven aún hoy en sus pocas ciencias, todo esto considerado a la luz de la región que habitan y de los contactos que pudieron tener, todo esto conduciría sin duda a aclarar el panorama, y se hallaría, según creo, que el primer eslabón de su cultura no se enlaza con Selinginsk ni con el Bactra de los griegos. Los ensayos meritorios de Deginger, Bayer, Gatterer y otros, las hipótesis ya algo más aventuradas de Bailly, Paw y Delisle, etc., la provechosa labor de compilación y difusión de los idiomas y escritos asiáticos, son trabajos previos para un edificio cuya piedra fundamental de indiscutible autenticidad no ha sido colocada todavía. Tal vez sería la reliquia del templo de una protogea como las vemos en tantos monumentos de la naturaleza.

2. La palabra civilización de un pueblo es de difícil dicción, pero aún más difícil de abarcar con el pensamiento y mucho más ardua todavía de realizar. Para que un advenedizo instruya a toda una nación o un rey implante la cultura por decreto, es indispensable

ble la ayuda de muchas circunstancias favorables, porque sólo la educación, la doctrina y el ejemplo constante tienen poder formativo. A esto se debe que los pueblos pronto echaran mano del recurso de incorporar a su estructura estatal una clase social de instructores, que antepusieron a las otras o la ponían a su mismo nivel. Se dirá que estamos aquí ante un grado de cultura todavía muy rudimentario; pero no por esto es menos necesario para la infancia del género humano, porque donde faltaron tales educadores del pueblo, éste permanecía indefinidamente en su ignorancia y pereza. Una especie de brahmanes, mandarines, talapoinetas, lamas, etc., eran, pues, indispensables a toda nación en los años de su infancia política; más aún: vemos que fué exclusivamente esta clase de hombres la que difundió en el Asia la semilla de una cultura superior. Sólo existiendo ésta puede decir el emperador Yao a sus ministros Hi y Ho: "¡Id y observad los astros, seguid el curso del sol y dividid el año en partes!"¹. Si Hi y Ho no son astrónomos, vana es la orden imperial.

3. Hay mucha diferencia entre la cultura de los sabios y la del pueblo. El sabio tiene que dominar ciencias cuyo ejercicio le ha sido encomendado para utilidad del Estado; acumula los conocimientos y los confía a los que pertenecen a su clase, no al pueblo. De la misma manera, las matemáticas superiores y muchos otros conocimientos no sirven entre nosotros al uso común y, por lo tanto, no son para el pueblo. Eran éstas las llamadas ciencias secretas de las antiguas Constituciones estatales, privilegio de la clase de los brahmanes o sacerdotes, la cual tenía por finalidad su ejercicio, como cada clase en el Estado tenía la suya. De esta manera, el álgebra es hasta el día de hoy, una ciencia secreta porque son pocos los que la entienden en Europa, por más que a nadie le está vedado por decreto aprenderla. Nosotros hemos embrollado en muchos aspectos y de manera inútil y perjudicial la esfera de la cultura de los sabios y del pueblo, ampliando la segunda casi hasta el volumen de la primera; los antiguos constituyentes pensando en forma más humana resultaron ser también más sagaces en este respecto. Hicieron consistir la cultura del pueblo en buenas costumbres y oficios útiles; no creyeron que el pueblo fuera hecho para teorías complicadas, filosofía y ciencia religiosa, ni que éstas le fueran provechosas. De ahí el antiguo método didáctico de enseñar por medio de alegorías y fábulas tal como los brahmanes las exponen hasta el día de hoy a las castas sin instrucción. De ahí en China la diferencia de conceptos, según cada clase del pueblo tal como el gobierno lo ha establecido y conserva de buen acuerdo. Si deseamos, pues, instituir una comparación entre una nación del este asiático y las nuestras en lo que a la cultura se refiere, hay que definir previamente en qué pone cada

¹ Principio del *Chou-king*, p. 6, edición de Deguignes.

pueblo la cultura y de qué clase social se está hablando. Si una nación o alguna de sus clases posee buenas costumbres y artes, y los conceptos y virtudes que basten a su trabajo y un bienestar conveniente, entonces posee luces suficientes aunque no sepa explicar un eclipse lunar contando a este propósito la conocida fábula del dragón. Tal vez sus instructores se la contaron precisamente para que no le salieran canas verdes con motivo del curso del sol y de los astros. De ninguna manera puedo aceptar la proposición de que todos los pueblos con todos sus individuos hayan nacido para conseguir un concepto metafísico de Dios como si, privados de esa metafísica que acaso no tenga más fundamento que una hueca palabra, fueran bárbaros supersticiosos. Si el japonés es un hombre inteligente, animoso, hábil y útil, entonces es culto, piense como piense acerca de su Buda y Amida. Si os cuenta fábulas sobre este particular, retribuile con otras, y cuentas arregladas.

4. Si siquiera un progreso indefinido de la cultura científica es parte esencial de la felicidad de un Estado, por lo menos según las ideas de los antiguos Imperios del Oriente. En Europa, todos los sabios forman un propio Estado el cual, construido sobre los trabajos previos de muchos siglos, se mantiene artificialmente por medios auxiliares de uso común y por la celosa competencia de las naciones entre sí; la naturaleza en general no se beneficia de la cumbre de conocimientos científicos que nosotros ambicionamos. Toda Europa es un Imperio docto que en parte por la competencia interna, en parte por los medios descubiertos en los tiempos modernos y que buscó en todas las capas terrestres, ha tomado una estructura ideológica que sólo el sabio sabe penetrar mientras el estadista la va utilizando para sus fines. [Ya no podemos detenernos en la carrera emprendida; ilusos nos abalanzamos en pos de la fatamorgana de una ciencia suprema y un conocimiento perfecto y universal que, si bien nunca hemos de alcanzar, nos mantiene en febril activismo mientras dure la actual constitución política de Europa]. No fué así en aquellos Imperios que nunca se debatieron en semejante conflicto. La China de forma circular, detrás de sus montañas es un imperio uniforme y cerrado; constituidas según los principios de una antigua organización, todas sus provincias, con incluir pueblos muy diversos, lejos de hallarse en mutua competencia, viven en la obediencia más absoluta. El Japón es una isla, hostil a todo extranjero como la antigua Bretaña, y existe cual mundo aparte, entre rocas y un mar agitado. Así es el Tibet rodeado de montañas y pueblos bárbaros; así la Constitución de los brahmanes que gime bajo su yugo durante siglos. ¿Cómo puede florecer en estos Imperios el progreso de las ciencias que en Europa se abre paso por doquier? ¿Cómo podrían recibir siquiera los frutos de este árbol de las manos peligrosas de los europeos que les roban cuanto es suyo, su seguridad política y

hasta su mismo país? Así, pues, escamado va con unas pocas tentativas, el caracol se retiró a su concha y desprecia aun la rosa más tentadora que la serpiente le ofrezca. La ciencia de los arrogantes sabios europeos fué hecha para sus propios países, y hasta de los serviciales jesuitas no aceptó China más de lo que creía indispensable. Apremiada por la necesidad, tal vez aceptaría otras cosas; pero como el común de los hombres y más aún de las grandes organizaciones estatales son animales de gran dureza y resistencia que deberían verse en peligros muy grandes e inminentes antes de cambiar su trote habitual, no se opera ningún portento y todo sigue como antes sin que pueda sacarse de ahí que estas naciones sean incapaces de la ciencia. Lo que les falta son motivos, porque la viejísima costumbre se opone a todo motivo nuevo. ¡Con qué lentitud aprendió Europa misma sus mejores artes y ciencias!

5. El valor de un Imperio puede apreciarse considerándolo en sí mismo y en comparación con otros. Mientras para Europa hace falta utilizar ambas medidas, los Imperios asiáticos deben juzgarse sólo con la primera. Ninguno de estos países recorrió otros Continentes para servirse de ellos como fundamentos de su grandeza o intoxicarse con su abundancia; cada uno aprovecha lo que tiene y se basta a sí mismo. China hasta prohibió la explotación de sus propias minas de oro porque, consciente de su debilidad, no se atrevió a utilizarlas. El comercio exterior de China se desenvuelve sin subyugar a ninguna de las partes contratantes. Con semejante frugalidad, todos estos países gozan de la innegable ventaja de tener que aprovechar en una medida tanto mayor sus propias riquezas porque la complementan en menor escala por el comercio exterior. Los europeos, en cambio, recorremos como comerciantes o ladrones el mundo entero descuidando a menudo lo que es propio nuestro: las Islas Británicas, por ejemplo, están muy lejos de ser cultivadas como China y el Japón. Nuestras estructuras políticas son, pues, como animales insaciables que devoran sin tregua lo ajeno, bueno y malo, especies y tóxicos, café y té, oro y plata, y acusan la forzada actividad de un organismo alicorado. [Aquellos países, en cambio, sólo cuentan con el ciclo de su vida interna.] Una vida lenta, se dirá, como la de la marmota, pero la cual precisamente por esto ha durado tanto y puede durar mucho más aún si circunstancias externas no matan al animal que duerme. Sabido es, de todos modos, que los antiguos proyectaban todas sus cosas en períodos más largos; como en sus monumentos, así también en sus Constituciones estatales. Nosotros actuamos con empuje atravesando tanto más pronto las breves edades que el destino nos ha concedido.

6. Todas las cosas terrenas y humanas dependen en último término del lugar y del tiempo y, en las diversas naciones, de su carácter, sin el cual no pueden hacer nada. Si el este del Asia fuera

vecino nuestro, mucho ha que no sería lo que era. De no ser una isla, el Japón no hubiera llegado a ser lo que es. Si todos estos Imperios se estuvieran formando ahora, difícilmente llegarían a ser lo que fueron hace tres o cuatro mil años, porque todo el animal que se llama tierra y en cuyo lomo habitamos, es ahora varios milenios más viejo. De cualquier manera, lo que solemos llamar espíritu genético y carácter de un pueblo, es cosa misteriosa y notable por demás, inexplicable e imborrable, tan antiguo como la nación misma y como el país que habita. El brahman forma parte de su región; a ninguna otra juzga digna de su naturaleza sagrada. Otro tanto ocurre con el siamés y el japonés; fuera de su país es una planta trasplantada a destiempo. Lo que el anacoreta de la India entiende por su dios y el siamés por su emperador es muy distinto de lo que pensamos nosotros de ellos; lo que nosotros tenemos por eficiencia y libertad de espíritu, por hombría y belleza del sexo, lo ven aquéllos de otro modo. El encerramiento de las mujeres de la India, no se les hace insoportable; la pompa insulsa de un mandarín parecerá a cualquier otro un espectáculo sin interés. Y esto ocurre con todas las costumbres de la multiforme humanidad y hasta con todos los fenómenos de nuestro globo terráqueo. Si es el destino de nuestra especie peregrinar hacia un grado de perfección desconocido en una curva asintótica, no pudiendo alcanzarlo jamás a despecho de su trabajo de Tántalo, hay que reconocer que los chinos y japoneses, los lamas y brahmanes ocupan en esta peregrinación un rincón bastante apacible del vehículo en que viajamos; no se afligen por el inalcanzable término del viaje y siguen siendo lo que hace miles de años habían sido.

7. Sirvale de consuelo al antropólogo el hecho de que, a pesar de todos los males que la naturaleza derramó sobre el género humano, no olvidó en ningún organismo el bálsamo que hiciera de lenitivo para las heridas. El despotismo asiático, esta pesada carga de la humanidad, sólo tiene lugar en naciones que quieren sobre llevarla, es decir, que sienten en menor grado su peso agobiador. Con resignación aguarda su destino el hindú, y si en lo peor del hambre su cuerpo demacrado ya es perseguido por el perro al que, una vez caído, servirá de alimento, se apoya en cualquier parte para morir de pie, y el perro espera paciente mirando el pálido rostro del moribundo. Para tamaña resignación nos faltan conceptos, y sin embargo, puede convertirse en su contrario en los más violentos arrebatos de la pasión. De todos modos, es el antídoto para tantos males de aquella Constitución política juntamente con cierto alivio que brindan el modo de vida y el clima, mientras que estos males nos parecen a nosotros absolutamente insoportables. Si nos tocara vivir allí, o no lo sufriríamos porque tendríamos el suficiente valor y buen sentido de reformar la Constitución, o también nuestra resis-

espíritu
carácter
un pueblo

costumbres
multiforme
humanidad

destino de
la especie

teatro →, peregrinar
curva asintótica (a privativa y suspensiva, con
acer)

tencia quedaría minada y sobrellevaríamos las penurias como cualquier otro hindú. ¡Oh madre naturaleza, de qué menudencias haces depender el destino de nuestra especie! Basta una minúscula modificación en la conformación de un cráneo y cerebro humanos, basta un pequeñísimo cambio de estructura en el organismo y los nervios, causado por el clima, la raza y el hábito, y ya cambia también el destino del mundo, la suma de todo cuanto en esta tierra obra y sufre la humanidad.

(págs)
destino)
conforme a la
"mas it forme humanitat"

LIBRO DUODÉCIMO

LLEGAMOS ahora a orillas del Éufrates y del Tigris, y, ¡cómo cambia en esta región la faz de la historia! Babilonia y Ninive, Ecbatana, Persépolis y Tiro ya no existen; pueblos siguieron a pueblos, un Imperio sucedió a otro y los más se han perdido excepto sus nombres y monumentos otrora tan célebres. Ya no hay naciones que se llamen babilonios, asirios, caldeos, medos, fenicios o conserven los rasgos característicos de su antigua constitución política. Sus imperios y ciudades han sido destruidos y los pueblos se arrastran bajo otros nombres.

¿De dónde tanta diferencia respecto del carácter profundamente impreso de los Imperios orientales? China y la India fueron invadidas más de una vez por los pueblos mongólicos y hasta vivieron bajo su yugo durante siglos, y sin embargo, ni Pekín ni Benarés, ni los brahmanes ni los lamas desaparecieron de la tierra. A mi juicio, suerte tan diversa se explica por sí misma si se atiende la distinta constitución y situación de estas dos regiones del mundo. En el Asia oriental, más allá del gran macizo montañoso, amenazaba a los pueblos del sur un solo enemigo: el mongol. Durante siglos, los mongoles recorrieron tranquilamente sus estepas y valles, y cuando invadían provincias vecinas, su intención no era tanto destruir cuanto reinar y robar; de ahí que varias naciones lograsen conservar su constitución durante miles de años bajo la férula de príncipes mongólicos. Muy otra era la afluencia de la muchedumbre de pueblos que en apretada concurrencia invadió el espacio entre el Mar Negro y el Cáspio hasta las orillas del Mediterráneo, siendo precisamente el Éufrates y el Tigris el desvío obligado de esta corriente de pueblos nómadas. Todo el Cercano Oriente estaba desde tiempos remotos repleto de nómadas, y cuanto más numerosas fueran las ciudades florecientes y más cultos los Imperios que nacieron en estas hermosas regiones, tanto mayor aliciente brindaban a estos pueblos

más primitivos para saquearlos si no era que, aprovechando su creciente prepotencia, se dedicaran a exterminar a sus vecinos. La sola Babilonia, espacioso centro y punto de reunión del comercio de Oriente y Occidente, ¡cuántas veces no fué conquistada y saqueada! Sidón y Tiro, Jerusalén, Ecbatana y Nínive no corrieron mejor suerte; se puede considerar toda esta región como emporio de la devastación donde los Imperios destruían y eran destruidos.

No es extraño, pues, que muchos de ellos sucumbieran sin dejar rastro, porque, ¿de qué manera podían conservarse sus huellas? Los más de estos pueblos hablaban una lengua común que se subdividía solamente en diversos dialectos; con su ocaso, estos dialectos se entrecruzaron, para finalmente derivar en una mezcla caldea-árabe-siria, lengua que sobrevive todavía en estas partes del mundo casi sin ningún signo distintivo de los pueblos que intervinieron en su formación. De hordas salvajes habían nacido estos Estados, y hordas volvieron a ser sin alcanzar un sello político duradero. Menos aún pudieron los famosos monumentos de Belos, Semíramis y otros, asegurarles la inmortalidad de las pirámides, porque estaban hechos de ladrillos secados al sol o al fuego y mezclados con betún, que eran fácilmente destruidos, si no se deshacían solos con el pasar de los siglos. Insensiblemente se corroía toda la gloria despótica de los constructores de Nínive y Babilonia, de suerte que ya no queda otra cosa que el nombre de esta celeberrima región para admirarlo, y con el cual estas naciones desaparecidas figuraban otrora en el consejo de los pueblos. Sólo nos resta caminar entre los sepulcros de extintas monarquías y contemplar las sombras de su acción fenecida en el mundo.

Y a la verdad, el efecto de su acción ha sido tan grande que incluyéndose el Egipto, no hay otra región del mundo, excepción hecha de Roma y Grecia, donde fueran inventadas e iniciadas tantas cosas que luego adquirieron importancia para Europa y, por medio de ella, para todo el mundo civilizado. Uno se asombra ante la multitud de artes y oficios que las crónicas hebreas señalan como comunes en varios pequeños pueblos nómadas ya desde los tiempos más remotos¹. Diversas herramientas para el cultivo de las tierras, la horticultura, la pesca, la caza, especialmente la cría del ganado, la molienda de los cereales, la elaboración del pan, el arte culinario, el cultivo de la vid y del aceite, la elaboración de la lana y de los curtidos para el vestido, el hilado, el arte de tejer y coser, los tintes, la confección y el bordado de alfombras, la acuñación de platero, el grabado de sellos, el pulido de piedras preciosas, la fabri-

¹ Véase los estudios de Goguet sobre el origen de las leyes, artes y ciencias, Lemgo, 1760, y aún más GATTEYER, *Breves nociones de la Historia Universal*, parte I, Göttingen, 1785.

cación del vidrio, la pesca del coral, la minería y metalurgia, diversas obras de bellas artes ejecutadas en metal y modelado, dibujos y moldes, la escultura y arquitectura, la música y la danza, el arte poético y de la escritura, el comercio con pesos y medidas, la navegación costera, los comienzos de las ciencias de la astrología, cronología y geografía, la medicina y el arte de la guerra, la aritmética, geometría y mecánica, y en cuanto a instituciones políticas: la legislación, los tribunales, el culto divino, los contratos, las penas y multitud de costumbres morales; todo esto lo encontramos tan pronto en los pueblos del Cercano Oriente que deberían tener toda la cultura de esta región por restos de una cultura prehistórica aunque ninguna tradición nos lo enseñara. Sólo los pueblos que recorrían errantes el remoto centro del Asia se hicieron bárbaros y salvajes, por lo cual fué menester que por diversos caminos les llegara tarde o temprano una segunda cultura.

I

BABILONIA, ASIRIA, CALDEA

Situadas en la gran vía de los pueblos nómadas del Cercano Oriente, las fértiles y bellas riberas del Éufrates y del Tigris no podían menos que atraer pronto grandes multitudes de hordas que apacentaban su ganado; y puesto que forman un pequeño Edén en medio de montañas y desiertos, las hordas se quedaban gustosas allí. Hay que admitir que la región ha perdido mucho de su encanto porque quedó despojada de casi toda cultura y expuesta hace siglos al saqueo de hordas errantes; pero se han conservado algunas partes que corroboran todavía el testimonio universal de los escritores antiguos que se hacen lenguas de su belleza colmándola de elogios¹. Esta, pues, fué la patria de las primeras monarquías de la historia universal y al mismo tiempo uno de los primeros talleres de las artes y oficios.

Nada más natural en esta vida inquieta de los nómadas sino que se le ocurriera a algún jeque ambicioso apropiarse de las hermosas riberas del Éufrates y mantener unidas bajo su mando a varias hordas para su defensa. La fuente hebrea llama Nemrod a este jeque, el cual habría constituido su reino con las ciudades de Babilonia, Edesa, Nesibín y Gtesifón. Junto a él coloca a otro Imperio, el de Asiria, con las ciudades de Resán, Nínive, Adiabene y

¹ Büsching, *Erdbeschreibung*, t. 5, secc. I.

Kalach. La situación de estos reinos juntamente con su naturaleza y origen anuda toda la madeja del destino que luego se había de desarrollar hasta su ocaso; porque fundados ambos por tribus distintas que se hallaban demasiado cercanas entre sí, ¿qué otra cosa cabía de acuerdo con el espíritu de esas hordas nómadas de esta parte del mundo, sino que se hiciesen la guerra cayendo alternativamente bajo el dominio del adversario hasta que finalmente se dividieron y dispersaron de una u otra manera bajo la presión de los pueblos montañoses del norte? Esta es, en breves palabras, la historia de los reinos del Éufrates y Tigris que acaecida en tiempos tan remotos y relatada de manera incompleta y por boca de varios pueblos, no puede menos que presentárenos entreverada. Pero en lo que están de acuerdo los anales y las libulas es en el origen, espíritu y constitución de estos Imperios. De pequeños comienzos de pueblos nómadas habían nacido y nunca perdieron el carácter de hordas invasoras. Hasta el despotismo que entre ellos se estableció y la habilidad en diversas artes, que hizo célebre sobre todo a Babilonia, corresponden plenamente a la mentalidad regional y carácter nacional de los habitantes.

¿Qué fueron, a la postre, esas primeras ciudades que fundaron aquellos fabulosos monarcas del mundo?, hordas numerosas y bien constituidas; el campamento fijo de una tribu que disfrutaba de la fertilidad de la región y hacía incursiones en otras con fines de robo y saqueo. De ahí la enorme extensión de Babilonia poco después de su fundación de ambos lados del río; de ahí también sus muros y torres gigantescos. Las murallas eran vallas altas y gruesas de barro cocido destinadas a proteger un extenso campamento de nómadas; las torres eran atalayas; toda la ciudad, según la expresión de Aristóteles, con sus jardines entremezclados, parecía un Peloponeso. La región suministraba abundante material para este tipo de construcción, a saber, la arcilla utilizable para la fabricación de ladrillos y el betún que hacía de argamasa. De esta manera, la naturaleza facilitaba al hombre su obra y, una vez construídas las instalaciones al estilo nómada, nada costaba enriquecerlas y embellecerlas del mismo modo, a saber, cuando la horda salía a una de sus incursiones con fines de robo.

¿Y qué otra cosa son las famosas conquistas de un Nino y una Semíramis y otros, sino los mismos recorridos a que se dedican los árabes, curdos y turcomanos hasta el día de hoy? Hasta por su índole racial eran los asirios montañoses nómadas, de quienes la posteridad no conserva otra característica que la de sus conquistas y saqueos. Desde los tiempos más remotos se nombra a los árabes particularmente como milicia al servicio de estos conquistadores del mundo, y bien se conoce el invariable estilo de vida de este pueblo que durará mientras haya un desierto árabe. Más tarde hacen su

entrada en escena los caldeos, por su origen curdos salteadores¹. No se distinguieron en la historia universal más que por sus devastaciones. Hasta el nombre que les dió la ciencia parece que fué un sobrenombre honorífico a causa de la conquista de Babilonia. Por lo tanto, la hermosa región lindante con estos dos ríos puede considerarse en tiempos antiguos y modernos como punto de reunión de pueblos nómadas dedicados al pillaje, que juntaron en plazas fuertes el botín hasta que se rindieron a los halagos del clima caluroso y voluptuoso y, vencidos por la opulencia, fueron presa de otros, más rapaces que ellos.

También las célebres obras de arte de una Semíramis y de un Nabucodonosor no dicen otra cosa. Las primeras incursiones de los asirios se dirigían hacia el Egipto, por lo cual es probable que el arte de esta pacífica y culta nación sirviera de primer modelo para el embellecimiento de Babilonia. La famosa estatua colosal de Belo, los retratos sobre los muros de ladrillo de la gran ciudad son de estilo netamente egipcio; y si la fabulosa reina fué al monte Bagisthán para dejar impresa su imagen en la loma, fué, sin duda, a imitación del Egipto. Se vió obligada a este viaje ya que el país sureño no le brindaba rocas graníticas para monumentos perennes como el Egipto. Tampoco Nabucodonosor produjo otra cosa que estatuas colosales, palacios de ladrillo y pensiles. Se trataba de superar por las dimensiones lo que no sabía hacerse con arte o no podía tenerse en material, dándose vistososidad a los monumentos con risueños jardines al estilo babilónico para suplir lo que les faltaba de auténtico valor. Por esto no creo tan lamentable la desaparición de estas enormes masas de arcilla, pues no es probable que con ellas se hayan perdido importantes obras de arte. Lo que sí desearía es que se escudriñaran las ruinas en busca de tablas de escritura caldea, las cuales, según testimonios de varios viajeros, no tardarían en aparecer.

Lo propio de la región no fué el arte egipcio, sino habilidades nómadas, y más tarde, comerciales, tal como el plan primitivo de la naturaleza lo indicaba. El Éufrates se salía periódicamente de madre y se hacía necesario derivarlo en canales para que una mayor extensión de tierras fuesen fertilizadas; de ahí el invento de las bombas de agua y de la noria, que no habían aprendido de los egipcios. La región circunvecina de estos ríos, poblada y fértil en otros tiempos, quedó desierta por falta de manos laboriosas. De la ganadería a la agricultura había aquí un solo paso, ya que la misma naturaleza

¹ Sobre los caldeos, SCHLÖTZER, *Repertorium für die morgenländische Literatur*, t. 8, p. 113, etc.

² Della Valle sobre las ruinas de Ardache y Niebhur; sobre los montones de ruinas de Halle, etc.

invitaba al habitante a que se decidiera a establecerse allí definitivamente. Los deliciosos frutos que producían los huertos y campos ribereños que brotan de la tierra con enorme vigor espontáneo y recompensan con creces el poco trabajo que requiere su cultivo, convertían casi insensiblemente al pastor en labrador y hortelano. Un bosque de florecientes dátiles le suministraba la madera para su vivienda en lugar de tiendas inestables, a la vez que le brindaba el alimento de sus frutos; la arcilla de fácil cocimiento completaba la construcción, de manera que el morador de tiendas, antes de darse cuenta, se vió convertido en propietario de una vivienda mejor aunque menos transportable. La misma tierra le proveía de vasijas y con ellas de mil comodidades de la vida doméstica. Aprendió a cocer el pan, preparar los alimentos hasta que, impulsado por el comercio, se llegaron a celebrar los opulentos convites y fiestas que hicieron la fama de Babilonia desde tiempos muy antiguos. Así como se fabricaban pequeños ídolos de arcilla, los terafim, así se aprendió pronto a modelar y cocer estatuas colosales, de cuyos modelos poco costaba pasar a la fundición de metales. Grabando dibujos o signos escriturísticos en la blanda arcilla, que luego al cocerla se solidificaba, del mismo modo se aprendió insensiblemente a conservar estos conocimientos para la posteridad en ladrillos cocidos, dando comienzo al progreso que construía sobre experiencias pasadas. Hasta la astronomía fué un invento afortunado de los nómadas de la región. El pastor, apacentando sus ovejas, estaba sentado en las verdecentes praderas y observaba sosegadamente la salida y el ocaso de los rutilantes astros en el horizonte infinito y apacible. Dábales a cada uno su nombre como a sus ovejas y se grababa en la memoria la trayectoria de cada uno. Continuábanse estas observaciones en las azoteas de las casas babilónicas, donde después del bochorno del día se gozaba de una brisa refrescante, hasta que finalmente una academia fundada para ello se hizo cargo de esta ciencia interesante y al mismo tiempo indispensable, llevando los anales astronómicos por largo tiempo. Fué así como la misma naturaleza estimulaba al hombre al progreso en conocimientos y ciencias, siendo también estos sus dones productos tan locales como los que más. Al pie del Cáucaso entregó a los hombres los yacimientos petrolíferos, razón por la cual la fábula de Prometeo se originó, sin duda, en esta región. En los amenos bosques de dátiles junto al Éufrates educó con suave poder a los pastores errantes para convertirlos en laboriosos pobladores de aldeas y ciudades.

Una serie de otras artes y oficios se originaron por el hecho de que Babilonia fuera desde los tiempos más remotos un emporio del comercio entre Oriente y Occidente, como siempre será. . . En la Persia meridional no se formó ningún Imperio famoso porque no hay ningún río que desemboque en el mar; pero junto al Indo y al Gan-

ges, a orillas del Éufrates y del Tigris ¡qué bullicio de vida desbordante! Cerca de aquí estaba el Golfo Pérsico; desde donde ya en tiempos antiguos un arsenal de mercancías de la India contribuyó a enriquecer también Babilonia haciendo de ella un centro próspero del comercio. Conocido es el esplendor desplegado por Babilonia en lienzos, alfombras y bordados; la riqueza fué madre de la opulencia, la cual juntamente con la laboriosidad acercó a los dos pueblos en mayor medida que en otras partes del Asia, a lo cual contribuyó no en último lugar el gobierno de algunas reinas. En una palabra, la cultura de este pueblo se basaba tan totalmente en su situación geográfica y su estilo de vida que habría sido milagro que en semejante coyuntura no se hubiera producido algo notable en esta parte del mundo. La naturaleza tiene sus lugares privilegiados en esta tierra, donde riberas y costas bienhechoras estimulan y recompensan la labor del hombre. Así como el Egipto nació al amparo del Nilo y el Ganges creó a la India, así florecieron aquí Ninive y Babilonia, y en tiempos posteriores Seleucia y Palmira. Si Alejandro hubiera visto cumplido su deseo de gobernar el mundo desde Babilonia ¡qué distinto hubiera sido, durante largos siglos, el aspecto de esta región encantadora!

También a los caracteres escriturísticos contribuyeron los asirios y babilonios con su aportación; privilegio éste que las tribus nómadas del Cercano Oriente contaron entre sus glorias desde tiempos inmemoriales. Prescindiendo de la cuestión de cuál sea el pueblo al que debemos definitivamente este invento maravilloso¹, baste decir que todas las tribus arameas se atribuyen este precioso don de la antigüedad y detestan con una especie de fanatismo religioso los jeroglíficos. No me puedo persuadir, por lo tanto, de que los babilonios hubiesen empleado jeroglíficos; sus adivinos interpretaban el curso de los astros, los sucesos, los hechos casuales, los sueños, los trazos de escritura con un significado oculto, pero no los jeroglíficos. Aun el anuncio del destino que apareció a aquel Baltasar en plena orgia² estaba escrito en palabras silábicas cuyos trazos le parecieron entreverados por la manera oriental de escribir, pero no eran jeroglíficos. Hasta las pinturas con que Semiramis adornaba los muros y las letras asirias que hizo esculpir en la roca como inscripción para su retrato, confirman desde los tiempos más antiguos que no estaban en uso los jeroglíficos entre estos pueblos. Sólo así fué posible que los babilonios tuviesen desde épocas tan remotas contratos escritos, anales del Imperio y una serie continuada de observaciones astronómicas, y sólo gracias a la escritura entraron en la historia los pueblos cultos. Lamentablemente, ni sus registros astronómicos ni otro escrito alguno han llegado hasta nosotros, aunque los primeros fueron enviados a

¹ Trataremos de este punto en otro lugar.

² Daniel, 5, 5 y 25.

Aristóteles para su estudio; pero el mero hecho de haberlos poseído es una gloria para este pueblo.

Por lo demás, al hablar de la sabiduría de los caldeos, no hay que pensar en lo que nosotros entendemos por sabiduría. Las ciencias que poseía Babilonia estaban confiadas a un gremio exclusivo y docto, el cual entre los tiempos de la decadencia de la nación buscó refugio en el fraude más despreciable. El nombre de caldeos lo adoptaron desde los tiempos en que los caldeos dominaron sobre Babilonia; puesto que desde Belo el gremio de los sabios era una orden del Estado y una fundación de los gobernantes, parece que adulonaron a sus dominadores dándose el nombre de la nación de aquéllos. Eran filósofos de la corte y como tales se rebajaron a todos los repugnantes embustes y patrañas de una filosofía palaciega. Probablemente, durante esa época contribuyeron al progreso de su ciencia antigua tan poco como el tribunal de China al aumento de la suya.

Afortunada y desgraciada a la vez fué esta hermosa región, cercana a las montañas por donde bajaban en tropel tantos pueblos salvajes. El Imperio Asirio y Babilónico fué conquistado por los caldeos y los medos, y éstos fueron sometidos por los persas hasta que, al fin, todo quedó convertido en un desierto subyugado, trasladándose la sede del gobierno hacia el norte. Ni en cuanto a la guerra, pues, ni por lo que a la Constitución política se refiere, hay para nosotros mucho que aprender de estos reinos. Sus ataques eran salvajes, sus conquistas nada más que incursiones, su Constitución política esos miserables gobiernos de sátrapas que siempre estuvieron a la orden del día en esta parte del Oriente. De ahí la inestabilidad de estas monarquías, de ahí las frecuentes rebeliones y la destrucción de todo el edificio por conquista de una ciudad o por una o dos victorias decisivas. Arbaces intentó ya después de la primera caída del Imperio, erigir una especie de aristocracia de sátrapas federados, mas no lo consiguió como, en general, ninguna de las tribus medas y arameas conocía otra clase de régimen que el despótico. La vida nómada fué siempre su punto de partida; concebían al rey como pater familias y jeque, y tan pronto como dejaron de vivir en tribus aisladas e independientes, no hubo lugar para la libertad política ni un gobierno en común de varios hombres.

Así como es uno el sol que ilumina el cielo, así también, pensaban, debía ser uno solo el que reinara en la tierra, el cual no tardó en revestirse de todo el esplendor del sol y hasta de los fulgores de una deidad terrena. Todo emanaba de su merced, de su persona dependían todas las cosas; con él vivía el Estado y con él sucumbía las más veces. La corte del príncipe era un harem: no había allí más que oro y plata, siervos y criadas, países que poseía como campos de pastoreo y rebaños humanos que llevaba adonde quería cuando no

los sacrificaba. En suma, un gobierno bárbaro de nómadas, si bien produjo algunas pocas veces príncipes buenos que eran verdaderos pastores y padres del pueblo.

II

LOS MEDOS Y PERSAS

Los medos cobraron su fama histórica por sus hazañas guerreras y su opulencia; nunca se distinguieron por sus invenciones ni por mejoras en la Constitución política. Eran un pueblo montañés de valerosos jinetes que habitaba el norte de un país árido en su mayor parte. Como tales arrollaron el antiguo imperio asirio, cuyos sultanes se entregaban en su harem a un beatífico sueño. Pronto se entendieron también del nuevo Imperio Asirio, pero no tardaron en caer bajo un severo gobierno monárquico, por obra del hábil Dejoces, cuyo esplendor y opulencia acabaron por superar al mismo Imperio Persa. Finalmente, bajo el dominio del gran Ciro, fueron unidos con la avalancha de pueblos sobre cuyos hombros se erigió el trono que hizo de los monarcas persas dueños del mundo.

Si hay algún príncipe alrededor de cuya figura la historia se convierte en poesía, este príncipe es Ciro, el fundador del Imperio Persa, tanto si la historia de este mimado de los dioses se lee en fuentes hebreas o persas, como si en Herodoto o en Jenofonte. Es indudable que este último autor, historiador excelente, recibió ya de su maestro la idea de escribir la *Ciropeia* y que recogió luego, durante las campañas en el Asia, informaciones auténticas sobre Ciro, las cuales, empero, muero el héroe desde mucho tiempo atrás no pudieron hablar de él sino a la manera asiática, a saber, con los elogios diti-rámicos que solemos encontrar en todas las descripciones que estos pueblos hacen de sus reyes y héroes. En consecuencia, Jenofonte fué respecto de Ciro lo mismo que Homero respecto de Aquiles y Ulises, sobre los cuales el poeta contaba también con noticias verídicas. De todos modos, para nosotros es indiferente cuál de los dos haga gala de mayor veracidad; basta saber que Ciro conquistó el Asia y fundó un Imperio que se extendía desde el Indo hasta el Mediterráneo. Si Jenofonte dijo la verdad al describir las costumbres de los antiguos persas conforme a las cuales Ciro fué educado, los alemanes tenemos motivos de congratularnos de nuestro probable parentesco racial con este pueblo y de hacer votos por que todos nuestros príncipes se aboquen a la lectura de la *Ciropeia*.

Tú, empero, magnánimo Ciro, si mi voz pudiera alcanzar tus

oidos en tu mausoleo de Pasagarda, preguntaría a tus huesos por qué te hiciste tamaño conquistador. ¿Habías pensado bien, en medio del entusiasmo juvenil de la serie interminable de tus victorias, para qué servirán a ti y a tus descendientes los innumerables pueblos, los incontables países a los que impusiste tu yugo? ¿Acaso tu espíritu podía estar presente en todos ellos y seguir ejerciendo su influjo sobre todas las generaciones venideras? Y si no ¡qué pesada carga impusiste a tus sucesores que tenían que llevar una púrpura compuesta de tantas telas heterogéneas! Sus partes vuelven a descomponerse, o acaban por ahogar bajo su peso al que quiso adornarse con ellas. Esta fué, en efecto, la historia de Persia bajo los sucesores de Ciro. Su espíritu conquistador les había fijado un fin tan alto que persistieron en ampliar los límites del Imperio cuando esto ya no era posible. De esta manera acabaron por devastar y chocar con todos sus vecinos hasta que, por fin, el pundonor de un enemigo ofendido les deparó su triste fin. Apenas dos siglos duró el Imperio Persa y uno se admira de que haya durado tanto, porque sus raíces eran tan débiles y sus ramas, en cambio, tan grandes, que forzosamente tuvo que derrumbarse el árbol.

Si alguna vez el sentido humanitario se hace lugar entre los hombres, lo primero que habrá que aprender de la historia de los persas es renunciar a la locura de un desenfrenado espíritu conquistador, que en pocas generaciones acaba por perderse a sí mismo. Conduce a los hombres como si fueran rebaños, los agrega unos a otros cual materia inerte y se olvida de que en ellos habita un espíritu vivo y que tal vez la última piedra que iba a coronar el edificio se desprenderá para aplastarlo. El reino de un pueblo es una familia, una casa bien ordenada; descansa en sus propios cimientos porque la misma naturaleza fué quien lo fundó, y vive y muere sólo al compás de los tiempos. Un Imperio juntado a punta de lanza, que abarca cien pueblos y ciento veinte provincias, no es un Estado sino un monstruo.

Tal fué la monarquía persa desde un principio; pero después de Ciro se manifestó esto con mayor evidencia. Su hijo, tan semejante a él, quiso hacer conquistas más grandes que el padre; como un demente se abalanzó sobre el Egipto y Etiopía de manera que apenas el hambre que tuvo que afrontar en el desierto le hizo retroceder. ¿Qué utilidad le proporcionó esto a él y su Imperio? ¿Qué provecho tuvieron de él los países conquistados? Devastó el Egipto, destruyó los magníficos templos de Tebas y sus monumentos del arte. ¿Destrucción absurda! Generaciones asesinadas se sustituyen con nuevas generaciones, pero esas obras no se reemplazan con nada. Todavía ahora yacen sus ruinas inexploradas y casi incomprendidas; todos los viajeros maldicen el delirio de aquel loco que nos robó estos tesoros de la Antigüedad sin causa ni sentido.

Apenas Cambises había sido castigado por su propio furor, hasta un hombre más prudente como Darío tomó el hilo de la historia donde aquél lo había dejado. Hizo la guerra a los escitas y a la India, saqueó la Tracia y la Macedonia; y con todo esto no consiguió más que depositar en Macedonia la chispa que hecha un fuego devorador habría de achicharrar a uno de los últimos reyes que llevaba su nombre. Infortunado fué en su guerra contra los griegos, y más desgraciado aún su sucesor Jerjes. Si se lee hoy el relato de estas intrusiones despóticas, la lista de naves y pueblos enteros que todo el Imperio Persa tuvo que entregar como tributo a la locura del conquistador, si se considera la carnicería ordenada a raíz de cada rebelión de los países injustamente subyugados en el Éufrates, el Nilo, el Indo, el Araxes y el Halis, sólo para que permaneciese persa lo que alguna vez fué declarado persa, no se derramarán lágrimas históricas como Jerjes al pasar revista de las ovejas inocentes que llevaba al matadero, sino lágrimas de sangre y de indignación porque un Imperio tan absurdo y enemigo de los pueblos pueda gloriarse del excelso nombre de Ciro. ¿Acaso alguno de esos devastadores persas supo fundar reinos, ciudades y monumentos como los que destruyó o trató de destruir, acaso fueron capaces de fundar una Babilonia, Tebas, Sidón, Grecia o Atenas?

Es una ley dura pero benéfica del destino que, como todo mal, también la prepotencia se devore a sí misma. La decadencia de Persia se inició con la muerte de Ciro, y si bien, especialmente gracias a las medidas tomadas por Darío, pudo mantener su esplendor a los ojos del mundo por un siglo más, ya corroía sus intestinos el gusano que corroe todo Imperio despótico. Ciro dividió su reinado en gobernaciones que mantuvo todavía a raya apoyado en su autoridad, estableciendo rápidas comunicaciones con todas las provincias y ejerciendo una estricta vigilancia. Darío organizó el Imperio, o al menos su corte, con mayor cuidado aún, y desempeñó su alto cargo como monarca justo y activo. Pero al poco tiempo los grandes reyes que vinieron a ocupar el trono despótico, eran tiranos afebinados; el mismo Jerjes, en su vergonzosa huida de Grecia y cuando hubiera debido pensar en cosas bien distintas, apenas hubo llegado hasta Sardes cuando ya estaba mezclado en un amorío depravado. Los más de sus sucesores siguieron sus huellas en este punto, y pronto eran el soborno, las rebeliones, la traición, los asesinatos alevosos y guerras desafortunadas, etc., casi lo único notable que la historia posterior de Persia tiene que ofrecer. El espíritu de los nobles estaba corrompido y los plebeyos no tardaron en corromperse a la par de sus amos; al final, ningún regente estaba seguro de su vida; el trono se tambaleaba también bajo los príncipes decentes, hasta que Alejandro prompuó en el Asia dando en pocas batallas horrible fin al Imperio, que ya no tenía ninguna consistencia interna. Por desgracia rayó

este destino en un rey que merecía mejor suerte; inocente expió los pecados de sus antecesores pereciendo por vergonzosa traición. Si hay alguna historia del mundo que nos advierta con letras mayúsculas que la arbitrariedad se destruye a sí misma, que un poder sin límites y casi sin ley significa la más temible debilidad, y que todo gobierno complaciente de sátrapas se convierte tanto para el regente como para el pueblo en el peor de los venenos, es la historia del Imperio Persa.

En consecuencia, este reino no ha ejercido influjo benéfico sobre otra nación alguna porque en vez de edificar destruyó. Obligaba a las provincias a rendir tributos vergonzosos, una para el cinto de la reina, otro para el adorno de su tocado o un collar; pero no las aglutinaba mediante mejoras en la legislación y las instituciones. Todo el esplendor, toda la pompa y temor de los dioses que desplegaron estos monarcas, ha pasado; sus sátrapas como sus favoritos son ahora polvo como ellos mismos, y el oro del que despojaron a sus poseedores legítimos tal vez yazga junto a ellos en la tierra. Hasta su historia se ha convertido en fábula, una fábula que los orientales y griegos prefieren no mencionar. También los antiguos idiomas persas han muerto y las únicas reliquias de su grandeza, las ruinas de Persépolis, junto con sus bellos trazos escriturísticos y sus imágenes colosales no han sido descifrados todavía. El destino tomó venganza de estos sultanes; han sido borrados de la tierra como por el mortífero viento simún, y donde sobrevive su memoria, como por ejemplo entre los griegos, allí vive para su deshonra, cual caricatura de su extinta grandeza.

Lo único que nos habría quedado de los monumentos espirituales de los persas serían los libros de Zoroastro si su autenticidad estuviera demostrada¹. Pero su contenido no concuerda con muchos otros testimonios sobre la religión de este pueblo, y además tienen tan evidentes señales de influencias brahmanes posteriores lo mismo que cristianas, que sólo se pueden reconocer como auténticas las líneas fundamentales del cuerpo doctrinario; pero éstas se adaptan entonces fácilmente al conjunto nacional. Los antiguos persas, como todos los pueblos salvajes y particularmente los montañeses, veneraban los elementos vivos del mundo. Mas como este pueblo no permaneció en su incultura sino que ascendió por sus victorias hasta la más alta cumbre de la opulencia, la mentalidad asiática pedía ya un sistema mejor ideado o un ceremonial religioso; lo recibió finalmente de manos de su Zoroastro o Zerdusht, al que prestaba su apoyo el rey Darío Histaspes. El sistema se basa evidentemente en la Constitución persa; así como había siete príncipes alrededor del trono a manera de ministros, así hay aquí delante de Dios siete espíritus que ejecutan sus órdenes

¹ *Zend-Avesta, ouvrage de Zoroastre*, p. Anquetil du Perron, Par., 1771.

en todos los mundos. Ormuzd, el ser bueno, príncipe de la luz tiene que luchar incensantemente con Arimán, príncipe de las tinieblas, y en esta batalla le ayudan todos los buenos. La mentalidad netamente política que informa estos conceptos se hace del todo evidente en las personificaciones de los enemigos de Persia que aparecen en todo el *Zend-Avesta* como servidores de Arimán y espíritus del mal. También todos los mandamientos morales de esta religión son políticos; se refieren a la limpieza de cuerpo y mente, la concordia en la familia y la ayuda mutua; recomiendan el cultivo de las tierras y la plantación de árboles frutales así como la exterminación de las sabandijas que también son presentadas como un ejército de demonios encarnados; se promueve el interés por el bienestar material, el matrimonio temprano y la fecundidad, la educación de los hijos, la veneración del rey y sus ministros, el amor al Estado, y todo esto a la manera persa. En una palabra, el fondo del sistema se manifiesta por sí mismo a modo de religión política como en tiempos de Darío no pudo inventarse ni introducirse sino en el Imperio Persa. Necesariamente, las antiguas concepciones y creencias de la tribu, inclusive sus supersticiones, hubieron de integrarla también. De ahí el culto del fuego que seguramente ya era tradicional en los yacimientos petrolíferos del Mar Caspio, si bien los templos del Fuego al estilo de Zoroastro son en muchas regiones de fecha posterior. De ahí también más de un uso supersticioso referente a la purificación del cuerpo y el pánico temor a los demonios que da el tono a casi todos los objetivos materiales de las oraciones, votos y consagraciones de los persas. Todo esto evidencia cuán baja era todavía entonces la cultura espiritual del pueblo para el cual fué inventada esta religión; y esto a su vez confirma el concepto que nos hemos formado de los antiguos persas. La reducida parte del sistema dedicada a la cosmología está tomada totalmente de la doctrina de los magos que trata de purificar y elevar a su manera. Somete a los dos principios de la creación, la luz y las tinieblas, a un ser superior e infinito que denomina el tiempo ilimitado, y hace que el mal sea siempre vencido por el bien y finalmente aniquilado, de manera que todo acaba en un reino bienaventurado de la luz. Considerada así, la religión política de Zoroastro viene a ser una especie de teodicea filosófica, tal como pudieron producirla su época y las concepciones en boga.

Este origen explica también por qué esta religión no pudo nunca alcanzar la consistencia de una institución de brahmanes o lamas. El Imperio despótico se había constituido mucho antes y sin ella, y, en consecuencia, fué o al menos llegó a ser una especie de religión nominal que acomodaba su doctrina a la Constitución vigente. Por más que Darío suprimiese a la fuerza a los magos que formaban una verdadera clase social de Persia, introduciendo, en cambio, gustoso esta religión que imponía al rey solamente obligaciones espirituales,

Zoroastro

no podía ésta pasar de ser una secta, bien que la secta dominante por un siglo. Es así como se difundió ampliamente el culto del fuego, en dirección a Occidente a través de Media hasta Capadocia, y hacia Oriente hasta el Indo. Aniquilado el Imperio Persa, corrido por dentro y barrido por la espada de Alejandro, también le había llegado la hora a esta su religión del Estado. Ya no sirvieron para nada sus siete Amshaspandes y ninguna imagen de Ormuz presidía el trono de Persia. Había sobrevivido su época convertida en una sombra como la religión israelita fuera de su país. Los griegos la toleraban, los mahometanos la persiguieron con saña sin par, y así, sus pobres restos se refugiaron en un rincón de la India, donde, cual ruina de un mundo fenecido, continúa sin motivo ni finalidad sus viejas creencias y supersticiones destinadas solamente a la monarquía persa y enriqueciendo, acaso sin darse cuenta, su caudal con concepciones de los pueblos entre los cuales la arrojó el destino. Un acrecentamiento de esta índole es cosa natural y obra de los tiempos, porque toda religión arrancada de su tierra y esfera de origen tiene que recibir el influjo del mundo en que vive. Por lo demás, la colectividad persa que vive en la India es un pequeño pueblo tranquilo, concorde y laborioso que, también considerado como entidad social, aventaja a más de una religión, porque socorre a sus pobres y destierra de su seno a todo miembro incorregible de malas costumbres¹.

III

LOS HEBREOS

Minúsculos parecen los hebreos al considerarlos a continuación de los persas: pequeño fué su país e insignificante el papel que les tocó desempeñar en el teatro mundial donde casi nunca hicieron de conquistadores. Mas fué designio del destino que por una serie de circunstancias cuyas causas son de fácil análisis, ejercieran sobre los otros pueblos un influjo más profundo que ninguna otra nación del Asia. En cierto modo llegaron a ser, tanto por el cristianismo como por el Islam, el fundamento más importante de las luces.

Por de pronto, ya se distinguen los hebreos por el hecho de que poseen sus crónicas escritas desde épocas en que la mayor parte de las naciones hoy cultas no conocían todavía el arte de la escritura, de manera que no se pueden atrever a llevar su historia hasta los orígenes del mundo. Otra ventaja es que estas crónicas no se basan

¹ NIEBUHR, *Reisebeschreibung*, pág. 48, etc.

en jeroglíficos con la consiguiente mistificación, sino sólo en registros genealógicos entremezclados con leyendas históricas o cantares de gesta, género literario sencillo que contribuye a acrecentar su valor histórico. Finalmente, estas narraciones adquieren un peso especial por el hecho de que consideradas privilegio de origen divino para la nación, se conservaron con una meticulosidad casi supersticiosa, llegando por fin, mediante el cristianismo a manos de otros pueblos que, armados de mayor libertad de espíritu que los judíos, las analizaron, refutaron, explicaron y aprovecharon. Naturalmente da que pensar el hecho de que los testimonios de otras naciones, en particular de Manecón el egipcio, difieran tanto de la propia historia hebrea; pero considerándola con imparcialidad y sabiendo además interpretar su espíritu, no cabe duda de que merece más fe que las columnas despreciativas de unos antisemitas extranjeros. No tengo, pues, reparos en usar como fundamento la historia de los hebreos tal como ellos la cuentan, pero con la salvedad de que las leyendas de sus adversarios no deben solamente despreciarse sino también aprovecharse en la conveniente medida.

Según las más antiguas tradiciones nacionales de los hebreos, el primero de sus patriarcas cruzó el Eufrates en calidad de jeque de una caravana de nómadas para llegar finalmente a Palestina. El país le gustó porque le brindaba espacio en abundancia para continuar el modo de vida de sus antepasados pastores y servir al dios de sus mayores de acuerdo con las tradiciones de su raza. Gracias a la suerte extraordinaria de uno de sus descendientes, la tercera generación emigró al Egipto continuando allí su sistema de vida de pastores sin mezclarse con la población del lugar hasta que, no se sabe con precisión en qué generación, su futuro legislador los libró de la opresión y del desprecio de aquel pueblo que en su calidad de pastores se habían atraído, salvándolos al conducirlos a la Arabia. Aquí este gran hombre, el grande de cuantos produjo el pueblo hebreo, llevó a cabo su obra dándoles una Constitución que, basada en la religión y sistema de vida de su raza, estaba sin embargo tan enriquecida de la sabiduría política egipcia que por una parte elevó al pueblo del nivel de horda de nómadas al de nación culta, y por otra parte lo apartó tan completamente de la esfera egipcia que nunca más se sintiera tentado de pisar la tierra negra de este país. Todas las leyes de Moisés están admirablemente concebidas y calculadas; abarcan desde lo más grande hasta lo más pequeño para informar el espíritu de la nación en todas la peripecias de la vida y llegar a ser, como tantas veces insiste Moisés, una ley eterna. Esta legislación tan meditada no fué obra del momento; el legislador le iba otorgando lo que requerían las circunstancias y antes de morir hizo pasar a toda la nación su futura Constitución. Durante cuarenta años vigila con severidad el estricto cumplimiento de la ley, y no es im-

posible que el pueblo tuviese que permanecer tanto tiempo en el desierto árabe hasta que, muerta ya la primera generación de dura cerviz, un pueblo totalmente educado en estas costumbres supiese instalarse conforme a ellas en el país de sus mayores. Pero desgraciadamente no se realizó esta aspiración del gran patriota. Cargado de años murió Moisés en la frontera del país que había venido buscando y cuando su sucesor penetró en él, le faltó autoridad y empuje para llevar a cabo en un todo el proyecto del legislador. No se prosiguió la conquista hasta donde debía llevarse; se dividieron los laureles y descansaron sobre ellos antes de tiempo. Las tribus más poderosas se arrebataron primero la mejor parte del país, de suerte que sus hermanos menores apenas encontraron dónde establecerse y hasta una tribu tuvo que dividirse¹. Además, muchas pequeñas naciones se quedaron en el país conservando Israel en su seno a los que eran sus enemigos jurados, y en consecuencia le faltaba al país, por dentro y por fuera, la estabilidad que sólo sus límites naturales le podían garantizar. ¿Qué otra cosa podía resultar de comienzos tan incompletos sino esos períodos de años inciertos que no dieron tregua al pueblo invasor? Los estrategas improvisados, nacidos del apremio, no pasaron de ser caudillos de incursiones victoriosas, y cuando, finalmente, se instituyó la monarquía, el mismo país dividido en tribus dió tanto que hacer a los reyes que el tercero de ellos fué al mismo tiempo el último de un reino desarticulado. De seis partes cinco renegaron de su sucesor y ¿qué cabía esperar ahora de dos reinos tan debilitados que a los ojos de sus vecinos y poderosos enemigos se hacían la guerra sin cuartel? El reino monárquico de Israel no tenía Constitución propia y legalmente instituida, por lo cual rendía culto a dioses ajenos de origen local con tal de no coincidir con su rival que veneraba al antiguo dios legítimo de la nación. Naturalmente a este efecto se puso en circulación la versión de que en la parte contraria no reinaba un rey temeroso de Dios ya que de otra manera el pueblo hubiera emigrado a Jerusalén poniendo fin a la existencia del gobierno separatista. Así, pues, se siguió a los tumbos cayendo de una imitación de usos y costumbres foráneas en otra, a cuál más infeliz, hasta que, por fin, vino el rey de Asiria para engullir el pequeño reino que le venía como anillo al dedo. El otro reino que por lo menos se apoyaba en la antigua Constitución de dos reyes poderosos y en una capital fortificada, se mantuvo un tiempo más, pero solamente hasta que otro más fuerte se decidió a acometerlo. Así vino el flagelo de las naciones, Nabucodonosor, que primero hizo tributarios a los reyes débiles y luego, en castigo de su rebelión, redujo al último de ellos a la esclavitud. El país

¹ La tribu de Dan recibió un rincón al norte y a la izquierda del país (véase sobre esto el espíritu de la poesía hebrea, parte 2).

fué devastado, las fortificaciones de la capital dismanteladas y Judá fué conducida a una esclavitud tan vergonzosa en Babilonia como era la de Israel en Media. Por lo tanto, considerándolo como Estado, pocos pueblos podrán hacer en la historia una figura más desgraciada que éste, con la excepción de dos de sus reyes.

¿Cuál fué la causa? Creo que la continuación de nuestra narración la aclara por sí sola. Un país de constitución tan deficiente por dentro y por fuera no podía florecer en este lugar del mundo en ninguna forma. Si bien David llevó sus incursiones hasta el Eufrates obteniendo como único resultado excitar una potencia superior contra sus sucesores, ¿cómo pudo dar con esto a su país la consistencia que le faltaba, hallándose, además, la sede del gobierno en el extremo sur del reino? Su hijo introdujo, luego, mujeres extranjeras, comercio y opulencia en un país que como la federación suiza sólo puede alimentar a pastores y agricultores y, de hecho, los tenía que alimentar en número muy crecido. Además, como dejó el comercio en su mayor parte en manos de los edomitas sometidos, el lujo fué perjudicial para su reino. En toda la línea no se halló desde la muerte de Moisés otro legislador en este pueblo capaz de conducir el Estado desorganizado a una constitución en consonancia con los tiempos que corrían. La clase intelectual decayó pronto, los celadores de la ley tenían voz pero carecían de brazo ejecutivo, los reyes eran en su mayoría afeminados o títeres de los sacerdotes. En consecuencia, la fina nomocracia a que había aspirado Moisés y una especie de monarquía teocrática plagada de despotismo como estaba en boga entre todos los pueblos de la región, dos concepciones tan opuestas se disputaban el fuero político, por lo cual la ley de Moisés destinada a constituir políticamente una ley de la libertad, tuvo que degenerar en una ley de la esclavitud para el pueblo.

Con el correr de los tiempos las cosas cambiaron, pero no mejoraron. Libertados por Ciro de su cautiverio los judíos que volvieron en número escaso lo habían aprendido todo menos una verdadera concepción política. ¿Y de quién habían de aprenderla en Asiria y Caldea? Eligieron una mezcla híbrida entre monarquía y hierocracia, y edificaron un templo como si con ello pudieran volver a los tiempos de Moisés y Salomón; su religiosidad se había convertido en fariseísmo, su sabiduría en sofistería caviladora que se agotaba en la letra muerta, su patriotismo en un observantismo servil de la antigua ley mal entendida, de manera que sirvieron de mofa y hazmeir a todas las naciones vecinas. Su único consuelo y su esperanza se fundaban en las antiguas profecías que, interpretadas no menos erróneamente, les vaticinaban el más glorioso dominio del mundo. Así vivieron y sufrieron durante siglos bajo el yugo de los griegos, sirios, idumeos y romanos hasta que, finalmente, a causa de una exasperación sin precedente en la historia, tanto el país como la ca-

pital sucumbieron de una manera tan horripilante que el mismo vencedor filantrópico no pudo menos que dolerse de ello. Ahora los judíos fueron dispersados por todas las provincias del Imperio Romano y justamente esta su dispersión señala el comienzo de un influjo sobre el género humano que cuesta imaginarse que jamás hubieran podido alcanzar desde los estrechos límites de su país, ya que nunca se distinguieron como un pueblo de sabiduría política ni diestro en el arte de la guerra, y mucho menos como productivos en las ciencias y artes en todo el transcurso de su historia.

Poco antes del ocaso del Estado judío había nacido en su seno el cristianismo, el cual al principio, lejos de separarse del judaísmo, incorporó sus libros sagrados y sobre todo confiaba en la misión divina de su Mesías. Por medio del cristianismo, pues, llegaron los libros de los judíos a manos de todas las naciones que abrazaron la fe cristiana, y por lo tanto influyeron para bien o para mal, según se los entendía y utilizaba, en todas las épocas cristianas. Su efecto ha sido benéfico por cuanto la ley de Moisés hace de la doctrina del único Dios creador del cielo y de la tierra el fundamento de toda filosofía y religión, hablando de este Dios en tantos cantares y enseñanzas con dignidad y elevación, con una reverencia y gratitud que pocas veces ha sido alcanzada en escrito humano alguno. No se compare ya estos libros con el Chou-king de los chinos o el Sadder y Zend-Avesta de los persas, sino póngaselo al lado del Corán, muy posterior, de los mahometanos, el cual se aprovechó de las enseñanzas de judíos y cristianos, y se verá que la prestancia de los escritos hebraicos entre todos los antiguos libros de religión es indiscutible. También halagaba a la curiosidad humana hallar en estos libros respuestas tan populares, inteligibles y comprensibles para cualquiera, sobre la creación y la edad del mundo, el origen del mal, etc., por no mencionar toda la historia del pueblo tan llena de enseñanzas y la moral de elevada pureza que se encuentra en varios libros de esta colección. En cuanto a la cronología de los judíos, sea cual fuere su valor, se poseía en ella una medida comúnmente aceptada y una guía a través de los acontecimientos de la historia; todo esto sin contar las ventajas inherentes al ejercicio lingüístico, arte de interpretación y dialéctica, los cuales hubiera convenido ejercitar también en otros escritos. Por todo este conjunto de factores tuvieron los escritos de los hebreos un efecto indiscutiblemente beneficioso en la historia de la humanidad.

Sin embargo, a nadie le escapa que juntamente con todas estas ventajas, la interpretación errónea y el abuso de estos escritos atrajeron también múltiples perjuicios a la razón humana, tanto más cuanto que se presentaban revestidos de autoridad divina. ¡Cuántas conogonías estúpidas han sido estructuradas a base de la sencilla y solemne narración mosaica de la creación; cuántas teorías forzadas

hipótesis infundadas se quisieron sacar de la manzana y la serpiente! Durante siglos enteros fueron los cuarenta días del diluvio el punto de partida para los naturalistas que creyeron obligatorio derivar de ahí todos los fenómenos y formaciones de la tierra, y durante períodos no menos prolongados ligaron los historiadores de la humanidad el origen de todos los pueblos de la tierra al pueblo de Dios y a la equivocada interpretación del sueño que un profeta tuvo de las cuatro monarquías. Más de un relato histórico ha sido adulterado para explicarlo conforme a una voz hebrea; todo el sistema de hombres, tierra y sol se violentó sólo para salvar el sol de Josué y la edad del mundo según la cronología bíblica que nunca tuvo la intención de determinar estos valores con precisión científica. Más de uno de los grandes de la humanidad, hasta un Newton, perdió, con la cronología hebrea y el Apocalipsis, un tiempo que mejor habría empleado en investigaciones más provechosas. Y hasta respecto de la doctrina moral y la constitución política, los escritos de los hebreos pusieron grillos y cadenas a las naciones que los adoptaron, a causa de su mala interpretación y peor aplicación. Al no distinguir los tiempos y los grados de la cultura, creían poseer un modelo en la intolerancia del espíritu religioso de los judíos, conforme al cual deberían proceder también los cristianos; se citaban pasajes del Antiguo Testamento para justificar la concepción contradictoria que del cristianismo voluntario y sólo moral quería hacer una religión del Estado al estilo judío. Igualmente es innegable que el ritual del templo y hasta la liturgia de los hebreos tuvieron influencia sobre el culto, la retórica sagrada, los cánticos y letanías de todas las naciones cristianas, convirtiendo su culto religioso a menudo en un idiotismo oriental. Se pretendía que la ley mosaica debía estar en vigencia en cualquier lugar de la tierra y en medio de constituciones nacionales completamente diferentes; de ahí que no haya una sola nación cristiana que hubiese construido su legislación y constitución política desde los cimientos por sí misma. Es así como aun el bien más selecto linda con el mal por culpa de un uso equivocado, como también los sagrados elementos de la naturaleza pueden obrar la destrucción y los medicamentos más eficientes convertirse en veneno mortífero.

El pueblo mismo de los judíos ha sido desde su dispersión útil o perjudicial con su presencia para las naciones de la tierra según el destino que se le asignara. En los primeros tiempos, los cristianos eran considerados judíos y despreciados o suprimidos en masa, ya que también los cristianos se hicieron acreedores a los reproches que se hacía a los judíos, como son el odio a los otros pueblos, el orgullo y la superstición. Más tarde, cuando los cristianos por su parte perseguían a los judíos, les dieron la oportunidad de apoderarse por su laboriosidad y dispersión de casi todo el comercio interior y, particularmente, del intercambio de oro; de ahí que las

cf. Clavigero

naciones menos cultas de Europa se hicieron esclavas voluntarias de la usura de los judíos. Las operaciones con letras de cambio, si bien no son sus inventores, pronto las perfeccionaron por la sencilla razón de que su situación incierta en los países mahometanos y cristianos les hacía indispensable este instrumento. No cabe dudar, pues, que una república de usureros tan inteligentes apartó a varias naciones europeas de aprovechar el comercio por su propio trabajo, porque éstas se creían demasiado nobles para ejercer un oficio judío y aprender de los tesoreros del Sacro Imperio Romano esta industria ingeniosa y sutil, como los espartanos no habían querido aprender la agricultura de sus helotes. Si alguien escribiera la historia de los judíos en todos los países donde viven dispersos, ésta resultaría un monumento espectacular de la humanidad igualmente notable como fenómeno natural y político; porque ningún pueblo de la tierra se ha difundido como éste, y ninguno se ha conservado en todos los climas con sus características y su actividad como él.

Pero no se le ocurra a nadie sacar de ahí una conclusión supersticiosa acerca de una revolución que este pueblo tenga que desencadenar en tiempos venideros para todas las naciones del mundo. La revolución que le tocó producir, probablemente ya se haya producido y para otra más no se encuentran indicios ni en el pueblo mismo ni en la analogía de la historia. La supervivencia de los judíos se explica no menos naturalmente que la de los brahmanes, persas y gitanos.

Por lo demás, nadie querrá negar sus grandes cualidades a un pueblo que fué tan eficiente resorte en manos del destino y cuyas notables predisposiciones se muestran a todo lo largo de su historia. Ingenioso, astuto y laborioso, supo sostenerse aun bajo la extrema opresión de otros pueblos y en un desierto como el de Arabia por más de cuarenta años. Ni le faltó el valor en la guerra, como lo demuestran los tiempos de David y de los macabeos, pero sobre todo el fin terrible de su Estado. En su país era en otros tiempos un pueblo diligente y trabajador que como los japoneses sabía aprovechar sus montañas estériles por medio de riegos artificiales hasta la cumbre y alimentar increíble número de habitantes en un estrecho sector que distaba mucho de distinguirse por su fertilidad. Hay que conceder que la nación judía, por lo que al arte se refiere, a pesar de estar situada entre los egipcios y fenicios, nunca se hizo experta, como quiera que hasta para la construcción del templo de Salomón tuvo que emplear artesanos extranjeros. Asimismo, no obstante permanecer durante un tiempo los puertos del Mar Rojo y estar tan cerca de las costas del Mediterráneo en una situación inmejorable para el comercio mundial y con una población excesiva para su país, nunca llegó a ser una potencia naval. Como los egipcios, temían el mar y siempre prefirieron habitar entre naciones extrañas, rasgo éste

típico para su carácter nacional y contra el cual luchó ya Moisés a brazo partido. En una palabra, es un pueblo que degeneró en su educación porque nunca alcanzó la madurez de una civilización política crecida en su propio suelo, por lo cual no evolucionó hasta un auténtico sentido del honor y de la libertad. En las ciencias a que se dedicaron sus hombres más dotados, siempre se distinguieron más bien por la fidelidad a los principios y el orden que no por una fecunda libertad del espíritu; por otra parte, las virtudes patrióticas no pudieron desarrollarse casi nunca a causa de las situaciones que atravesaban. El pueblo de Dios al que a su hora el mismo cielo donó una patria, hace miles de años, casi desde su origen es una planta parásita que vive sobre los troncos de otras naciones; un pueblo de astutos negociantes casi en toda la tierra, que a pesar de tanta opresión no aspira nunca al honor y a la propia morada y no conoce la nostalgia de la patria.

IV

FENICIA Y CARTAGO

De muy otra manera se hicieron beneméritos de la humanidad los fenicios. Inventaron uno de los instrumentos más nobles del mundo, el vidrio, y la historia cuenta su casual invención junto a las orillas del río Belo. Como vivían a orillas del mar, fueron navegantes desde tiempos inmemoriales; ya Semíramis hizo construir su flota por los fenicios. De embarcaciones pequeñas fueron pasando paulatinamente a barcos de gran eslora, aprendieron a navegar guiándose por las estrellas, especialmente por la constelación de la Osa, y siendo atacados, tuvieron que aprender al fin también la guerra naval. Sus naves surcaron todo el Mediterráneo hasta más allá de Gibraltar y hasta la Gran Bretaña, y desde el Mar Rojo es probable que dieran la vuelta al África más de una vez. En todo esto no procedieron como conquistadores sino como comerciantes y colonizadores. Con el tráfico, el idioma y mercancías artísticas vincularon entre sí a países que estaban separados por los mares, e inventaron ingeniosamente todo cuanto pudiera servir a este fin. Aprendieron a hacer cálculos, a acuñar los metales y utilizarlos para la fabricación de diversas vasijas y juguetería. Inventaron la púrpura, elaboraron los finos lienzos de Sidón, buscaron en Gran Bretaña estaño y plomo, plata de España, de Prusia el ámbar, el oro de África y cambiaron todo esto contra mercancías del Asia. Su Imperio era, pues, todo el Mediterráneo, ocupadas sus costas aquí y allá por sus colonias y teniendo

en Tartesos, España, el célebre emporio de su comercio con tres Continentes. Por muchos o pocos que fuesen los conocimientos que transmitieron a los europeos, el solo regalo de las letras del alfabeto que hicieron a Grecia equivalía por todos los demás.

¿Y cómo llegó este pueblo a desplegar una artesanía tan meritoria? ¿Fue acaso una tribu afortunada del país de origen de la humanidad, dotada con igual largueza de cualidades psíquicas y físicas? Todo menos esto. Según todos los testimonios que poseemos sobre los fenicios, eran originalmente un pueblo aborrecido, tal vez un grupo de trogloditas o gitanos desplazados de su tierra. Los encontramos primero a orillas del Mar Rojo en cuyos desiertos se alimentaban miserablemente. Todavía cuando ya habían emigrado al Mediterráneo, conservaron durante largo tiempo sus costumbres inhumanas, su religión cruel y hasta sus moradas en las rocas de Canaán. Cualquiera conoce las descripciones de los antiguos habitantes cananeos, y no hay en ello exageración, como lo demuestra no solamente la descripción análoga de Job de los trogloditas árabes¹, sino también los restos de bárbara idolatría que hasta en Cartago se conservaron por largo tiempo. Tampoco las costumbres de los navegantes fenicios merecieron las alabanzas de naciones extranjeras; eran saqueadores, ladrones, voluptuosos y perversos, de donde fidelidad y buena fe púnicas llegaron a ser proverbiales como estigma de deshonra.

Penurias y circunstancias fueron casi siempre las que hicieron de los hombres lo que fueron. En los desiertos del Mar Rojo donde los fenicios vivieron probablemente de la pesca, el hambre los hizo marinos expertos; habiendo llegado en esta condición al Mediterráneo, ya podían atreverse a cruzar los océanos ¿Qué hizo de los holandeses y de los demás pueblos naciones navegantes? La necesidad, la situación y el acaso². Los fenicios fueron odiados y detestados por todos los pueblos semitas, que consideraban esta región del Asia como su patrimonio. A los camitas, como advenedizos intrusos, no les quedó más que las inhóspitas costas y el mar. Si los fenicios encontraron un Mediterráneo tan rico en bahías e islas, si de país en país y de costa en costa pudieron avanzar paulatinamente hasta más allá de las columnas de Hércules y encontrar entre los pueblos incultos de Europa una cosecha tan abundante para su actividad comercial, se debió a nada más que al estado de cosas, situación afortunada que la misma naturaleza había creado para ellos. Cuando en tiempos prehistóricos entre los Pirineos y los Alpes, los Apeninos

¹ Job 30, 3-8.

² Eichhorn lo demostró también de los gerreos. (Véase *Historia del comercio de la India oriental*, págs. 15 y 16.) En general es la pobreza y las penurias la causa de que las naciones mercantes se hicieran tales, como en el caso de los venecianos, malayos, etc.

y el Atlas se estaba formando la cavidad que sería el fondo del Mediterráneo y las playas e islas emergieron lentamente de las aguas como puertos futuros y ciudades venideras, ya el destino había marcado la trayectoria de la cultura europea. Si los tres Continentes hubiesen estado unidos en una masa compacta, tal vez la cultura habría llegado a Europa tan poco como a las estepas tártaras y al interior de África, o por lo menos por otros caminos y mucho más lentamente. Sólo gracias al Mediterráneo hubo en la tierra una Fenicia y una Grecia, una Etruria y una Roma, una España y una ciudad de Cartago, y de la primera de estas cuatro costas tomó su comienzo toda la cultura de Europa.

No fué menos afortunada la situación de Fenicia tierra adentro. Toda el Asia, grande y próspera, estaba a sus espaldas con sus mercancías e inventos y el tráfico comercial por tierra que mucho antes había instituido. De esta manera, no sólo aprovecharon el trabajo ajeno, sino también la abundancia de talentos que la naturaleza había derramado sobre este Continente y los prolongados esfuerzos de siglos anteriores. El alfabeto que trajeron a Europa se llamó fenicio, si bien no es probable que los fenicios fuesen sus inventores. De manera análoga ejercieron los babilonios e hindúes verosíblemente el arte de tejer antes de los sidonios, conociéndose la costumbre del mundo antiguo y moderno de denominar los productos no por su lugar de origen, sino por el de su distribución. Cuál haya sido el arte arquitectónico de los fenicios puede apreciarse en el templo de Salomón donde dos modestas columnas son celebradas cual si fueran maravillas, lo que parece indicar que no podía compararse con ningún templo egipcio. Lo único que nos quedó de las construcciones fenicias son esas enormes cavernas fenicias y canaanas que señalan tanto su gusto como su origen troglodita. Siendo un pueblo de origen egipcio, celebraron, sin duda, encontrar en esta región montañas donde construir sus moradas y mausoleos, sus arsenales y templos. Las grutas se conservan, pero su contenido ha desaparecido. Tampoco se han conservado sus bibliotecas y archivos, que el pueblo poseía en su época de cultura floreciente; hasta desaparecieron los griegos que escribieron su historia.

Si comparamos ahora estas ciudades mercantiles trabajadoras y florecientes con los Estados rapaces del Eufrates, Tigris y Cáucaso, nadie se quedará dudando de cuál de ellos sirvió mejor a la humanidad. El conquistador busca su propio y exclusivo interés; la nación mercantil al servir sus intereses, sirve también a los otros pueblos. Haciendo de los bienes de consumo, el trabajo y las ciencias un bien de provecho común a buena parte del mundo, no puede menos que beneficiar a la humanidad. Ningún conquistador trastorna tanto el orden natural como el que arrasa florecientes centros comerciales, porque las más veces su desaparición implicaba

la decadencia del trabajo y las industrias de países y regiones enteras si no surgía otra ciudad cercana que desempeñara su papel. También en este punto fué alortunada la costa fenicia; por su situación es insustituible para el comercio del Asia. Cuando Nabucodonosor asediaba Sidón, surgió Tiro; al ser arrasada ésta por Alejandro, floreció Alejandría; considerada la región en conjunto, el comercio no cesó allí en ningún momento. También Cartago se benefició por la destrucción de la antigua y próspera Tiro, si bien las consecuencias de su surgimiento no habían de ser tan provechosas para Europa como lo había sido el más antiguo tráfico fenicio; porque esta época había ya pasado por entonces. La constitución interna de los fenicios debe considerarse como una de las primeras transiciones de la monarquía asiática a una especie de república mercantil. El poder despótico de los reyes era débil y nunca alentaron aspiraciones de conquista. En Tiro se llegó durante un tiempo a un gobierno de suetas, forma de gobierno que en Cartago fué tomando cuerpo; así, pues, son ambos Estados los primeros ejemplos de la historia universal de grandes repúblicas mercantes y sus colonias el primer modelo de un dominio más diplomático y más provechoso que el de un Nabucodonosor y un Cambises; fué un gran paso hacia adelante para la cultura humana. Siempre ha sido así que el comercio estimulase la industria; el mar puso límites a las aspiraciones de los conquistadores, los cuales, quisieran o no, se convirtieron de opresores rapaces en pacifistas sosegados. La dependencia mutua y, especialmente, la fuerza de las armas inferior con que contó siempre el advenedizo que llegaba a lejanas costas, fueron la primera base de relaciones más justas entre las naciones. Mucho deberían avergonzarse los europeos por el comportamiento insensato que demostraron en tiempos tan posteriores y equipados de armas tanto más poderosas al descubrir las dos Indias, si lo consideran a la luz de la prudencia de aquellos antiguos fenicios. Los europeos se dedicaron a hacer esclavos, a predicar el Evangelio y a exterminar a los indígenas; los fenicios no conquistaron propiamente nada; en cambio, plantaron cultivos, fundaron colonias y despertaron la laboriosidad de los pueblos que, advertidos por algunas maniobras fraudulentas de los fenicios, acabaron por descubrir sus propias riquezas y aprendieron a aprovecharlas por su cuenta. ¿Habrán jamás Continente alguno que pueda decir que debe tanto a la Europa rica en artes y ciencias como la antigua Grecia a los primitivos fenicios?

Cartago no ejerció ni remotamente un influjo tan benéfico sobre los pueblos de Europa como lo habían ejercido los fenicios, y la causa de ello fueron evidentemente los cambios que se habían operado en la época, la situación y estado de cosas. Siendo una

colonia de Tiro, le había costado buen trabajo echar raíces en el África lejana, y teniendo que luchar espada en mano por su ulterior expansión en la costa, le tomó el gusto a la postura del conquistador. Si con esto obtuvo una posición de apariencias más brillantes y perfectas que el país madre, ésta no implicó ventaja alguna para el género humano ni para la propia república. Cartago no fué nunca una nación, sino una ciudad; por lo tanto no pudo infundir a ningún sector del país dependiente de ella verdadero amor a la patria ni una cultura nacional. El territorio de que se apropió en África y el cual, según Estrabón, contaba al comienzo de la segunda guerra púnica con trescientas ciudades, consistía en súbditos sobre los que ejercía los derechos de vencedor sin que fueran ciudadanos propiamente dichos del Estado reinante. Por lo demás, los africanos, gente de escasa cultura, no aspiraban tampoco a semejante ciudadanía; su indiferencia llegó al punto de que hasta en las guerras contra Cartago parecían esclavos revoltosos o mercenarios. Se explica, pues, que Cartago apenas haya irradiado cultura humana hacia el interior de África siendo, como era, un Estado-ciudad que por medio de unas pocas familias patricias reinaba desde el circuito de sus muros, no tenía el menor interés en difundir el humanismo, sino sólo el de atesorar riquezas. La primitiva superstición que reinó en Cartago hasta los últimos tiempos, las crueles penas capitales con que castigaba a sus jefes militares desafortunados aunque fueran inocentes de su derrota, y más aún, todo el comportamiento de este pueblo en tierras extrañas, demuestran cuán despiadado y avaro fué este Estado aristocrático, que en el fondo no buscaba más que ganancias materiales y esclavos africanos.

La situación y constitución de Cartago explican ampliamente esta dureza. En lugar de centros comerciales al estilo fenicio, que les parecían inseguros, construyeron fortalezas y pretendían, aprovechándose de su situación geográfica más favorable, asegurarse el dominio de las costas cual si todas ellas fueran africanas. Mas como tuvieron que ejecutar este plan por medio de bárbaros subyugados o pueblos mercenarios, chocando continuamente con naciones que no se dejaron tratar como bárbaros, no pudo este conflicto surgir más que derramamiento de sangre y hostilidad acérrima. La hermosa Sicilia y particularmente Siracusa fueron oprimidas a menudo y, al principio, muy injustamente, pues las acometieron solamente por causa de una alianza con Jerjes. Contra el pueblo griego aparecen como cómplices bárbaros de un bárbaro y se mostraron dignos de semejante papel. Selino, Himera, Agrigento, Sagunto en España y más de una provincia próspera de Italia fueron arrasadas o saqueadas por ellos; más aún: en la sola Sicilia fueron derramados ríos de sangre que no valía todo el comercio despótico de Cartago.

Por más que Aristóteles elogie su Constitución política, de poco valor fué para la historia de la humanidad, ya que sólo dió lugar a que unas pocas familias de la ciudad, mercaderes bárbaros y acan- dalados, hicieran guerrear a sus pueblos mercenarios por el mono- polio de sus intereses, arrogándose el dominio de todos aquellos países que pudieran servir para aumentar sus ganancias. Un sis- tema de esa índole no puede despertar simpatías, y por injustas que fuesen casi todas las guerras que los romanos llevaron contra ellos, y por más respeto que merezcan nombres como Asdrúbal, Amílcar y Aníbal, difícilmente tomará partido por Cartago quien considere el estado de cosas interno de esta república de mercaderes cuyos in- tereses sirvieron aquellos héroes. En efecto, fueron vejados por ella más de la cuenta, y en más de una ocasión pagados con la más negra ingratitud. Al mismo Aníbal lo hubieran entregado sin titu- bear con tal de ahorrar algunas libras de oro, si el gran estratega no se hubiera puesto a salvo, por la fuga, de semejante premio a la cartaginense.

Lejos de mí, el querer rebajar uno solo de los méritos a que pueda haberse hecho acreedor cualquiera de los nobles cartagineses que hubo; también ese Estado, aunque basado sobre el despreciable fundamento de la rapacidad, produjo almas grandes y fomentó gran número de artes y oficios. De los guerreros alcanzó fama in- mortal particularmente la familia de los Barcas, cuya ambición se agrandaba a medida que la envidia de los Hannos trataba de oscu- recer su estrella. Sin embargo, hasta el espíritu de heroicidad de los cartagineses adolece de cierta brutalidad en comparación con la cual un Gelón, un Timoleón y un Escipión, con muchos otros, parecen como hombres libres frente a siervos. Bárbaro fué el heroís- mo de aquellos hermanos que en aras de una injusta fijación de límites territoriales a favor de su patria se dejaron sepultar con vida. En casos más difíciles, ante todo cuando era asediada la misma Cartago, su valentía se manifestaba principalmente en una exaspera- ción salvaje. Mas no por esto deja de ser cierto que Aníbal fué, en la alta escuela del arte de la guerra, el maestro consumado de sus enemigos jurados, los romanos, los cuales aprendieron de él cómo conquistar el mundo. Asimismo florecieron en Cartago todas las artes y oficios que pudieran servir de alguna manera al comercio, la ingeniería naval, la guerra naval y el lucro, si bien es verdad que pronto fueron superados en la guerra naval por los romanos. La principal industria subsidiaria que las fértiles tierras africanas ofre- cieron a su comercio, fué la agricultura, la cual llevaron a una ele- vada perfección técnica como rica fuente de ganancias. Pero des- graciadamente, por culpa de la barbarie de los romanos, todos los libros de los cartagineses se perdieron al igual que su nación, a la que conocemos sólo por testimonios de sus enemigos y unas pocas

ruinas que apenas si nos indican la situación geográfica de la antigua y célebre reina de los mares.

La importancia principal de Cartago para la historia universal fué, por desgracia, su relación con Roma; la loba destinada a so- meterse la tierra entera, tuvo que ejercitarse primero en la lucha contra un chacal africano hasta darle una muerte ignominiosa.

V

LOS EGIPCOS

Pasamos ahora a tratar de un país: el Egipto, que por su anti- güedad, sus artes y su constitución política representa un enigma del mundo antiguo, por lo cual ejercitó ampliamente el espíritu de conjeturas de los investigadores. Los testimonios más auténticos que de él poseemos son sus monumentos antiguos, aquellas enormes pirámides, obeliscos y catacumbas, las ruinas de canales, ciudades, columnas y templos que con sus inscripciones jeroglíficas son toda- vía hoy la admiración del viajero, las maravillas del mundo antiguo. ¡Qué multitud de manos laboriosas, qué arte y constitución, pero sobre todo, qué mentalidad original se supone para excavar esas peñas o acumularlas unas sobre otras, no solamente reproducir y esculpir ciertos animales, sino hasta darles sepultura como a objetos ugrados, transformar un desierto de rocas en morada de los di- funtos y perpetuar el espíritu sacerdotal del Egipto de tantas ma- neras en la piedra esculpida! Todas estas reliquias se yerguen o vacen cual esfinges sagradas, cual ingentes problemas que requieren una explicación.

Una parte de estas obras se explican por sí mismas por cuanto tenían utilidad práctica cuando no eran indispensables en esta re- gión. Son éstos los canales admirables, los diques y las catacumbas. La finalidad de los canales era desviar el Nilo hasta las partes más remotas del Egipto, que se han convertido en un desierto estéril por haber quedado en ruinas aquéllos. Los diques servían para fundar ciudades en el fértil valle que inundaba el Nilo y que como verdadero corazón del Egipto alimenta toda la extensión del país. Hasta por lo que a sus mausoleos se refiere, no puede negarse que amén de responder a las ideas religiosas de los egipcios, contribu- yeron en buena parte a la salubridad del clima previniendo las plagas propias de una región húmeda y calurosa. ¿Pero cuál era el fin de las gigantescas dimensiones de estas cavernas, laberintos, obeliscos y pirámides? ¿De dónde les vino el gusto exquisito que se

perpetuó con tanto trabajo en estas esfinges y monumentos colosales? ¿Nació la originalidad de esta nación del delta del Nilo, o si no, si era otro el lugar de su origen, cuáles fueron las causas y predisposiciones instintivas que los distinguieron hasta tal punto de todos los pueblos circunvecinos?

Los egipcios no deben ser indígenas de su tierra, como lo demuestra, a mi juicio, la sola historia natural del Egipto; porque no sólo cualquier estudio concienzudo geológico indica con claridad que la parte superior de Egipto fué habitada en tiempos anteriores, sino que también revela que la misma parte baja fué arrebatada al barro únicamente a fuerza de trabajo e ingenio. El Egipto primitivo se encontraba, pues, en las alturas de Tebas donde, en efecto, estaban las residencias de sus antiguos reyes. Si la colonización del país se hubiera iniciado por el camino que pasa junto a Suez, sería inexplicable por qué los primeros reyes eligieron el desierto de la Tebaida para residencia. Si, por el contrario, seguimos la colonización del Egipto tal como se presenta a nuestra consideración, daremos con la causa de la cultura sobresaliente de este pueblo notable. No eran un pueblo del lugar, sino probablemente originarios del sur del Asia, habiendo cruzado por el oeste del Mar Rojo, o más allá, hasta Etiopía desde donde se dispersaron por todo el Egipto. Encontrando en las inundaciones y ciénagas del Nilo una especie de frontera natural de su país, lo más natural era que adoptaran primero un sistema de viviendas en forma de caverna abiertas en las peñas del lugar, conquistando, luego, todo el Egipto a fuerza de trabajo y cultivando sus tierras. El testimonio de Diodoro acerca de su origen sureño, aunque entretejido con varias fábulas etiópicas, no sólo es probabilísimo, sino también la única clave para descifrar el enigma de este pueblo y su pasmosa concordancia con la manera de ser de algunos pueblos del Asia oriental tan distantes.

Puesto que aquí sólo muy incompletamente podría exponer esta hipótesis, reservo su desarrollo para otro lugar; aquí sólo nos serviremos de algunas de sus evidentes consecuencias por cuanto nos ayudan a ubicar este pueblo en el conjunto de la historia universal. Todas las instituciones, artes y la religión egipcias demuestran que era un pueblo tranquilo, laborioso y bondadoso. Ninguno de sus templos y estatuas tiene el carácter alegre ni la ligereza propios de los griegos; de semejante orientación artística no tenían idea ni dirigían hacia ella sus esfuerzos. Las momias prueban que los egipcios no eran hermosos; esculpían sus figuras conforme a los modelos que tenían ante los ojos. Encerrados en su país, su religión y constitución, eran xenófobos; y puesto que, de acuerdo con su carácter, ponían en sus retratos el acento sobre la fidelidad y exactitud y como quiera que todo su arte era más bien artesanía y una artesanía religiosa monopolizada por un gremio exclusivo de

ciertas familias, fundada en su mayor parte sobre ideas religiosas, no habla que pensar en ninguna idealización, la cual, si no se inspira en modelos reales, no pasa de ser un fantasma¹. En su lugar se atuvieron a lo consistente, duradero y gigantesco o a una perfección técnica de suma precisión. Como formaron sus templos en una región rocosa, los concibieron a modo de caverna inmensa. De ahí que su estilo arquitectónico se inclinase a una majestad aplastante. Sus estatuas representaban momias; de ahí que tuviesen la posición encogida de manos y pies, que por sí misma favorecía la duración de la obra. Para sostener cuevas y hacer compartimientos para sepulturas se necesitaban columnas; y como el arte arquitectónico de los egipcios partía de las cuevas de los peñascos y por otra parte no dominaban, como nosotros, el arco de medio punto, se hacían indispensables las columnas, o en su lugar una estatua colosal. El desierto que los rodeaba y que, según sus ideas religiosas, era el reino de los muertos, hacía que también sus estatuas fuesen momias cuya expresión artística no era la acción sino el eterno reposo.

Menos aún, según creo, deben extrañarnos las pirámides y obeliscos de los egipcios. En todas las partes del mundo, hasta en Haití, se construyen pirámides sobre los sepulcros. De por sí no son tanto un signo de la inmortalidad del alma, cuanto una conmemoración perenne. Evidentemente se originaron en los monumentos megalíticos consistentes en un primitivo amontonamiento de piedras que desde tiempos prehistóricos se estilaban en varias naciones; el montón de piedras evoluciona naturalmente hacia la pirámide para su mayor consistencia. Ahora bien: no hay ningún motivo más conatural para el arte humano que la memoria de un difunto venerable; cuando, pues, el arte se apoderó de aquella costumbre arcaica, el dolmen, destinado acaso primitivamente sólo a salvar el cadáver de los animales necrófagos, se fué transformando naturalmente en una pirámide u obelisco ejecutado con mayor o menor despliegue de arte escultórico y arquitectónico. El hecho de que los egipcios fuesen superiores a otros pueblos en la construcción de tales monumentos tiene la misma causa que el otro de que sus templos y catacumbas fuesen más resistentes a la acción del tiempo: poseían piedras en abundancia, ya que el Egipto en su mayor parte consiste en rocas; también les sobraba mano de obra, ya que era poco el trabajo que les costaba el cultivo de las tierras de su país fecundo y densamente poblado, puesto que el Nilo se encargaba de fertilizarlo. Además, los antiguos egipcios vivían con gran frugalidad. Era tan fácil mantener a miles y miles de hombres que trabajaron durante siglos como esclavos en estos monumentos, que bastaba la voluntad de un rey para poner en obra los irreflexivos proyectos de

¹ Sobre este punto hablaré más extensamente en otro lugar.

tan gigantescas proporciones. Se tenía en aquellos tiempos un concepto muy diferente del valor de una vida humana: ésta se contaba sólo colectivamente por gremios y provincias. Con menos escrúpulo se sacrificaba el trabajo inútil de muchos individuos a la fatuidad de un monarca que quería cobrar fama inmortal con semejantes masas de piedra y retener, según las ilusiones de su religión, el alma del difunto en un cadáver embalsamado. Con el tiempo, también este arte sin provecho, como tantos otros, se convirtió en una especie de competencia deportiva. Un faraón imitaba a otro y trataba de superarlo en tanto que el pueblo manso y sufrido consumía sus días en la construcción de estos monumentos. Así es de creer que se hicieron las pirámides y los obeliscos del Egipto. Sólo se hicieron en los tiempos más antiguos, porque los posteriores y ninguna nación que hubiese aprendido una industria provechosa pensó jamás en edificar pirámides. Por lo tanto constituye un error garrafal suponer que las pirámides sean una señal de la prosperidad y las luces del antiguo Egipto; por el contrario, son un monumento irrefutable de la superstición e irreflexión tanto de los infelices que ejecutaban las obras como de los ambiciosos que las ordenaron. En vano se trata de descifrar misterios en las pirámides o sabiduría oculta en los obeliscos; aunque se lograra descifrar los jeroglíficos de estos últimos, ¿qué otra cosa se podría hallar sino la crónica de hechos pasados o una glorificación entusiasta de sus constructores? Y sin embargo: ¿qué son estas masas de piedra en comparación de una montaña hecha por la naturaleza?

En general, los jeroglíficos permiten tanto menos concluir una profunda sabiduría de los egipcios, cuanto que demuestran precisamente lo contrario. Los jeroglíficos son los primeros pasos vacilantes que da el intelecto humano en su niñez en busca de signos para expresar sus pensamientos; los salvajes más primitivos de América tenían jeroglíficos en la medida que los necesitaban. ¿Acaso no pudieron expresar los mexicanos por medio de jeroglíficos una cosa para ellos tan inaudita como el advenimiento de los españoles? ¿Qué diremos, pues, de los egipcios que se quedaron por tantos siglos con una escritura tan imperfecta, pintándola con ingente esfuerzo en peñas y paredes? ¿Qué pobreza de ideas y qué estancamiento de la inteligencia se manifiesta con esto! Cuán limitada debía ser la esfera de conocimientos de una nación y su clase de intelectuales para ceñirse por miles de años a semejantes usanzas y dibujitos de aves. El segundo Hermes, inventor de las letras, les llegó con tanto atraso y ni siquiera era egipcio. La escritura que se encuentra en las momias no es otra cosa que la escritura fenicia entre mezclada con signos jeroglíficos, aprendida con toda probabilidad de los mercaderes fenicios. Los mismos chinos fueron más lejos que los egipcios, avanzando desde los jeroglíficos hasta verdaderos sím-

bolos escriturísticos a lo que, según parece, no llegaron nunca los egipcios. No es extraño, pues, que un pueblo tan pobre de letras y sin embargo dotado de muchas habilidades, se distinguiera en oficios mecánicos. Obstruido el camino para una literatura científica por los jeroglíficos, su atención tuvo que dirigirse a las cosas sensibles. El fértil valle del Nilo les facilitaba la agricultura; las inundaciones periódicas de las que dependía su bienestar, les enseñaban a medir y calcular. Es evidente que una nación cuya vida y bienestar económico dependían de un solo fenómeno natural, tuviese que hacerse perita en dividir el año y sus estaciones conforme al calendario perpetuo que le brindaba la misma naturaleza.

No fueron un producto menos natural y regional la historia natural y la astronomía, que se cuentan entre las glorias de este antiguo pueblo. Encerrados entre montañas, mares y desiertos en un estrecho y fértil valle donde todo dependía y conducía a un fenómeno natural, donde las estaciones y la cosecha, las enfermedades y vientos, los insectos y aves seguían el compás de las inundaciones del Nilo, aquí, digo, los egipcios, con su carácter tan concienzudo y su numerosa y ociosa casta sacerdotal, ¿no habrían de arribar, finalmente, a una especie de historia natural y astronomía? De todos los Continentes se sabe que los pueblos que viven encerrados en los límites de su territorio y poseen una rica vida sensitiva, poseen el conocimiento más profundo y vital de su país por más que no lo hayan aprendido de los libros. La aportación que los jeroglíficos habrían podido hacer, hubiera sido más bien perjudicial que positiva para la ciencia egipcia. La observación práctica de la vida no sólo se oscurecía al ser expresada por medio de jeroglíficos, sino que moría, y su imagen muerta, lejos de promover el progreso científico, lo paralizaba. Mucho se ha discutido si acaso los jeroglíficos no ocultaban secretos de los sacerdotes egipcios. Min opinión es que todo jeroglífico, por su naturaleza, oculta un secreto, y una serie de jeroglíficos conservados por un gremio exclusivista tiene que convertirse a la fuerza con el correr del tiempo en misterio para la masa del pueblo, aun sin contar con que se pretendía rodear a la gente de misterios a cada paso. No se revelaban sus símbolos a cualquiera, y lo que no es posible descifrar por sí solo, se conserva naturalmente como misterio. Es así como toda sabiduría encerrada en jeroglíficos significa en tiempos modernos una barrera contra las luces, habiendo sido los jeroglíficos hasta en tiempos antiguos una escritura muy imperfecta. Es injusta la pretensión de querer entender por sí mismo algo que puede siempre interpretarse de mil maneras y matador el trabajo empleado en signos arbitrarios como si lo fueran de un significado definido. El Egipto nunca pasó de la infancia en lo que a la ciencia se refiere, porque siguió siendo niño en la interpretación de los jeroglíficos y es de

* ¿Cuál era la 'luz humana' es la luz humana de Herder? ¿del Herder de W. Herder?

Jeroglíficos
misterio

temer que estas ideas infantiles se nos hayan perdido para siempre.

En consecuencia, no cabe suponer una religión y ciencia política superiores a las que hemos encontrado hasta ahora en varios pueblos de la remota antigüedad y seguimos encontrando todavía ahora en algunas naciones del Asia oriental. Si a esto se agrega que, como parece probable, no pocos de los conocimientos egipcios fueron inventados fuera de su país, habiéndose limitado a edificar sobre fórmulas y premisas recibidas de afuera adaptándolas a las necesidades del lugar, su inmadurez en todas estas ciencias se haría aún más patente. Tal vez sea éste el origen de sus largos registros dinásticos y cronológicos; de sus relatos de Isis y Osiris, Horus, Tifón y otros, sujetos a tan variadas interpretaciones; de ahí también buena parte de sus muchas leyendas sagradas. Las ideas fundamentales de su religión se encuentran también en varios países de la parte alta del Asia; sólo que aquí están revestidas de jeroglíficos en consonancia con la historia natural de su tierra y el carácter del pueblo. Los rasgos fundamentales de su Constitución política se encuentran por igual en otros pueblos que alcanzaron el mismo nivel de cultura, sólo que aquí en el hermoso valle del Nilo un pueblo aislado los perfeccionó y los aplicaba a su manera¹. Difícilmente el Egipto hubiera alcanzado tanta fama de sabiduría si no hubieran ayudado a ello su situación geográfica más cercana a nosotros, las ruinas de sus antiguos monumentos y, sobre todo, las leyendas de los griegos.

Tal estado de cosas determina también qué rango le corresponde en la asamblea de los pueblos. Pocas naciones tomaron su origen del Egipto o fueron educadas por él; de las primeras no sé de otra que la de los fenicios, y de las segundas los judíos y los griegos. Hasta qué punto su influencia haya llegado al interior del África, no se sabe con seguridad. ¡Pobre Egipto, cómo has cambiado! Laborioso, paciente y trabajador en otros tiempos, se hizo miserable y perezoso a fuerza de una desesperación milenaria. A una orden de sus faraones hilaba y tejía, transportaba piedras y explotaba canteras, promovía industrias y cultivaba el suelo. Mansamente se dejaba encerrar y distribuir por las diversas obras, era fecundo y educaba a sus hijos en la pobreza, huía de los extranjeros y gozaba de su país aislado. Desde que éste abrió sus puertas o, mejor dicho, desde que Cambises las franqueó a la fuerza, fué por miles de años la presa de los pueblos que se sucedieron unos a otros. Persas, griegos, romanos, bizantinos, árabes, fatimitas, curdos, mamelucos y turcos se turnaron para oprimirlo y todavía ahora es un triste emporio de incursiones de hordas árabes y crueldades turcas.

¹ Las suposiciones a este respecto se expondrán en otro lugar.

VI

OTRAS IDEAS SOBRE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO

Desde el Eufrates hasta el-Nilo, de Persépolis hasta Cartago, hemos atravesado otra gran etapa de instituciones y acontecimientos humanos; detengámonos un poco para echar una mirada retrospectiva a los resultados de nuestra excursión.

¿Cuál es la ley fundamental que podemos observar en todos los fenómenos importantes de la historia? A mi juicio es que en todas partes de la tierra se desarrolla lo que en ella puede desarrollarse, ya sea según la situación geográfica del lugar y sus necesidades, ya sea según las circunstancias y ocasiones de la época, ya según el carácter innato o adquirido de sus pueblos. Introduzcanse fuerzas vivas humanas en determinada relación de tiempo y lugar en la tierra, y se observarán toda clase de efectos en la historia del género humano. Aquí cristalizan reinos y Estados, allá se disuelven y toman una forma distinta; aquí una horda nómada da origen a toda una Babilonia, allá nace Tiro a causa de las penurias de un pueblo relegado hacia la costa; aquí se forma un Egipto en plena África, allá nace en el desierto árabe el Estado judío; y todo esto sucede en una misma parte del mundo entre pueblos próximos unos a otros como vecinos. Sólo los tiempos, los lugares y las idiosincrasias, en una palabra, todo el juego de fuerzas vivas en su conjunto y con sus individualidades bien definidas, determinan todos los acontecimientos de la vida humana, lo mismo que todos los procesos de la naturaleza. Destaquemos esta maravillosa ley de la creación tal como lo merece.

1. Fuerzas humanas, vivas son el motor de la historia humana. Puesto que el hombre nace de una raza dentro de ella, su cultura, educación y mentalidad tienen carácter genético. De ahí esos caracteres nacionales tan peculiares y tan profundamente impresos en los pueblos más antiguos que se perfilan tan inequívocamente en toda su actuación sobre la tierra. Así como la fuente se enriquece con los componentes, fuerzas activas y sabor propios del suelo de donde brotó, así también el carácter de los pueblos antiguos se originó de los rasgos raciales, la región que habitaron, el sistema de vida adoptado y la educación, como también de las ocupaciones preferidas y las hazañas de su temprana his-

tiempo
lugar
idiosincrasias
fuerzas
vivas

1929

toria que le eran propias. Las costumbres de los mayores penetraban profundamente y servían al pueblo de sublime modelo. Sirvanos de muestra la mentalidad judía por ser la más conocida a causa de sus libros y ejemplos. Ya estuvieran en el país de sus antepasados, ya viviesen en medio de naciones extrañas, siempre siguieron siendo lo que eran y son reconocibles hasta en la mezcla con otros pueblos a lo largo de varias generaciones. Ocurre lo mismo en todos los pueblos de la Antigüedad, los egipcios, chinos, árabes, hindúes, etc.; cuanto más se aislaran y, a menudo, cuanto más fueran oprimidos, tanto más se afirmaba su carácter peculiar de suerte que si cada una de estas naciones hubiera permanecido en su lugar, podría considerarse la tierra como un jardín botánico donde cada planta humana nacional florece conforme a su propia especialidad y naturaleza o donde, como en un jardín zoológico, cada especie animal vive y obra de acuerdo con sus instintos y su carácter.

Mas como los hombres no son plantas enraizadas fijamente, pudieron y a veces debieron cambiar de lugar, sea por desastres, hambre, terremotos, guerras u otras causas, para habitar en otra región más o menos distinta. Entonces, aunque conservaron sus antiguas costumbres con una persistencia que casi se asemejaba al instinto de los animales, y dominaron las nuevas montañas, ríos y ciudades con los nombres de su país de origen lo mismo que sus instituciones, sin embargo, tamaño cambio del clima y del suelo no permitía una perenne uniformidad. El pueblo trasplantado procedió, en consecuencia, a estructurar su nuevo Estado a su manera. Se componía de ideas del país de origen y la nueva patria, y esta modalidad se llama casi siempre florecimiento de pueblos nuevos. Así se establecieron los fenicios en el Mediterráneo habiendo sido alejados del Mar Rojo; así quería Moisés constituir el Estado israelita; así ocurrió con varios pueblos asiáticos, porque casi todas las naciones del mundo han emigrado tarde o temprano, por tiempo más o menos prolongado, pero por lo menos una vez. Échase de ver que mucho dependía aquí del tiempo en que se producía la migración, las circunstancias que la causaban, la extensión del itinerario, la cultura que llevaba el pueblo inmigrante consigo, las semejanzas y contrariedades que le salían al paso en su nueva patria, etc. De ahí que también en el caso de pueblos no mezclados con otros, el cálculo resulte tan complejo para el historiador que se necesita un espíritu libre de todo prejuicio para no desorientarse. Donde más fácilmente se pierde la objetividad es cuando uno ama con predilección a alguna raza determinada despreciando todo cuanto no sea como ella. El historiador de la humanidad debe ser tan imparcial y poseer un juicio tan desapasionado como el mismo Creador de nuestra especie. Para el naturalista que pretende llegar a un conocimiento exhaustivo de todas las clases y familias del reino animal o vegetal, la rosa es tan querida como el

cardo, el zorrino y el perezoso tanto como el elefante; investiga con más ahínco allí donde más puede aprender. Ahora bien: la naturaleza dió a los hombres toda la tierra por morada haciendo brotar en la misma todo cuanto pudo germinar según el lugar, el tiempo y las energías disponibles. Todo lo que pudo ser, es, y todo lo que puede llegar a ser, si no es hoy, será mañana. Largo es el año de la naturaleza y tan variada la flor de sus plantas como lo son estas mismas y los elementos con que se nutren. En la India, Egipto y China aconteció lo que en ningún otro lugar y tiempo sucederá: ni en Canaán, Grecia, Roma ni Cartago. La ley de la necesidad y conveniencia compuesta de energías, lugar y tiempo, produce frutos diversos en todas las partes del globo.

2. Ahora bien: si lo que sobre todo importa es la época y la región en que un reino se origina, los elementos que lo componían y las circunstancias externas que lo rodeaban, entonces es claro que en este conjunto de rasgos estaba también predeterminada gran parte de la suerte que había de correr este reino. Una monarquía constituida por nómadas que proyectan su estilo de vida también al orden político, difícilmente será de larga duración; la conquista de la capital, a veces la sola muerte del rey, pone fin a todo la escena pintoresca. Esto fué lo que ocurrió en Babilonia y Ninive, en Persépolis y Ecbatana; y de esta manera siguen las cosas en Persia, hasta nuestros días. El reino de los mongoles en la India halló casi su fin, y el Imperio de los otomanos correrá idéntica suerte mientras sigan siendo caldeos, es decir, conquistadores extraños sin dar a su dominio una base moral más elevada. Un árbol de esta índole podrá alzarse hasta los cielos y sus ramas proyectar sus sombras sobre continentes enteros; si sus raíces no se hunden en la tierra bastará un soplo para derribarlo. Caerá por la astucia de un solo esclavo traidor o bajo los golpes del hacha de un solo sátrapa audaz. La historia antigua y moderna del Asia está llena de tales revoluciones; de ahí también que la filosofía de la historia encuentre poco que aprender de ellas. Déspotas son arrojados del trono y otros ocupan su lugar; el reino depende de la persona de un monarca, de su tienda campal, de su corona; quien la retenga será el nuevo padre de la patria, es decir, el caudillo de una pandilla de ladrones prepotentes. Nabucodonosor era el terror de todo el Oriente cercano, y bajo su segundo descendiente todo el Imperio se había pulverizado; tres batallas de Alejandro acabaron con todo el inmenso Imperio Persa.

Muy distinto es el cuadro que ofrecen los Estados que crecieron con sus raíces profundamente arraigadas en el suelo patrio; podrán ser derrotados en el campo de batalla, pero la nación perdura. Este fué el caso de China; sabido es cuánto les costó a los vencedores introducir allí una sola costumbre: el corte de pelo mongólico. Esto mismo

07
11
Lo que
importa es
la época y
la región

sucede con los brahmanes e israelitas, a quienes su solo espíritu ritual los separa eternamente de todos los otros pueblos de la tierra. Así resistió el Egipto por largo tiempo a toda mezcla con otros pueblos, y cuánto costó exterminar a los fenicios sólo porque era un pueblo arraigado en este lugar. Si Ciro hubiera conseguido fundar un Imperio como Yao, Krishna o Moisés, ese Imperio seguiría vi- viendo todavía aunque mutilado en todos sus miembros.

Así se entiende por qué las antiguas constituciones daban tanta importancia a la formación de las costumbres por la educación, ya que su fuerza interna dependía totalmente de este resorte. Los Imperios modernos se cimentan sobre el dinero o un tecnicismo político mecanizado, mientras que aquéllos se estructuraron desde sus comienzos sobre toda la mentalidad de la nación; y como para la niñez de un pueblo no hay resorte más eficaz que la religión, la mayor parte de los Estados antiguos, en particular los asiáticos, eran más o menos teocráticos. No se me oculta cuánto odio suscita este nombre de teocrático al que se atribuyen los más de los males que jamás afligieron a la humanidad, ni es mi intención salir en defensa de ninguno de sus abusos; pero fuerza es reconocer que esta forma de gobierno fué no sólo adecuada a la infancia de nuestra especie, sino también necesaria; de otra manera no se hubiera difundido tan ampliamente ni menos se hubiera conservado por tanto tiempo. Reinó desde el Egipto hasta la China y en casi todos los países del mundo, siendo Grecia el primer país que separó paulatinamente su legislación de la religión. Y puesto que toda religión tiene una eficiencia política tanto mayor, cuanto mayor sea el número de sus objetos, dioses y héroes con todas sus hazañas, que tengan raigambre indígena, vemos que cada una de las naciones antiguas y arraigadas amoldaron hasta su cosmogonía y mitología al país que habitaban. Únicamente los israelitas se distinguen también en este punto de todos sus vecinos, no atribuyendo ni la creación del mundo ni la del hombre a su propio país. Su legislador fué un advenedizo de grandes luces que no alcanzó el país que habrían de poseer; sus antepasados habían vivido en otra parte, su ley había sido elaborada fuera del país. Esto contribuyó posteriormente, según es de creer, a que los judíos supiesen arreglarse tan bien fuera de su país como casi ninguna de las antiguas naciones. El brahmán y el siamés no pueden vivir fuera del suyo y siendo el judío mosaico propiamente un producto exclusivo de Palestina, no debería haber ya judíos fuera de este país si no fuera por la circunstancia mencionada.

3. Finalmente vemos a través de nuestro recorrido cuán efímera es toda obra humana y cómo aun las mejores constituciones se convierten al cabo de pocas generaciones en pesada carga. La planta florece y se marchita, vuestros padres murieron y sus huesos volvieron

a la tierra, vuestros templos se derrumban, el tabernáculo y las tablas de la ley ya no existen, el mismo idioma, vínculo perenne entre los hombres, queda anticuado y podrá haber una constitución humana, una institución religiosa o política que dure eternamente, no teniendo otros pilares en que apoyarse fuera de aquéllos tan perecederos? Si así fuera, se pondría freno al correr de los tiempos, y el globo terráqueo, en vez de girar, quedaría convertido en una masa inerte suspendida sobre un abismo. ¿Cuáles serían nuestros sentimientos si en nuestros días viéramos al rey Salomón sacrificar en una sola fiesta sus veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas o si asistiéramos a la visita de la reina de Saba con convites y adivinanzas? ¿Qué opinión nos formaríamos de la sabiduría egipcia si el buey Apis y el gato y el macho cabrío sagrados nos fueran propuestos a la veneración en fastuosos templos? Otro tanto ocurre con las costumbres degradantes de los brahmanes, la superstición de los persas, la hueca arrogancia de los judíos, el orgullo incoherente de los chinos y todo cuanto haya de instituciones humanas que se fundan en ideas cuya antigüedad pasa de los tres mil años. Aun concediendo que la doctrina de Zoroastro fué un ensayo meritorio de explicar el mal del mundo y estimular a sus secuaces a todas las obras de la luz ¿qué puede significar semejante teodicea ahora, no ya a nuestros ojos, sino ni siquiera a los de un mahometano? Aun admitiendo que la transigración de las almas que enseñaban los brahmanes tiene su mérito como sueño infantil de la imaginación humana para cuidar de las almas inmortales dentro del mundo visible ligando a esta ilusión bien intencionada conceptos moralizantes, ¿qué se hizo de esta creencia convertida en ley sagrada irracional con sus miles de apéndices en forma de costumbres y prescripciones? La tradición es de por sí una excelente institución natural e indispensable para nuestra especie; mas tan pronto como pretende encadenar todo poder discursivo en instituciones prácticas estatales y en la enseñanza y obstaculizar todo progreso de la razón humana y toda mejora exigida por nuevos tiempos y circunstancias, se convierte en verdadero opio del espíritu tanto para los Estados y sectas como para el individuo humano. La gran Asia, madre de todas las luces de la tierra habitada, ha ingerido mucho de ese dulce veneno y lo ha dado a probar a muchos otros países. Grandes Estados y sectas de este Continente duermen tal como, según la fábula, duerme San Juan en su sepulcro; está respirando suavemente, pero hace casi dos mil años que ha muerto y aguarda en su letargo el advenimiento de su redentor.

mas y
control
de la
tradición

LIBRO DÉCIMOTERCERO

La juventud.

Con el pesar del viajero que debe abandonar un país sin haber podido conocerlo en la medida de sus deseos, me marché de Asia. ¡Qué poco es lo que sabemos de ella, y cuán tardías e inseguras son las fuentes que nos proporcionan lo poco que sabemos! Del Asia oriental poseemos información reciente sólo en forma de divisiones políticas y religiosas, a la vez que la polémica de los sabios europeos creó tal confusión que extensas partes del Continente nos parecen todavía hoy un país de hadas y duendes. En el Cercano Oriente y el vecino Egipto todo parece un montón de ruinas o como un sueño de un mundo desaparecido; los testimonios que poseemos proceden de griegos exilados, pueblo que por entonces era demasiado joven y de una mentalidad demasiado diferente para juzgar a naciones de tan venerable antigüedad, por lo cual sólo registraron los aspectos que congeniaban con su propia manera de ser. Los archivos de Babilonia, Fenicia y Cartago ya no existen; el Egipto estaba en plena decadencia antes de que los griegos llegasen a considerar su vida espiritual; así, pues, todo se reduce a unos pocos documentos amarillentos que contienen leyendas sacadas de otras leyendas anteriores, fragmentos de la historia, sueño del pasado.

En Grecia, el panorama se aclara y animosos salimos a su encuentro. Los habitantes de este país recibieron relativamente temprano la escritura, y casi todas sus constituciones eran tales que fomentaban la evolución del lenguaje que conduce de la poesía a la prosa y de ésta a la filosofía y la historia. Por lo tanto, Grecia es considerada la cuna de la filosofía de la historia; de todos modos pasó allí una floreciente juventud. Ya Homero, con ser autor de leyendas, describe las costumbres de varios pueblos hasta donde se lo permitían sus conocimientos. Los bardos de los Argonautas, de cuyos cantares se conserva el eco, hasta nuestros días, se refieren a otra región interesante. Cuando más tarde la historiografía pro-

piamente dicha se fué separando de la poesía, Herodoto viajó por varios países juntando con laudable aunque infantil curiosidad todo cuanto veía y oía. Los historiadores posteriores de los griegos, aunque se limitaban propiamente a su país, proporcionaron también información de algunas otras naciones con las cuales la suya mantenía relaciones. De esta manera, especialmente por las campañas de Alejandro, se fué ensanchando el panorama mundial. Más se amplió todavía con Roma, a la cual los griegos sirvieron no solamente como historiadores sino también como guías por la historia, de suerte que el griego Diodoro de Sicilia y el romano Trogo acometieron ya la tarea de juntar material para una historia universal. Estamos, pues, de parabienes por llegar finalmente a un pueblo cuyo origen está envuelto en la oscuridad prehistórica, cuyas obras más excelsas, tanto las del arte como las literarias, fueron destruidas en gran parte por el fanatismo de otros pueblos o simplemente por el correr de los tiempos, pero del cual nos hablan todavía monumentos de insuperable belleza. Nos hablan con un espíritu filosófico cuyo humanismo me esfuerzo inútilmente por imprimir a este ensayo sobre Grecia. Quisiera ser poeta para invocar la visión universal de Apolo y las musas omniscientes, hijas de la memoria; mas como no valgo para otra cosa, sea mi Apolo el espíritu investigador y la verdad imparcial la musa que me sirva de guía.

I

SITUACIÓN GEOGRÁFICA Y POBLACIÓN DE GRECIA

La triple Grecia de que hablamos, es en su mayor parte una costa de innumerables bahías rodeada por el mar, o mejor dicho, un conjunto de islas. Está situada en un punto de la tierra donde no sólo le llegaban colonizadores procedentes de diversas regiones de la tierra, sino también gérmenes de cultura. La situación geográfica y el carácter del pueblo desarrollado conforme a la región desde los primeros tiempos con grandes empresas y revoluciones diversas, produjo muy pronto una ebullición de ideologías en el orden nacional y una influencia en el orden internacional que la naturaleza no concedió a las naciones de los grandes Continentes. La época en que floreció la cultura de Grecia, el grado de cultura alcanzado en aquel entonces, no sólo por los pueblos vecinos sino por la humanidad en general, todo esto contribuyó a hacer de los

griegos el pueblo que fueron y ya no son ahora ni volverán a ser jamás. Aboquémonos de lleno a este hermoso capítulo de la historia universal; sus datos, recogidos en su mayoría por la laboriosidad de sabios alemanes, son poco menos que exhaustivos.

Un pueblo encerrado en sus fronteras, que vive lejos de las costas del mar entre montañas, que recibe sus luces de un solo lugar y las fija por leyes inamovibles tanto más pronto cuanto más temprano le hayan llegado, una nación así conservará características peculiares en gran número y por mucho tiempo, pero semejante mentalidad limitada está lejos de proporcionarle esa provechosa amplitud de miras y versatilidad que sólo se adquiere en medio de una activa competencia con otras naciones. Sirvan de ejemplos el Egipto con todos los países asiáticos. Si la fuerza que modeló la tierra hubiera dado una forma distinta a sus montañas y mares, si el destino que fijó sus límites a cada pueblo les hubiera dado otro origen que el de las montañas asiáticas, si el Asia oriental hubiera recibido en épocas más tempranas un comercio marítimo y un Mediterráneo que, de hecho, no posee en su conformación actual, todo el proceso de civilización hubiera sido otro. Tal como estaban las cosas, esta evolución se orientó hacia el oeste porque no hallaba posibilidades de expansión hacia Oriente.

Considerando la historia de las islas y los estrechos en cualquier parte del mundo, hallaremos que los habitantes de tales islas y regiones costeras se distinguieron de los habitantes de tierra adentro en la medida que su colonización fué acertada, el ciclo de sus actividades agilizó y múltiple, y la situación mundial favorable a su acción política. En las regiones continentales, a pesar de todas las cualidades innatas y las habilidades adquiridas, el pastor seguía siendo pastor, el cazador cazador, y hasta el agricultor y el artista estaban adheridos al suelo como plantas. Compárese Inglaterra con Alemania: los ingleses son germanos y hasta los tiempos modernos fueron los alemanes quienes realizaron los trabajos preparatorios más importantes que los ingleses habrían de aprovechar a continuación. Mas como su condición de isla imprimió desde épocas lejanas a las actividades de Inglaterra un carácter mundial, encontró este espíritu universal allí un clima más favorable para su desarrollo que en el país hermano enclavado en el Continente donde fué asediado de continuo. La misma relación se advierte en las islas danesas, las costas italianas, españolas y francesas si las comparamos con las regiones continentales de los eslavos y escitas, con Rusia, Polonia y Hungría. En todos los mares hallaron los viajeros que las islas, penínsulas o costas de situación favorable dieron lugar a una civilización más libre e industriosa de lo que podía esperarse de la presión de una legislación antigua y uniforme propia de los

ISLAS
Importancia
origen
marítimo

países continentales¹. Consúltense las descripciones de las islas de la Sociedad y de las islas Tonga; a pesar de su distancia de todo el mundo habitado, llegaron a ser, hasta en su vistosidad y opulencia, una especie de Grecia. Hasta en ciertas islas dispersas del mar abierto encontraron los primeros viajeros una mansedumbre y servicialidad que en muchas naciones del Continente se buscaba en vano. Por doquier vemos, pues, la gran ley de la naturaleza humana que donde se combinan armónicamente el trabajo con el reposo, la sociabilidad con la distancia, la laboriosidad voluntaria y el disfrute de sus productos, allí se fomenta un ciclo que favorece por igual a los habitantes como a todos los que entran en contacto con ellos. Nada es tan perjudicial a la salud humana como los trastornos de la circulación. Tales trastornos se hacen inevitables en los Estados despóticos con una constitución a la antigua, de donde, si no son aniquilados rápidamente, van agonizando en muerte lenta. Donde, en cambio, por las condiciones del ambiente los Estados se mantienen pequeños y sus habitantes en una actividad sana como se la proporciona una vida en parte terrestre y en parte marítima, allí sólo hacen falta algunas circunstancias favorables para que lleguen a ser un pueblo culto y célebre. Así fué, por no citar otros ejemplos, la isla de Creta, la primera nación entre los mismos griegos que produjo una legislación que había de servir de modelo para todas las repúblicas de tierra firme, y de éstas las más célebres eran países costeros. No sin causa colocaron los poetas de los antiguos sus mansiones de bienaventurados en las islas: sería probablemente porque fué allí donde encontraron los pueblos más libres y felices.

Si aplicamos todo esto a Grecia ¡cuánto no se había de distinguir su población de los habitantes montañeses! Tracia estaba separada por un pequeño estrecho del Asia menor, y este país fértil y patria de muchas naciones comunicaba con Grecia por medio de un archipiélago de islas a lo largo de su costa occidental. Se diría que el Helesponto fué abierto y el Mar Egeo intercalado con sus islas sólo con el fin de que hubiese necesidad y facilidad a la vez de franquear el paso dando lugar a una continua migración y circulación en la Grecia con sus numerosas bahías. De ahí que desde los tiempos más remotos encontremos a los innumerables pueblos de estas costas como potencias navales: cretenses, pelagos, tracios, rodenses, frigios, chipriotas, milesios, carios, lesbianos, focenses, samios, espartanos, naxienses, erétricos y aginetos se turnaban ya antes de los tiempos de

¹ Compárese, al respecto, a los malayos y los habitantes de las islas asiáticas con los del Continente; hasta es suficiente considerar el Japón al lado de China, los pobladores de las islas Curiles y del Zorro en relación con los mongoles: Juan Fernández, Socotora, las islas de Pascua, de Byron, las Malvinas, etc.

Jerjes en el dominio de los mares¹, y mucho antes todavía abundaban allí piratas, colonias y aventureros, de suerte apenas si había algún pueblo griego que no hubiese emigrado más de una vez. Desde los primeros tiempos todo es aquí movimiento, desde las costas del Asia menor hasta Italia, Sicilia y Francia; ningún pueblo europeo ha colonizado una región del mundo más hermosa ni más amplia que los griegos, y es esto lo que se quiere expresar al hablar del hermoso clima de Grecia. Si tan sólo se tratara de cómodas moradas fértiles en valles de abundante riego o deltas de ríos desbordantes ¡cuántos climas más favorables no se hallarían en los otros tres Continentes, los cuales, no obstante, nunca produjeron a un pueblo como el griego!². Pero es el caso que en ningún otro lugar del mundo se encuentran una serie de costas que estén situadas en una región tan favorable a la civilización como las costas jónicas, griegas y de la Magna Grecia.

No es, por consiguiente, tarea difícil averiguar de dónde vinieron los primeros pobladores de Grecia. Fueron los pelagos, advenedizos que a pesar de la distancia se sabían hermanos de los pueblos del otro lado del mar, o sea, del Asia Menor. No hay por qué enumerar aquí todas las migraciones de los pueblos que, ora por Tracia, ora por el Helesponto y las islas, llegaron y, protegidos por las sierras del norte, se expandieron paulatinamente sobre toda Grecia. Una tribu sucedía a la otra; una desplazaba a la otra. Los helenos trajeron a los pelagos una nueva civilización y con el tiempo hubo colonias griegas que volvieron a las costas del Asia Menor. De gran valor fué para los griegos tener tan cerca de ellos tan hermosa península del gran Continente, donde la mayor parte de los pueblos no sólo eran de la misma raza, sino de antigua cultura³. No sólo su lengua recibió de ahí su originalidad y unidad que nunca le habría venido de haberse integrado de una mezcla de múltiples idiomas, sino que la nación misma se beneficiaba del nivel moral de sus pueblos vecinos entrando al poco tiempo con ellos en múltiples relaciones de guerra y de paz. Asia Menor es la madre de Grecia, tanto por sus colonias como por los rasgos principales de su temprana civilización; Grecia, en correspondencia, envió colonias a las costas del país madre, viviendo en ellas una segunda cultura, superior a la primera.

Desgraciadamente es muy poco lo que sabemos de los primeros tiempos del Asia Menor. El reino de los troyanos lo conocemos solamente por Homero; y por más que ensalce a sus propios connacionales por encima de aquéllos, ni siquiera en un relato tan inte-

¹ Heyne, *Comment. de Castoris epoch. in N. Comment. Soc. Gotting.* ts. I, II.

² Rüdiger, *Bemerkungen auf einer Reise nach Levante*, pág. 113.

³ Heyne, *De origine Graecorum, commentat. Soc. Gotting.* 1764.

resado es posible desconocer el alto florecimiento del Imperio Troyano, aun en cuanto a las artes y el esplendor que desplegó. También los frigios son un pueblo de temprana civilización cuya religión y leyendas tuvieron un influjo indiscutible sobre la más antigua mitología griega. Más tarde florecieron los carios, que se llamaban a sí mismos hermanos de los lidios y milesios y descendían del mismo tronco que los pelasgos y lelegenses; se dedicaron pronto a la navegación, que en aquel entonces no era otra cosa que piratería, mientras los lidios, un pueblo de cultura más elevada, compartieron con los fenicios la paternidad de las monedas acuñadas como medio del comercio. A ninguno de estos pueblos, al igual de los milesios y tracios, les faltó una temprana civilización, y con una colonización favorable hubieran podido llegar a ser griegos.

La primera sede de las musas helénicas estuvo al noreste del país, mirando hacia Tracia. De Tracia vino Orfeo, que trajo primero una forma humana de vivir a los pelasgos salvajes e introdujo los ritos religiosos que habían de adquirir vigencia tan difundida y prolongada. Los primeros montes de las musas fueron los de Tesalia: el Olimpo, Helicón, Parnaso y Pindo; aquí, dice el más eminente investigador de la historia griega¹, se formaron las primeras sociedades civilizadas; la lira y la cítara fueron inventadas aquí, y aquí recibió su forma primitiva todo cuanto más tarde informó el espíritu griego. En Tesalia y Beocia, que en tiempos posteriores no se distinguieron en manera alguna por su cultura espiritual, no hay fuente, río, colina ni bosque que no hubiese alcanzado inmortalidad por la poesía. Por aquí bajaron las aguas del Peneo, aquí estuvo la amena Tempe, aquí Apolo apacentaba sus ovejas y aquí también alzaron los gigantes sus montañas. Al pie del Helicón aprendió todavía Hesíodo sus leyendas de boca de las musas; en una palabra: aquí nació primero la cultura griega nacional como fué también de aquí desde donde las tribus helénicas difundieron los dialectos principales de un idioma griego más puro.

En tan diversas costas e islas y con el correr de los tiempos era inevitable que en el transcurso de las migraciones y aventuras se originara una serie de otras leyendas que también arraigaron en la esfera de la cultura griega por obra de los poetas. Casi cada una de las tribus célebres llevaba consigo a sus antepasados y deidades nacionales a la pequeña región que iba a ocupar, y esta diversidad que significaría una confusión imposible de desenmarañar si tuviéramos que considerar la mitología griega como una serie de dogmas religiosos, fué justamente lo que llevó la vida propia y peculiar de las tribus a integrar la mentalidad nacional. Sólo de gérmenes y raíces tan diversos pudo florecer ese hermosísimo jardín que con el

¹ HEYNE, *De Musis*; S. Gött. *Anteigen*, 1766, p. 275.

tiempo iba a producir hasta en la legislación frutos tan variados. En un territorio de múltiples divisiones, tal tribu vivía al amparo de su valle, tal otra protegida por sus costas o islas, y paulatinamente nació de los prolongados esfuerzos juveniles de tribus dispersas y reinos independientes, la grandiosa y libre mentalidad de la musa griega. Ningún señor universal de vida y muerte les había impuesto su cultura con el látigo; al son de la lira en los ritos sagrados, entre juegos y danzas, con ciencias y artes inventadas por ellos mismos y, sobre todo, por el trato y frecuente contacto entre ellos y con otros pueblos, aceptaron de su libre voluntad moralidad y leyes, no todas a la vez, sino hoy una tribu y mañana otra, según la región del país. Así, pues, aun su manera de llegar a la cultura fué la de un pueblo de helenos y de hombres libres. Indudablemente contribuyeron también a esta evolución las colonias fenicias en Tebas y las egipcias en el Ática, pero afortunadamente ninguno de estos pueblos había formado la raza de la nación griega ni su mentalidad y lenguaje. Su origen racial, su estilo de vida y su musa nacional preservaron a los griegos de ser un pueblo egipcio-cananeo.

II

EL IDIOMA, LA MITOLOGÍA Y EL ARTE POÉTICO DE GRECIA

Pasamos a tratar de asuntos que hace ya miles de años eran las delicias de los hombres cultos y, según espero, siempre lo serán. El idioma griego es el más culto del mundo, la mitología griega la más rica y hermosa de la tierra y el arte poético de los griegos tal vez el más perfecto de su género considerándolo dentro de su época y lugar de su florecimiento. ¿Quién dió a estas tribus en otros tiempos primitivos tal lenguaje, tal poesía y sabiduría cídética? El genio de la naturaleza, su país, su estilo de vida, su época y su carácter racial.

La lengua griega partió de comienzos primitivos; pero estos comienzos contenían ya en germen lo que ella podía y debía ser. No era una chapucería de jeroglíficos ni una serie de ladridos monosilábicos como las lenguas de más allá de las montañas mongólicas. Organos fonéticos más flexibles y delicados produjeron entre los pueblos del Cáucaso una modulación más suave que pronto halló su forma gracias al sentido musical puesto al servicio de la sociabilidad. Con mayor suavidad ligáronse las palabras rítmicamente y ordenáronse los sonidos; cual melodioso torrente resonaba el can-

tar del lenguaje y entrelazadas sus imágenes con armonía encantadora, elevábase a la rítmica belleza de la danza. Fué ésta la génesis del carácter sin igual de la lengua griega, no aherrojada por leyes implacables que no tenían cabida en esta hija de la música y de la danza, inspirada en el canto, enriquecida por las gestas de la historia que gracias al libre y elocuente trato social de muchas tribus y colonias iba tomando cuerpo cual forma viviente de la madre naturaleza. No cupo en suerte tamaña fortuna a los pueblos nórdicos de Europa. Impuestas sus costumbres por leyes extrañas y una religión sin armonías musicales, acabó por enmudecer también su lengua. Por lo que a la alemana se refiere, no cabe duda de que perdió mucho de su flexibilidad íntima, de su trazado más preciso en la flexión de las palabras y aún más de aquel sonido viviente que le fué propio bajo otros cielos. Tiempos hubo en que era hermana de una misma sangre con la de los helenos, y cuán distante de ella es hoy su figura. Ningún idioma más allá del Ganges posee la flexibilidad y el suave cantar del idioma griego, ningún dialecto arameo de este lado del Éufrates llamaba suya semejante belleza en su forma antigua. Sólo la lengua griega nació del canto, que juntamente con la poesía y el temprano beneficio de la libertad, hizo de ella el lenguaje mundial de las musas. Así como no volverá a repetirse la feliz constelación de circunstancias que favorecieron la cultura griega, y el género humano no puede volver a su infancia ni rescatar del reino de los muertos a un Orfeo, un Museo y un Lino, ni a un Homero o un Hesíodo con todo lo que implicaban, así tampoco sería posible la génesis de un idioma griego en nuestros tiempos, ni siquiera en las mismas regiones que lo vieron nacer.

La mitología griega se compone de leyendas procedentes de diversas regiones que convergieron allí, de creencias populares, narraciones de las tribus sobre sus patriarcas, o también de primeros ensayos de inteligencias despiertas para explicar las maravillas del mundo y dar forma a la sociedad humana¹. Por adulterados, recientes y nada auténticos que sean nuestros himnos del antiguo Orfeo, no dejan de ser imitaciones de aquella viva adoración y celebración de la naturaleza que cultivan todos los pueblos en los grados primarios de la cultura. El cazador primitivo le habla a su oso temido², el negro a su sagrado fetiche, el moed persa a sus espíritus de la naturaleza y elementos en un lenguaje casi órfico. ¡Pero cómo se purifica y ennoblece el himno a la naturaleza de Orfeo tan sólo por el lenguaje y las imágenes griegas, y cuánto más amena

¹ HEYNE, *De fontibus et causis errorum in historia mythica; de causis fabularum physicis; de origine et causis fabularum homericarum; de Theogonia ab Hesíodo condita, etc.*

² GIERCKE, *Abbildungen der Völker des russischen Reichs*, t. I.

se hizo la mitología griega cuando, librándose del lastre del mero palabrerío de los himnos, narraba fábulas de los dioses como en los cantares homéricos! También en las cosmogonías se redujeron con el tiempo las viejas y duras leyendas, y en su lugar se celebraron con cánticos a los héroes y patriarcas humanos a quienes ligaron íntimamente a los personajes divinos. Por fortuna, los antiguos narradores de la teogonía habían insertado en las tablas genealógicas de sus dioses y héroes alegorías tan oportunas y hermosas, a veces con una sola palabra de su lenguaje encantador, que los sabios posteriores sólo debían amplificar su significado y enlazar con él sus propias ideas más elevadas para crear una nueva y bella obra de arte. De ahí que hasta los cantores de gestas abandonaron con el tiempo sus muy usadas leyendas del origen de los dioses, invasores del cielo, obras de Hércules, y otros, para dedicarse a motivos más humanos adaptados a las necesidades del hombre.

Entre todos ellos sobresale Homero, el padre de todos los poetas y sabios griegos que vivieron después que él. Gracias a un designio benigno del destino se coleccionaron a tiempo sus cantares dispersos en una dualidad unificada cuyo conjunto brilla todavía al cabo de tantos milenios cual indestructible palacio de dioses y héroes. Se ha tratado de explicar a Homero como fenómeno de la naturaleza, cuando no fué sino hijo de la naturaleza, cantor afortunado de la costa jónica¹. Más de uno de su especie se habrá perdido para la posteridad que podría hacerle competencia y disputarle al menos parte de la gloria que hoy es su privilegio exclusivo. Se le ha edificado templos venerándolo como a un dios humano; pero el mejor culto se lo rinde la inmortalidad de su influjo sobre la nación, que se hizo extensivo y se conserva hasta nuestros días en todos los que son capaces de entender su mensaje. Verdad es que los objetivos de sus cantares son menudencias a nuestro modo de ver; sus dioses y héroes con sus costumbres y pasiones no son otros que los que le brindaron las leyendas de su época y de las pasadas; igualmente limitados son también sus conocimientos naturalistas y geográficos, su moral y su política. Pero la verdad y sabiduría con que va tejiendo un conjunto vivo de todos los objetos de su mundo, los bien trazados contornos de cada uno de los rasgos de sus personajes en sus retratos inmortales, el modo suave y libre de todo artificio con que, libre cual un dios, ve todos los caracteres con sus vicios y sus virtudes, narrando las peripecias que vivieron; y finalmente la musicalidad que en tanta variedad de extensos cantares fluye incesantemente de sus labios filtrándose en cada una de sus imágenes, en cada sonido de sus palabras, para vivir coeterna

¹ BLACKWELL, *Enquiry into the life and writings of Homer*, 1736. Wood *Essay on the original genius of Homer*, 1769.

con su poesía, tales son los méritos que hacen de Homero el único de su género en la historia de la humanidad y digno de la corona de la inmortalidad si es que puede haber algo inmortal en esta tierra.

Necesariamente, el efecto que Homero tuvo sobre los griegos hubo de ser otro que el que pueda tener sobre nosotros, que le premiamos tan a menudo con una admiración fría y forzada cuando no con abierto desprecio. No así los griegos. Para ellos cantaba en una lengua viva, libre aún de todo cuanto en tiempos posteriores se iba a llamar dialecto. Les cantó las gestas de los antepasados con patriotismo y en contra de los extranjeros, nombrándoles al mismo tiempo estirpes, tribus, constituciones y regiones que en parte tenían ante los ojos como de su propiedad, en parte como recuerdo y motivo de orgullo de linaje. De esta manera, Homero fué para ellos en más de un sentido un mensajero de los dioses, de la gloria nacional y una fuente inagotable de los más diversos aspectos de la sabiduría nacional. Los poetas posteriores siguieron sus pasos; los autores de las tragedias tomaron de él las fábulas, las alegorías didácticas, los ejemplos y las sentencias. Cada fundador de un nuevo género artístico tomó su obra artística como modelo de la propia, de suerte que Homero no tardó en convertirse en la bandera del gusto helénico y, para inteligencias poco dotadas, simplemente en norma de toda sabiduría humana. Su influencia alcanzó también a los poetas romanos y sin él no hubiera habido ninguna *Éneida*. En mayor medida aún contribuyó a sacar de su barbarie a los nuevos pueblos de Europa; más de un joven recibió de él su cultura y tanto el trabajador como el intelectual le deben la formación del gusto artístico y el conocimiento de los hombres. Con esto no se quiere negar que, como siempre, la admiración exagerada del gran hombre condujo a ciertos abusos de los que no pudo librarse el bueno de Homero. Nadie se extrañaría más que él mismo si pudiera volver al mundo para ver lo que se hizo de su persona. Entre los griegos dió a la fábula una vida más prolongada y mayor raigambre de lo que hubiera tenido sin él: los bardos recitaron sus cantares, escrítorzuelos con veleidades de poeta le imitaron y el homerismo entre los griegos se puso de moda transformándose en un arte tan hueco, amanerado y culterano que apenas se halla parangón en otra nación ni otro poeta alguno. La mayor parte de las innumerables obras de los gramáticos sobre Homero se han perdido; de lo contrario nos darían una prueba más del castigo de Dios que todo espíritu sobresaliente significa para las generaciones posteriores; pero ¿acaso no hay también en tiempos modernos bastantes ejemplos de malas interpretaciones y erróneas aplicaciones de la obra de Homero? Mas siempre será verdad que un espíritu como el suyo en la época que le tocó vivir y la nación

que recogió su obra, significa un don de la cultura que ningún otro pueblo puede contar entre sus glorias. Ninguna nación oriental tiene un Homero; en ningún pueblo europeo apareció a tiempo, durante los años de su juventud etnológica, un poeta como él. Ni siquiera Ossian fué para sus escoceses lo que Homero para los griegos, y es cosa por demás incierta que el destino nos dé jamás un segundo Homero que nos lleve tan arriba como su hermano gemelo.

Siendo la mitología, poesía y música el punto de partida de la cultura griega, no puede extrañar que la afición a estas artes fuese un rasgo dominante de su carácter, que se mantiene aun en sus escritos de índole científica y todas sus instituciones. Para nuestro modo de ver, es cosa peregrina que los griegos tengan a la música por elemento principal de la educación, que la estimen como excelente instrumento en manos del Estado y atribuyan a su decadencia consecuencias de gran trascendencia. Más raro aún nos parece el panegírico que hacen de la danza, pantomima y arte teatral como hermanas de sangre de la poesía y sabiduría con tanto entusiasmo y casi atrobamiento. Algunos, al leer semejantes elogios, creyeron que también el arte musical de los griegos debía ser una de las siete maravillas del mundo por su perfección sistemática, ya que los efectos que se le atribuían seguían siendo un enigma para nosotros. Mas el mismo uso que ellos hacían de la música, demuestra que ésta no aspiraba a la perfección científica, porque no le dieron categoría de arte propio e independiente sino que la usaban como auxiliar de la danza, la pantomima y el arte dramático. En esta combinación, pues, y en toda la orientación que iba tomando la cultura griega se cifra la eficiencia de sus sonidos. El arte poético de los griegos, nacido de la música, conservó siempre la tendencia a volver a su punto de origen; hasta la magna tragedia nació sólo del coro como también la antigua comedia; las diversiones públicas, las partidas para la guerra y los esparcimientos domésticos del ágape pocas veces se hacían sin música y canto, y nunca sin danzas. Verdad es que dada la multitud de Estados y pueblos que integraban Grecia, hubo grandes diferencias de una provincia a otra; las diversas épocas, los varios grados de cultura y del lujo contribuyeron a ahondar tales diferencias; pero consideradas las cosas en conjunto queda en pie que los griegos aspiraban al cultivo común de estas artes como cúspide de las facultades humanas que tuvieron en la más grande estima. Creo que no se comete ninguna injusticia afirmando que ni el arte de la pantomima ni el dramático ni la danza, poesía o música ocupan entre nosotros el lugar que les asignaban los griegos. Entre ellos fueron sólo un obrar, un florecer del espíritu humano que encontramos en estado embrionario en todas las naciones salvajes si poseen un carácter eufórico y optimista y viven en una región afor-

tunada. Ahora bien: así como sería una necesidad querer volver a la fuerza a esa edad juvenil ligera de cascos con la ridícula pretensión de bailar como anciano en rueda de mozos, así sería de injusto que este anciano tomara a mal a la gente joven que sea alegre y amiga de gambetear. La cultura griega coincidió con esta edad de alegría juvenil que tiene sus habilidades propias de las cuales sacaron partido hasta donde fuera posible. Obtuvieron con ello un efecto que nos parecería a nosotros exaltado y acaso patológico; pues dificultó que pueda haber un agente de eficiencia más intensa y refinada sobre la mente humana que la combinación de estas artes calculada al máximo y en su punto culminante, especialmente en el caso de hombres que eran formados y educados con esta orientación y vivían en un mundo pletórico de tales impresiones. Por lo tanto, ya que no podemos ser griegos nosotros mismos, celebremos, por lo menos, que éstos hayan existido alguna vez y que, como todo florecer del alma humana, también ésta haya encontrado el lugar y la época para su perfecto desarrollo.

Por lo dicho hasta ahora se explica que algunos géneros del arte griego ligados a una concepción viviente de la música, la danza y la pantomima, encuentren en nosotros sólo una comprensión muy imperfecta e inadecuada, por lo que también su interpretación más concienzuda corre peligro de errar el camino. El arte dramático de Esquilo, Sófocles, Aristófanes y Eurípides no era como el nuestro. Lo que es propiamente el drama griego nunca volvió a aparecer en pueblo alguno, por excelentes que sean las obras de esta índole producidas por otras naciones. Las odas de Píndaro privadas del canto y de las solemnidades y el alto concepto que los griegos tenían de sus representaciones, deben parecerse estallidos delirantes, así como los diálogos de Platón, rebosantes de musicalidad de lenguaje y belleza de composición en sus imágenes y expresiones, donde más duramente fueron criticados ha sido precisamente en los pasajes en que su revestimiento artístico llega al punto culminante. Por esto es menester que sean jóvenes los que aprendan a leer a los griegos, ya que el hombre viejo con dificultad puede apreciarlos y menos apropiarse de sus valores. Dejad que su imaginación lleve a menudo la delantera a la inteligencia y que esa refinada sensibilidad en que ellos ponían la esencia de la cultura preceda a veces a la razón y la virtud; sin hacernos griegos a nosotros mismos, sepamos tenerles el aprecio que merecen. Mucho nos queda por aprender de su forma artística, la áurea medida y precisión de su pensamiento, la naturalidad de sus sentimientos pletóricos de vida palpitante, y finalmente el ritmo sonoro de su lenguaje que nunca encontró su igual en el mundo.

III

LAS BELLAS ARTES EN GRECIA

Un pueblo de esta mentalidad tuvo que elevarse naturalmente en todas las artes de la vida de lo necesario a lo bello y ameno; los griegos lo lograron a la perfección en todos los órdenes de su mundo. Su religión exigía imágenes y templos; sus constituciones políticas requerían monumentos y edificios públicos; su clima y sistema de vida, su intensa actividad, opulencia, vanidad, etcétera, hacían indispensables varias obras de arte. El genio de la belleza les inspiraba estas obras y les ayudó a perfeccionarlas de un modo sin parangón en la historia. Puesto que las maravillas más grandes de esta clase quedaron destruidas, nuestra admiración y amor se dirigen a sus ruinas y escombros.

1. La religión favoreció en gran medida las artes de Grecia, como se desprende del elenco de sus obras de arte en Pausanias, Plinio o también de cualquiera de las colecciones que hacen mención de ellas. Hay aquí una analogía con toda la historia de los pueblos y de la humanidad: era un deseo común ver al objeto de la adoración, y donde no mediaba una prohibición por parte de la ley o de la misma religión, se manifestaba la tendencia de imaginarlo o representarlo. Hasta los negros hacen visible a su dios mediante un fetiche, y de los griegos sabemos que en tiempos primitivos veían a sus dioses representados en una piedra o un tarugo. Mas semejante pobreza no cabía en un pueblo tan progresista; el feño evolucionó hasta ser un Hermes u otra estatua y como la nación estaba dividida en muchas pequeñas tribus y pueblos, era natural que cada cual tuviese sus penates y dioses particulares que trataban de representar y adornar. Algunos ensayos logrados de los antiguos dédalos y probablemente también el ejemplo de obras de arte vecinas estimularon la emulación y pronto hubo varias tribus y ciudades que pudieron admirar una versión embellecida de su máximo dios regional. El arte más antiguo tomó su origen principalmente de imágenes de los dioses, que le sirvieron, por así decirlo, de andaderas¹. De ahí que ninguno de los pueblos que estuvieron bajo la prohibición de representar a sus dioses se haya elevado a un nivel verdaderamente alto en las artes plásticas.

¹ WINCKELMANN, *Gesch. der Kunst*, t. I, cap. I; HEYNE, *Berichtigung und Ergänzung derselben in den deutschen Schriften der Götting Societ.*, t. I, p. 211, etc.

Mas como entre los griegos los dioses eran conocidos por los cantares y poemas donde vivían en figuras de inigualada belleza, nada más natural que las artes plásticas, hijas desde un principio del arte poético, crecieran al son de aquellos personajes sobrehumanos que la madre les cantaba al oído. El artista tuvo que aprender la mitología de los dioses de boca del poeta con lo cual asimilaba también la concepción de aquél; así se explica que el arte más antiguo no se detuviera ante las expresiones más horripilantes cuando éstas se hallaban en el canto del poeta¹. Con el correr del tiempo prevalecieron concepciones más estéticas porque el arte poético evolucionaba en este sentido y fué así como Homero llegó a ser el padre de un arte más bello de los griegos por ser el autor de una poesía más hermosa. Inspiró a Fidias aquella idea elevada que encarnó en la estatua de Júpiter, abriendo ésta el cortejo de todas las otras obras de este escultor de los dioses. Según los grados de parentesco entre los dioses que establecían las narraciones de los poetas, sus esculturas tomaron rasgos más característicos y hasta familiares, hasta que finalmente la tradición poética vino a ser un código de los personajes olímpicos en todo el reino de las bellas artes. De ahí que ningún pueblo de la Antigüedad pudiese producir un arte como el griego sin haber tenido también la mitología y poética griegas y haber obtenido su cultura asimismo a la manera griega. Como este caso no se dió en la historia universal, el arte homérico es un privilegio de los griegos.

Así se explica, por lo tanto, la creación ideal del arte griego que no debe su origen a una profunda filosofía de los artistas ni a una supuesta naturaleza ideal de la nación, sino a las causas que han sido expuestas hasta ahora. Sin duda fué una circunstancia feliz el que los griegos fuesen un pueblo de gran belleza física, aunque es un error hacer extensiva esta propiedad a cada uno de los griegos haciendo de él un ideal de belleza. La naturaleza fecunda en miles de formas no cambió su manera habitual de proceder a favor de los griegos, y según Hipócrates hubo entre ellos tantos males y enfermedades deformantes como en todas partes del mundo. Pero aun teniendo en cuenta todo esto e incluyendo las ocasiones en que algún artista no resistiese la tentación de inspirarse en la belleza de un joven para remontarse a la de Apolo o ascender a una Friné o una Lais a diosa de la belleza, no hemos arribado todavía a una explicación satisfactoria del ideal de belleza que los artistas griegos habían aceptado como regla universal. Que la cabeza de Júpiter de la estatua de Fidias existiese en vida es probablemente tan imposible como que el Júpiter de Homero hubiese existido realmente en nuestro mundo. El gran dibujante anato-

¹ HEYNE, *Über den Kasten des Kypselus u. A.*

mista Campes ha demostrado sin dejar lugar a dudas¹ cuáles son las reglas exactamente calculadas en que se apoya el ideal de belleza griego. A esta regla pudieron conducir únicamente las ideas de los poetas y los fines del culto religioso. El que quiera producir una nueva Grecia en estatuas mitológicas, deberá inculcar a un pueblo estas supersticiones poético-mitológicas con todo lo que esto implica y con toda la simplicidad natural de aquella época. Pero éste haría mejor en viajar a través de Grecia contemplando sus templos, sus grutas y bosques sagrados, hecho lo cual optará por abandonar semejante proyecto por haberse persuadido de que no sería deseable siquiera un arte de la índole del griego para un pueblo que se halla completamente al margen de una religión de esta clase, es decir, de una superstición tan intensa que acababa por llenar cada ciudad, cada poblado y cada rincón con su presencia sagrada y tradicional.

2. Todas las epopeyas griegas, especialmente las que se refieren a los patriarcas de la propia tribu o linaje, forman parte de este complejo; también ellos recibieron su forma del alma del poeta y vivían en cantares de gesta, algunos de ellos inmortales. Al crearlas narraba el poeta su historia para regocijo y orgullo de raza de la tribu dando con ello origen a una especie de religión poética. La historia del arte más antiguo y una visión de conjunto de las obras de arte griegas confirma esta opinión. Sepulcros, escudos, altares, sagrarios y templos eran los que honraban la memoria de los antepasados y son ellos también los que constituyen desde los tiempos más antiguos y en diversas tribus los objetivos de las obras de arte. Todos los pueblos guerreros pintaban y adornaban sus escudos, pero los griegos dieron un paso más: tallaron, fundieron o esculpieron en ellos la memoria de sus mayores. De ahí los primeros trabajos de Vulcano en las obras de los poetas más antiguos; de ahí el escudo de Hércules con las hazañas de Perseo que refiere Hesíodo. Fuera de los escudos, se encontraban representaciones de esta clase en los altares de los héroes u otros monumentos de la estirpe como lo demuestra la caja de Gipselo cuyas figuras concuerdan completamente con el gusto del escudo de Hesíodo. Obras de elevado nivel con este contenido se escribieron desde los tiempos de Dédalo, y como muchos templos dedicados a los dioses habían sido originalmente monumentos funerarios², se unía en ellos la memoria de los antepasados, de los héroes y dioses tan íntimamente que si casi venía a ser un único culto, sirvió, cuando menos, como único motivo al arte. Así se explica la reproducción de la antigua epopeya

¹ CAMPER, *Kleinere Schriften*, p. 18, etc.

² Por ejemplo, el templo de Palas Atenea en Larisa, de Acrisio; el templo de Minerva Polias en Atenas, de Erictonio; el trono de Amicleo, de Jacinto, etc.

sobre los pliegues de los vestidos de los dioses, o encima de los tronos y altares, o inversamente los monumentos recordatorios de los difuntos en las plazas públicas y las estatuas y columnas sobre las tumbas. Si agregamos las incontables obras de arte que eran llevadas a los templos en calidad de votos y acción de gracias por parte de familias, tribus o personas particulares y las cuales a menudo eran adornadas con motivos de historia de la tribu y sus héroes, conforme a la costumbre tradicional, ¿qué otro pueblo puede gloriarse de haber poseído un único motivo como éste que propulsara tan exuberante variedad de bellas artes? Nada son, en su comparación, nuestras salas con los retratos de antepasados olvidados; toda Grecia estaba repleta de las leyendas y cantares y sagrarios de sus dioses y héroes. Todo se guiaba por la idea grandiosa de que los dioses eran una especie de hombres superiores emparentados con los griegos, y los héroes dioses inferiores; esta concepción, a su vez, fué obra de los poetas.

Entre tales motivos de gloria nacional y familiar que promovieron las artes, hay que contar también los juegos olímpicos; eran instituciones y al mismo tiempo fiestas conmemorativas de sus héroes, es decir, una costumbre que favorecía por igual el culto religioso, las artes, y particularmente la poesía. No sólo porque los jóvenes, con frecuencia desnudos, se ejercitaban en diversas luchas y competencias sirviendo al artista de modelos vivos, sino que también los ejercicios les proporcionaban una belleza física digna de ser modelada y sus victorias juveniles conservaban vivos en su espíritu los recuerdos de la gloria de linajes, antepasados y héroes. Por Píndaro y la historia sabemos cuán alto fué el aprecio en que se tenían estas victorias en toda Grecia y qué dura la competencia por las coronas. Toda la ciudad del vencedor se honraba en él; dioses y héroes del pasado se incorporaban a su linaje. En ello se basa la jerarquía de los valores establecida en las odas de Píndaro, que consideraba tales victorias como obras de arte superiores a las estatuas. También es éste el origen de los mausoleos o estatuas que se le concedían al vencedor, casi siempre idealizadas. Por su afortunada imitación de los héroes antepasados, había ingresado, en cierta manera, en la categoría de los dioses, elevándose por encima del común de los mortales. ¿En qué parte del mundo serían posibles actualmente juegos olímpicos que tengan semejante valor y consecuencias?

3. También las constituciones políticas de los griegos ayudaron al desarrollo de las artes; no tanto por ser Estados independientes cuanto porque estos Estados necesitaban a los artistas para la ejecución de grandes obras. Grecia estaba dividida en muchos Estados que, gobernados por los reyes o arcontes, fomentaban las artes. También los reyes eran griegos y toda la demanda de obras de arte

proveniente de la religión o leyendas de tribu la hacían suya; no pocas veces eran ellos mismos los sumos sacerdotes. Desde los primeros tiempos, el adorno de sus palacios se distinguía por joyas del arte ofrecidas por sus compatriotas héroes y amigos. Con todo no es menos cierto que fueron precisamente las constituciones democráticas que se iban introduciendo paulatinamente en toda la Grecia, las que dieron mayor expansión a las artes. En una comunidad política de esta índole se necesitaban edificios públicos para la asamblea del pueblo, para el tesoro público y para los deportes y diversiones comunes, lo que dió origen en Atenas, por ejemplo, a magníficos gimnasios, teatros y galerías como el Odeón y el Piranteo, el Pnixis, etc. Como en las repúblicas griegas todo se hacía en nombre del pueblo o de la ciudad, nada era bastante bueno de cuanto se dedicaba a los dioses que la protegían o a la gloria de su nombre, mientras el ciudadano particular se contentaba con una morada más modesta. Este espíritu de comunidad que lo daba todo, por lo menos en apariencia, para el bien común, era el alma de los Estados helénicos al que, sin duda, alude Winckelmann donde glorifica la libertad de las repúblicas griegas como el siglo de oro de las artes. El esplendor y la grandera no estaban allí distribuidos como en los tiempos modernos, sino que coincidían con las cosas que realmente interesaban el bienestar de la república. Pericles, halagando al pueblo al despertar una conciencia de la propia gloria, hizo más por las bellas artes de lo que diez reyes atenienses podrían haber hecho. Todo cuanto construía se inspiraba en las grandes líneas del gusto popular por estar dedicado a los dioses y la polis eterna. Pocas ciudades e islas griegas habrían construido tales edificios y patrocinado tales obras de arte, si no hubieran sido Estados libres e independientes que trataban de superarse mutuamente en celebridad. Como además en las repúblicas democráticas el jefe político necesitaba el apoyo del pueblo, nada mejor que el esplendor de las obras públicas que a fuerza de atraer la bendición de los dioses protectores, llamaba la atención del pueblo y daba pan a mucha gente.

Con esto no se quiere negar que semejante suntuosidad implicaba también consecuencias que suelen disimularse. El rigor con que los atenienses oprimían a los vencidos, y hasta a sus propias colonias, las piraterías y guerras en que se veían metidos incesantemente los Estados griegos, los pesados servicios que hasta los ciudadanos tenían que prestar al Estado y muchas otras cosas por el estilo, no hacen del Estado griego precisamente un edén; pero por lo que toca a las artes, hasta estas molestias les servían de objetivo. Los templos de los dioses solían ser respetados hasta por los enemigos; pero donde mandaba una suerte menos propicia, los templos arrasados por los enemigos surgían con redoblado esplendor de sus

cenizas. El saqueo de los persas dió lugar a una Atenas de belleza superior a la anterior y en casi todas las guerras victoriosas parte del botín que pertenecía al Estado, se adjudicaba a algunas de las artes. Aun en tiempos de decadencia y a despecho de todas las devastaciones por parte de los romanos, Atenas mantuvo el esplendor de su fama por sus estatuas y edificios, porque varios emperadores, reyes, héroes y acaudalados particulares se empeñaban en conservar y embellecer una ciudad que reconocían como la Meca del gusto refinado. Así vemos que también bajo el Imperio Macedónico las artes de los griegos no se extinguían sino que emigran. También en países lejanos los reyes griegos seguían siendo griegos amantes de las artes helénicas. Alejandro y sus sucesores edificaron magníficas ciudades en África y Asia; también Roma y otros pueblos aprendieron de los griegos cuando había pasado la época del florecimiento de las artes en su propia patria. En todas partes del mundo fué uno solo el arte y la arquitectura griega.

4. Finalmente también el clima contribuyó a fomentar las bellas artes de los griegos, no tanto por la belleza de los habitantes, que depende más de la raza que de la región, cuanto por su situación geográfica y riquezas del suelo favorables a la obtención de las materias primas de las obras de artes y a su ventajosa colocación en el paisaje. El suelo les brindaba las mejores clases de mármol, encabezadas por el pórfido; el marfil, los minerales y cuantos elementos necesitasen para las obras, se los proporcionaba el comercio en cuyo centro se hallaban situados. En cierto modo, el tráfico comercial se había adelantado al nacimiento de las artes, poniéndolos en posesión de objetos preciosos procedentes del Asia Menor, Fenicia y otras partes, cuando todavía no eran peritos en su fabricación. Sus predisposiciones artísticas fueron estimuladas desde los primeros tiempos, ante todo porque la proximidad del Asia menor y sus colonias de la Magna Grecia despertaron el gusto de la opulencia y del bienestar que no podían menos que fomentar las artes. El carácter de los griegos, aunque ligero, estaba muy lejos de malgastar su trabajo en inútiles pirámides; ni era posible que una ciudad o un Estado independiente cayese en esa manía de lo colosal. Con la única excepción del Coloso de la isla de Rodas, se encuentra hasta en sus obras de grandes dimensiones la áurea medida que sabe conciliar la majestad con la belleza. También el cielo, casi siempre despejado, ponía su parte, permitiendo muchas estatuas, altares y templos que no hacía falta cubrir o proteger de las inclemencias del tiempo, y más que nada el hermoso obelisco que podía fijarse bajo este cielo con la belleza de sus delgadas líneas y su gracia esbelta, modelo de simetría, precisión y sencillez.

Considerando todas estas circunstancias en conjunto, se ve cómo en Jonia, Grecia y Sicilia, aun en materia de arte, pudo obrar

esa mentalidad inspirada y precisa que caracteriza todas las obras estéticas de los griegos. Este espíritu no puede aprenderse a fuerza de meras reglas y preceptos; pero se manifiesta en su observación, y con el constante ejercicio pudo, no obstante su origen puramente genial, evolucionar a ser un oficio de artesanía. También el último de los artistas griegos es por su estilo un auténtico griego; podemos superarlo en tal o cual aspecto, pero el conjunto genético del arte helénico seguirá siendo para nosotros siempre inalcanzable; la época de ese genio ha pasado.

IV

LA FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA EN GRECIA

Las costumbres de los griegos eran tan diferentes como sus tribus, regiones y maneras de vida lo eran por los diversos grados de su cultura y las peripecias históricas que habían tocado en suerte a cada una de ellas. Los arcadios y los atenienses, los jonios y epirotas, los espartanos y sibaritas eran tan disímiles por sus tiempos, situación y estilo de vida que me faltan colores para pintar de todos ellos un cuadro engañoso el cual, queriendo representar el conjunto, estaría afeado por rasgos más contradictorios que los del retrato que Parrasio pintó de aquel Demo ateniense¹. Así, pues, no me queda otro recurso que seguir el proceso general de la formación de las costumbres griegas y la manera como éstas influyeron en su constitución política.

Como en todos los pueblos de la tierra, así también entre los griegos las leyes morales tuvieron como origen principalmente la religión y siguieron por esta vía durante mucho tiempo. Los ritos religiosos que a través de diversos misterios alcanzaron épocas de gran actividad política, los sagrados derechos de hospitalidad y de protección al refugiado, la inmunidad en los lugares sagrados, la creencia en las furias y los castigos que perseguían, aun al homicida involuntario, durante generaciones y más generaciones llevando la maldición de la sangre que clamaba venganza sobre el país entero, los ritos expiatorios y propiciatorios, la voz de los oráculos, el juramento sagrado, el valor sagrado del hogar, de los templos y sepul-

¹ Pinxit Demón Atheniensium argumentum quoque ingeniosum: volebat namque variis, iracundum, iniustum, inconstantem, eundem exorabilem, clementem, misericordem, excelsum, gloriosum, humilem, ferocem fugacemque et omnia pariter ostendere. — PRISIO, *Hist. nat.*, I, 30, c. 5.

cros, etc., eran convicciones e instituciones en boga con la finalidad de civilizar a un pueblo primitivo y conducir a hombres semi-salvajes paulatinamente al humanismo¹. Basta comparar a los griegos con otras naciones para convencerse de que estas instituciones fueron afortunadas en su cometido, porque es un hecho innegable que no sólo condujeron a los griegos a las puertas de la filosofía y cultura política, sino que los introdujeron hasta muy adentro de su sagrario. Tan sólo el oráculo de Delfos: ¡de cuánta utilidad no fué para Grecia! Su voz divina señaló a más de un tirano y malhechor augurándole una suerte adversa; y también salvó a muchos desgraciados, aconsejó a los desorientados, dió el respaldo de la autoridad divina a muchas empresas provechosas, dió fama a más de una obra de arte o musa y consagró sentencias morales y máximas políticas. Los toscos versos de ese oráculo surtieron más efecto que los más elegantes poemas de poetas posteriores. Su mayor influjo provenía de que daba autoridad a los Estados y a la jurisprudencia de la suprema corte, los Anfictions, elevando sus veredictos, en cierta manera a la categoría de leyes religiosas. Lo que en siglos posteriores se propuso como único recurso para una paz perenne en Europa, un tribunal de Anfictions², ya lo tenían los griegos, y colocado bien cerca del trono del dios de la sabiduría y de la verdad que lo había de santificar con su autoridad.

Juntamente con la religión deben enumerarse en este lugar todas las costumbres nacidas de las instituciones de los antepasados y que conservaban su memoria para la posteridad, porque ejercieron un influjo constante sobre la formación ética de los griegos. Así, por ejemplo, los varios juegos públicos dieron a la educación griega una orientación muy peculiar, haciendo de los ejercicios físicos factor principal de aquella y proponiendo las virtudes obtenidas a la admiración de toda la nación. Jamás ramo alguno llevó frutos más bellos que el pequeño ramo de olivo, laurel o abeto que coronaba a los vencedores. A los jóvenes infundió belleza, salud y vivacidad; dió a sus miembros agilidad, justas proporciones y bienestar; encendió en sus almas las primeras chispas de la ambición de gloria y celebridad póstuma e imprimió en su mente, cual forma indeleble, la aspiración de empeñar su vida por el bien público de su ciudad y su nación. Pero como fruto más precioso despertó en sus almas la afición al trato con hombres y amistades viriles, que constituye uno de los distintivos del mundo helénico. En Grecia no fué la mujer el único premio al que aspiraba el joven en su lucha con la vida; la más hermosa Helena no puede producir más que un París

¹ HEYNE, *De primorum Graeciae legumlatorum institutis ad morum mansuetudinem*, in *opus academic.*, t. 1, p. 297.

² *Oeuvres de St. Pierre*, t. 1 y en casi todas sus obras.

si su posesión y goce fuera el fin adecuado de toda la virtud varonil. El sexo femenino, por hermosos que sean los dechados de toda virtud que produjo en Grecia, nunca fué más que un fin secundario de la vida del hombre; las aspiraciones de los jóvenes nobles apuntaban más arriba; el vínculo de la amistad que los unía entre ellos o con hombres experimentados fué para ellos una escuela que difícilmente podía brindarles una Aspasia. De ahí en varios Estados de Grecia este amor entre amigos investido de tal afán de superación, tal estudio, duración y sacrificio que sus sentimientos y consecuencias, si los leemos en Platón, nos parecen una novela de un planeta extraño. Corazones viriles se unían en amor y amistad, muchas veces hasta la muerte; el amante perseguía al amado con una especie de celos que descubría en éste los más pequeños defectos y el amado temía el ojo escudriñador de su amante como a una llama que acrisolaba las más ocultas inclinaciones de su alma. Así como para nosotros las amistades de la juventud son las más queridas y ningún sentimiento nuestro tan duradero como el amor de aquellos que fueron compañeros en los más hermosos años del despertar de nuestras energías que ejercitábamos junto con ellos en un ideal de perfección, así los griegos hallaban su vía de perfección en el destino público de sus gimnasios, sus guerras y su actuación política, cuya consecuencia natural era ese sagrado grupo de amantes. Muy lejos estoy de querer disimular los abusos que se originaron de esta institución, particularmente donde se ejercitaban jóvenes desnudos; pero desgraciadamente, también estos abusos tenían su fundamento en el carácter de la nación cuyo poder imaginativo palpitante y cuyo amor casi loco por todo lo bello, en lo cual hacían consistir el sumo placer de los dioses, hacían inevitables tales desórdenes. Si éstos se hubieran practicado ocultamente, su efecto habría sido tanto más funesto, como lo demuestra la historia de casi todos los pueblos de la zona tórrida o de una cultura opulenta. Fines públicos y honrosos dieron un escape a la llama que se alimentaba en el alma de los hombres y con esto cayó bajo la vigilancia y delimitación de las leyes que la aprovechaban como eficiente resorte para los fines del Estado.

Por último, como la triple Grecia de ambos Continentes se halla dividida en muchos Estados y tribus, la ética tuvo que revestir en cada caso un carácter genético y en muchos aspectos polifónico, circunstancia feliz que nos explica por sí sola el progreso de la moral de los griegos. Los Estados griegos estaban unidos entre sí por vínculos tan tenues como son un idioma común, una religión común, los oráculos, los juegos, el supremo tribunal de los Anfictions; luego, por el origen racial y las colonias y, finalmente, por la memoria de antiguas gestas comunes, la poesía y las glorias nacionales. Ningún despota los unía por medio de otros artificios q nece-

sidades, porque también sus peligros comunes se salvaron con fortuna durante largo tiempo. Lo decisivo era, por lo tanto, lo que cada tribu quisiera beber de la fuente de la cultura y cuáles arroyuelos deseaba desviar de ella para sus pagos. Cada cual lo hizo conforme a sus necesidades y, sobre todo, de acuerdo con la mentalidad de algunos hombres notables que les enviaba la naturaleza educadora. Ya entre los reyes de Grecia hubo dignos descendientes de los antiguos héroes desaparecidos, que se hicieron en su época tan útiles a sus pueblos mediante una buena legislación como sus mayores lo habían sido por su gloriosa valentía frente al enemigo. Fuera de los primeros colonizadores se distingue entre los reyes legisladores especialmente a Minos, que supo formar a sus cretenses aguerridos, habitantes de una isla montañosa, con espíritu bélico, y más tarde fué el modelo en que se inspiró Licurgo. Fué el primero que tuvo a raya a los piratas y dió seguridad a la navegación en el Mar Egeo. Fué el primero que estableció ciertas normas morales en Grecia en el mar y en tierra firme. La historia de Atenas, Siracusa y otros reinos demuestra que no le faltaron émulo entre los reyes. Con todo, el hecho de que la mayor parte de los reinos monárquicos griegos se convirtiesen en repúblicas dió mayor empuje a la evolución de las leyes ético-políticas, lo cual significa una de las revoluciones más memorables de la historia universal. Sólo fué posible en Grecia donde gran número de pueblos diversos había sabido conservar la memoria de su origen y su tribu también bajo el gobierno de sus reyes. Cada pueblo se consideraba a sí mismo como un Estado independiente con el derecho de constituirse políticamente como sus antepasados emigrados. No hubo ninguna tribu griega que abandonase su libertad en manos de una dinastía hereditaria de reyes. Verdad es que con este asunto no se concluía que el nuevo gobierno fuera mejor; en lugar de los reyes reinaban casi en todas partes los más nobles y poderosos, de manera que en algunas ciudades los disturbios fueron mayores y la opresión del pueblo insostenible; pero la suerte estaba echada, los hombres habían llegado a la mayoría de edad y aprendieron a pensar por propia cuenta en su constitución política. Fué así como la época de las repúblicas griegas constituyó el primer paso hacia la emancipación del espíritu humano en un asunto tan vital como lo es el gobierno de los hombres por el hombre. Todas las desviaciones y pasos en falso de las formas gubernamentales de Grecia deben considerarse como ensayos de la juventud, que sólo aprende a fuerza de golpear con la cabeza contra la pared.

En muchas tribus y colonias así libertadas se distinguieron hombres sabios, tutores del pueblo, que meditaban sobre los males que afectaban su tribu y los convenientes remedios a base de la Constitución, las leyes y costumbres. Naturalmente los más de ellos

eran hombres públicos, jefes del pueblo, consejeros de los reyes y militares, porque sólo de esta aristocracia podía irradiar la cultura política que luego imbuiría al pueblo. También Licurgo, Dracon y Solón descendían de los más nobles linajes de su ciudad y eran, en parte, ellos mismos miembros del gobierno. En su tiempo, los desmanes de la aristocracia y el descontento del pueblo habían alcanzado la cúspide, por lo cual las reformas constitucionales por ellos propugnadas hallaron tan entusiasta acogida. Inmortal es el mérito de estos hombres que apoyados en la confianza del pueblo desdénaron para sí y los suyos el mando supremo dedicando todos sus esfuerzos y todos sus conocimientos de los hombres y del orden político al bien común, es decir, al Estado por el Estado. Sus primeros intentos no constituyen ni con mucho los más sublimes y eternos ejemplos de una constitución humana; pero tampoco era ésta su pretensión. No fueron ideados sino para el lugar de su aplicación concreta y también allí tuvieron que acomodarse en muchos aspectos y contra su voluntad a las costumbres de la tribu y sus defectos arraigados. Licurgo tuvo en esto más libertad que Solón; pero retrocedió a épocas pasadas y estructuró un Estado como si el mundo pudiese permanecer eternamente en la edad heroica y en una infancia primitiva. Promulgaba sus leyes sin aguardar el efecto que producirían y sin duda hubiera sido una gran pena para su espíritu presenciar a través de toda la historia griega las consecuencias que hubieron de acarrear a su ciudad y a todo el país, en parte por el abuso y en parte por su duración demasiado prolongada. La legislación de Solón surtió efectos perjudiciales por otro camino. El mismo Solón llegó a sobrevivir el espíritu de la misma; previó las malas consecuencias de su gobierno popular, las cuales siempre fueron evidentes para los mejores y más sabios, hasta el fin de Atenas¹. Mas ésta es la suerte de toda obra humana y muy especialmente de las constituciones políticas. El tiempo y la naturaleza todo lo cambian, ¿cómo, pues, no habían de cambiar las formas de la vida humana? Toda nueva generación produce una nueva mentalidad por más que se mantengan una Constitución y una educación tradicionales. Se imponen nuevas necesidades y peligros, nuevas ventajas por las victorias, la creciente riqueza y el mayor prestigio y hasta por aumento de la población, ¿cómo es posible que hoy tenga validez lo que la tuvo ayer y que una ley antigua se haga eterna? Se la mantiene, sí, acaso para salvar las apariencias y más que nada para abusar de ella aligerando las cargas que resultarían demasiado pesadas al egoísmo y la pereza de los hombres. Fué ésta la suerte de la legislación de Licurgo, Solón, Rómulo, Moisés y la de todas las legislaciones que se sobrevivieron.

¹ Véase Jenofonte sobre la república de los atenienses; también Platón y Aristóteles.

De ahí el acento en extremo conmovedor que se advierte en la propia voz de estos legisladores en sus años postreros; casi siempre es una voz de lamento. Si llegaban a viejos, habían sobrevivido a su época: tal la voz de Moisés y también de Solón en los pocos fragmentos que poseemos de este último. Más aún: si exceptuamos las meras máximas morales, casi todas las consideraciones de los sabios de Grecia tienen un dejo de tristeza. Veían lo incierto del destino y la suerte humana, limitados ya por las leyes de la naturaleza y miserablemente turbados por el propio proceder de los hombres. Se lamentaron de la fugacidad de la vida humana y su juventud florida, y en cambio se extendieron sobre la vejez, a menudo pobre y enferma y siempre débil y despreciada. Se quejaron de la buena suerte de los desvergonzados y los padecimientos de los buenos; mas no dejaron de infundir a sus compatriotas con manse-dumbre conmovedora el aprecio por los verdaderos remedios como son la prudencia y el sentido común, la moderación de las pasiones y el callado cumplimiento del deber, la concordia y la fidelidad al amigo, la constancia y el valor indomable, la reverencia ante los dioses y el amor a la patria. Hasta en los restos que se conservan de la comedia griega de las épocas posteriores se encuentra este tono quejumbroso de suave humanismo¹.

Por lo tanto, a pesar de todas las malas y, a veces, espantosas consecuencias que tuvo alguno que otro Estado griego para los helotes, pelascos, las colonias, los extranjeros y enemigos, no se puede desconocer la elevada nobleza del espíritu de comunidad que imbuía en su época a los lacedemonios, atenienses y tebanos y, en cierta medida, a todos los Estados griegos. Verdad es que, así como no es fruto de una determinada legislación de un solo hombre, tampoco influyó en todos los miembros de la nación de la misma manera y al mismo tiempo; pero existió de verdad entre los griegos, como lo demuestran fehacientemente hasta sus guerras injustas nacidas de la envidia, y la más despiadada opresión que ejercieron así como los más pérfidos traidores de sus virtudes ciudadanas. El epitafio de aquellos espartanos que dieron su vida en las Termópilas:

"Oh, viajero, di a los espartanos que, obedientes de sus leyes, aquí yacemos"; será para siempre el principio de la virtud política más sublime. Sólo es de lamentar que, si en un tiempo sirvió en la tierra de principio fundamental de unas pocas y duras leyes patrias del pequeño país de Esparta, al cabo de dos mil años no haya llegado a inspirar aún la legislación universal de toda la humanidad. El principio en sí es el más elevado que los hombres puedan pensar y poner por obra

¹ Más detalles sobre este punto en otro lugar.

en orden a su felicidad y libertad. Semejante es el caso de la Constitución de Atenas, bien que ésta se proponía un fin completamente distinto. Si el fin de una Constitución política es instruir al pueblo en los asuntos que le conciernen más inmediatamente, Atenas fué indiscutiblemente la ciudad de mayores luces que hubo jamás en el mundo habitado. Ni París ni Londres, ni Roma ni Babilonia y mucho menos Menfis, Jerusalén, Pekín y Benarés pueden entrar en competencia con ella en lo que se refiere a este punto. Ahora bien: como el patriotismo y las luces son los dos polos alrededor de los cuales gira toda la cultura [moral de la humanidad] Atenas y Esparta serán siempre las dos palestras de felicísima memoria donde el arte político de los hombres se ejercitó en los días de su alegre juventud. La mayoría de los demás Estados griegos no hicieron más que seguir los pasos de estos dos grandes modelos hasta el punto de que a algunos de ellos que querían irse por otros caminos, les fué impuesta la Constitución ateniense o espartana por los vencedores. Por lo demás, la filosofía de la historia no fija su atención tanto en lo que durante tan corto lapso haya sido realizado en estas dos ciudades por débiles manos humanas, cuanto en lo que se sigue de los principios de sus constituciones para toda la humanidad. A pesar de todos los errores, los nombres de Licurgo y Solón, Milciades y Temístocles, Aristides, Címon, Focio, Epaminondas, Pelópidas, Agesileo, Agis, Cleómenes, Dión, Timoleón y otros serán celebrados con gloria inmortal, y otros hombres no menos notables como Alcibiades, Conón, Pausanias y Lisandro serán vituperados como destructores del espíritu de solidaridad griego o como traidores a la patria. Hasta la modesta virtud de Sócrates no hubiera podido florecer hasta donde lo hizo sino al amparo de Atenas, donde algunos de sus discípulos la llevaron a gran altura; porque Sócrates no era más que un ciudadano ateniense y toda su sabiduría una filosofía del sentido común ateniense que él propagaba en conversaciones familiares. En lo que atañe al deber de llevar las luces a todos los ciudadanos, la sola Atenas hizo méritos más grandes y hermosos que ninguna otra ciudad en la historia.

Como no podemos detenernos mucho en las virtudes prácticas, diremos siquiera algunas palabras sobre aquellas instituciones que sólo fueron posibles gracias a un gobierno del pueblo en Atenas, a saber, los oradores y el teatro. Los oradores ante el tribunal, especialmente donde se tratan asuntos del Estado y que requieren una decisión rápida, son un elemento que encierra sus peligros, y las funestas consecuencias no tardaron en manifestarse en la historia de Atenas. Pero como suponen un pueblo que sabía juzgar de cualquier asunto público que se le exponía, o por lo menos poscía la capacidad de entender los elementos de juicio que se le propor-

LUCE
ATENAS
Patriotismo
Esparta

cionaba, queda en pie que el pueblo ateniense ocupa a este respecto un lugar único en la historia en que ni siquiera el pueblo romano puede rivalizar con él. Elegir o condenar a un jefe militar, decidir sobre guerra o paz, vida y muerte y cualquier negocio público del Estado, no era, por cierto, asunto para confiar a una turba excitada; mas era tal el arte que se empleaba en la exposición de estos negocios que hasta la turba excitada comenzó a comprender, adquiriendo con ello esa modalidad liberal, política y discutiadora que no se encuentra en ningún pueblo del Asia. De esta manera, la elocuencia dirigida al pueblo, alcanzó un nivel que nunca tuvo fuera de Grecia y Roma, ni podrá tenerlo mientras la retórica popular no forme parte de la instrucción general. Indiscutiblemente se trata de una causa noble, aunque en Atenas el fin justificaba los medios en lo que a esto se refiere. Lo mismo ocurrió con el teatro ateniense; ofrecía representaciones populares, pero adecuadas al nivel elevado del pueblo, a saber, piezas con pretensiones culturales y literarias. Este teatro no sobrevivió a la ciudad de Atenas; el conjunto de fábulas cuidadosamente escogidas con el fin de influir en las pasiones y tendencias del pueblo, no se encuentra ya en la mezcla de razas y constituciones posteriores. No debe, pues, medirse la cultura moral de los griegos aplicando a su historia política, sus oradores y poetas dramáticos la medida de un sistema ético abstracto ya que en ninguno de los casos concretos mencionados ha servido de guía semejante sistema¹. La historia demuestra que los griegos fueron en todo momento, para bien y para mal, lo que pudieron ser en virtud de su situación espiritual. Sus oradores nos revelan cómo veían ellos las facciones y partidos conforme al fin político que cada uno se proponía. Los autores de piezas teatrales introducían los personajes que les ofrecía la historia tal como deseaban presentarlos de acuerdo con su profesión a éstos y no otros espectadores. Las conclusiones que de ahí se quieran sacar acerca de la moralidad o inmoralidad de todo el pueblo, carecen de fundamento. Con todo, nadie pondrá en duda que algunas ciudades griegas fueron en ciertos momentos y dentro de su esfera, el pueblo más hábil, versátil e ilustrado del mundo antiguo. De las filas de los atenienses salieron estrategas, oradores, sofistas, jueces, políticos y artistas según la educación, inclinación, elección, destino o azar, y no era raro que las cualidades más bellas y sobresalientes se encontraran juntas en un solo griego.

¹ Véase a este respecto la introducción en la traducción de Gillies de los discursos de Lisias, Isócrates y otros comentaristas que quisieron juzgar a Grecia a base de sus oradores y poetas.

V

ACTIVIDADES CIENTÍFICAS EN GRECIA

A ningún pueblo del mundo se hace justicia juzgándolo a la luz de un ideal científico que le era totalmente ajeno. Tal sucedió con los griegos y muchos pueblos asiáticos a los que se ha colmado de elogios y vituperios por igual injustos. Así, por ejemplo, los griegos andaban lejisimos de una dogmática especulativa sobre Dios y el alma humana. Lo que al respecto dijeron o escribieron algunos de ellos, no pasó de opiniones privadas y libres que emitían sus filósofos fundándose en los ritos religiosos que observaban en su país y cuando no se lo impedía algún partido político. Frente a las facciones políticas, el intelecto humano ha tenido que luchar por sus fueros en Grecia lo mismo que en todas partes del mundo, logrando finalmente su victoria.

La filosofía griega partió de la mitología y las antiguas teogonías y es cosa digna de verse cuánto supo decir de ese orden de cosas el agudo ingenio de esta nación. Las fábulas sobre el origen de los dioses, la contienda de los elementos, el odio y amor mutuos de los seres, fueron desarrollados por sus diversas escuelas en direcciones tan diferentes y varias que uno se siente tentado a decir que llegaron a donde nosotros cuando explicamos la cosmología sin recurrir a las ciencias naturales. Más aún: en cierto sentido habían llegado más lejos por cuanto su mente gozaba de mayor libertad y no estaba estrechada por ciertas hipótesis preconcebidas que había que probar costara lo que costase. Hasta los guarismos de Pitágoras y otros filósofos son una tentativa muy adelantada de reducir un concepto perfectamente claro del alma humana a una magnitud exacta y conciliarlo con las ciencias naturales. Mas como éstas, lo mismo que las matemáticas, estaban por entonces en pañales, la tentativa llegó antes de tiempo. Sin embargo, tanto ese sistema como los de algunos otros filósofos griegos arrancan nuestra admiración porque cada uno de ellos estaba profundamente meditado desde su punto de vista y era de gran alcance. Algunos suponen verdades y observaciones que en provecho de la ciencia no se han perdido de vista hasta nuestros días. Durante aquella infancia de la filosofía era muy congruente que ninguno de esos filósofos antiguos se imaginara a Dios como un ser extramundano o una monada sumamente metafísica, sino que todos se detuvieran en el concepto de un alma que informa todo el mundo; y aún no se ha dicho la última palabra de si esa concepción no será en definitiva la más ajustada. Lástima grande que co-

nozcamos las opiniones de los filósofos más avanzados sólo por relatos y fragmentos incompletos y no de sus escritos en conjunto; pero es aún más de lamentar que nos guste tan poco aprender el lenguaje de su tiempo, en lugar de lo cual queremos hacerlos hablar de acuerdo con nuestra mentalidad. Cada nación expresa en sus conceptos generales su modo de ver peculiar; y como la filosofía griega arrancó de poesías y alegorías, éstas dieron también a sus abstracciones un carácter propio que para ellos no era oscuro. Tampoco las alegorías de Platón son mero adorno; sus imágenes son como sentencias clásicas del pasado, superior desarrollo de las antiguas tradiciones poéticas.

El espíritu investigador de los griegos se inclinaba preferentemente a la antropología y filosofía moral porque su época y constitución los llevaban ante todo por ese camino. La historia natural, la física y las matemáticas no estaban todavía suficientemente desarrolladas ni contaban con los instrumentos para nuestros modernos descubrimientos. En cambio, todo se refería a la naturaleza y costumbres del hombre. Eso fué lo que daba el tono en la poesía griega, su historiografía y su Constitución política; todo ciudadano necesitaba conocer a sus conciudadanos y administrar cargos públicos a los que no había modo de sustraerse. Las pasiones y energías de los hombres se desenvolvían en aquel entonces con mayor libertad, sin exceptuar al filósofo entregado al ocio de la contemplación; el rasgo dominante de toda alma griega con aspiraciones elevadas era la tendencia a gobernar a hombres o desempeñarse como miembro activo de la sociedad. No es extraño, pues, que también la filosofía del pensador abstracto hallara su objetivo en la moral o el Estado, como se puede ver en Pitágoras, Platón y hasta Aristóteles. No era su profesión civil constituir Estados; nunca desempeñó Pitágoras el papel de un Licurgo, Solón, ni siquiera el de un arconte o cualquier otra autoridad, y la mayor parte de su filosofía fué pura especulación rayana en la superstición. Pero su escuela produjo hombres que habían de ejercer enorme influencia sobre los Estados de la Magna Grecia y si el destino hubiera concedido una duración más prolongada al cenáculo de sus discípulos, éste tal vez hubiera llegado a ser una fuerza propulsora, si no la más eficiente, por lo menos una de las más acrisoladas para la reforma del mundo¹.

Mas también esta tentativa de un hombre, que se había adelantado con mucho a su época, fué prematura. Las prósperas ciudades sibaritas de la Magna Grecia con sus tiranos no simpatizaban con tales guardianes de la moralidad, y los pitagóricos perecieron asesinados.

¹ Véase la historia de esa sociedad en MEYER, *Geschichte des Wissenschaften in Griechenland und Rom*, parte I.

Es un elogio muy repetido pero, a mi parecer, exagerado el que se le hace al filantrópico Sócrates atribuyéndole el mérito de haber sido el primero que trajo la filosofía del cielo a la tierra, aplicándola a la vida moral de los hombres. Por lo menos no puede limitarse esta gloria a la persona de Sócrates y al estrecho ambiente de su vida. Mucho antes que él hubo filósofos que dedicaron sus esfuerzos a la ética, como quiera que éste fué un rasgo característico de la cultura helénica desde los tiempos del mitológico Orfeo. También Pitágoras echó por medio de su escuela fundamentos mucho más amplios para la evolución de la moral de lo que Sócrates jamás hubiera podido hacer con todos sus amigos. La poca inclinación de Sócrates a la abstracción superior se debía a la clase social a que pertenecía, a la amplitud de sus conocimientos y, sobre todo, a la época que le tocó vivir y su modo de vida. Los sistemas basados en la pura imaginación sin experiencias reales de la naturaleza se habían agotado, y la filosofía griega había venido a parar en la hueca charlatanería de los sofistas, de manera que no se necesitaba mucho para despreciar o relegar lo que no podía ser objeto de superación. Su genio y también su natural honradez y el curso burgués de su vida le guardaron de caer víctima de las apariencias engañosas y brillantes de la filosofía sofista. Su horizonte burgués fijó al mismo tiempo a su filosofía el fin que había de perseguir, el mismo fin del hombre, que había de surtir tan hermosos efectos en casi todos los que frecuentaban su trato. Sin embargo, no hay que olvidar que tanta eficiencia se debía en buena parte a la época, el lugar y el grupo de hombres en que Sócrates se movía. En otra constelación, este sabio burgués hubiera tal vez pasado por un hombre de grandes luces y virtudes sin que conociéramos siquiera su nombre, porque no inscribió en el libro de la historia ningún nuevo invento, ninguna doctrina que le fuera propia; sólo su método y su vida, la formación moral que se había dado a sí mismo y trató de transmitir a los demás y, sobre todo, su muerte hicieron de él un dechado para el mundo. Se necesitaba no poca grandeza de alma para ser un Sócrates; en primer lugar, la noble cualidad de saber renunciar y el refinado gusto de la belleza moral que en él parece haber evolucionado hasta una especie de sexto sentido. Mas no por esto se debe caer en el error de colocar a este hombre noble y modesto por encima de la esfera en que la misma Providencia quiso ponerle. Logró formar a muy pocos discípulos que fuesen del todo dignos de él, precisamente porque su filosofía era un auxiliar de su propia vida cotidiana y su excelente método corría grave peligro de degenerar en boca de sus discípulos en sarcasmos y sofisterías tan pronto como él que formulaba irónicamente las preguntas careciese del espíritu y corazón de un Sócrates. Consideremos con imparcialidad a dos de sus seguidores más excelentes, Jenofonte y Platón, y se verá que en

Sócrates
To
volla!

lo que a ellos se refiere, y conforme a su propia modesta expresión, Sócrates no fué más que la partera que ayudó a dar a luz la propia personalidad espiritual de cada uno de ellos; de ahí que estos hijos le hayan salido tan desemejantes. Lo que hay de sobresaliente en los escritos de ellos proviene manifiestamente de su propia manera de pensar, y el más bello agradecimiento que podían brindar a su querido maestro fué el de hacer llegar hasta nosotros su retrato moral. Ciertamente hubiera sido muy deseable que el espíritu socrático penetrara de ahí en adelante toda la legislación y constitución política de Grecia; pero la historia de Grecia es testigo de que no ocurrió así. Su vida coincidió con la culminación de la cultura ateniense, pero también con el aciago momento en que los Estados se combatían con mayor saña. Ambas no podían tener otras consecuencias que períodos de infortunio y decadencia de costumbres que poco después causaron el ocaso de la libertad de los helenos. No pudo salvarlos la sabiduría socrática demasiado pura y delicada para decidir el destino de los pueblos. El estadista y militar Jenofonte describe los defectos constitucionales de la política, mas no fué capaz de reformarlos. Platón creó una república ideal que no halló su realización en ninguna parte y menos que nada en la corte de Dionisio. En una palabra, la filosofía de Sócrates sirvió en mayor medida a la humanidad que a Grecia, y en esto reside indudablemente una de sus glorias más excelsas.

Completamente distinto fué el espíritu de Aristóteles, tal vez el más agudo, firme y árido de cuantos empuñaron la pluma. Su filosofía es más una filosofía de escuela que de la vida común, especialmente en los escritos que de él se conservan y por el uso que se les dió; pero en tanto mayor grado se benefició con ello la pura razón y la ciencia, de manera que en este campo es el monarca de todos los tiempos. Que los escolásticos se hayan servido casi siempre de su metafísica, es ciertamente culpa de ellos y no de Aristóteles, y sin embargo, también su metafísica contribuyó en una medida casi increíble al perfeccionamiento de la razón humana, proporcionando a naciones bárbaras un instrumento que primero transformó los oscuros sueños de la fantasía y la tradición en sofismas hasta que luego se destruyeron a sí mismas. Pero sus mejores escritos, la historia natural, la física, la ética y la moral, política, poética y retórica esperan todavía múltiples aplicaciones. Lamentablemente se perdieron sus obras historiográficas y también su historia natural la poseemos sólo en extractos. Pero quien quiera negar a los griegos el espíritu de la ciencia pura, que lea a Aristóteles y Euclides, escritores que en su género nunca han sido superados; porque también fué el mérito de Platón y Aristóteles haber despertado la afición a las ciencias naturales y las matemáticas, que se remonta por encima de todo afán moralizante hasta la altura de los grandes principios.

extendiendo su influjo de esta manera sobre todos los tiempos. Varios de sus discípulos fomentaron la astronomía, la botánica, la anatomía y otras ciencias, pues el mismo Aristóteles echó con su sola historia natural los cimientos de un edificio que seguirán construyendo los siglos. Fué en Grecia donde se pusieron los fundamentos para toda conciencia científica como también para toda estética. Desgraciadamente el destino nos conservó bien poco de los escritos de sus más insignes sabios. Lo que nos queda es excelente; lo mejor tal vez se haya perdido.

No se pretenderá que yo trate en detalle de las diversas ciencias, las matemáticas, la medicina, las ciencias naturales y las bellas artes, por sólo nombrar algunas, en que los griegos ya descubriendo ya acrecentándolas sirvieron de base a todos los tiempos posteriores. Cosa sabida es que ni el Asia ni el Egipto nos legaron algún arte o doctrina propiamente científicas; esto lo debemos exclusivamente al espíritu agudo y ordenador de los griegos. Ahora bien: como es siempre una forma determinada de conocimiento la que causa precisamente el aumento o el perfeccionamiento de la ciencia en tiempos futuros, debe concluirse que debemos a los griegos la casi totalidad de los fundamentos de todas nuestras ciencias. Cuantas más sean las ideas ajenas que ellos se apropiaran, mejor para nosotros; basta que las supiesen ordenar y progresar hasta su conocimiento claro y distinto. La diversidad de escuelas desempeñaba en esto el mismo papel que las muchas repúblicas en su vida política, a saber, el esfuerzo común a la vez que la emulación de las tendencias. Sin esta diversificación griega ni siquiera sus ciencias habrían progresado en la medida en que lo hicieron. Las escuelas jónica, itálica y ateniense estaban, no obstante su idioma común, separadas por mares y tierras; cada una pudo echar raíces en su propio suelo y luego, trasplantadas o inoculadas, llevar frutos tanto más hermosos. Ninguno de los antiguos sabios estuvo a sueldo del Estado y ni siquiera recibía estipendios de sus alumnos. Pensaba por cuenta propia y por amor a la ciencia o la gloria y celebridad. No instruía a niños, sino a jóvenes y hombres, a menudo hombres que desempeñaban los más importantes cargos públicos. En aquella época no estaba todavía de moda escribir libros para el carnaval de una feria con mercancía pseudo-científica. En cambio, se meditaba tanto más larga y profundamente, gracias a que el filósofo de vida frugal no necesitaba de mucho para su sostén en el favorable clima de Grecia, pudiendo entregarse a la especulación libre de preocupaciones.

Mas también hay que hacer justicia a la monarquía. Ninguno de los llamados Estados independientes de Grecia hubiera prestado el apoyo a Aristóteles para su historia natural que le pudo proporcionar su real discípulo, y menos aún las ciencias que exigían mucho tiempo o grandes dispendios como, por ejemplo, las matemáticas,

la astronomía, etcétera, hubieran hecho los progresos que hicieron en Alejandría, sin la ayuda de los Ptolomeos. A sus instituciones debemos un Euclides, Eratóstenes, Apolonio Pergueo, un Ptolomeo y otros, hombres todos ellos que echaron los cimientos de las ciencias sobre los que descansa ahora no solamente todo el edificio científico sino, en cierto modo, todo el orden de nuestro mundo actual. Por lo tanto, tuvo también su utilidad que junto con las repúblicas se acabasen los tiempos de la oratoria y filosofía popular griegas. Estas ya habían dado sus frutos, pero el espíritu humano necesitaba además otros gérmenes del alma helénica para las ciencias. Gustosamente le perdonamos a la Alejandría egipcia la inferioridad de sus poetas¹, en su lugar tuvo buenos observadores y matemáticos. Los poetas nacen; los observadores pueden hacerse a fuerza de diligencia y ejercicio.

La filosofía griega ha preparado el terreno especialmente en tres disciplinas que difícilmente podían encontrar un medio más propicio para su desarrollo: el lenguaje, el arte y la historia. El idioma griego había alcanzado tal versatilidad, riqueza y belleza con los esfuerzos de los poetas, retóricos y filósofos, que este instrumento llamó la atención todavía en épocas posteriores, cuando ya no hallaba aplicación en ocasiones tan brillantes de la vida pública. De ahí la perfección de los gramáticos que en parte eran verdaderos filósofos. Por desgracia, se nos perdieron las obras de la mayor parte de estos autores. Pero esta pérdida tal vez se compense con otras obras más importantes que se conservaron, y además no se perdió el efecto de su trabajo, porque el estudio de la lengua latina como en general toda filosofía del lenguaje se inició con el estudio del idioma griego. Dígame lo mismo del estudio de los dialectos del Cercano Oriente, porque las lenguas hebrea, árabe y otras se aprendieron a ordenar y clasificar únicamente a base del estudio del idioma griego. De la misma manera, no se ha pensado nunca en una filosofía del arte fuera de Grecia, donde gracias a un afortunado instinto natural y al hábito de un gusto refinado y seguro, los mismos poetas y artistas ejercían una estética antes de que los analizadores establecieran sus reglas. Fue así como estimulada por la enorme emulación en epopeyas, piezas dramáticas y oratoria pública tuvo que formarse necesariamente con el tiempo una crítica que deja muy atrás a la nuestra. Verdad es que son muy pocos y tardíos los fragmentos que de ella han llegado hasta nosotros, con excepción de los escritos de Aristóteles; pero lo poco que hay basta y sobra para dar testimonio de la sublime agudeza de los críticos de arte en Grecia. Finalmente, la filosofía de la historia tiene su patria principalmente en Grecia por la sencilla razón de que los griegos son los únicos que poseen una

¹ HEYNE, *De genio saeculi Ptolomaeorum in opusc. acad.*, t. I, p. 76 y ss.

historia propiamente dicha. Los orientales tienen tablas genealógicas o fábulas; los pueblos nórdicos leyendas, otras naciones cantares. El pueblo griego formó de leyendas, cantares, fábulas y tablas genealógicas, en el transcurso del tiempo, el cuerpo íntegro de una narración que vive en todas sus partes. También en esto le precedió su antiguo arte poético, ya que una fábula no es más amena de narrar que una epopeya referida por aquellos artistas. La distribución de los temas en varias rapsodias dió pie a divisiones análogas en la historia, y el largo hexámetro no tardó en reaparecer como sonora prosa histórica. De esta manera, Herodoto fué el sucesor de Homero, y los historiadores posteriores de las repúblicas reflejaron en sus relatos el espíritu retórico de aquéllas. Puesto que la historiografía griega se inició con Tucídides y Jenofonte en Atenas y estos autores eran políticos y estrategas, la historia escrita por ellos tuvo que ser pragmática en el fondo por más que no la hiciesen tal en la forma. Los discursos públicos, las alusiones a los asuntos de interés nacional, la representación al vivo de las cosas y sus motivos íntimos dieron a estas obras un carácter tal que no es aventurado afirmar que sin las repúblicas griegas no habría historiografía pragmática en el mundo. A medida que en tiempos posteriores se desarrollaron el arte político y el de la guerra, se perfeccionó también el espíritu pragmático de la historia hasta que, finalmente, Polibio hizo de ella poco menos que una ciencia bélica y política. Modelos de esta índole proporcionaron a críticos posteriores un amplio campo para sus observaciones, y a buen seguro que Dionisio tuvo oportunidad de ejercitarse en este arte más que ningún chino, judío y romano.

Siendo así que hallamos a los griegos ricos y afortunados en todo ejercicio del espíritu, en obras poéticas, retóricas, filosóficas, científicas e históricas, ¿por qué el destino nos ha privado de tantas de ellas? ¿Dónde están la *Amazonia* de Homero, su *Tebaida* e *Irene*, sus yambos y sus margites? ¿Dónde las muchas piezas perdidas de Arquíloco, Simónides, Alceo, Píndaro, las ochenta y tres tragedias de Esquilo, las ciento dieciocho de Sófocles y las innumerables otras de los trágicos, cómicos y líricos, de los filósofos más grandes, de los historiadores más indispensables, de los matemáticos y físicos más notables? ¿Quién de nosotros no daría gustoso montañas de escritos más modernos, y primero los propios, para que durante un año sirvieran de calefacción a los baños de Alejandría, a cambio de un solo escrito de Demócrito, de Aristóteles, Teofrasto, Polibio, Euclides, por una sola tragedia de Esquilo, Sófocles y tantos otros, por una comedia de Aristófanes, Filemón, Menandro, por una oda de Alceo o Safo, por la perdida historia natural y política de Aristóteles o los treinta y cinco libros de Polibio?

Pero otros son los designios del destino inapelable, que no tiene

en cuenta la inmortalidad de determinadas obras humanas de arte y ciencia. El fanatismo destructor arrasó con la majestad de los Propileos de Atenas, con todos los templos de los dioses, aquellos magníficos palacios, murallas, monumentos colosales, estatuas, acueductos, carreteras y altares que la Antigüedad creó para la eternidad; siendo así ¿unas pocas hojas del esfuerzo y pensamiento de los hombres debían salvarse de la tormenta? Admirémonos, más bien, de que nos haya quedado tanto que tal vez sea más de lo que supimos aprovechar como es debido. Consideremos ahora en conjunto lo que hasta ahora tratamos por separado: la historia de Grecia, plé-tórica de filosofía en cada uno de sus capítulos.

VI

HISTORIA DE LOS CAMBIOS DE LOS ESTADOS GRIEGOS

Por múltiples y entrelazados que sean los cambios operados en el transcurso de la historia de Grecia, todos ellos pueden reducirse a unos pocos puntos capitales que obedecen evidentemente a leyes naturales, como se verá a continuación.

1. En la historia de todas las regiones marítimas y terrestres similares se encuentra, lo mismo que en estos tres sectores de tierra firme con sus islas y penínsulas, que numerosas tribus y colonias emigran por mar y tierra una y otra vez, se radican y se desplazan mutuamente. Sólo que el movimiento migratorio revistió aquí mayor intensidad a causa de la proximidad de las montañas septentrionales densamente pobladas y del gran Continente de Asia, a la vez que un conjunto de circunstancias que reficren las leyendas, mantuvo vivo el espíritu de aventuras. Ésta es la historia de Grecia por espacio de casi setecientos años.

2. También es inherente a tal estado de cosas y propio de la situación geográfica que estas tribus recibieran una cultura de la más variada procedencia y muy diverso nivel. Bajó del norte, llegó de las distintas regiones vecinas habitadas por pueblos civilizados y echó sus raíces aquí y allá y a muy diversa profundidad. La superioridad numérica de los helenos da finalmente unidad a este conjunto imprimiendo su carácter al idioma y mentalidad griegos. El crecimiento de esta cultura inicial tuvo que ser forzosamente muy desigual en el Asia Menor, la pequeña Grecia y la Magna Grecia; pero tal diversidad que implicaba una intensa emulación y varios desplazamientos, dió auge al espíritu helénico. Bien se

sabe por la historia natural, así como por la botánica y la zoología, que una misma semilla no florece eternamente en el mismo suelo, mientras que, trasplantada a tiempo, da frutos de calidad superior.

3. Los diversos Estados se transformaron paulatinamente de pequeñas monarquías en aristocracias, y algunos de ellos en democracias. Ambas formas de gobierno corrieron peligro muy a menudo de recaer en el despotismo de un solo dictador, pero en las democracias este peligro era más frecuente aún. También esto es un proceso natural en la infancia de las instituciones humanas. Los potentados de la tribu se creen con el derecho de sustraerse a la voluntad del rey, y como el pueblo no puede conducirse a sí mismo, ellos acaban por tomar las riendas. Según cuáles fueran el sistema económico, el espíritu y la Constitución, el pueblo aceptaba a estos gobernantes o luchaba hasta haber conseguido participación en el gobierno. Lo primero fué el caso de Esparta; lo segundo el de Atenas; en ambos eran las causas diversas circunstancias y las constituciones de las dos ciudades. Mientras en Esparta se vigilaban atentamente unos a otros para que ninguno retuviese todo el poder en calidad de tirano, en Atenas más de una vez se atraía al pueblo con halagos a una tiranía que si no lo era de nombre, al menos lo era de hecho. Las dos ciudades con todo lo que salió de ellas son tan evidentes productos de su situación, época, constitución y circunstancias como cualquier producto de la naturaleza pudiera serlo.

4. Donde convivan muchas repúblicas rivales por negocios, fronteras y otros intereses comunes, pero mucho más aún por el espíritu guerrero y la ambición y vanagloria, no tardará en aparecer materia de conflictos. Los primeros serán los más poderosos, quienes, luego, tratan de atraer a sus filas a cuantos sea posible hasta obtener la superioridad numérica. Éste fué el caso de las largas guerras durante los años mozos de los Estados griegos, en particular, entre Esparta, Atenas y, más tarde, Tebas. Las guerras fueron de extrema dureza y muchas veces crueles, como lo serán siempre los conflictos bélicos en que participa hasta el último ciudadano y guerrero. Las más veces se originaban por menudencias o puntillos de honra, como suele suceder con las riñas entre mozos, y lo que pueda parecer cosa peregrina, sin serlo no obstante, es el hecho de que el Estado vencedor, especialmente Esparta, se empeñase siempre en imponer su legislación y Constitución al vencido cual carácter indeleble de su derrota. Se explica, porque la aristocracia es enemiga jurada tanto de la tiranía como de la democracia.

5. Pero también consideradas como actividad en sí, las guerras de los griegos eran mucho más que meras correrías de salvajes; antes bien, dieron origen al desarrollo de todo el espíritu político y

bélico que desde todos los tiempos dirigió el curso de la historia. También los griegos sabían lo que son las necesidades del Estado, las fuentes de su poder y su riqueza, y más de una vez trataron de apoderarse de ellas por la fuerza bruta. También ellos sabían lo que significa el equilibrio de fuerzas entre las repúblicas y claves sociales, las confederaciones oficiales y secretas, los ardides de la guerra, el ganar de mano al adversario, la traición, y otras cosas por el estilo. Los hombres más expertos de Roma y del mundo moderno aprendieron, pues, de los griegos en lo que a asuntos de la guerra y política se refiere, porque si la técnica de la guerra cambia de modalidad con las armas, la época y la situación mundial, siempre será uno solo el espíritu del hombre que inventa, encubre sus estratagemas, ataca, avanza, se defiende y retira, descubre el lado flaco del enemigo, usa y abusa de tal o cual manera de las ventajas obtenidas.

6. Las guerras contra los persas significan la primera gran incisión en la historia de Grecia. Estallaron a causa de las colonias del Asia, que no habían podido resistir a la expansión de los conquistadores orientales y trataban, acostumbradas a la libertad, de sacudir el yugo en la primera oportunidad. Que los atenienses les enviasen veinte naves de guerra en su auxilio, fué una quijotada de la democracia. El lacedemonio Cleómenes les había negado todo apoyo y aquéllos llevaron con sus veinte navíos a toda Grecia a la más espantosa de las guerras. Una vez iniciada ésta, fué por cierto un milagro de valentía que unos pequeños Estados obtuviesen las más gloriosas victorias contra dos poderosos reyes del Asia; mas no fué un milagro en el sentido de que superase las fuerzas de la naturaleza. Los persas se hallaban totalmente fuera de su centro; los griegos, en cambio, luchaban por su libertad, su territorio y su vida. Peleaban contra esclavos bárbaros que habían mostrado en los Eritreos lo que esperaba también a los griegos en caso de ser vencidos, y éstos hicieron de tripas corazón para reunir todo cuanto pudiesen realizar el valor y la prudencia humanas. Los persas al mando de Jerjes atacaron como bárbaros; venían con cadenas para atar a los vencidos y con fuego en la mano para arrasas las ciudades. Mala táctica fué ésta para semejante campaña. Temístocles se sirvió contra ellos sólo del viento, el cual es un temible adversario para una flota de escasa movilidad. En una palabra, la guerra se condujo por parte de los persas con gran despliegue de poder y saña, pero sin inteligencia, por lo cual no pudo acabar sino desgraciadamente. Supuesto el caso de que los griegos hubieran sido derrotados y todo su territorio devastado como Atenas, todavía hubiera sido imposible para los persas con su Imperio tambaleante dominar a Grecia desde

¹ En el transcurso de la historia se impondrá espontáneamente una comparación entre diversos pueblos a este respecto.

el interior del Asia, cuando apenas lograban mantener la mano sobre Egipto a costa de ingentes esfuerzos. El mar era el aliado de Grecia, como lo había dicho ya el oráculo de Delfos en un sentido ligeramente diverso.

7. Pero los persas derrotados dejaron junto con su botín y su ignominia una herencia para los atenienses, una chispa que había de crecer hasta ser una flama destinada a devorar todo el edificio de la constitución política de Grecia. Fueron la gloria y la riqueza, el esplendor y la envidia, brevemente, toda la presunción y petulancia que siguieron a estas guerras. En Atenas comenzó la época de Pericles, la más brillante que jamás haya vivido un Estado tan pequeño, y de ella se originó no menos naturalmente la infortunada guerra del Peloponeso, la doble guerra espartana, hasta que, finalmente, Filipo de Macedonia sometió a toda la Grecia con una sola batalla. Nadie diga, pues, que un dios malévolos malogra el destino humano tratando, envidioso de su dicha, de hacerle una zancadilla; los mismos hombres son unos para otros los peores demonios. ¿Qué otra cosa podía ser la Grecia de aquellos tiempos, sino la fácil presa de un invasor victorioso? ¿Y de dónde podía venir este triunfador sino de las sierras de Macedonia? Grecia estaba a salvo de Persia, Egipto, Fenicia, Roma y Cartago; su enemigo estaba cerca y se apoderó de ella con unas pocas maniobras astutas y eficientes. También esta vez el oráculo fué más prudente que los griegos; contemporizó con Filipo pronunciando solamente la lacónica sentencia de que un pueblo montañés, concorde y aguerrido, que se halla a las puertas de una nación debilitada, dividida y enervada, saldrá necesariamente vencedor tan pronto como acometa la empresa con prudencia y valentía. Fué lo que hizo Filipo recogiendo a Grecia como un fruto maduro, porque ella misma se había vencido mucho antes. Si Filipo hubiera sido un bárbaro como Sila o Alarico, terminaría aquí la historia de Grecia. Mas él mismo era heleno, como también su gran hijo, y es así como en el momento de la pérdida de la libertad griega, se prepara bajo el nombre de este pueblo una guerra mundial que pocas veces tuvo igual en la historia universal.

8. Cuando el joven Alejandro llegó al trono con sus apenas veinte años y los primeros ímpetus de su ambición de gloria, ejecutó el plan que su padre había preparado cuidadosamente: invadió el Asia atacando al monarca persa en el mismo corazón de su Imperio. También este suceso es perfectamente natural. Todas las incursiones de los persas contra los griegos habían pasado por Tracia y Macedonia; todavía ardía la flama del odio en estos pueblos. Por otra parte, los griegos conocían a la perfección la debilidad de los persas, no sólo por aquellas clásicas batallas de Maratón, Platea, Eretria, sino también en tiempos más recientes por el *Anábasis* de

de dirigir sus armas y falanges el macedonio, regente y comandante supremo de Grecia, sino contra aquella opulenta monarquía carcomida por dentro desde hacía más de un siglo? El joven héroe presentó batalla por tres veces, y el Asia Menor, Siria, Fenicia, el Egipto, Libia, Persia y la India fueron suyos. No se hubiera detenido hasta llegar al océano de no haberle obligado sus macedonios, más prudentes que él, a emprender la retirada. Así como tanta suerte no era un milagro, no fué un destino envidioso el que en Babilonia puso fin a sus hazañas. Grandiosa fué, sin duda, la idea de gobernar el mundo desde Babilonia, un mundo que se extendía desde el Indo hasta Libia y más allá de Grecia hasta el mar del Egeo. Magnífico el pensamiento de hacer de esta parte del mundo una segunda Grecia por su idioma, sus costumbres, artes, comercio y colonias, y fundar otra Atenas en Bactra, Susa y Alejandría. Mas he aquí que el triunfador muere en la flor de su vida y con él se van a la tumba todas las esperanzas de un mundo neo-helénico. Si interrogáramos al destino sobre el por qué de sus designios, nos respondería: "Poco importa que la residencia de Alejandro esté en Babilonia o Pella y que en Bactra se hable en griego o en persa; pero el hombre que quiera llevar a cabo su empresa, sepa moderarse y no cargue la mano hasta morirse de un hartazgo". Alejandro lo hizo y con él murió su Imperio. No es extraño que fuera su propio verdugo, antes bien debe maravillarnos que haya vivido hasta cuando vivió quien hacía tiempo estaba harto de su propia dicha.

9. Ahora el Imperio se dividió, mejor dicho, se deshizo como una gigantesca pompa de jabón. ¿Y cuándo no sucedió lo mismo en circunstancias parecidas? El Imperio de Alejandro no estaba unificado aún bajo ningún aspecto, pues apenas había llegado a serlo en la concepción del mismo vencedor. Las colonias fundadas por él aquí y allá no podían, tan recientes como eran, subsistir sin un protector como él, ni mucho menos hacer frente a todos los pueblos a los que habían sido impuestas a la fuerza. Habiendo muerto Alejandro prácticamente sin herederos, no había otra sucesión sino la de las aves de rapiña que primero le habían ayudado en sus conquistas y luego, muerto el jefe, se lanzaron sobre el botín para asegurarse cada cual la mejor parte. Primero se empeñaron en sacarse los ojos mutuamente hasta que cada uno encontró su nido que defendía como un botín de guerra. Ningún Estado integrado por tan enormes y rápidas conquistas corrió mejor suerte; la naturaleza de los diversos pueblos y regiones pronto vuelve a entrar en sus derechos, de suerte que sólo a la superioridad de la cultura griega sobre los pueblos bárbaros se puede atribuir que muchos de los países conquistados no volvieran a su antigua constitución antes de lo que lo hicieron. Persia, Bactra y los países más allá del Eufrates fueron los primeros, porque se hallaban debasiado lejos del cen-

tro del Imperio para sostenerse contra los pueblos montañoses de origen persa. Si los seléucidas, como lo quería Alejandro, hubieran establecido su morada en Babilonia o en la propia Seleucia, tal vez, estando más al este, hubieran conservado su poder, pero sólo para caer tanto más pronto en una enervante opulencia. Lo mismo ocurrió con las provincias asiáticas del Imperio Tracio; hicieron uso del mismo derecho que había asistido al invasor formando reinos independientes tan pronto como los aliados de Alejandro dejaron el trono a sucesores menos severos. En todo esto vuelven a aparecer siempre las mismas leyes naturales que gobiernan la historia política universal.

10. Mayor duración tuvieron los reinos situados alrededor de Grecia y la hubieran podido tener mayor aún de no haberlo impedido los conflictos entre ellos mismos y, sobre todo, la guerra entre romanos y cartagineses, que los llevó a la ruina general que las legiones romanas extendieron poco a poco por todas las costas del Mediterráneo. Reinos envejecidos y debilitados se alistaron en lucha desigual de la que un mínimo de prudencia debía haberlos apartado. Pero se conservó de la cultura y el arte griegos lo que los gobernantes y los tiempos permitían. En Egipto florecieron las ciencias sólo bajo una forma de docta erudición, pues como tal habían sido cultivadas; cual otras momias yacían en los museos y bibliotecas. El arte se transformó en las cortes en pompa exuberante. Los reyes de Pérgamo y Egipto emulaban por coleccionar bibliotecas, competencia ésta que aprovechó y perjudicó por igual a las futuras letras. Se coleccionaban libros y se los adulteraba; cualquier incendio destruía entonces para siempre todo un mundo de antiguo saber. Se ve que el destino procedió en esto como en todas las cosas, abandonándolas al obrar de los hombres, necio o prudente, pero siempre conforme a sus instintos naturales. Si el sabio llora la pérdida de un libro de la Antigüedad ¿cuántas otras cosas no habría dignas de ser lloradas, que todas se siguen del curso inevitable del destino? La historia de los sucesores de Alejandro es muy digna de ser meditada, no sólo por contener las causas de mucho de lo que se perdió y conservó, sino también como triste ejemplo de reinos que se fundan sobre la rapiña tanto de países como de ciencias, artes y culturas ajenas.

11. No hace falta demostrar que en tal estado de cosas, Grecia no pudo recuperar jamás su antiguo brillo; hacía mucho que el tiempo de su florecimiento había pasado. Verdad es que algunos gobernantes vanidosos se esforzaron por apoyar la causa de la libertad de los griegos; pero eran esfuerzos aparentes por una libertad sin espíritu, por un cuerpo sin alma. Atenas nunca cesó en la entronización y divinización de sus bienhechores, y tanto las artes como las cátedras de filosofía y ciencias se conservaron en esta sede de

la cultura general de Europa mientras era posible; pero siempre alternaban períodos de bonanza con las devastaciones. Entre los pequeños Estados no había concordia, ni los principios para su conservación, si bien se unieron en la alianza de Etolia y renovaron la federación de Acaya. Ni la prudencia de Filopómeno ni la honradez de Arato pudieron devolver a Grecia sus épocas antiguas. Así como el sol en su ocaso envuelto en los cúmulos del horizonte adquiere una apariencia más grande y romántica, así sucedió con la política de Grecia en este momento de su historia. Los rayos del sol poniente ya no calientan como al mediodía, y la política de los griegos moribundos carecía de eficacia. Los romanos llegaron a ellos como tiranos condescendientes que se encargaron de decidir todos los conflictos de la región para bien de sus protegidos, y difícilmente hubo jamás bárbaro alguno que procediese de manera más detestable que Mumio en Corinto, Sila en Atenas o Emilio en Macedonia. Por largo tiempo saquearon los romanos en Grecia cuanto era transportable hasta que, finalmente, rindieron los honores que corresponden a un cadáver despojado. Tenían a sueldo hombres que halagaban la vanidad de los griegos y mandaban a sus hijos para que estudiaran allí, a la sombra de la memoria sagrada de los antiguos sabios y rodeados de charlatanes y estudiosos del arte. Por fin llegaron los godos, los cristianos y los turcos, que dieron muerte definitiva al reino de los dioses helénicos que se había sobrevivido. Cayeron los grandes dioses, Júpiter del Olimpo y Palas Atenea, Apolo de Delfos y la argonáutica Juno; sus templos son ruinas, escombros sus estatuas que inútilmente tratan de desenterrar¹. Desaparecieron de la superficie de la tierra de manera que apenas logra uno imaginarse ahora cómo floreció su culto obrando tan hermosos prodigios entre los pueblos de preclaro ingenio. Habiendo caído estos ídolos de la imaginación humana ¿no habrán de caer otros menos hermosos que ellos? ¿Y a quiénes cederán su lugar: a otros ídolos?

12. La Magna Grecia, aunque oprimida por otros factores, tuvo al fin una suerte similar. Ciertamente que las ciudades más pobladas y florecientes situadas en el más favorable clima de la tierra, contruidas según las leyes de Zaleuco, Carondas y Diocles, y que aventaban a casi todas las provincias de Grecia por su cultura, ciencia, arte y comercio, no estaban al paso de los persas ni de Filipo, gracias a lo cual se mantuvieron en parte por más tiempo que sus hermanas europeas y asiáticas; pero también a ellas les llegó la hora del destino. Al cabo de varias guerras con Roma y Cartago, fueron al fin vencidas y corrompieron a Roma con sus costumbres depravadas, como ellas habían sido derruidas por las armas de Roma.

¹ Véanse los viajes de Spon, Stuart, Chandler, Riedesel, etc.

Tristes yacen sus hermosas y grandes ruinas devastadas por terremotos, volcanes y más todavía por el fanatismo de los hombres¹. Melancólicos resuenan los lamentos de la ninfa Parténope; Ceres de Sicilia va en busca de sus templos, mas no encuentra ya su dorado jardín.

VII

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA HISTORIA DE GRECIA

Hemos considerado diversos aspectos de la historia de esta interesante región porque aporta a la filosofía de la historia un dato que merece llamarse único en su género entre todos los pueblos del mundo. No solamente porque los griegos quedaron libres de toda mezcla de naciones extrañas y su cultura toda ella permaneció propia y autónoma, sino también porque concluyeron de manera tan completa los períodos de su evolución desde los comienzos más primitivos hasta la cúspide, como ningún otro pueblo de la historia. Las naciones de los países continentales se detuvieron en los primeros grados de la civilización perpetuándola antes de tiempo en leyes y costumbres eternas en contra de su desarrollo natural, o fueron víctima de alguna conquista antes de terminar el ciclo de la evolución, quedando segada la planta antes de estar en flor. Grecia, en cambio, apuró el caliz hasta las heces, desarrollando todo su potencial de cultura hasta donde fué posible, para lo cual le ayudó nuevamente la fortuna y las circunstancias. Situada en el Continente, pronto hubiera sido presa de algún conquistador al igual que sus hermanas del Asia; si Darío y Jerjes hubieran logrado su objetivo, la época de Pericles no hubiera existido. Si un déspota hubiera tomado el mando del país, pronto hubiera llegado a ser un conquistador al estilo de los déspotas, tiñendo de rojo los ríos de países lejanos con la sangre de los griegos, como lo hizo Alejandro Magno. Pueblos extraños se hubieran mezclado con ellos, y ellos, a su vez, hubieran errado por el extranjero, aunque fuera en calidad de vencedores. De todo esto los salvó su comercio limitado que nunca pasó de las columnas de Hércules ni provocó la envidia de la fortuna. De esta manera, la historia de Grecia es para nosotros lo que una planta para el naturalista, que sólo puede analizarla completamente si la conoce desde la semilla y germen hasta

¹ Véanse los viajes de Riedesel, Houel y otros.

la flor y la muerte. Lástima grande que la historia de Grecia por culpa de una inícuca costumbre no se haya estudiado ni remotamente con el mismo empeño que la romana. De todos modos, mi tarea consiste ahora en fijar algunos puntos de vista que se ofrecen al estudio de esta importante aportación para la historia universal. En este orden repito, ante todo, el gran principio fundamental:

1. Todo cuanto en el reino de la vida humana puede acaecer en la medida fijada por circunstancias dadas de nacionalidad, tiempo, y lugar, acaece efectivamente. Grecia nos brinda para ello los ejemplos más abundantes y hermosos.

En la naturaleza física no contamos nunca con un milagro; observamos las leyes cuya causalidad hallamos siempre igualmente efectiva, inmutable y regular. Siendo así: ¿el reino de la vida humana con sus campos de fuerzas, cambios y pasiones habría de escapar a esta serie de leyes naturales? Traslada a los chinos a Grecia, y jamás hubiera existido la Grecia que nosotros conocemos; llevad a nuestros helenos a donde Darío condujo a los eritreos cautivos, y veréis que no formarían allí ninguna Esparta ni Atenas. Mirad a Grecia ahora: ya no encontraréis allí a los antiguos helenos, a veces ni la tierra que habitaban. Si no hablaran un resto de su antiguo idioma, si no viéramos las reliquias de su espíritu, sus artes, sus ciudades o por lo menos sus ríos y montañas, se terminaría por suponer que la antigua Grecia fué una fábula como una isla de Calipso o de Alcinoos. Así como esos griegos de hoy llegaron a ser lo que son ahora a fuerza del tiempo transcurrido dentro de una serie dada de causas y efectos, así también los antiguos helenos, así toda nación del mundo. Toda la historia del género humano no es más que una pura historia natural de las fuerzas, acciones e instintos humanos en función del lugar y del tiempo.

Tan sencillo como es este principio, tan ilustrativo y útil es cuando se aplica a la historia de los pueblos. Todo historiador estará de acuerdo conmigo en que una admiración estéril y un aprendizaje memorista no merecen el nombre de historiografía. Pues, siendo esto así, cada uno de sus fenómenos requiere toda la agudeza de que es capaz el intelecto discursivo, lo mismo que un fenómeno natural. Al relatar la historia procurará la mayor veracidad, y al captar y juzgar los hechos se esforzará por penetrar lo más posible todas las relaciones causales, evitando cuidadosamente explicar una cosa existente por otra no existente. Este severo principio acaba con todas las idealizaciones y todos los fantasmas que suelen surgir en un mundo embrujado; en todo se trata de ver solamente lo que realmente hay, y esto ayuda a ver mejor la causa por la que no pudo ser de otra manera. Quien adquiera este hábito científico a propósito de la historia, está en camino de una filosofía más sana que

difícilmente encontrará fuera de la historia natural y las matemáticas.

De acuerdo con esta filosofía, nos guardaremos ante todo con sumo cuidado de poetizar sobre los hechos de la historia suponiendo intenciones ocultas de algún plan desconocido que gobierna todas las cosas, o peor todavía, influencias mágicas de demonios invisibles cuyo nombre nadie se atrevería siquiera a mencionar tratándose de fenómenos naturales. El destino manifiesta sus intenciones por lo que acontece y por el modo en que acontece; por lo tanto, el intérprete de la historia desarrollará estas intenciones sólo a raíz de lo que existe de verdad y se manifiesta en toda su extensión. ¿Por qué hubo griegos ilustrados en el mundo? Porque existían y bajo las circunstancias reinantes no podían ser otra cosa que griegos ilustrados. ¿Por qué invadió Alejandro la India? Porque era Alejandro, el hijo de Filipo, que en vista de los preparativos hechos por su padre, las hazañas de su nación, su edad y carácter, la lectura de Homero, etcétera, no supo hacer nada mejor. Si buscáramos en su rápida decisión planes ocultos de una potencia superior y en sus valerosas hazañas el influjo de una diosa de la fortuna dedicada especialmente a esta importante tarea, correríamos el peligro de ver una vez los fines de la divina Providencia donde en realidad se trata de las peores imprudencias de Alejandro, de menoscabar otras veces su valentía personal y su habilidad como estratega, y siempre de despojar al hecho histórico de su aspecto natural. Quien en la historia natural creyera en hadas y supusiera que son duendes invisibles los que pintan de rojo las rosas, o diminutos espíritus luminosos los que entran en el cuerpo de las luciérnagas o juegan sobre las plumas del pavo real, este tal podrá ser un poeta ingenioso, pero nunca descollará como naturalista o historiador. La historiografía es la ciencia de lo que hubo y no de lo que, según las ocultas intenciones del destino, hubiera podido haber.

2. Lo que vale respecto de un pueblo, reza también para un complejo de varios pueblos relacionados entre sí; ellos conviven según los unió el tiempo y el lugar, y se influyen mutuamente de acuerdo con la energía causal de un conjunto de fuerzas vivas.

Los pueblos del Asia influyeron sobre el griego, y éste sobre aquéllos. Romanos, godos, turcos y cristianos vencieron a los griegos y éstos les aportaron no pocas luces. ¿Cuál es el nexo causal de estos fenómenos? El lugar, el tiempo y el efecto natural de fuerzas vivas. Los fenicios trajeron los caracteres de la escritura a los griegos; mas no los habían inventado para ellos sino que los trajeron con ocasión de una colonia que fundaron allí. Relaciones análogas hubo entre helenos y egipcios, y lo mismo ocurrió cuando los griegos asedjaron

Bactra. Esta es la historia de todas las musas que ellos nos legaron. Homero cantaba, pero no para nosotros; poseemos sus obras porque llegaron hasta nosotros y por esto podemos aprender de él. Si alguna circunstancia de los tiempos hubiera impedido que conociéramos sus obras como tantas otras excelentes ¿quién querría pedir cuentas al destino y sus planes ocultos al ver las causas naturales por las cuales estos escritos se hubieran perdido? Pasemos revista a los escritos que se conservaron y perdieron, a las obras de arte existentes y desaparecidas juntamente con los testimonios sobre su conservación o destrucción; ¿quién se atreve a señalar el criterio conforme al cual el destino las conservó o aniquiló en cada caso? Las obras de Aristóteles se salvaron en un ejemplar enterrado; otros escritos en calidad de pergaminos desechados en subsuelos y cajones viejos; el satírico Aristófanes debajo de la almohada de San Crisóstomo, quien aprendía de él a hacer sus sermones. Todas nuestras luces dependieron precisamente de las circunstancias más insignificantes y despreciables. Sin duda que nuestra ilustración es un acontecimiento de gran importancia para la historia universal; conmovió a casi todas las naciones y en un hombre como Herschel ha llegado a estudiar una por una las diversas capas de la Vía Láctea. Sin embargo, fueron pequeños detalles y circunstancias insignificantes los que nos donaron el vidrio y unos cuantos libros, sin los cuales seguiríamos, por ventura, viajando con mujer e hijos en un carrovienda a la usanza gitana, como nuestros viejos hermanos, los inmortales escitas. Si una serie de hechos casuales lo hubiera querido así, los caracteres de nuestra escritura serían mongólicos en vez de griegos, no obstante lo cual el mundo seguiría rodando y la tierra con sus años y estaciones seguiría siendo la fértil madre nutricia de todo cuanto vive y opera sobre ella conforme a las divinas leyes de la naturaleza.

3. La cultura de un pueblo es la flor y nata de su existencia en la cual se manifiesta atractivo a la vez que efímero.

Así como el hombre, tal cual viene al mundo, nada sabe y tiene que aprender si quiere saber cosa alguna, así aprende un pueblo primitivo ejercitándose y mediante el trato con otros pueblos. Mas toda especie de conocimientos humanos tiene su esfera propia, es decir, su naturaleza, época, lugar histórico y período de vida; así, por ejemplo, la cultura griega floreció en función de determinados tiempos, lugares y objetos junto con los cuales se marchitó. Algunas artes, entre ellas la poesía, precedieron a la filosofía; donde florecían las bellas artes o la retórica no había ambiente propicio para el arte de la guerra o las virtudes patrióticas; los oradores de Atenas desplegaron su mayor entusiasmo cuando el Estado se estaba aproximando a su fin y la honradez se hubo acabado.

Toda clase de luces humanas tienen de común que cada cual tiende a cierto punto de perfección, conseguido el cual por un conjunto de circunstancias felices, no puede conservarse eternamente, ni volver al lugar alcanzado, sino que entra en un período de decadencia. La razón es que toda obra humana perfecta, en cuanto cabe la perfección en lo humano, constituye un esfuerzo máximo en su género, un punto culminante después del cual ya no hay más que imitaciones o tentativas poco felices de superarlo. Cuando enmudeció la voz de Homero, ya no era concebible un segundo Homero en su género; aquél había arrebatado la corona de la epopeya y quien seguía tras él tenía que contentarse con algunos laureles aislados. En consecuencia, los autores griegos de las tragedias optaron por otra carrera: comían, al decir de Esquilo, de la mesa de Homero, pero aderezando un convite diferente para su propia época. Pero también su agosto pasó; los temas de la tragedia se agotaron no quedando a los sucesores de los poetas más excelsos otra cosa que repetirlos en versiones de calidad inferior, puesto que el máximo de belleza formal de la tragedia griega ya estaba dado en aquellos modelos. Eurípides con toda su preocupación moral ya no fué un Sófocles, por no hablar de la posibilidad de superar la esencia del arte de este último. De ahí que Aristófanes, más perpicaz, eligiese otro género literario. Así sucedió en todos los géneros del arte griego y así será siempre en todas los pueblos. Más aún: la seguridad del gusto estético de los griegos y la variedad de formas en que se manifestó, se debe precisamente a que ellos, en sus mejores épocas, comprendieron esta ley de la naturaleza y no trataron inútilmente de superar lo insuperable. Creado el omnipotente Júpiter por Fidas, no hubo lugar para otro mayor; pero si tuvo cabida la realización del ideal que representaba en las figuras de otros dioses, y la consecuencia fué que para cada uno de los dioses se le crease su carácter propio, llenándose la provincia entera de obras de arte.

Por lo tanto, revelaba mucha pobreza y estrechez de miras la pretensión de hacer de nuestra afición personal por algún determinado objeto de la cultura humana una regla general, para imponerla a la providencia y dar una eternidad antinatural a lo que sólo tenía lugar en un momento dado. Semejante empeño no sería otra cosa que oponerse a la esencia del tiempo y destruir la naturaleza de los valores finitos y limitados. Nuestra juventud no vuelve nunca ni la eficiencia específica de nuestras facultades psíquicas tal como fué en un momento y lugar determinado. El mismo florecimiento de la flor es señal de que acabará por marchitarse; comen-zando por las raíces absorbe la savia y las energías de la planta, la cual muere una vez caídos los pétalos. Hubiera sido una desgracia nacional que la época de un Pericles y un Sócrates hubiese durado más tiempo del que le señalan las circunstancias. No revelaríamos me-

nos cortedad si la mitología de Homero viviera para siempre en las almas de los hombres, si los dioses reinaran eternamente o la voz de Demóstenes tronara por todos los siglos, etcétera. Toda planta en la naturaleza debe marchitarse; pero marchitada disemina sus semillas renovando de esta manera la creación viviente. Shakespeare no fué un Sófocles, Milton ningún Homero ni Bolingbroke un Pericles; pero fueron en su género y en su lugar lo que aquéllos en el suyo. Cada cual trate de ser en su lugar lo que las circunstancias le permiten; esto es lo que debe ser, y otra cosa no es posible para él.

4. La salud y duración de un Estado no depende del punto culminante de su cultura, sino de un equilibrio sabiamente dirigido o fortuitamente hallado de la efectividad de sus energías vitales. Cuanto más profundamente está su tendencia vital, tanto mayor es su consistencia y duración.

¿Con qué factor contaron aquellos antiguos constituyentes de Estados? Ni con la inerte ociosidad ni con un extremo activismo, sino con el perfecto orden y la justa distribución de las energías nunca adormecidas y siempre renovadas. El principio de estos sabios era auténtica sabiduría humana aprendida de la naturaleza. Cada vez que un Estado alcanzase la cumbre de su evolución, aunque fuera bajo el gobierno del personaje más excelso y con el pretexto más brillante, al punto se veía en peligro de perecer y volvía a su forma anterior sólo por la intervención afortunada de algún poder. Tal fué la situación terriblemente extrema de Grecia en su lucha contra los persas; tales los desesperados esfuerzos finales que llevaron Atenas, Esparta y Tebas, una contra la otra, acarreado a toda la Grecia la pérdida de su libertad. De la misma manera, Alejandro colocó con sus brillantes victorias todo el edificio de su Estado al borde del abismo; Alejandro murió, el Estado se precipitó y se hizo trizas. La historia de Atenas demuestra a cuáles peligros la expusieron Alcibiades y Pericles, si bien no es menos cierto que tales momentos históricos, si terminan presta y felizmente, producen efectos extraordinarios y pueden movilizar fuerzas increíbles. Todo el esplendor de Grecia es debido a la múltiple actividad de muchos Estados y energías vitales; en cambio, todo cuanto tuvo de duradero y sano en su gusto artístico y sus constituciones políticas es fruto de un equilibrio sabiamente dirigido y al mismo tiempo fortuitamente hallado de sus tendencias. La suerte de sus instituciones fué en cada caso tanto más duradera y noble, cuanto más grande el humanismo, es decir, la razón y justicia en que aquéllas se apoyaban. Aquí se nos ofrece ancho campo para consideraciones sobre la constitución de Grecia para determinar qué valor para la

felicidad de sus ciudadanos y de toda la humanidad han tenido sus inventos e instituciones. Mas todavía sería prematuro aventurar semejantes conclusiones. Es menester que primero penetremos otras conexiones entre épocas y pueblos, antes de poder obtener resultados ciertos en este aspecto.

LIBRO DECIMOCUARTO

Nos acercamos a la costa de donde tomó su origen la ruina muchas veces espantosa de la mayor parte de los Estados considerados hasta ahora. Una alta marea de destrucción, muerte y exterminio se precipitó desde Roma sobre los Estados de la Magna Grecia, sobre la misma Grecia propiamente dicha, y sobre todos los reinos que habían nacido de las ruinas del Imperio de Alejandro. Roma arrasó Cartago, Corinto, Jerusalén y muchas otras ciudades florecientes del mundo griego y asiático, como dió también un triste fin a toda cultura del mediodía que estuviese al alcance de sus armas, especialmente en la vecina Etruria y la valerosa Numancia. No se dió tregua ni descanso hasta dominar desde el mar occidental hasta el Eufrates, desde el Rin hasta el Atlas sobre todo un mundo de naciones. Pero cuando, al fin, rebasó la línea marcada por el destino, la misma Roma halló su fin desgraciado no sólo por la valerosa resistencia de los pueblos nórdicos y montañoses, sino también a causa de la opulencia y discordia internas, la soberbia cruel de sus emperadores, los terribles gobiernos de la soldadesca y, por último, la ira desencadenada de pueblos primitivos que cayeron sobre ella como las olas del mar. Jamás el destino de los pueblos estuvo ligado por más tiempo y con cadenas más poderosas a una ciudad que bajo el dominio mundial de Roma. Mas como en su transcurso se desarrolló, por una parte, todo el poder de la audacia y decisión humana, y mucho más aún la sabiduría militar y política, así también salieron a luz, por otra parte, asperezas y vicios ante los cuales la naturaleza humana se retirará sobrecogida de espanto mientras no haya perdido el último resto de la conciencia de sus sagrados derechos. Parece poco menos que milagroso que esta Roma haya sido la brusca y terrible transición a toda la cultura europea, no solamente porque con las ruinas romanas se salvaron los restos precarios de los tesoros de sabiduría y arte de algunos Estados de la

Antigüedad, fruto de saqueos y robos, sino también porque por una curiosa transformación, la lengua latina había de servir de instrumento para aprender el uso de todos esos tesoros de la Antigüedad. Todavía ahora la estudiamos desde la infancia como vehículo de clásica erudición y justamente a nosotros, todo menos que romanos por el espíritu y la mentalidad, nos tocó en suerte aprender antes del destructor de mundos romanos que de las costumbres más humanas de otros pueblos los principios para la felicidad de nuestros Estados. Mario y Sila, César y Octavio son viejos conocidos nuestros antes de entrar en contacto con la sabiduría de un Sócrates o las costumbres de nuestros mayores. Como la cultura de Europa dependía de la lengua latina, la historia de Roma fué objeto de eruditos comentarios, tanto políticos como científicos, como no se hicieron para ninguna otra historia del mundo; los hombres más preclaros que meditaron sobre la historia, lo hicieron a base de los principios y los hechos romanos en los cuales inspiraron sus propias ideas. Es así como el suelo de Roma, regado con la sangre de los pueblos, se convierte para nosotros al mismo tiempo en un sagra-rio de la formación clásica y un museo de antiguas obras de arte, donde cada paso y cada objeto evoca los tesoros perdidos de una gloria que nunca ha de volver. El fascio del vencedor, flagelo en otros tiempos de naciones inocentes, nos parece retoño de una grandiosa y magnífica cultura que por lamentables peripecias vino a parar a nuestras tierras. Pero antes de entrar en el antro del amo del mundo, rindamos honores al sentido humanitario echando una mirada, siquiera de compasión, sobre una nación vecina de Roma que hizo el mayor aporte a la temprana cultura de ésta, pero también estaba en el camino de las conquistas romanas, hallando un triste fin.

I

LOS ETRUSCOS Y LOS LATINOS

Ya por su situación geográfica, la península avanzada de Italia invitaba a gran número de diversos pueblos advenedizos a establecer allí sus moradas. Comunicada por su parte superior con el Continente que se extiende desde España y Galia a través de Iliria hasta el Mar Negro, emporio y desvío de las grandes migraciones, prolongándose en el mar hasta situar sus costas precisamente frente a Iliria y Grecia, era inevitable que varias tribus de diversas naciones llegaran hasta allí en el transcurso de aquellas migraciones que

se pierden en la penumbra de la prehistoria. De las que habitaban el norte, unas eran de origen ibérico, otras procedían de la Galia; más al sur vivían los ausonios cuyo origen se ignora por completo, y como además con casi todos estos pueblos se mezclaron luego pelasgos, griegos y tal vez hasta troyanos, y éstos en diversos tiempos, bien puede considerarse a Italia como un invernadero de razas y pueblos del que a su debido tiempo habían de salir cosas extraordinarias. Muchos de estos pueblos traían ya cierta cultura consigo; las tribus de los pelasgos tenían su escritura, su religión y su mitología; tal vez se pueda decir lo mismo de algunos iberos que habían estado en contacto con los mercaderes fenicios. Todo estaba preparado y sólo era cuestión de establecer el lugar donde brotaría un florecer indígena.

Esto sucedió entre los etruscos, los cuales, sea cual fuere su origen, son uno de los primeros pueblos con un gusto y una cultura propios y personales. No tenían inquietudes de conquistador; en cambio, se dedicaron a diversas instituciones y organizaciones, el comercio, las artes y la navegación, a la que los invitaban las costas del país. Fundaron colonias en casi toda Italia, difundieron artes y fomentaron el tráfico mercante hasta el punto de que una serie de las más célebres ciudades del país les debe a ellos su origen¹. Su Constitución cívica que sirvió de modelo a los romanos, los pone muy por encima de cualquier Constitución de los bárbaros y manifiesta un espíritu de carácter tan europeo que ciertamente no podía provenir de ningún pueblo asiático ni africano. Todavía poco antes de su ocaso, Etruria era una república democrática de doce tribus confederadas según principios que se introdujeron en la misma Grecia mucho más tarde y sólo bajo una presión extrema. Ningún Estado independiente podía declarar la guerra o concertar la paz sin el consentimiento de todos los demás. La guerra misma la habían ya convertido en un arte propio, habiendo inventado y usado el clarín de guerra, las lanzas livianas, el *pilum*, etcétera, para las señales de ataque y retirada, la marcha y el combate en falanges cerradas. Introduciendo las garantías para los heraldos parlamentarios, observaron una especie de derecho internacional y de guerra. También los oráculos y varios de sus ritos religiosos que nos parecen mera superstición, fueron evidentemente al mismo tiempo instrumentos de su Constitución política, gracias a la cual son el primer pueblo de Italia que trató de combinar ingeniosamente la religión con el Estado. En todas estas cosas Roma no fué más que su discípula, y si tales instituciones contribuyeron a la consistencia y grandeza del Imperio Romano, éste se lo debe casi íntegramente a los etruscos. También de la navega-

¹ DEMETER, *Etrur. Regal. cum observat. Buonarroti et paralipom. Passerii*. Florent. 1723, 1767.

ción hicieron un verdadero arte desde tiempos muy lejanos, dominando la costa italiana por el comercio y las colonias. Eran maestros en la fortificación de las ciudades y la arquitectura. El obelisco toscano es más antiguo que el mismo dórico de los griegos, toma su nombre de ellos y no es imitación de ningún modelo extranjero. Eran aficionados a las carreras de carros, el arte dramático, la música y también la poesía, y como lo demuestran sus monumentos se apropiaron en gran medida de la mitología de los pelagos. Las ruinas y escombros que nos conservaron casi sólo las tumbas, evidencian que hablan salido de los comienzos más rudimentarios y supieron conservar su estilo personal en tiempos posteriores, no obstante el contacto con otros pueblos, incluso el griego. Poseían realmente un propio estilo de arte¹, que conservaron al igual que sus fábulas religiosas hasta más allá de la pérdida de su libertad². También en lo que se refiere a una buena legislación cívica para ambos sexos, en las disposiciones para la agricultura y viticultura, para las garantías al comercio interior, la inmigración de extranjeros, etcétera, parece haber andado más cerca de los derechos de la humanidad que buena parte de las mismas repúblicas griegas en tiempos posteriores. Como su alfabeto ha servido de tipo próximo para todos los alfabetos europeos, podemos considerar a Etruria como la segunda fuente de origen de la cultura de nuestro Continente. Tanto más lamentable es que sean tan pocos los monumentos y testimonios que nos han quedado de los esfuerzos de este pueblo tan rico en artes y civilización; hasta la historia detallada de su ocaso nos arrebató un malévolo azar.

Ahora bien: ¿de dónde vino este florecimiento etrusco, y a qué se debe que no haya alcanzado las cumbres de la belleza helénica y se marchitase antes de haber llegado a la medida de su perfección? Por exiguos que sean nuestros conocimientos sobre los etruscos, vemos también en ellos la gran obra de la naturaleza en la formación de las naciones, obra que, en cierta manera, se limita a sí misma según las energías intrínsecas y las circunstancias externas de tiempo y lugar. Como pueblo europeo se hallaban ya bastante lejos del Asia, madre de las culturas anteriores y densamente poblada desde tiempos muy remotos. Las tribus de los pelagos, por su parte, habían llegado emigrantes medios salvajes a tal o cual costa de Italia, mientras Grecia, por ejemplo, era un centro geográfico y emporio nato de naciones civilizadas. En Italia, en

¹ WINCKELMANN, *Geschichte der Kunst*, parte I, cap. 3.

² HEYNE, *De fabularum religionumque Graecarum ab Etrusca arte frequentatarum natura et causis; de reliquiis patriae religionis in artis Etruscae monumentis; Etrusca antiquitas a commentitiis interpretamentis liberata; Artis Etruscae monumenta ad genera et tempora sua revocata in N. Commentariis Soc. Gotting.*, III y ss.

cambio, se juntaron varios pueblos heterogéneos de manera que también el idioma etrusco parece ser una mezcla de diversas lenguas¹. Por lo tanto, a un país poblado de tan distintos elementos no le fué concedido el don de un florecer cultural procedente de un germen homogéneo. El solo hecho de que los Apeninos habitados por rudos pueblos montañeses atravesasen Italia de parte a parte, no permitía semejante uniformidad de un solo reino e idiosincrasia nacionales, que son los únicos fundamentos firmes para una cultura nacional duradera. También en épocas posteriores fué la misma Italia siempre el país que más dolores de cabeza costó a los romanos, y no bien su dominio se hubo acabado, volvió el país al estado de múltiple división que le es, al parecer, connatural. La diversificación de sus provincias por sierras y costas, así como el carácter racial tan distinto de sus diversos habitantes, hacía natural esta división, pues todavía hoy, cuando el poder político se empeña en unificarlo todo y centralizar el gobierno, Italia sigue siendo el país más dividido de Europa. También los etruscos se vieron pronto asediados por varios pueblos, y puesto que su carácter era más el de una nación mercante que el de un Estado guerrero, hasta un arte bélico tan avanzado como el suyo tuvo por fin que rendirse a los siempre renovados ataques de naciones más salvajes. Perdieron, pues, sus ciudades en el norte de Italia, que fueron conquistadas por los galos, viéndose reducidos a la Etruria propiamente dicha, y más tarde sus colonias en la Campania pasaron a los samnitas. Siendo un pueblo mercante y amante de las artes, pronto hubieron de sucumbir a los embates de los pueblos más primitivos, porque tanto las artes como el comercio implican cierta opulencia de la cual no se vieron libres sus colonias situadas en las hermosas costas italianas. Finalmente les cayeron encima los romanos, de los cuales se hallaban por desgracia demasiado cerca y contra quienes no podían sostenerse indefinidamente ni su cultura ni su federación de Estados, a pesar de toda la gloriosa resistencia que les opusieron. Estaban ya un tanto debilitados por la civilización cuando Roma era todavía un pueblo robusto y aguerrido, y no les aprovechó gran cosa su federación ya que los romanos supieron dividirlos combatiéndolos uno por uno. Todavía así les costó un trabajo de muchos años, dado que los galos hacían frecuentes incursiones en Etruria por el lado opuesto. Finalmente, el pueblo, apremiado por dos adversarios poderosos, se rindió al que procedía conforme a un plan más metódico de sometimiento: los romanos. Desde que Tarquino el Soberbio había hallado asilo en Etruria, y desde la muerte feliz de Porsena, consideraban a este país como a su vecino más peligroso. Una humillación como la que había su-

¹ *Paverii Paralipom. ad Demeter*, etc.

frido por parte de Porsena, Roma no la perdonó nunca, y de esta manera era cosa muy natural que un pueblo decadente fuese vencido por uno primitivo, uno mercante por uno guerrero, y una federación desunida de Estados por una ciudad-Estado perfectamente unificada. Quien hubiese querido evitar que Roma arrasase a otros, debía destruirla a tiempo a ella; y como el bueno de Porsena no hizo tal, su propio país fué al final víctima del enemigo al que había perdonado.

Circunstancias de tiempo y lugar explican que tampoco en su estilo artístico los etruscos se hayan puesto nunca a la altura de los griegos. Sus fábulas poéticas no eran más que la fábula griega más antigua y menos ágil, a la que, no obstante, supieron infundir admirablemente vida y movimiento. Los temas de su arte parece que se reducían a unas pocas festividades religiosas o cívicas de las que no poseemos suficientes datos detallados. Conocemos a este pueblo casi solamente por sus cementerios, tumbas y calaveras. Mientras duraba su libertad, no llegaron a vivir una época culminante como lo fué la flor de las artes griegas a raíz de la victoria sobre los persas, y la situación interna del país y de la península no brindaba ocasión para un auge mayor de la vida cultural y espiritual que pudiera darles semejante celebridad. Debemos, por consiguiente, considerarlos como fruto prematuro al que le tocó en suerte madurar en un rincón del huerto donde por falta de benigno calor solar no pudo alcanzar tanta dulzura como los otros frutos del mismo árbol. Otra época había reservado el destino a las riberas del Arno para dar frutos de mayor madurez y hermosura.

Por el momento, las orillas pantanosas del Tíber eran las que estaban destinadas a ser el punto de partida de un influjo que debía abarcar tres Continentes, para lo cual circunstancias temporales anteriores habían dispuesto el terreno aun antes de la fundación de Roma. Fué allí donde, según las antiguas leyendas, habían desembarcado Evandro, y hasta el mismo Hércules con sus helenos; aquí en el centro de Italia estaba la ciudad de Palantio, el reino de los latinos con Alba Longa, aquí la sede de una temprana civilización hasta el punto de que hubo quien supuso la existencia de una Roma anterior a la que conocemos por este nombre, creyendo encontrar las ruinas de una ciudad más reciente sobre las de otra más antigua. Esta hipótesis carece de fundamento, siendo Roma probablemente una colonia de Alba Longa fundada por dos caudillos afortunados y aventureros; de otra manera no se explica que hubiesen elegido esta región. Veamos ahora con qué elementos dentro de sí y a su alrededor contaba Roma para justificarse desde un principio en la lucha y la rapiña, apenas fue destetada de las ubres de la loba.

Roma estaba cercada de pequeños pueblos, viéndose pronto obligada a luchar no ya por su sostén sino por su misma existencia. Conocidos son los conflictos de los primeros tiempos con los ceníenses, crustuminenses, antemnatos, sabinos, tamerinenses, fidenatos, vejentianos, etcétera, que convirtieron desde el principio a la ciudad, apenas constituida, en campamento permanente situado sobre la frontera de muchas naciones muy diversas, y habituaron tanto a los jefes militares como al senado, los caballeros (équites) y al pueblo a instituir el desfile con ocasión de una incursión de rapiña afortunada que se denominaba Triunfo. El triunfo, costumbre tomada de los etruscos, sirvió de gran aliciente para guerras e incursiones a un Estado pobre y escaso de territorios. Inútilmente edificó el pacífico Numa un templo a Jano y la diosa Fides; para nada sirvieron los dioses fronterizos y sus festividades que instituyera. Estas instituciones pacifistas no sobrevivieron al mismo Numa, porque Roma, acostumbrada a la rapiña a fuerza de treinta años de victorias ininterrumpidas bajo el mando de su primer rey, no creía que hubiese mejor manera de rendir culto a Júpiter que la de ofrecerle botín de guerra. Desaparecido este legislador justo, se inflamó nuevamente el espíritu bélico, y Tulio Hostilio se vio ya envuelto en una guerra con la misma Alba Longa, la madre de Roma. Desmanteló sus fortificaciones y se llevó a los albanenses a Roma. De la misma manera vencieron él y sus sucesores a los fidenatos, los sabinos y finalmente a todas las ciudades latinas hasta emprender la lucha contra los etruscos. Todo esto no hubiera sucedido si Roma hubiera estado en otro lugar o algún vecino poderoso la hubiera suprimido a tiempo. Ahora, en cambio, aprovechando su carácter de ciudad latina se impuso como cabeza de la confederación de las ciudades latinas y no tardó en absorberlas por completo; se mezcló con los sabinos hasta, por fin, subyugarlos; aprendió de los etruscos hasta someterlos y entró en posesión de su triple frontera.

Hay que reconocer que estas primeras operaciones requerían reyes de una talla tal como los que tenía Roma, en particular el primero de ellos. Dejando de lado la conocida leyenda, no cuesta mucho creer que este hombre fuese amamantado por una loba; evidentemente fué un aventurero audaz, valiente e inteligente, de lo que hablan también las primeras leyes e instituciones que promulgó. Numa procedió ya a suavizar algunas, clara señal de que no era la época sino la persona quien dictaba las leyes. Cuán primitivo fué el espíritu heroico de los primeros romanos en general, lo demuestra a las claras la historia de personajes como Horacio Cocles, Junio Bruto, Mucio Scévola y el comportamiento de mujeres como Tulia, Tarquinia, etc. Fué, por lo tanto, una suerte para este Estado rapaz que sus reyes supiesen conciliar la valentía brutal con la prudencia

política y ambas con una patriótica generosidad. Suerte fué que a Rómulo le sucediera un Numa, a éste un Tulio y un Anco, y a éstos, nuevamente, hombres como Tarquino y Servio, a quien sólo sus méritos personales hicieron avanzar de esclavo a rey. Suerte fué, finalmente, que reyes de cualidades tan distintas gobernasen por largos períodos, teniendo cada uno el tiempo suficiente para dar consistencia y duración a su contribución al espíritu romano. Cuando después entró en escena un Tarquino desvergonzado, la ciudad ya firmemente constituida optó por otra forma de gobierno. Una selección constantemente renovada de guerreros y rudos patriotas tomó las riendas, empeñada en añadir cada año nuevos triunfos a los pasados y ejercitar y acerar su patriotismo. Quien se propusiera escribir una novela política sobre el origen de Roma, difícilmente podría inventar circunstancias más favorables que las que nos ofrecen la historia real y la leyenda.¹

Rea Silvia y el destino de sus hijos, el rapto de las sabinas y la divinización de Quirino, cualquiera de los hechos y hazañas de índole brutal en las guerras y victorias, y finalmente figuras como Tarquino, Lucrecia, Junio Bruto, Poplicola, Mucio Scévola y otros son los que anuncian ya en los tiempos primitivos de Roma sus futuras conquistas. De ahí que ninguna historia se prestase mejor que la romana a consideraciones filosóficas, puesto que el espíritu político de sus historiadores los induce a señalar ellos mismos la concatenación de causas y efectos a medida que van describiendo los hechos históricos.

II

LAS INSTITUCIONES ROMANAS EN ORDEN A LA ESTRUCTURACIÓN DE UN ESTADO IMPERIALISTA Y GUERRERO

Rómulo hizo un censo de la población y la dividió en gremios, curias y centurias; computó las tierras y las distribuyó entre el culto religioso, el Estado y el pueblo. Dividió al último en patricios y plebeyos; de los primeros integró el senado y elevó los cargos públicos más importantes a la categoría de ritos sagrados. Se insti-

¹ Montesquieu en su hermoso escrito: *Sur la grandeur et sur la décadence des Romains* llega casi a la altura de una novela política. Antes de él, Maquiavelo, Paruta y muchos otros italianos de agudo ingenio se extendieron en consideraciones políticas sobre este tema.

tuyó una orden de caballeros que en épocas posteriores había de formar una especie de clase media entre el senado y el pueblo. Estas últimas clases sociales estaban ligadas además por la relación entre patronos y clientes. De los etruscos tomó Rómulo el haz de los lictores con fascios y hacha, temible símbolo del supremo poder de mando que en adelante toda autoridad superior llevaría a la cabeza de sus funciones con la debida graduación de rango. Excluyó a los dioses ajenos para asegurar a Roma su propio dios protector; instituyó a los augures y otros oráculos para entrelazar la religión popular íntimamente con los asuntos de la guerra y del Estado. Determinó las relaciones jurídicas entre marido y mujer, padres e hijos, constituyó la ciudad, celebró triunfos y fué finalmente asesinado y posteriormente adorado como un dios. He aquí en rasgos sencillos el eje alrededor del cual girarán luego los acontecimientos de la historia de Roma. Si más adelante aumenta el número de clases sociales, cambiando éstas de modalidad y oponiéndose unas a otras; si se originan sangrientos conflictos sobre la preponderancia y los privilegios de clases y gremios; si la creciente deuda de los plebeyos y la opresión por parte de los ricos producen disturbios y dan pie a diversos proyectos para mejoras sociales por medio de tribunales, repartición de tierras y una jurisprudencia ejercida por la orden de los caballeros; si los conflictos acerca de la jurisdicción del senado, los patricios y los plebeyos revisten tales o cuales matices hasta que ambas clases sociales acaban por fusionarse, no podemos ver en todo esto más que peripecias inevitables en una maquinaria viviente, toscamente engranada cual había de ser el Estado romano dentro de los muros de la ciudad. Lo mismo ocurre respecto de la multiplicación de los cargos públicos a medida que crecían el número de la población, las victorias obtenidas, los países conquistados y las necesidades del Estado, y también reza para el mayor o menor número de triunfos que se concedían, los juegos, los gastos de representación y lujo, la patria potestad y los privilegios del sexo masculino según las diversas épocas, costumbres y mentalidad. Todo esto no son más que matices de la antigua Constitución a la que Rómulo, si bien no fué su inventor, supo dar tal solidez y consistencia que hasta la época de los emperadores y aun hoy mismo constituyen la base de Constitución de Roma. Todo se reduce a cuatro iniciales: S. P. Q. R.¹, palabras mágicas que subyugaron y devastaron el mundo y acarrearón, por fin, a la misma Roma su desgraciado fin. Será conveniente destacar algunos puntos principales de la Constitución romana de los cuales la suerte corrida por Roma se deriva como el árbol de sus raíces:

1. Desde un principio, tanto el senado co-

¹ *Senatus populusque romanus*: el senado y el pueblo de Roma.

mo el pueblo de Roma fueron guerreros; desde sus miembros más encumbrados hasta los últimos, si la necesidad lo pedía, Roma fue un Estado guerrero. Aunque el senado ejercía funciones deliberativas, salieron de sus filas patricias jefes militares y embajadores; también el ciudadano acomodado tenía que prestar servicio en el ejército desde la edad de diecisiete hasta la de cuarenta y seis años, y aun hasta los cincuenta. Quien no había participado activamente en alguna guerra, no era digno de desempeñar cargos públicos; de ahí el sentido político de los romanos en campaña y su espíritu guerrero en la política. Sus consejos deliberativos trataban de asuntos que conocían a fondo y sus resoluciones se convertían en hechos. Un embajador romano inspiraba respeto a los reyes, porque sabía al mismo tiempo conducir ejércitos y decidir tanto en el senado como en la batalla sobre la suerte de reinos y naciones. Las centurias privilegiadas no se integraban de la masa inculta de la plebe; eran hombres acaudalados y expertos en la guerra, los países del mundo antiguo y los negocios. El voto de las centurias menos ricas tenía menos autoridad y en las épocas de auge ni se las juzgaba dignas de la guerra.

2. La educación romana, particularmente la de las estirpes nobles, se ajustaba a este fin del Estado. Se aprendía a deliberar, a hablar en público, a emitir el voto o a dirigir al pueblo. A temprana edad se alistaban en el ejército para la guerra y se abrían camino para triunfos, distinciones y cargos públicos. De ahí el carácter peculiar de la historia romana, de su retórica y hasta su jurisprudencia, religión, filosofía y lenguaje; todo revela un espíritu político y activo, un temple varonil y audaz unido con la astucia y cierta urbanidad y comedimiento cívicos. Casi no cabe imaginar diferencias más profundas que las que revela una comparación entre la historia o tan sólo el arte retórico de los chinos o judíos por una parte y los romanos por otra. También del espíritu helénico, sin exceptuar el de Esparta, se distingue la mentalidad romana por estar basada en una naturaleza más dura, costumbres más arraigadas y principios más firmes. El senado romano no pereció nunca; sus conclusiones, sus máximas y el carácter romano heredado de Rómulo eran eternos.

3. Era frecuente que los jefes militares romanos fueran al mismo tiempo cónsules cuya dignidad política y militar duraba un año; por lo tanto, tenían que darse prisa para volver triunfantes, y los sucesores se apresuraban a seguir sus huellas. De ahí el progreso increíble y la multiplicación de las guerras romanas; una nacía de otra y preparaba la siguiente. Se llegó hasta el extremo de guardar ocasiones para futuras campañas, una vez que la presente hubiese

terminado, lucrando con las mismas como con un capital de botín, fortuna y honor. Así se explica el interés que se tomaban los romanos por otros pueblos a los que se imponían como aliados, protectores o árbitros, a lo cual no los impulsaba, a buen seguro, su filantropía. Sus alianzas eran una tutela; su consejo, una orden; su arbitraje significaba el sometimiento o la guerra. Nunca hubo soberbia tan inmisericorde ni petulancia más desvergonzada en la imposición de su voluntad que la demostrada por los romanos; creían que el mundo se había hecho para ellos y por eso acabaron por hacerlo suyo.

4. El soldado romano participaba en los honores y la recompensa que se tributaban a los jefes militares. En los primeros tiempos del fervor cívico romano no se pagaba sueldo por el servicio militar; más tarde se pagó con mucha parcidad. Pero con las conquistas y las mejoras obtenidas por los tribunos para las clases bajas, crecieron el sueldo, la recompensa y la participación en el botín. Era cosa corriente que los agros de los vencidos fuesen repartidos entre los soldados y sabido es que los conflictos más viejos y frecuentes de la república romana se originaron por la repartición de tierras entre la población. Más tarde el soldado participaba en el botín de las conquistas de países extranjeros, tanto por los honores tributados al general victorioso como por ricos presentes. Había coronas cívicas, coronas de baluarte y coronas de navío de guerra, y cierto Lucio Dentato, por ejemplo, se gloriaba de haber participado en ciento veinte batallas, haber vencido ocho veces en encuentros individuales, haber recibido cuarenta y cinco heridas en la parte anterior del cuerpo y ninguna en las espaldas, haber detestado treinta y cinco veces al enemigo y haber sido premiado con dieciocho lanzas no enchapadas, veinticinco guarniciones de caballería, ochenta y tres cadenas, ciento sesenta brazaletes y veintiséis coronas, a saber, catorce cívicas, ocho áureas, tres de baluarte y una de salvamento, y además con dinero en efectivo, diez prisioneros y veinte bueyes. Como, además, el escalafón de nuestros ejércitos permanentes en los que nadie desciende y todos ascienden por antigüedad de servicio, era desconocido durante la mayor parte del tiempo que duró el Estado romano, eligiendo, en cambio, el general a sus tribunos y éstos a sus suboficiales cada vez que se iniciaba una guerra, necesariamente había ocasión para una más libre competencia por los puestos honoríficos y asuntos de la guerra, lo cual implicaba, a la vez, un contacto más íntimo entre los jefes y la tropa. Todo el ejército era un cuerpo cuidadosamente escogido en cuyo último miembro alentaba el espíritu del jefe supremo por medio de sus lugartenientes. A medida que con el correr de los tiempos se vino abajo la muralla que en los comienzos de la república

había separado a los patricios de los plebeyos, el éxito y el valor en la guerra pasaron a ser para todas las clases sociales el camino que conducía a los puestos honoríficos, las riquezas y el poder político, hasta el punto de que, en épocas posteriores, los amos omnipotentes de Roma, Mario y Sila, habían salido del pueblo, y al fin los individuos más depravados alcanzaban las supremas dignidades. Esto ha sido, sin lugar a dudas, la perdición de Roma, así como en los comienzos de la república el orgullo patricio había sido su sostén hasta que paulatinamente la soberbia opresora de los nobles vino a ser la causa de todas las perturbaciones internas posteriores. Desde el principio, la dificultad de hallar el justo equilibrio entre el senado y el pueblo, entre patricios y plebeyos, había sido la manzana de la discordia en la constitución de Roma, hasta que las constantes fluctuaciones de preponderancia, ya de un lado ya del otro, acabaron finalmente con el Estado mismo.

5. La mayor parte de las tan sonadas virtudes romanas no tiene otra explicación que la constitución rigurosa e intolerante de su Estado; las primeras se desmoronaron apenas hubo desaparecido la segunda. Los cónsules ocuparon el lugar de los reyes y se veían poco menos que forzados por los ejemplos antiguos a hacer gala de un ánimo más que real, de un temple romano. Todas las autoridades, especialmente los censores, participaban de este espíritu. Causa admiración la estricta imparcialidad, la generosidad desinteresada, la vida austera y trabajadora que llevaban los antiguos romanos desde la madrugada y aún antes de rayar del alba hasta muy entrada la noche. Tal vez no haya otro Estado en el mundo que haya llegado tan lejos en la seriedad en los negocios y la severidad en los deberes cívicos como Roma, en la cual estaba el centro de todas las actividades. La nobleza de sus linajes que se distinguían gloriosamente por nombres patronímicos, el constante peligro que acechaba desde afuera y la continua lucha entre nobles y plebeyos por dentro; luego el vínculo entre ambos por la relación de patronos y clientes, el permanente contacto personal entre todos en los mercados, casas y templos políticos, la jurisdicción minuciosamente dividida entre los privilegios del senado y los derechos del pueblo; su estrecha vida familiar, la educación de la juventud orientada en sentido político desde la primera infancia, todo este conjunto de factores contribuía a hacer del pueblo romano el primero y más orgulloso del mundo. Su alta nobleza no era, como en otros pueblos, una nobleza ociosa de terratenientes o meros procreadores de algún nombre antiguo; vivía en estas primeras estirpes un orgulloso espíritu familiar, cívico y romano en el cual la patria encontraba su más seguro sostén; y este espíritu se heredaba de padres a hijos y nietos con ininterrumpida efectividad e íntima

unión con un mismo e inmutable Estado. Tengo por cierto que ni en los momentos más aciagos ningún romano habría podido concebir la idea de un colapso de Roma; todos actuaban al servicio de su ciudad como si los dioses le hubiesen concedido el don de la inmortalidad, y ellos, los romanos, fuesen los instrumentos de los dioses para dar realidad a esta promesa. Sólo cuando la excesiva fortuna convirtió la valentía de los romanos en altanería y presunción, ya Escipión recitó aquellos versos de Homero a la vista de la ruina de Cartago, que vaticinaban también a su patria el destino de Troya.

6. La manera como en Roma la religión se entrelazaba con el Estado, contribuyó en todo sentido a su grandeza cívica y guerrera. Habiendo estado desde los comienzos de la ciudad y en los tiempos más heroicos de la república en manos de las familias más conspicuas y de los mismos jefes políticos y militares, de manera que ni los emperadores desdeñaran esta dignidad, se salvó en sus ritos de lo que puede llamarse la peste de las religiones estatales; el desprecio, en lo cual era ayudada activamente por el senado. Polibio, el experto estadista, atribuía parte de las virtudes romanas, especialmente su lealtad y veracidad insóbornables, a la religión que él llamaba superstición. En efecto, hasta los postreros tiempos de su decadencia guardaron los romanos tal fidelidad a esta superstición que algunos de sus generales más belicosos hacían correr la voz de que estaban en trato íntimo con los dioses, seguros de que con su ayuda no sólo tendrían poder sobre los ánimos del pueblo y del ejército, sino también sobre la misma fortuna y el azar. No había acto político ni bélico que no estuviese ligado a la religión que le confería carácter sagrado. Por esto las estirpes de noble prosapia lucharon contra los plebeyos por la posesión de las dignidades religiosas como sus privilegios más sagrados. Esto se suele atribuir solamente a su sagacidad política, ya que los auspicios y vaticinios, ingenioso fraude de apariencias religiosas, les permitía dirigir el curso de los acontecimientos; pero aunque no quiero negar la existencia de tales abusos, no es verdad que todo se iba en esto. La religión de los dioses de Roma, religión de sus mayores, era según creencia generalizada el pilar de la prosperidad nacional, la prenda de sus privilegios ante otros pueblos y el *sancta sanctorum* de su Estado único en el mundo. Así como al principio no introdujeron nuevos dioses en su propio país, aunque siempre respetaron los dioses de países ajenos, así también deseaban que se conservara más tarde el culto a sus antiguos dioses que había sido característico de la Roma primitiva. Cualquier cambio en este punto significaba conmover los cimientos del Estado, por lo cual el senado y el pueblo se reservaron siempre el *ius maiestatis* en el ordenamiento

de los ritos sagrados, haciendo imposible todo amotinamiento o subterfugio de una casta sacerdotal aparte. La religión de los romanos era una religión del Estado y de la guerra que, si no los preservó de guerras injustas, al menos les daba una apariencia de justicia sometiendo al visto bueno de los dioses sin excluir su protección, mediante ritos de feciales y auspicios. Pero en épocas posteriores no fué menor la habilidad política de los romanos cuando, contrariando sus antiguos principios, aceptaron también a dioses extraños en sus templos y hasta trataron de atraerlos. Entonces su Estado ya se estaba tambaleando, como no podía ser de otra manera después de tan enormes conquistas, y esta tolerancia política los preservó del error de perseguir religiones y cultos ajenos, cosa que sólo bajo los emperadores iba tomando cuerpo, y también entonces no por amor u odio a alguna verdad especulativa sino por consideraciones estrictamente políticas. En general, Roma no se interesó por ninguna religión mientras ésta no afectara el Estado de alguna manera; en esto no procedían como hombres y filósofos, sino como ciudadanos, guerreros y vencedores.

7. ¿Qué diré del arte militar romano que en todo sentido era por aquel entonces el más perfecto en su género por cuanto aglutinaba soldados y ciudadanos, militares y políticos, y siempre avizor, ágil e innovador aprendía de todo enemigo? Su fundamento primitivo era tan antiguo como la misma ciudad de Roma, pues cuando Rómulo pasó revista a los ciudadanos, éstos formaron la primera legión romana. Pero no por esto tuvieron reparos en reformar su ejército, movilizar la antigua falange hasta el punto de revolucionar por completo el orden clásico de batalla, a saber, el macedónico, que era tenido por el modelo del arte militar de entonces. En lugar de sus anticuadas armaduras latinas, adoptaron de los etruscos y samnitas las armas que mejor les servían; aprendieron el orden de la marcha de Aníbal, cuya prolongada estada en Italia fué para ellos el más duro ejercicio de guerra que jamás habían tenido ni iban a tener. Sus grandes militares, entre ellos los Escipiones, Mario, Sila, Pompeyo, César, consideraban verdadero arte la guerra que fué el trabajo de toda su vida, y como tenían que ejercitarlo contra los más diversos pueblos, algunos de los cuales por su desesperación, valentía y fortaleza, luchaban con gran denuedo, tuvieron que llegar muy lejos en todas las ramas de esta ciencia. Mas no residía todo el poder de los romanos en las armas, el orden de batalla y el campamento, sino más bien en el intrépido espíritu guerrero de sus jefes militares y el largo entrenamiento de los soldados que sabían soportar hambre, sed y múltiples peligros, servirse de sus armas como de sus propios miembros y sostener un ataque de lanzas para buscar con la corta espada romana el corazón del enemigo en medio de la falange. Esta corta

espada romana conducida con valentía romana es la que conquistó el mundo. La forma de llevar la guerra de los romanos era más ofensiva que defensiva, asediaba menos de lo que derrotaba, buscando siempre el camino más breve a la victoria y la gloria. Se basaba en los inamovibles principios de la república a los que tuvo que rendirse, finalmente, todo el mundo: Nunca ceder hasta la completa derrota del enemigo, y por esto nunca lidiar con más de un adversario a la vez; nunca hacer las paces en la desgracia, aunque la paz reportara mayores ventajas que una victoria, sino aguantar a pie firme y redoblar la resistencia al enemigo favorecido por la suerte; infiltrarse bajo la máscara de una generosidad desinteresada, como si sólo se tratara de proteger a los oprimidos y ganar aliados, hasta que llegue el momento de mandar al aliado, oprimir a los protegidos y triunfar como vencedor sobre amigos y enemigos. Estas y semejantes máximas de la insolencia romana, o si se prefiere, de una prudente magnanimidad dotada de la firmeza de una roca, convirtió un mundo en provincias romanas, y lo haría siempre si volvieran tiempos similares con un pueblo semejante. Dirijamos nuestros pasos a los campos ensangrentados que atravesó este amo del mundo y veamos al mismo tiempo qué herencia legó a la posteridad.

III

LAS CONQUISTAS DE LOS ROMANOS

Cuando Roma emprendió su carrera triunfal, Italia estaba llena de multitud de pequeños pueblos, cada uno de los cuales vivía según sus propias leyes y carácter nacional con una civilización más o menos avanzada, pero todos ellos activos, laboriosos y fecundos. Causa admiración la multitud de hombres que cada uno de estos pequeños Estados, hasta en las abruptas regiones montañosas, pudieron oponer a los romanos, hombres todos ellos que se habían sustentado y se sustentaban. En manera alguna se reducía la civilización de Italia a la sola Etruria; todo pequeño pueblo, incluso los mismos galos, tenían en ella su parte. Las tierras se cultivaban; artes primitivas, el comercio y la estrategia se ejercían a la manera que la época permitía. A ningún pueblo le faltaban

leyes, buenas aunque pocas, inclusive la regla natural del equilibrio entre varias naciones. Impulsados unas veces por la necesidad, otras por la soberbia, y favorecidos por diversas circunstancias, los romanos llevaron contra ellos guerras sangrientas y difíciles durante cinco siglos. Todo el resto del mundo que sometieron, no les costó tan duros esfuerzos como estas pequeñas regiones con sus pueblos y tribus que muy poco lograron subyugar. ¿Y cuál fué el resultado de tanto trabajo? Destrucción y muerte. No cuento aquí los hombres que de ambos lados se mataron y con cuya desaparición perecieron naciones enteras como los etruscos y samnitas; la mayor desgracia era la disolución de sus comunidades y la devastación de sus ciudades que se infligía al país, porque el efecto afectaría aun a la más remota posteridad. Tanto si estos pueblos eran trasladados a Roma, o sus pobres restos contados como "aliados", como cuando eran tratados como súbditos o hasta colonias: nunca recuperaban su pristino vigor. Una vez uncidos al yugo de Roma tenían que derramar su sangre durante siglos por Roma, sea en calidad de aliados o súbditos, y no para bien y gloria suya, sino de Roma. Una vez caídos en la esfera de Roma, por amplias que fuesen las libertades que a tal o cual de ellos se concediese, por fin acabaron todos buscando sólo en Roma fortuna, renombre, justicia y riquezas, de manera que la gran ciudad había hecho desaparecer en pocos siglos toda actividad cultural de Italia. Tarde o temprano, las leyes de Roma regían en todas partes, las costumbres romanas se hicieron costumbres italianas y su descabellado objetivo de dominar el mundo entero atrajo a todos estos pueblos a alinearse alrededor suyo para finalmente perecer en medio de la opulencia romana. Al fin ya no había remedio contra esta tendencia, de nada sirvieron las negativas, restricciones y prohibiciones. Una vez desviado el curso natural de las cosas, no hay arbitrio ni leyes humanas para arreglarlas. El pulpo de Roma chupó la sangre, enervó y despobló a Italia hasta tal punto que, finalmente, se tuvo que recurrir a bárbaros salvajes para darle nuevos hombres, nuevas leyes, costumbres y nueva vitalidad. Mas con esto no se recuperó lo que había perdido; Alba y Cameria, la próspera Veyes y la mayor parte de las ciudades etruscas, latinas, samnitas y apúlicas habían desaparecido; ninguna de las pobres colonias implantadas sobre su ceniza pudo revocar su antiguo esplendor, su densa población, su laboriosidad artística, sus leyes y costumbres. Lo mismo ocurrió con todas las florecientes repúblicas de la Magna Grecia: Tarento y Crotone, Síbaris y Cumea, Locria y Turi, Regio y Mesana, Siracusa, Catana, Naxos, Megara dejaron de existir y algunas perecieron desastrosamente. En medio de tus compases y escuadras fuiste muerto, oh gran Arquímedes, con toda tu sabiduría, y nada tiene de extraño que tus propios compatriotas no supiesen, luego, el lugar de tu

sepulcro, pues tu misma patria había caído contigo en la tumba, ni la salvó el hecho de que la ciudad escapase a la destrucción. El daño que el dominio romano infligió en esta parte del mundo a las ciencias y artes, la cultura del país y de los hombres, es incalculable. Guerras y procuradores romanos acabaron con la bella Sicilia, diversas devastaciones y, sobre todo, la vecindad de Roma, arruinaron la hermosa Italia del sur. Ambos países no fueron, al fin, otra cosa que tierras distribuidas y casas de campo de los romanos acaudalados, y por consiguiente, objetos preferidos de sus exacciones. Ya en tiempos de Graco el Mayor, la misma suerte había alcanzado a Etruria, tan floreciente en otros tiempos, a saber, un desierto fértil habitado por esclavos y explotado por romanos. ¿Y qué otra región hermosa del mundo hay cuyo destino fuera otro una vez que los romanos habían puesto el pie en su frontera?

Cuando Roma hubo sometido a Italia, comenzaron sus conflictos con Cartago y, si no me equivoco, de una manera tal que el más decidido romanófilo no podrá menos que avergonzarse de ello. La manera como apoyaron a los mamertinos para obtener una base en Sicilia, como se apoderaron de Cerdeña y Córcega en el justo momento en que Cartago se veía apremiada por sus pueblos satélites; la manera, finalmente, como el muy sabio senado deliberó "si había que tolerar la existencia de una Cartago en este mundo", no de otro modo que si se tratase de un repollo que uno mismo hubiese plantado en su propia huerta, todo esto y mil otras brutalidades de esa lava hacen de la historia romana, no obstante toda la prudencia y valentía que se quiera, una historia de demonios. Cuando una Cartago que ya no representa ningún peligro para los romanos, solicita a precio de oro su auxilio y confiada en su promesa les entrega guardias, navios, almacenes y trescientos nobles como rehenes, aunque no hubiese sido un Escipión sino un dios el que en tal situación entregara la fría y soberbia solicitud de su destrucción como veredicto del senado, siempre sería una solicitud negra y demoníaca de la que sin duda el mismo noble portador sentiría no poca vergüenza. "Cartago ha sido ocupada", escribe a Roma, como si con tan lacónica expresión quisiera encubrir su innoble hazaña. Nunca los romanos dieron al mundo una ciudad como Cartago ni inspiraron su fundación. También un enemigo de Cartago y conocedor de todas sus debilidades y vicios observa con amargura y repugnancia las circunstancias que rodearon su destrucción, y rinde pleitesía a los cartagineses, por lo menos ahora que como republicanos desarmados y vilmente engañados luchan sobre sus tumbas y mueren por ellas. ¿Por qué, oh Aníbal, grande y sin igual, te negó el destino adelantarte a la ruina de tu patria y matar al león en su misma cueva después de la victoria de Cannas? La posteridad, tan inferior a ti en magnanimidad, y la que

nunca trató de atravesar los Alpes, te critica por ello, no atenta a la calidad de las tropas con que contabas y en qué estado debían encontrarse después de las terribles batallas del invierno en el norte y centro de Italia. Tus enemigos critican la falta de disciplina de tus tropas, mientras en realidad es un milagro que pudieras mantener unidos a esos viles mercenarios tanto tiempo, teniendo que ceder finalmente a su voluntad al llegar a la Campania, después de tan inauditas marchas y hazañas. Inmarcesible es la gloria de este valiente enemigo de los romanos cuya entrega exigieron ellos más de una vez despóticamente como si se tratara de un botín de guerra. No fué el destino; fueron la avaricia y la envidia de su patria las que se amotinaron contra él no permitiéndole llevar a feliz término las victorias que él, y no Cartago, había obtenido contra los romanos, y de esta manera fué inevitable que sólo sirviera para enseñar a sus enemigos el arte militar, como habían aprendido ya el arte de la construcción naval de los cartagineses. Terrible advertencia del destino de no detenerse nunca a mitad del camino en sus designios, puesto que entonces se fomenta justamente lo que se deseaba evitar. Sea como fuere, Cartago pereció y con ella un Estado que los romanos jamás fueron capaces de reemplazar. El tráfico mercante desapareció de aquellos mares, y pronto ocuparon su lugar los piratas que hasta nuestros días infestan estas regiones. El África rica en cereales no fué bajo el dominio romano ni remotamente lo que había sido por tanto tiempo bajo Cartago. Se convirtió en el granero de la plebe romana, cazadero de animales salvajes para los juegos circenses, y un arsenal de esclavos. Tristes yacen todavía ahora las riberas y llanuras del hermoso país al que, como primera obra colonizadora, robaron los romanos su cultura indígena. Hasta la última letra del alfabeto púnico se nos ha perdido; Emiliano los regaló a los nietos de Masinisa, un enemigo de Cartago a otro.

Dondequiera que se dirija la mirada desde Cartago, no se ve más que ruinas y destrucción, porque en todas partes dejaron idénticas huellas estos conquistadores del mundo. Si los romanos hubieran tenido seriamente la intención de ser los libertadores de Grecia, título pomposo bajo el cual se hicieron anunciar a esta nación decadente hasta el infantilismo con ocasión de los juegos ístmicos, qué otra hubiera debido ser su actuación. Pero, pobre Grecia, ¡qué fin depara a tu historia tu protectora, tu discípula Roma, la educadora del mundo! Paulo Emilio hace saquear setenta ciudades epirotas y vender a ciento cincuenta mil hombres como esclavos sólo para premiar a sus soldados. Metelo y Silano saquean y devastan Macedonia; Mumio, Corinto; Sila, Atenas y Dellos, como nunca ciudades en el mundo han sido saqueadas y devastadas. Luego, la ruina se propaga sobre las mismas islas griegas, siendo

idéntica la suerte corrida por Rodas, Chipre y Creta, y finalmente toda Grecia, ha de ser una caja de tributos y un campo de saqueos para dar brillo a los triunfos romanos. En uno de ellos es llevado el último rey de Macedonia con sus hijos, para luego perecer en la más horrible cárcel, mientras uno de sus hijos que escapó a la muerte sigue viviendo en Roma como tornero y escribiente. Los últimos resplandores de la libertad griega, la alianza etólica y la federación de Acaya se disuelven, y finalmente todo se convierte en una provincia romana o campo de batalla donde los ejércitos del pillaje y la devastación, conducidos por los triunviros, acaban por matarse unos a otros. Lo que de ti ha llegado hasta nosotros, oh Grecia, son sólo las ruinas que estos bárbaros llevaron consigo como botín de triunfo, para que en su propio montón de ceniza pereciera algún día todo cuanto la humanidad había inventado de grande y hermoso.

Desde Grecia nos dirigimos a las costas del Asia y del África. Asia Menor, Siria, Ponto, Armenia y Egipto fueron los reinos donde los romanos se entrometieron ya como herederos, ya como tutores, ya como árbitros o pacificadores, pero de los cuales reportaron como merecido premio de sus abnegados servicios el veneno que había de dar muerte a su propia Constitución política. Son conocidas para cualquiera las grandes hazañas bélicas del Escipión asiático, de Manlio, Sila, Lúculo y Pompeyo. Sólo este último ostentó en un solo triunfo más de quince reinos conquistados, ochocientas ciudades ocupadas y mil fortificaciones asaltadas. Exhibió oro y plata por valor de veinte mil talentos. Aumentó las entradas del Estado romano en doce mil talentos, o sea, en un treinta por ciento, y todo su ejército se había enriquecido de tal manera que el soldado de menor graduación había recibido como premio la suma de doscientos escudos, fuera de todo lo que cada uno ya llevaba consigo. ¡Qué ladrón! Por esta vía prosiguió Craso, que sólo en Jerusalén robó diez mil talentos, y quien de ahí en adelante salía para Oriente en tren de guerra, volvía, si es que volvía, cargado de oro y riquezas. ¿Y qué dieron los romanos en cambio a los orientales? Ni leyes, ni la paz, ni instituciones, ni población, ni artes. Devastaron los agros, quemaron bibliotecas, arrasaron altares, templos y ciudades. Una parte de la biblioteca de Alejandría fué presa de las llamas por intervención de Julio César, mientras Antonio regaló la mayor parte de la de Pérgamo a Cleopatra, para que las dos perecieran juntas. De esta manera, los romanos que pretendían llevar la luz al mundo, no dejaron a su paso más que la noche oscura. Tesoros enteros de oro y obras de arte son arrancados por exacción; mundos enteros de filosofía y espiritualidad se hunden en el abismo. El carácter propio personal de los pueblos se borra y las provincias, bajo una serie de los emperadores más detestables, son explotadas, robadas y maltratadas.

Mayor lástima aún, si cabe, me dan las naciones arruinadas del Occidente en España, Galia y hasta donde llegaron las legiones romanas. Los países subyugados de Oriente eran casi todos flores ya marchitas; aquí en cambio fueron dañadas poco antes de su florecimiento, de manera que de algunos apenas se conservó su raza y propia mentalidad. España era, antes del advenimiento de los romanos, un país bien constituido, en su mayor parte fértil y feliz. Su comercio revestía cierta importancia y también la civilización de algunas de las naciones allí radicadas no era cosa despreciable, como lo demuestran no solamente los turdetanos, que habían mantenido prolongado contacto con los fenicios y cartagineses, sino también los celtiberos que habitaban la parte central. La valerosa Numancia resistió a los romanos más que ningún otro lugar del mundo. Por veinte años soportó la guerra, derrotando un ejército romano tras otro, para defenderse finalmente contra todo el arte militar de un Escipión con una valentía cuyo desastroso fin causa horror. ¿Y qué buscaban los invasores aquí en el interior del país, en naciones que nunca los habían provocado y apenas oído su nombre? Minas de oro y plata. España fué para ellos, lo que América hoy para España: un lugar de pillaje. Y así saquearon Lúculo, Galba y otros, faltando a la buena fe y a la palabra dada; el mismo senado declaró inválidos dos tratados de paz que sus generales apremiados habían concertado con los numantinos, a quienes entregó cruelmente estos mismos jefes militares, siendo vencido también en nobleza y generosidad por Numancia para con estos infelices. Ahora Escipión se dirige con todo su poder contra Numancia, encierra la ciudad y hace cortar el brazo derecho a cuatrocientos jóvenes, los únicos que acudían en ayuda de la ciudad injustamente asediada. Cuando apremiado por el hambre, un pueblo asediado se acoge a su clemencia y justicia, desoye tan conmovedora súplica y lleva a cabo la destrucción de los desgraciados como un auténtico romano. Como auténtico romano obró Tiberio Graco al devastar trescientas ciudades, pueblitos y castillos tan sólo en el país de los celtiberos. De ahí el odio inextinguible de los españoles contra los romanos; de ahí también las valerosas hazañas de un Viriato y un Sertorio, ambos caídos de manera indigna superando, a no dudarlo, a muchos generales romanos en prudencia y valor en la guerra; de ahí, finalmente, esos pueblos montañeses de los Pirineos que casi nunca pudieron ser vencidos y conservaron su libertad salvaje a despecho de los romanos, mientras pudieron. Desgraciado país del oro, Iberia, casi desconocida, te alejaste al reino de las sombras con tu civilización y tus naciones, cual ya Homero cantó de ti como reino de los muertos bajo los rayos del sol poniente.

Poco podemos decir sobre la Galia, no conociendo su conquista sino por la información que nos suministra el mismo conquistador.

Durante diez años le costó a César increíbles trabajos y el empeño de todas las facultades de su alma grande. Aunque de ánimo más noble que romano alguno, no pudo torcer su destino romano y fué objeto del triste elogio de que sin contar las guerras civiles, había peleado en cincuenta batallas campales, habiendo matado a un millón ciento noventa y dos mil hombres en diversos encuentros, los más de ellos galos. ¿Dónde están ahora los numerosos vivaces y valientes pueblos de este gran país? ¿Dónde su espíritu y magnanimidad, su número y fuerza cuando siglos después fueron asaltados por pueblos salvajes que se los dividían entre sí como a esclavos romanos? Hasta el nombre de este pueblo, uno de los principales de la tierra, se extinguió; su religión tan peculiar, su cultura y su idioma se exterminaron con todo lo que fuera una provincia romana. ¿Y vosotros, almas grandes de Escipión y César, cuáles fueron vuestros sentimientos, cuáles vuestros pensamientos cuando libradas ya de vuestra envoltura mortal, mirabais a Roma desde vuestro cielo, y contemplando esta cueva de ladrones apreciasteis los efectos de vuestra profesión asesina? ¿Qué mancillado debe haberos parecido vuestro honor, qué ensangrentados vuestros laureles, qué rastrero y misantrópico vuestro arte de la matanza! Roma ya no existe, y aun en vida, a todo hombre de nobles sentimientos debería haberle dicho su instinto que con todas estas victorias gigantescas y ambiciosas se acumulaba sobre la cabeza de su patria la maldición y la ruina.

IV

LA DECADENCIA DE ROMA

La ley del talión es un orden eterno de la naturaleza. Así como no puede oprimirse un platillo de la balanza sin que se levante al otro, así tampoco se altera ningún equilibrio político y no se comete ningún crimen de lesa humanidad conculcando los derechos de los pueblos sin pagarlo en la misma moneda, causando la medida sobrecolmada una caída tanto más terrible. Si hay una historia que prueba esta verdad natural, es la romana. Conviene, con todo, ensanchar las miras y no tomar una causa parcial por la adecuada de la ruina romana. Si los romanos nunca hubieran visto las costas de Asia y Grecia y no hubieran procedido con otros países más pobres a su manera, sin duda su caída hubiera sido igualmente inevitable aunque en otro momento histórico y rodeada de otras circunstancias. El germen de la corrupción estaba ya dentro de la

planta, el gusano corroía sus raíces y su médula; y fué así como también este árbol gigantesco tuvo finalmente que derrumbarse.

1. En el seno de la Constitución de Roma había una escisión, un factor híbrido que, de no ser remediado a tiempo, había de causar su ruina tarde o temprano; fué la misma organización del Estado, los límites injustos e inciertos, entre el senado, la orden de los caballeros y el pueblo. Naturalmente no fué posible que Rómulo, al hacer estas divisiones, pudiera prever todas las peripecias futuras de la ciudad; las creó de acuerdo con las circunstancias de su tiempo y las necesidades del momento; no bien cambiaron éstas, el mismo Rómulo halló la muerte a manos de quienes juzgaban excesiva la autoridad de que gozaba. Ninguno de sus sucesores tuvo ánimo ni sintió la necesidad de completar la obra; echaron el peso de la propia personalidad en la balanza para mantener a raya el partido de la oposición y gobernar a los dos en un Estado primitivo y rodeado de múltiples peligros. Servio hizo un censo de la población y puso el peso del gobierno en manos de los ricos. Bajo los primeros cónsules, los peligros externos arreciaron demasiado para pensar en reformas; también eran demasiado grandes, fuertes y meritorias las personalidades entre los patricios para no ganarse la voluntad del pueblo. Pero no tardaron en cambiar estas circunstancias, haciéndose insoportable la opresión ejercida por los nobles. Los ciudadanos estaban endeudados hasta mucho más allá de sus posibilidades; exigua era su participación en la legislación y las victorias por las que ellos mismos habían tenido que pelear, de manera que el pueblo emigró a la montaña sagrada y se originaron conflictos que con el nombramiento de los tribunos, lejos de solucionarse, se multiplicaron, y no dejaron de afectar toda la historia de Roma hasta el fin. Se explica así el conflicto largo y tantas veces renovado sobre la distribución de los campos, la participación del pueblo en las dignidades supremas, consulares y religiosas, en cuyo transcurso cada partido defendía sus propios intereses y nadie pensaba imparcialmente en el bien común. Este conflicto duró hasta los triunviratos, los cuales fueron solamente su consecuencia. Por el hecho de que los triunviratos significaran el fin de la Constitución romana y de que aquel conflicto fuera tan antiguo como la misma república, se ve que no fué una causa externa sino interna la que estaba corroyendo desde un principio las raíces del Estado. Cosa rara por demás parece entonces que haya quienes se empeñan en hacer aparecer la Constitución romana como la más perfecta del mundo, siendo precisamente una de las más defectuosas, nacida de las circunstancias de tiempos primitivos, nunca reformada con una verdadera visión de conjunto y siempre instrumento de los intereses partidarios. El único capaz de reformarla eficazmente hubiera sido

César; mas ya era tarde y las puñaladas que acabaron con su vida se adelantaron a toda mejora.

2. Hay una contradicción en el principio: Roma, reina de las naciones, Roma, dominadora del mundo, porque Roma no fué más que una ciudad, y su organización la de un municipio. Naturalmente, contribuyó a la continuidad de las guerras y el prolongado efecto de sus victorias, el hecho de que las decisiones emanaran de un senado permanente y no de un monarca efímero, ya que de esta manera el espíritu de sus máximas desastrosas para el mundo se conservaba mejor en una corporación que en una serie de regentes desiguales. Más aún: como el senado y el pueblo estuviesen casi siempre envueltos en una guerra intestina y solapada, el primero de los dos se veía continuamente en la necesidad de asegurar la tranquilidad interna dando trabajo fuera del país unas veces a un hombre ambicioso y perturbador, otras veces a una turba de aventureros, de manera que esta constante tensión contribuía también en buena parte a una incesante destrucción del mundo. Pero también para su propia supervivencia necesitaba el senado a menudo no sólo victorias y rumores de tales, sino también grandes peligros. Todo patricio ambicioso que deseaba ganarse la voluntad del pueblo, precisaba ofrecer presentes, juegos públicos, y conquistar renombre y triunfos, todo lo cual sólo la guerra podía proporcionarle.

Nada mejor que el inquieto gobierno de una gran ciudad con sus múltiples divisiones y reparticiones para perturbar el mundo y conservarlo perturbado por muchos siglos. Ningún Estado ordenado y en paz consigo mismo hubiera dado al mundo tan horrible espectáculo, aunque más no fuera, por su propio bienestar. Pero una cosa es hacer conquistas, y otra conservarlas, vencer en el campo de batalla y aprovechar la victoria en provecho del Estado. Esto último nunca supo hacerlo Roma a causa de su organización interna, y aun lo primero, la conservación de las conquistas, sólo pudo lograrlo con medios totalmente opuestos a la constitución de la ciudad. Ya los primeros reyes conquistadores se vieron obligados a incorporar algunas ciudades y pueblos dentro de los muros de Roma para dar robustez, raíces y tronco a la incipiente planta que iba a tener ramas tan gigantesas. En consecuencia, la población creció en forma pavorosa. Más tarde, la ciudad adoptó el sistema de alianzas, y los aliados salían a campaña con los romanos; participaban en sus victorias y conquistas y eran romanos aunque no fueran habitantes de Roma, ni ciudadanos romanos. Pronto estallaron violentos conflictos sobre si debía concederse el derecho de ciudadanía a los aliados, exigencia ineludible que brotaba naturalmente de la misma índole del asunto, y que dió origen a la primera guerra civil que costó a Italia trescientos mil jóvenes y puso a

Roma al borde del abismo, habiendo tenido que armar hasta a sus esclavos libertos. Fué una guerra entre la cabeza y los miembros, y no podía tener otro resultado sino que de ahí en adelante los miembros debían pertenecer a la cabeza informe que era Roma. Toda Italia se había convertido en Roma, la cual crecía siempre más sembrando la confusión por el mundo. No quiero detenerme aquí en el desorden que esta romanización produjo en la administración de la justicia de todas las ciudades italianas; sólo deseo apuntar los males que a partir de ahora vinieron convergiendo en Roma desde los cuatro confines de la tierra. Si ya antes toda clase de elementos se amontonaban en la ciudad y el criterio de selección en las tablas del censo era tan amplio que se llegó a tener un cónsul que no era ciudadano romano, ¿qué sería ahora cuando toda Italia se agolpaba alrededor de la cabeza del mundo, la más monstruosa cabeza que jamás presidiera los destinos de la tierra? Después de la muerte de Sila, los amos del mundo contaban cuatrocientos cincuenta mil hombres; con la incorporación de los aliados ascendió esta cifra en gran escala, y en tiempos de César ya eran trescientos veinte mil tan sólo los que solicitaban una ayuda en el reparto público de cereales. Basta hacerse presente con los ojos de la imaginación esta turba impetuosa y en gran parte ociosa y verla en los plebiscitos haciendo compañía a sus patronos que solicitaban cargos públicos, para comprender cómo por medio de presentes, juegos, desfiles, adulación y ante todo la bruta fuerza de la soldadesca se armaban motines, se derramaba sangre a torrentes y se constituían triunviratos que acabaron por convertir a la orgullosa reina del mundo en su propia esclava. ¿En qué había venido a parar ahora la autoridad del senado, un grupo de cuatrocientos a seiscientos hombres contra esa turba innumerable que exigía derechos señoriales y se vendía en grandes ejércitos al que mayores promesas le hiciera? ¿Qué triste papel hace el dios Senado, como lo llamaba la adulación de los griegos, frente a un Mario y un Sila, un Pompeyo, César, Antonio y Octavio, sin contar todavía los ogros de emperadores que posteriormente surgirían de la soldadesca! Cicerón, el padre de la patria, hace una triste figura con sólo atacarlo un Clodio; sus mejores consejos de poco valen no sólo contra lo que hicieron Pompeyo, César y Antonio, y otros, sino ni siquiera contra lo que un Catilina estuvo tan cerca de llevar a cabo. Tales despropósitos no se originaban por las especias importadas del Asia ni por la molición de Lúculo, sino por la Constitución fundamental de Roma, que, siendo una ciudad, quería asumir el papel de amo del mundo¹.

¹ Sobre lo bueno que puede decirse de la simplicidad de los antiguos romanos y la civilización del pueblo romano, véase a Meierotto en su bien documentado

5. Mas no había en Roma solamente un sechado y un pueblo, sino también esclavos, y su número crecía a medida que los romanos se adueñaban del mundo. Por medio de esclavos labraban sus extensos agros en Italia, Sicilia, Grecia, etcétera; una multitud de esclavos constituía su riqueza doméstica, y el comercio con ellos como también su adiestramiento era en Roma importante oficio que hasta un Catón no se avergonzaba de desempeñar. Hacía mucho que habían pasado los tiempos en que el amo trataba fraternalmente al siervo y Rómulo pudo promulgar la ley de que un padre podía vender hasta tres veces a su hijo en calidad de siervo. Los esclavos de los dominadores del mundo provenían de los cuatro confines de la tierra y eran tratados con blandura por los amos humanitarios, y como animales por los despiadados. Milagro hubiera sido que de tan inmensa turba de seres oprimidos no se hubiesen originado grandes males para los romanos; porque como toda institución perversa, también ésta debía llevar en sí misma necesariamente su recompensa y su castigo. La venganza no se reduce, ni mucho menos, a la sola guerra sangrienta de los esclavos que Espartaco llevó contra los romanos durante tres años con gran arte militar y valentía; sus secuaces aumentaron de setenta y cuatro a setenta mil; derrotó a varios generales romanos, luego a dos cónsules, y se cometieron muchas crueldades; pero el peor daño provino de los predilectos, los esclavos libertos, pues por ellos Roma se convirtió al fin en esclava de los esclavos en el sentido más propio de la palabra. El mal comenzó ya en tiempos de Sila, y bajo los emperadores cundió de manera tan atroz que me siento incapaz de relatar los desórdenes y barbaridades que ocurrieron por culpa de los esclavos predilectos y los libertos. La historia y las sátiras de los romanos están repletas de estos hechos y ningún pueblo salvaje del mundo presenta casos análogos. De esta manera, Roma fué castigada por la misma Roma y los opresores del mundo terminaron como siervos humildes de los esclavos más infames.

4. Otra causa, finalmente, fué el lujo, tan fácil de alcanzar para Roma como favorable era su posición geográfica para las conquistas. Dominaba como desde su centro el Mar Mediterráneo y con ello las costas más prósperas de tres Continentes. Lo que es más, a través de Alejandría y mediante poderosas flotas se apoderó de las riquezas de Etiopía y de un extremo de la India. No hay palabras para describir el bárbaro derroche y la opulencia que reinaban desde la conquista del Asia en convites y juegos, en vestidos, edificios y útiles domésticos no sólo en la misma Roma

tado escrito sobre las costumbres y sistema de vida de los romanos, parte I, Berlín, 1776, y en la segunda parte la historia del lujo entre el pueblo y los nobles.

sino en todo cuanto le pertenecía¹. Uno no da crédito a sus ojos al leer las descripciones de todas estas cosas, los precios que se pagaban por objetos de valor de procedencia extranjera, y junto con el despilfarrar el cúmulo de deudas de los grandes romanos, que en los últimos tiempos eran libertos y esclavos. Semejante fausto no pudo menos que acarrear la más oprimiente miseria, y lo que es más, era en sí mismo una inmensa pobreza cultural. Aquellos ríos de oro que durante siglos convergieron en Roma, tuvieron por fin que agotarse, y como todo el comercio de los romanos los colocaba en notable desventaja por cuanto adquirían lujo y lo pagaban a precio de oro, nada tiene de extraño que la sola India les sustrajese cada año una suma fabulosa. Los agros quedaron yermos y cubiertos de maleza; ya no se fomentaba la agricultura como lo habían hecho los antiguos romanos y sus contemporáneos en Italia; los artistas dedicaron sus esfuerzos a lo superfluo y no a lo útil; sus objetivos eran un fantástico lujo y esplendor en arcos de triunfo, baños, sepulcros, teatros y anfiteatros, etcétera, construcciones monumentales que sólo podían alzar esos saqueadores del mundo. Ningún romano ha inventado jamás cosa alguna en un arte u oficio provechoso para la humanidad, ni en la industria alimenticia, sin decir que con ello hubiese servido a otras naciones y obtenido una justa y duradera ganancia. Pronto el Imperio se empobreció, el valor de la moneda descendía y en el tercer siglo de nuestra era la remuneración de un alto jefe militar no valía según esta moneda lo que en tiempos de Augusto se estimaba insuficiente para el soldado raso. Todo eso eran consecuencias naturales de un estado de cosas que no podría tener otro resultado, aun considerándolo sólo desde el punto de vista industrial y comercial. Por las mismas causas, la población iba decreciendo, y no sólo en número sino también en altura, estado atlético y energías vitales. Esta misma Roma e Italia que había convertido en semi-desiertos a los países más florecientes y densamente poblados del mundo como Sicilia, Grecia, España, Asia, África y Egipto, moría ahora naturalmente de la muerte más antinatural por sus leyes y sus guerras, pero más que nada por su vida ociosa, sus vicios depravados, el divorcio, la brutalidad contra los esclavos y más tarde la tiranía contra los mejores y más nobles hombres que le habían quedado. Durante siglos enteros, la Roma moribunda se agita entre las más atroces convulsiones en su lecho de muerte, el cual se extiende por todo el mundo de donde se procuró los dulces venenos

¹ Véase además de Petronio, Plinio, Juvenal y muchos otros pasajes en los escritos antiguos, las colecciones modernas de Meierotto, vol. 2, sobre las costumbres y sistema de vida de los romanos, y MEINER, *Historia de la decadencia romana*, etc.

que causaron su perdición. Ahora el mundo no puede prestarle otra ayuda que la de acelerar su muerte. Llegan los bárbaros, gigantes del norte de Europa, a quienes los enervados romanos les parecen enanos; devastan a Roma e inyectan nuevas fuerzas a la agotada Italia, demostración terrible y benigna a la vez, de que toda perversión en la naturaleza lleva en sí misma su castigo y destrucción. Al lujo de los orientales debemos agradecer que librara al mundo más prontamente de un cadáver que, de otra manera, a fuerza de victorias en otras partes del mundo, también hubiera entrado en putrefacción, pero no de modo tan rápido y espantoso.

5. Ahora debería resumir todo lo dicho y demostrar cómo en virtud del gran orden de la naturaleza y sin contar el lujo, la plebe, el senado y los esclavos, el solo espíritu guerrero de Roma tenía que causar al fin su propia perdición y volver contra sus propias entrañas la espada que tantas veces había desenvainado contra ciudades y naciones inocentes. Pero la historia pregonaba a voces esta verdad sin que haga falta subrayarla con mi pluma. Las legiones que hambrientas de tanto pillaje ya no encontraban qué saquear, viendo en cambio el fin de su gloria en las fronteras persas y germanas, ¿qué otra cosa podían hacer sino volver a Roma y dar muerte a su propia madre? Este horrible espectáculo comenzó ya en tiempos de Mario y Sila; las legiones que venían de regreso apoyando a su jefe militar supremo o pagadas por él, iban a vengarle de sus contrarios políticos en la misma patria, y Roma se inundó de sangre. Y el espectáculo seguía a través de los siglos. Cuando César y Pompeyo llevaron sus ejércitos uno contra el otro en el país donde en otros tiempos habían cantado las musas y Apolo apacentado sus ovejas, peleando romanos contra romanos, decidieron lejos de la patria la suerte de ésta. Lo mismo sucedió con ocasión de un inhumano arreglo ofrecido por un triunviro de Módena que, de acuerdo con una lista establecida, entregó a la muerte a trescientos senadores y dos mil caballeros al destierro y la muerte, y por exacción obtuvo, hasta de las mujeres, doscientos mil talentos sacados en su mayor parte de Roma. Otro tanto ocurrió después de la batalla de Filipos donde murió Bruto, y antes de la guerra contra el segundo Pompeyo, hijo más noble de un gran padre; lo mismo después de la batalla de Actio, etcétera. Para nada sirvió que el débil y cruel Augusto hiciese el papel del bondadoso y pacífico; con la espada se había estructurado el Imperio, con la espada debía ser defendido o por ella morir. Si en los últimos tiempos los romanos querían entregarse a un beatífico sueño, no así las naciones injuriadas y despertadas por ellos, que clamaban venganza y llegado su tiempo pagaron en la misma moneda. El emperador del Imperio Romano era y siguió siendo siem-

pre el jefe militar supremo, y los que se olvidaron de su oficio fueron llamados al orden por el ejército de manera terrible. Este entronizaba y asesinaba a los emperadores hasta que por fin el comandante de la guardia imperial se impuso como primer ministro, convirtiendo al senado en miserable reunión de títeres. Pronto el senado estuvo integrado sólo por soldados que, con el tiempo, se debilitaron hasta el punto de que no servían para la guerra ni para senadores. El Imperio se desintegró; Césares y anticésares se hacían la guerra, las naciones circunvecinas invadían el territorio y era menester incorporar al ejército a los mismos enemigos, que llamaron a otros enemigos peores. Las provincias eran despedazadas y devastadas, y por fin se precipitó en espectacular caída la Roma eterna y orgullosa, abandonada y traicionada por sus propios conductores. Testimonio éste, terrible por demás, de cómo acaba el desmedido afán de conquistas de reinos grandes y pequeños y de cómo el despotismo militar halla su merecido fin conforme a las leyes naturales. Ningún Estado guerrero hubo jamás que fuese más sólido y grande que el romano, pero tampoco hubo cadáver que tuviese funerales más aterradores que la historia de Roma en sus últimos siglos, de manera tal que no se comprende cómo pudiese haber conquistadores después de César y Pompeyo ni cómo un pueblo civilizado pueda, después de esto, tolerar todavía un régimen militar.

¡Oh destino omnipotente! ¿Será que la historia de Roma nos fué legada y a una parte del mundo impuesta con la espada, para que aprendiésemos esta lección? Sin embargo, a juzgar por los hechos, sólo aprendemos de ella huecas palabras, o su ejemplo mal entendido ha dado origen a nuevos romanos sin que ninguno de ellos alcanzase la altura de los primeros. Una sola vez estos antiguos romanos dominaron la escena y dieron, casi siempre como personas privadas, el grandioso y terrible espectáculo cuya repetición esperamos no se produzca nunca en bien de la humanidad. Veamos, con todo, el esplendor y los aspectos magníficos que también esta tragedia tuvo en el transcurso de su historia.

V

CARÁCTER, CIENCIAS Y ARTES DE LOS ROMANOS

Después de lo dicho es un deber de justicia nombrar y honrar también a las almas nobles que en el difícil lugar donde el destino las había puesto, se sacrificaron con magnanimidad por lo que

llamaban su patria, realizando en su corta vida hazañas que llegaron casi al extremo límite de las fuerzas humanas. Siguiendo el orden cronológico debería alabar como lo reclaman sus méritos a Junio Bruto y Poplicola, Mucio Scévola y Coriolano, Valeria y Veturia, los trescientos Fabios y Cincinnato, Camilo y Decio, Fabricio y Régulo, Marcelo y Fabio, los Escipiones y Catones, Cornelia y sus desafortunados hijos, y juzgando solamente por los méritos militares, también a Mario y Sila, Pompeyo y César, y si es que las buenas intenciones y tentativas merecen alabanza, a Marco Bruto, Cicerón, Agripa, Druso y Germánico. También entre los emperadores debería alabar como a fuertes pilares de un edificio que se derrumbaba a Tito, la alegría de los mortales, el bueno y justo Nerva, el afortunado Trajano, el infatigable Adriano, los buenos Antoninos, el denodado Severo, el viril Aureliano, etcétera. Mas como estos hombres son más conocidos que los mismos griegos, permítaseme hablar sólo en general del carácter de los romanos en sus épocas mejores, y considerarlo únicamente como producto de las circunstancias de su tiempo.

Si hubiera que dar un nombre propio y especial a la imparcialidad y firmeza de resolución, la infatigable actividad en obras y palabras y la marcha segura y rápida hacia el fin perseguido, ya sea la victoria ya el honor, si hubiera que definir ese ánimo frío y audaz que no se aterra en el peligro, no se dobla ante la desgracia ni se envanece en la prosperidad, este nombre, esta definición debería llamarse: temple de romanos. Varios miembros de este Estado dieron de él tan relevantes pruebas, cualquiera que fuera la clase social a que pertenecían, que nosotros, cuando éramos jóvenes, y conociendo sólo el lado noble de los romanos, veíamos en ellos las sombras de las más grandes figuras del mundo antiguo. Nos parecía que sus estrategias marchaban como gigantes de un Continente a otro llevando el destino de los pueblos en su mano firme y segura, y que su pie derribaba tronos e Imperios, decidiendo una palabra suya sobre la vida y muerte de miles de seres humanos. ¡Pero cuán peligrosas eran las alturas que escalaron y demasiado caro el jugar con coronas y con millones en hombres y dinero!

En estas alturas se mueven con la sencillez de romanos, despreciando la pompa de reyes bárbaros y sirviéndoles su yelmo de corona, su armadura de ornato.

Si los contemplo así en la cumbre del poder y de la riqueza, si escucho su elocuencia varonil y los veo incesantemente activos con sus virtudes domésticas y patrióticas; si admiro la serenidad imperturbable en la frente de César, en el bullicio del mercado como en el tumulto de la batalla, y su generosidad que también sabe perdonar al enemigo: ¡Oh alma grande, con todos los vicios y libertades, si alguien fué digno de ser emperador de los romanos, tras

carácter
de
romano

túl Pero César era más que esto: era César. El trono más encumbrado del mundo se quiso adornar con su nombre. ¡Ojalá se hubiera engalanado también con su grandeza de ánimo, vivificado durante milenios por el espíritu bondadoso, vivaz y comprensivo de un César!

Mas ya se alza en su contra el puñal de su amigo Bruto. No fué en Filipos y Sardes, oh noble Bruto, donde primero se te apareció tu genio del mal; mucho antes se te había aparecido bajo la figura de tu patria a la que, dotado de un alma más sensible que tus despiadados antepasados, te sacrificaste en aras de los sagrados derechos de la humanidad y de la amistad. Como te faltaba el espíritu de un César y la bajeza plebeya de un Sila, no pudiste aprovechar los frutos de tu forzado delito y te viste obligado a abandonar una Roma que había dejado de serlo por los funestos designios de un Antonio y un Octavio. El primero de ellos puso todo el esplendor de Roma a los pies de una ramera egipcia; el segundo dominó más tarde al mundo agonizante desde la alcoba de una Livia con la serenidad de un santurrón. Nada te quedó sino tu propia espada, recurso triste pero necesario para un destino romano desafortunado.

¿Cuál es el origen de tamaña grandeza de carácter de los romanos? Su educación, muchas veces el nombre de la persona y su linaje, sus ocupaciones, la concurrencia del senado, del pueblo y de todos los pueblos en el centro del gobierno del mundo; finalmente las necesidades felices y desgraciadas a la vez que se plantearon a los romanos. De ahí que este carácter se contagiara a todo lo relacionado con la grandeza romana, no sólo a las stirpes nobles, sino también al pueblo, y tanto a los hombres como a las mujeres. Las hijas de Escipión y de Catón, la esposa de Bruto, la madre y hermana de los Gracos no supieron obrar sino como dignas de su linaje; más aún: era frecuente que nobles romanas aventajasen a los hombres en prudencia y dignidad. Así fué Terencia más heroica que Cicerón, Veturia de mayor nobleza de alma que Coriolano, Paulina de mayor fortaleza que Séneca, etcétera. En ningún harem oriental, en ningún gineceo de los helenos era posible, no obstante todas las buenas disposiciones de la naturaleza, que floreciesen virtudes femeninas como las que presenta la vida pública y familiar de los romanos; sólo que en tiempos decadentes les corresponden vicios femeninos que causan horror a quien los mira. Ya en tiempo del sometimiento de los pueblos latinos, ciento setenta esposas romanas se pusieron de acuerdo para envenenar a sus maridos respectivos, y descubierto el complot tomaron ellas mismas el veneno preparado muriendo como héroes. El poder y las fechorías de las mujeres bajo los emperadores son indescriptibles. La luz más clara contrasta con las más oscuras sombras. Cerca están una ma-

drastra Livia y una fidelísima Antonia-Druso, una Plancia y una Agripina-Germánico, una Mesalina y una Octavia.

Si queremos apreciar la contribución romana a las ciencias, debemos partir de su carácter y no pedirles artes helénicas. Su idioma era el dialecto cólico, mezclado con casi todas las lenguas de Italia; de esta forma primitiva fué evolucionando lentamente, pero no obstante todo el perfeccionamiento operado nunca alcanzó la fluidez, claridad y belleza del idioma griego. Es conciso, serio y digno, lenguaje de legisladores y dominadores del mundo; en todo, fiel retrato del espíritu romano. Como los romanos entraron tarde en contacto con los griegos, formada ya su cultura latina, etrusca y propia desde hacia tiempo, así como también su carácter y su Estado, aprendieron también tardíamente a embellecer su elocuencia natural mediante el arte retórico de los helenos. Por lo tanto, haremos caso omiso de sus primeros ejercicios dramáticos y poéticos, que indiscutiblemente contribuyeron en gran medida a la evolución de su lengua, para tratar ahora de lo que alcanzó entre ellos mayor raigambre. Fueron la legislación, la retórica y la historiografía; frutos de la inteligencia producidos por sus mismos negocios y donde mejor se muestra el alma romana.

Lamentablemente es poco lo que el destino hizo llegar hasta nosotros; pues quienes, por culpa de su afán de conquistas, nos robaron tantos escritos de otros pueblos, tuvieron que abandonar en manos de un porvenir destructor los frutos de su propio espíritu, por no hablar ya de los antiguos anales de sus sacerdotes y las epopeyas de Ennio y Nevio, o el ensayo de Fabio Píctor; ¿dónde están las narraciones de Cincio, Catón, Libón, Postumio, Pisón, Casio, Antipater, Aselio, Gelio, Lucinio, etcétera? ¿Dónde la autobiografía de Emilio Escauro, Rutilio Rufo, Lutacio Catulo, Sila, Augusto, Agripa, Tiberio, Agripina-Germánico, Claudio y Trajano? Y no digamos de otros innumerables libros históricos sobre los hombres más importantes en los tiempos más trascendentes de Roma, como Hortensio, Atico, Sisena, Lutacio, Tuberón, Luceyo, Balbo, Bruto, Tirón, Valerio Mesala, Cremutius Cordo, Domicio Corbulo, Cluvio Rufo y los muchos escritos perdidos de Cornelio Nepote, Salustio, Livio, Trogo, Plinio y tantos otros. Hago figurar sus nombres en este lugar para refutar a algunos modernos que se suponen a sí mismos muy por encima de los romanos, y les pregunto: ¿cuál de las naciones modernas ha tenido entre sus gobernantes, jefes militares y hombres de negocios de primera línea tantos y tan grandes historiadores como estos romanos que algunos prefieren llamar con el nombre de bárbaros, y esto en medio de cambios tan profundos y tantas hazañas propias de estos hombres? A juzgar por los pocos fragmentos y muestras que poseemos de un Cornelio Nepote, un

César y un Livio, etcétera, la historia romana no hacía gala, es verdad, de tanta gracia y dulce belleza como la griega, pero sí en cambio de mucha dignidad romana y, en Salustio, Tácito y otros, de gran prudencia y sabiduría filosófica y política. Donde se acometen grandes empresas, es grande también el estilo que las describe como lo era el espíritu que las supo idear: sólo en la esclavitud enmudece la voz de Roma, como lo demuestra su historia posterior. Por desgracia, la mayor parte de las obras de los historiadores romanos de los tiempos de la libertad y semi-libertad se ha perdido totalmente, pérdida insustituible, porque tales hombres vivieron sólo una vez y una sola vez escribieron su propia historia.

La historiografía romana tenía por hermana la retórica y como madre común de ambas la política y el arte militar, por lo que varios de los romanos más conspicuos no sólo poseían conocimientos en estas ciencias sino que también escribieron obras respectivas. Es injusto que se critique tan a menudo a los historiadores griegos y romanos por mezclar con frecuencia discursos políticos o bélicos en su relato. Dirigiéndose todos los acontecimientos en la república por discursos públicos, no contaba el historiador con otro vínculo natural con que entrelazar los hechos, presentarlos bajo diversos aspectos y explicarlos pragmáticamente, como no fuera precisamente con esos discursos; a buen seguro que son un medio más simpático que el utilizado posteriormente por Tácito y sus hermanos, que obligados por la necesidad entremezclaban sus propias ideas con la misma historia. Por su parte, también Tácito con su espíritu reflexivo ha sido juzgado muchas veces injustamente; en sus relatos se muestra como legítimo romano de espíritu y corazón, también y precisamente por el tono mordaz que le es propio. No podía relatar hechos sin exponer al mismo tiempo sus causas y pintar de color negro cuanto hubiese de detestable en ellos. Su historia llora la libertad perdida y su carácter triste y reservado la reclama con más urgencia que lo que podría hacerlo con palabras. Sólo donde reina la libertad de acción política en el Estado, y particularmente en la guerra, florecen la retórica y la historiografía; perdida aquélla, éstas languidecen, porque de la ociosidad del Estado no pueden extraer más que consideraciones y palabras ociosas.

Respecto de la retórica no es tan sensible la pérdida de las obras de los grandes oradores cuya obra sirve al mismo tiempo de historia, pues sólo Cicerón vale por muchos. En sus escritos sobre la retórica nos pinta, por lo menos, los caracteres de sus grandes predecesores y contemporáneos; sus propias piezas oratorias, empero, pueden suplir lo que se perdió de Catón, Antonio, Hortensio, César y otros. Brillante es la carrera de este hombre, más brillante aún después de su muerte que en vida. Salvó para nosotros no sólo la retórica romana en su parte doctrinaria y sus ejemplos, sino también la mayor

parte de la filosofía griega, ya que de las teorías de algunas escuelas no sabríamos más que el nombre si no fuera por los extractos que poseemos de él, presentados con la envidiable brillantez que le era propia. Su elocuencia supera los truenos de Demóstenes no sólo en lucidez y claridad filosófica, sino también en urbanidad y auténtico patriotismo. Casi fué sólo él quien devolvió a Europa la lengua latina en toda su pureza, instrumento que, no obstante algunos abusos, aportó indiscutiblemente apreciables ventajas al espíritu humano. Descansa, pues, en paz, varón de tantas y tan arduas empresas y que tanto hubiste de soportar por ellas. Tú eres el padre de la patria en todas las escuelas latinas en Europa, y habiendo penado bastante en vida por tus debilidades, después de tu muerte gozamos de tu espíritu erudito, estético, honrado y noble, y aprendemos de tus escritos y epístolas, si no a venerarte, al menos a tenerte en gran aprecio y tributarte gratitud y amor¹.

La poesía de los romanos fué una flor exótica que siguió floreciendo hermosamente en el Lacio, adquiriendo aquí y allá un más fino matiz y colorido; pero no pudo producir una nueva semilla propia. Ya los etruscos con sus poemas salíaricos, funerarios y sus juegos fesceníticos, atelánicos y escénicos, habían preparado a los rudos guerreros romanos para el arte poético; con la conquista de Tarento y otras ciudades de la Magna Grecia se conquistaron también a poetas griegos que trataron de dar mayor elegancia al primitivo dialecto de sus nuevos amos mediante las musas del idioma griego. Conocemos los méritos de los primeros poetas romanos sólo por algunos versos y fragmentos, pero causa admiración la gran cantidad de comedias y tragedias que de ellos se nombran, no sólo de los tiempos antiguos, sino también de los mejores. Los siglos borran sus huellas y me inclino a creer que, en comparación con los griegos, no será tan sensible su pérdida, pudiéndose suponer que en parte imitarían temas griegos y aun sus costumbres. Demasiado proclive era el pueblo romano a las bufonadas del género burlesco, las pantomimas, los juegos del circo y luchas de gladiadores para poseer oído y alma con que entender el teatro griego. La musa escénica había sido introducida en calidad de esclava entre los romanos, y nunca llegó a ser otra cosa; no por esto es menos lamentable la pérdida de las ciento treinta piezas de Plauto, las ciento ocho comedias de Terencio que se hundieron en un naufragio, así como las poesías de Ennio, alma de fina sensibilidad, especialmente en su *Ecloga* y los poemas didácticos. Con sólo Terencio tendríamos, según expresión de César, medio Menandro. Gracias, pues, a Cice-

¹ Léase sobre este hombre, muchas veces mal interpretado, Munzertow, *Fida de Cicerón* (traduc. Altona, 1757, 3 vol.) obra sobresaliente no sólo acerca de los escritos de este romano, sino también sobre toda su historia contemporánea.

rón por habernos conservado a Lucrecio, poeta de alma romana, y gracias a Augusto que por obra de su Virgilio Marón nos hizo llegar a medio Homero en *La Eneida*. Gracias también a Cornuto que nos legó algunas de las primeras tentativas de su aventajado discípulo Persio; y gracias, finalmente, también a vosotros, oh monjes, que por aprender latín nos guardásteis a Terencio, Horacio y Boecio, y ante todo a Virgilio, tenido por poeta ortodoxo. Los únicos laureles inmaculados en la corona de Augusto se deben a su amor de las ciencias y musas.

Más esperanzado dirijo la mirada de los poetas romanos a sus filósofos; algunos de ellos eran ambas cosas a la vez, a saber, filósofos de alma y corazón. En Roma no se inventaron sistemas, pero se los ponía en práctica introduciéndolos en el derecho, la constitución y la vida real. Nunca un poeta didáctico escribirá con mayor brío ni fuerzas que Lucrecio, que creía en su doctrina; nunca la Academia de Platón ha sido renovada de manera más amena que en los hermosos diálogos de Cicerón. La filosofía estoica no sólo ocupó un importante sector de la jurisprudencia romana regulando severamente los actos humanos, sino que en los escritos de Séneca, las eximias meditaciones de Marco Aurelio, las reglas de Epicteto, etcétera, se conservó una solidez práctica y una belleza que parece manifiestamente fruto de la labor de varias escuelas. A fuerza de ejercicios y penurias en diversas duras circunstancias temporales del Estado romano, los ánimos de los hombres se fortalecían y aceraban. Buscaban un sostén y usaban las especulaciones griegas no como un ocioso adorno, sino como arma y escudo. La filosofía estoica ha operado grandes cosas en el espíritu y los corazones romanos, y esto no en orden a la conquista del mundo sino a favor de la justicia y equidad, y para interno consuelo de hombres injustamente oprimidos. Porque también los romanos eran hombres, y sufriendo inocentes por los errores de sus antepasados, buscaban el confortamiento donde podían. Lo que no era de su propia invención, se lo apropiaron con tanta mayor intensidad.

Finalmente, la historia de la erudición romana es para nosotros, los actuales, ruina de ruinas, por cuanto nos faltan tanto la mayor parte de la literatura respectiva como también sus fuentes. ¡Cuánto trabajo se nos hubiera ahorrado y cuánta luz proyectado sobre toda la Antigüedad si hubieran llegado hasta nosotros los escritos de Varrón o los dos mil libros en los que espigaba Plinio! Verdad es que un Aristóteles hubiera hecho muy otra selección que Plinio del mundo de conocimientos con que contaban los romanos; mas así y todo, su libro es un tesoro que, no obstante la ignorancia

en determinadas disciplinas, atestigua tanto la laboriosidad como el alma romana del compilador. Tal es también la historia de la jurisprudencia de este pueblo: es la historia de un ingenio muy agudo y una gran dedicación al trabajo serio, que en ninguna parte, fuera del Imperio Romano, podía ejercitarse de esta manera y por tanto tiempo continuado. De lo que tiempos posteriores hayan hecho y añadido a esta labor, son inocentes los jurisperitos de la antigua Roma. En una palabra, por imperfecta que parezca la literatura romana en casi todos los géneros frente a la griega, no fué sólo fruto de las circunstancias temporales sino también mérito de la misma naturaleza romana que durante miles de años fueran ellos los orgullosos legisladores de todas las naciones. Las partes siguientes de la presente obra lo demostrarán, cuando veamos surgir de las cenizas de Roma una nueva Roma de muy distinta figura pero llena de espíritu conquistador.

Por último, me toca hablar de las artes de los romanos en las cuales se mostraron en su tiempo y para la posteridad amos del mundo que contaban con los materiales y mano de obra de todos los pueblos subyugados. Desde un principio se distinguieron por la inclinación a celebrar la grandeza de sus victorias con símbolos de gloria, la magnificencia de su ciudad con monumentos de eterno esplendor, pensando desde muy temprano en nada menos que en la inmortalidad de su orgullosa existencia. Los templos que construyeron Rómulo y Numa, las plazas destinadas a las asambleas populares, eran ya manifestaciones de grandes victorias y una poderosa democracia, hasta que poco después Anco y Tarquino echaron los cimientos de aquella estructura que en los últimos tiempos pasaba ya lo gigantesco rayando en lo inconmensurable. El rey etrusco edificó los muros de Roma de piedra labrada; para asegurar el abastecimiento de agua y la limpieza de la ciudad, hizo construir ese enorme acueducto cuyas ruinas constituyen todavía una de las maravillas del mundo. La Roma moderna no fué capaz siquiera de despejar sus escombros y no digamos de mantenerlo en funcionamiento. Un idéntico espíritu se manifiesta en sus galerías, sus templos, sus tribunales y ese gigantesco circo, erigido sólo para la diversión del pueblo, y cuyas ruinas arrancan todavía admiración. Por esta vía avanzaron los reyes, en particular el soberbio Tarquino, luego los cónsules y ediles, más tarde los conquistadores del mundo y dictadores, más que nadie Julio César, y finalmente los emperadores. De esta manera se acumularon poco a poco los arcos y las torres, teatros y anfiteatros, circos y estadios, arcos de triunfo y obeliscos, esplendorosos mausoleos y criptas familiares, carreteras, acueductos, palacios y baños, que no sólo en Roma e Italia, sino también en otras provincias constituyen las huellas eternizadas de los amos

del mundo. Casi se nubla la vista al no ver más que las ruinas de algunos de estos monumentos y el alma no halla fuerzas para captar con la imaginación el enorme proyecto con sus gigantescas formas, solidez y suntuosidad cual lo había ideado el artista. Pero cobramos aún mayor conciencia de nuestra pequeñez al recordar los fines a que estos edificios estaban destinados y al hacernos presente el bullicio de la vida que palpitaba entre sus muros, y finalmente el pueblo al que eran consagrados y las personas particulares que se los dedicaban. En esos instantes, el alma siente que hubo en el mundo una sola Roma, obra de un genio que alentaba desde el anfiteatro de madera de Curio hasta el Coliseo de Vespasiano, desde el templo de Júpiter Stator hasta el panteón de Agripa o el templo de la Paz, desde el primer arco de triunfo de un estratega victorioso hasta los arcos de victoria y obeliscos de un Augusto, Tito, Trajano, Severo y otros, incluso cada una de las ruinas de monumentos dedicados a su vida pública y privada. Este genio no fué, lo reconozco, el espíritu de la libertad de los pueblos y de la filantropía. El que se represente el inmenso trabajo de los obreros que debían acarrear los bloques de mármol y piedra, a menudo de lejanos países, y los tenían que edificar en calidad de esclavos vencidos; quien piense en los gastos que semejantes monstruos del arte imponían al sudor y la sangre de las provincias saqueadas y explotadas; quien considere, finalmente, el gusto cruel, soberbio y salvaje que fomentaban los más de estos monumentos dedicados a esas sangrientas luchas de gladiadores, las inhumanas peleas de animales, los bárbaros desfiles triunfales, etcétera, sin contar siquiera la lascivia y voluptuosidad de los baños y palacios, ése acabará por creer que fué un demonio enemigo del género humano quien fundó Roma para ostentar ante todos los mortales las huellas de su magnificencia demoníaca y sobrehumana. Léase al respecto las propias quejas de Plinio el Viejo y cualquier noble romano; siganse los pasos de las exacciones y guerras que trajeron a Roma las artes de Etruria, Grecia y Egipto, y tal vez se admire el cúmulo de piedras del esplendor romano como el máximo alcanzable de poderío y magnificencia humana, pero también se aprenderá a aborrecerlo como cueva de ladrones y tiranos del género humano. Mas como las reglas del arte siguen siendo las mismas de siempre, los romanos, aunque no inventaron en este sentido nada nuevo ni propio y compusieron de manera bastante bárbara lo que otros habían inventado, se manifiestan, no obstante, también en este estilo ecléctico y acumulativo como los grandes señores de la tierra.

*Excudent alii spirantia mollius aera;
Credo equidem; vivos ducent de marmora vultus;
Orabunt causas melius, coelique meatus*

*Describent radio et surgentia sidera dicent:
Tu regere imperio populos, Romane, memento:
Hae tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Percere subjectis et debellare superbos.*

*(Otros, sin duda, sabrán imprimir al bronce fundido
Mayor suavidad, y esculpir en mármol la vida del alma,
Más elocuente su lengua conduce en el fuero las causas,
Mejor será su compás midiendo las vías celestes,
Y es su acierto mayor que anuncia de los astros el curso.
Tú, empero, Romano, gobierna, reinando, a los pueblos;
Sean éstas tus artes: llevar la paz a la tierra,
Clemencia para los sumisos, y a los soberbios la ruina.)*

Gustosamente perdonaríamos a los romanos todas las artes helénicas que ellos despreciaban a pesar de haberlas utilizado para su propio esplendor o provecho, ni les pediríamos el progreso de las más excelsas ciencias como la astrología, cronología, etcétera, ya que preferimos peregrinar a los lugares donde estas flores de la inteligencia humana florecieron como en su propio jardín, si tan sólo hubieran dejado todo esto donde estaba, haciendo un uso algo más que filantrópico del llamado arte de gobernar a los pueblos que ellos se atribuyen a sí mismos como excelencia propia. Mas no supieron hacerlo así porque su sabiduría sólo servía a la propia prepotencia, y el supuesto orgullo de los pueblos sólo fué doblado por un orgullo mucho mayor.

VI

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL DESTINO DE ROMA Y SU HISTORIA

Es muy vieja la discusión de la filosofía política sobre si fué la valentía o la fortuna la que contribuyó en mayor medida a la grandeza de Roma. Plutarco y con él varios escritores romanos y griegos manifestaron su opinión sobre este punto, y en tiempos más modernos apenas hay un espíritu reflexivo dedicado a la historia que no haya tratado este problema. Por lo que a Plutarco se refiere, con todo lo que concede al valor de los romanos, se decide por la fortuna como factor decisivo, mostrándose en este excursus lo mismo que en sus otros escritos, como un griego de estilo florido y ameno, pero no precisamente como un espíritu profundo que sepa agotar el tema.

elegido. Los más de los romanos atribuyéronlo todo a su valentía, mientras que los filósofos de épocas posteriores idearon un supuesto plan de descomunal previsión, el cual desde el primer día habría servido de piedra fundamental para el poderío romano hasta llegar a su punto culminante. La historia pone en evidencia que ninguno de esos sistemas explicativos puede pretender exclusividad, pero que combinados todos ellos con justeza, aciertan con la verdad. Valentía, suerte y prudencia tenían que mancomunarse para realizar lo que desde los tiempos de Rómulo fué realizado, y en efecto, vemos a estas tres diosas en íntima alianza en favor de Roma desde el primer día. Si a la manera de los antiguos queremos llamar fortuna o naturaleza todo el engranaje de causas y efectos vivos, entonces tanto el valor como la crueldad despiadada, la prudencia como la astucia de los romanos, forman parte de esta fortuna que todo lo gobierna. Semejante modo de ver siempre será inadecuado mientras se quiera atribuirlo todo a una sola de las propiedades enumeradas, olvidando al pensar en las excelencias de los romanos sus defectos y vicios, al apreciar el carácter intrínseco de sus acciones, las circunstancias concomitantes, y al admirar su grande y sólido arte militar, el azar que tantas veces le fué propicio. Los gansos del Capitolio no fueron menos dioses salvadores de Roma que el arrojó de Camilo, la indecisión de Fabio o su Júpiter Stator. En la naturaleza, todas las cosas que ejercen un influjo causal mutuo, implantando, conservando o destruyendo, forman un todo inseparable; las leyes naturales de la historia no obran de otra manera.

Es un interesante ejercicio mental preguntarse alguna vez qué hubiera sido de Roma en circunstancias distintas: por ejemplo, si hubiera estado situada en otra parte del mundo, si al principio hubiera sido trasladada a Veyes, si Breno hubiera ocupado el Capitolio, si Alejandro hubiera hecho la guerra a Italia, si Aníbal hubiera ocupado la ciudad o si hubiera seguido el consejo que él dió a Antíoco. Asimismo se puede preguntar cómo hubiera gobernado un César en lugar de Augusto, un Germánico en vez de Tiberio, qué estado de cosas se hubiera producido en el mundo sin la aparición del cristianismo, etcétera. Cada uno de estos planteamientos nos conduce a tal concatenación de circunstancias que, al fin, se aprende a considerar a Roma a la manera oriental, como a un ser viviente que sólo bajo éstas y no otras circunstancias pudo un día surgir del Tíber como una isla del mar, aprender a lidiar con todos los pueblos de su espacio vital, a subyugarlos, luego, y a exterminarlos, y a hallar finalmente en sí misma los límites de su gloria y el germen de su putrefacción, del que efectivamente pereció. Para esta manera de consideración histórica desaparece toda arbitrariedad sin sentido, aun en la historia. En ella, como en todo fenómeno de los reinos naturales, todo o nada es casualidad, todo o nada es arbitrario. Todo fenómeno histórico se

transforma así en un fenómeno natural, y el más digno de ser meditado para el hombre, pues tanto le va en ello y él mismo encuentra de esta manera, aunque encerrado en una cáscara amarga, el núcleo más provechoso, hasta en los acontecimientos que superan en mucho sus fuerzas individuales a causa del peso abrumador de las circunstancias de una época, como en el caso de Grecia oprimida, Cartago y Numancia, los Sertorio, Espartaco y Viriato asesinados, la muerte del segundo Pompeyo, de Druso, Germánico, Británico, etcétera. Esta forma de consideración histórica es la única que puede llamarse filosófica, y todos los espíritus pensativos la han ejercido sin saberlo.

Nada más contrario a esta manera imparcial de ver la historia que suponer, aunque fuera en una historia tan sangrienta como la romana, un secreto plan de la Providencia, como por ejemplo, que Roma hubiese alcanzado tal cumbre del poder especialmente para que produjera oradores y poetas, difundiera el derecho romano y la lengua latina hasta los límites de su Imperio y preparara todos los caminos para que se introdujese la religión cristiana. Cualquiera sabe cuán inmensos eran los males que affligían a Roma y al mundo a su alrededor antes de que hubiera lugar para los tales poetas y adoradores: cuán caro le costó tan sólo a Sicilia, por ejemplo, el discurso de Cicerón contra Verres, qué precio pagó Roma y el mismo por sus discursos contra Catilina, sus ataques contra Antonio, etcétera. Según esta teoría, para salvar una perla debía primero hundirse un barco, y miles de seres humanos debían perder la vida sólo para que sobre sus cenizas floreciesen unas pocas flores que luego también eran dispersadas por el viento. Torrentes de sangre romana debían derramarse, innumerables pueblos y reinos oprimirse para comprar a este precio una Eneida de Virgilio y la serena musa de un Horacio junto con sus comedidas epístolas. ¿Acaso merecían estos sin duda hermosos frutos de un forzado siglo de oro semejantes dispendios? No es otro el caso del derecho romano. ¿Quién puede ignorar cuántos y cuáles sufrimientos tuvieron que soportar los pueblos por su causa, y cuántas instituciones más humanas de los más diversos países fueron destruidas de esta manera? Pueblos extraños eran juzgados según costumbres que ellos ignoraban por completo; se familiarizaron con vicios y sus castigos de los que jamás habían oído hablar, y finalmente, todo el proceso de esta legislación que sólo se adaptaba a la Constitución de Roma, al cabo de mil opresiones y no borró y desnaturalizó, por ventura, el carácter de todas las naciones vencidas hasta el punto de que al fin sólo aparece en todas partes el águila de Roma que cubre con alas debilitadas los tristes cadáveres de las provincias a las que arrancó los ojos y comió las mismas entrañas? Tampoco la lengua latina obtuvo riqueza alguna de los pueblos conquistados, ni éstos de aquélla. La latina degeneró hasta quedar reducida a una mezcolanza latinizante que desde las provincias acabó por invadir la

misma Roma. También el hermoso idioma griego fué despojado por aquélla de su puro esplendor y tantos dialectos de otros tantos pueblos, que a ellos y a nosotros fueran mucho más provechosos que un latín vulgar y decadente, se perdieron con excepción de unos pocos restos insignificantes. En cuanto a la religión cristiana, finalmente, por más que respeto los beneficios que aportó al género humano, disto mucho de creer que siquiera una sola piedra miliaria de la antigua Roma se hubiese colocado por su causa. No fué para ella que Rómulo fundó la ciudad, ni fué para favorecerla que Pompeyo y Craso invadieron la Judea, y mucho menos todas las instituciones romanas en Europa y Asia tenían el fin de allanar los caminos. Roma recibió la religión cristiana no de otra manera que el culto de Isis y cualquier superstición desechada del mundo oriental. Digo más: sería indigno de Dios suponer que la Providencia no hubiese encontrado mejores instrumentos que las manos tiránicas y ensangrentadas de los romanos para la más hermosa de sus obras, que es la propagación de la verdad y de la virtud. La religión cristiana surgió por sus fuerzas intrínsecas, como por ellas creció el Imperio Romano, y si ambos acabaron por unirse, ninguno sacó ganancias de semejante matrimonio. Su fruto fué un bastardo romano-cristiano y algunos desearían que nunca hubiese visto la luz del mundo.

La filosofía teleológica no aportó ventajas a la historia natural, antes bien substituyó la investigación científica con un espejismo; cuánto más ocurre esto en la historia humana con su infinito engranaje de miles de fines particulares.

Por consiguiente, debemos renunciar también a la hipótesis de que el fin de los romanos en la sucesión de los periodos históricos haya sido constituir un eslabón más perfecto en la cadena de las culturas, como podría ocurrir en una construcción ideada por el hombre. Nunca lograron los romanos superar a los griegos en lo que éstos se habían distinguido, y lo que poseían de su propia cosecha no lo habían aprendido de los griegos. Aprovecharon, sí, a todos los pueblos que llegaron a conocer, incluso los hindúes y trogloditas; pero usaron de ellos a la romana, y muchas veces es dudoso si para bien o para mal. Así como todas las otras naciones no existían con el fin de servir a los romanos ni habían fundado sus diversas instituciones para ellos con varios siglos de anterioridad, así tampoco cabe suponer que lo hicieran los griegos. Tanto Atenas como las colonias en Italia se dieron sus leyes a sí mismas y no para los romanos; y si no hubiera habido una Atenas, mucho me temo que los romanos hubieran tenido que pedir las tablas de la ley a los escitas. Además, la legislación de los helenos era en más de un aspecto más perfecta que la de los romanos, y los defectos de la romana se difundieron por una parte mucho mayor del mundo. Donde acaso evolucionaran en sentido humanitario, lo hicieron al estilo romano, ya que hubiera sido anti-

natural que los vencedores de tantas naciones civilizadas no aprendiesen siquiera las apariencias de un humanismo que aprovecharon a menudo para engañar a los pueblos.

Ya no quedaría otra suposición sino que la Providencia hubiese elegido al Estado romano y la lengua latina para formar un puente a través del cual los tesoros de la Antigüedad pudiesen llegar hasta nosotros. No podría haberse escogido ningún puente peor que éste, puesto que por causa de su constitución hemos perdido la mayor parte de aquellos valores. Los romanos destruyeron y fueron destruidos; pero los destructores no son quienes conservan al mundo. Al contrario, sublevaron a todos los pueblos hasta acabar siendo su víctima, y la Providencia no obró ningún milagro para impedirlo. Consideremos, pues, este fenómeno natural como todos los demás cuyas causas y efectos se quieren investigar libremente, sin suposiciones gratuitas. Los romanos fueron y llegaron a ser lo que pudieron ser. Todas sus cosas perecieron o se conservaron según era posible que perecieran o se conservaran. Los periodos históricos se suceden y con ellos las múltiples formas del fruto de los tiempos: la humanidad. En la tierra floreció todo lo que pudo florecer, cada cosa a su tiempo y dentro de su esfera; se marchitó y volverá a florecer una vez que su tiempo haya llegado. La obra de la Providencia continúa su eterno proceso de conformidad con las grandes leyes generales a cuya consideración pesamos ahora con la debida modestia.